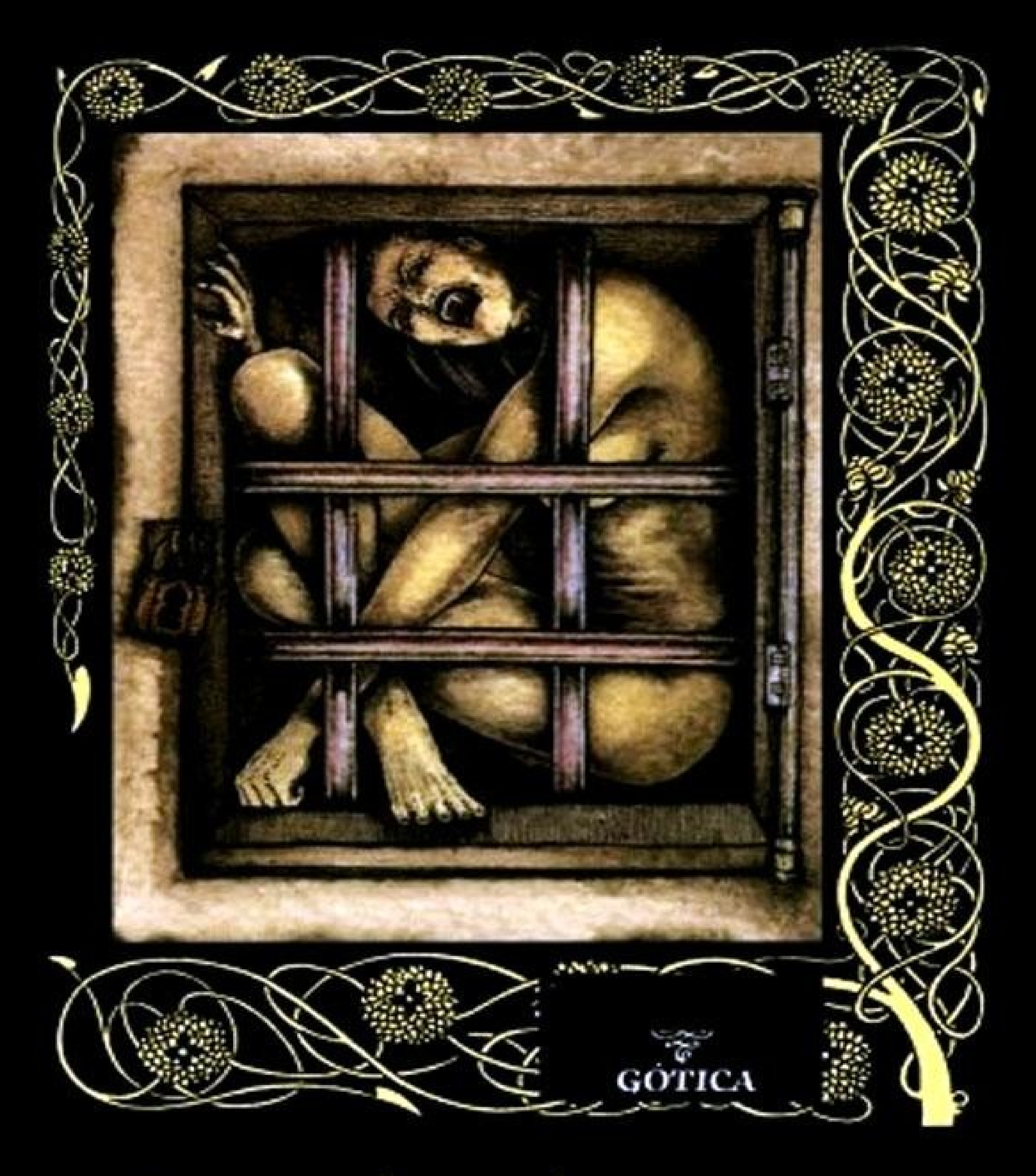


Sanguinarius

13 historias de vampiros

Más allá de la figura del aristócrata «satanique» y decadente, esbozada primero por John William Polidori e institucionalizada después por Bram Stoker, a lo largo de los siglos XIX y XX, el vampiro ha sido objeto de múltiples revisiones y reinterpretaciones mitológicas, de miradas perversas y desmitificadoras, de tratamientos innovadores o neoclásicos. Los trece relatos que componen la presente antología de cuentos de vampiros, *Sanguinarius* —titulada así en claro homenaje a Ray Russell y Erzsébet Báthory—, fueron escritos entre 1820 *La novia de las islas* y 1967 *El muerto viviente*, englobando así casi ciento cincuenta años de horrores literarios; en suma, la edad dorada del vampiro como icono de la cultura popular.

De los «*Penny Dreadfuls*» victorianos a la revista *pulp* estadounidense «*Weird Tales*», de diletantes como el conde Eric Stenbock a grandes genios de la narrativa fantástica como Richard Matheson, de amantes del ocultismo como Gustav Meyrink a profesionales de la pluma —ya fuera para la página impresa, la radio, el cine o la televisión—, como es el caso de Robert Bloch, los cuentos aquí seleccionados son una muestra muy representativa de la evolución del «nosferatu» al margen de modas y tendencias muy precisas.

A pesar de que la mayoría de ellos pertenecen a la órbita anglosajona, los estilos y argumentos de cada uno demuestran que la narrativa vampírica trasciende el tópico del noble de sienes plateadas y amplia capa negra —quizá fosilizado por culpa del (mal) cine de terror—, abriéndonos a una amplísima gama de posibilidades dramáticas que van de un primerizo y perverso Conde sediento de sangre a las horrendas criaturas que se alimentan de nuestra energía vital, pasando por entes extraterrestres o no-muertos con indudable conciencia humana. «*Sanguinarius*» es, en suma, una invitación a abrir nuestros sentidos a las tinieblas, a renovar nuestra irrefrenable pasión por la sangre.

Lectulandia

AA. VV.

Sanguinarius

13 historias de vampiros

Valdemar - Gótica 60

ePub r1.0
Titivillus 17.10.15

AA. VV., 2010
Traducción: José Luis Moreno-Ruíz
Selección, prólogo y notas introductorias: Antonio José Navarro

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Introducción

Pasión por la sangre

por Antonio José Navarro

> ¡Fuera de aquí, ordeno! (…) Vuestro lugar está allá donde la justicia abate cabezas, donde se arrancan los ojos, donde se degüella, donde se destruye el licor seminal de los infantes en flor, donde se amputan las extremidades de los miembros, donde se lapida, donde la estaca hundida en el espinazo provoca espantosos chillidos (…) La morada que conviene a monstruos como vosotros es el antro del león bebedor de sangre.
>
> *Las Euménides*
> Esquilo (525 - 455 a. C.)

1. Apenas iniciado el siglo XXI, resulta admirable cómo el mito del vampirismo se resiste a morir; es más, se perpetúa revitalizado, rampante, alimentándose sin duda de nuestros miedos y zozobras más apocalípticos. Entre el escalofriante desplome de la Torres Gemelas de Nueva York, la guerra global contra el terrorismo, el evidente deterioro ecológico del planeta y el resurgir de los fanatismos religiosos de diversa catadura, el vampiro continúa inquietándonos desde las más variadas formas de expresión y entertainment. Películas que oscilan entre la Serie B y la Z como *Los Malditos-Vampiros del desierto* (*The Forsaken*, J. S. Cardone, 2001), *John Carpenter's Vampires: Los Muertos* (id. Tommy Lee Wallace, 2002), *Blade II* (id. Guillermo del Toro, 2002) y *Blade: Trinity* (id. David S. Goyer, 2004), *La reina de los condenados* (*Queen of the Dammed*, Michael Rymer, 2002), *Lord of the Vampires* (Brad Sykes, 2002), *Underworld* (id. Len Wiseman, 2003), *Out for Blood* (Richard Brendes, 2004) o *Vampires: The Turning* (Marty Weiss, 2005); las novelas y relatos de Anne Rice, Laurell K. Hamilton, Charlaine Harris, Chelsea Quinn Yarbro, Emma Holly o Angela Knight curiosamente (¿o no?) todas ellas mujeres…; videojuegos como *Vampire: The Masquerade Redemption* (Activision), *Dracula Resurrection* (Dreamcatcher Interactive) o *Vampire Night* (Namco); los cómics de Steve Niles y Ben Templesmith (*30 días de noche*), Josh Wedon (*Tales of the Vampires*) y Brian Pulido (*Purgatori: The Vampires Myth*)… ¿Y qué es, si semejante enigma puede ser dilucidado, lo que mantiene activo, vital, al no-muerto? Aquí cabe aventurar diferentes teorías, a cual más fascinante: el personaje del vampiro nos permite

fantasear con nuestro atávico deseo de vencer a la muerte, de perpetuarnos a través del tiempo siempre jóvenes y atractivos; soñamos con el oscuro placer de la víctima, puesto que el mordisco del nosferatu es un acto sexual que va más allá de toda norma establecida; ansiamos romper con todas las leyes humanas, con todas las componendas sociales, transgrediéndolas, pervirtiéndolas; buscamos satisfacer cierta oscura tendencia sadomasoquista, que escarba el dolor propio y ajeno en pos de una insondable fuente de placer, instalándonos en una compleja relación erótica entre el amo y el esclavo, entendidos como roles voluntarios y, obviamente, reversibles; exigimos la ruptura con la alienación que nos impone el mundo moderno, en aras de la capacidad de actuar y de decidir por nosotros mismos. ¿De ahí que una de las escisiones juveniles del movimiento estético y cultural llamado Goth, Dark o Siniestros sea, precisamente, la de los Vampiros? Adolescentes que, en una sociedad sin demasiadas alternativas a la mediocridad, al desvarío consumista, anhelan, infructuosamente, convertirse en no-muertos, vivir como ellos, ser como ellos. Un auténtico mundo subterráneo a resguardo de la luz del sol y de las miradas intolerantes, que tiene en Internet su mejor vía de comunicación e interconexión a través de páginas web como:

http: //www.vampiros.cl/
http: //www.darkculture.net/
http://www.gothicmatch.com/
http://www.queerhorror.com/Qvamp/
http://www.aethersanctum.net/
http://www.vampyreconnexion.co.uk/index.php/

2. Desde el primer indicio tangible de la «existencia» de los vampiros entre los humanos —un jarrón prehistórico descubierto en Persia, el actual Irán, decorado con la imagen de un hombre atacado por una criatura demoníaca que se dispone a chuparle la sangre— hasta la nueva mini-serie televisiva basada en el clásico de Stephen King, *Salem's Lot* (2004) —dirigida por Mikael Salomon e interpretada por Rutger Hauer, Rob Lowe, Donald Sutherland, y Samantha Mathis—, pasando por la pintura —cf. «*El vampiro*» (1895), de Edvard Munch, o «*Vampiro con forma de víbora*» (1914), de Boleslav Biegas— o el cómic —recordemos la inolvidable serie *La tumba de Drácula* (*The Tomb of Dracula*, 1972 - 1980), creada por Gen Colan (dibujante) y Marv Wolfman (guionista)—, probablemente la literatura ha sido el espacio donde los no-muertos se han encontrado más a gusto. Pero éste no ha sido un proceso fácil ni inmediato.

Desde los siglos XVI y XVII, cuando el tema del vampirismo empezó a trascender tímidamente los estrechos límites de la superstición esotérica, la demonología inquisitorial y el folklore rural —cf. el tratado de Joannis Wier *De lamiis liber: ítem de commentitiis ieiuniis* (Basilea, Suiza, 1577) o el célebre ensayo de Philippus Rohr

Dissertatio historico-philosphico de masticatione mortuorum (Leipzig, Typis Michaelis Vogtii, 1679)—, hasta el XVIII, cuando la cuestión alcanza ya categoría de polémica científica —*Dissertatio physica de cadaueribus sanguisugis*, de Albert Dieterich (Jena 1732), *Dissertations sur les apparitions des anges, des démons & des esprits, et sur les revenans et vampires de Hongrie, de Sóbeme, de Moravie, & de Silesie, de Dom Augustin Calmet* (Paris, De Bure l'aîné, 1746), *Dissertatio de hominibus post mortem sanguisugis*, por Johannes Christophorus Pohl (Leipzig, 1782)—, la literatura vampírica no se muestra generosa en obras de interés, exceptuando los trabajos recopilatorios sobre leyendas locales, algunas de ellas verdaderamente apasionantes, como es el caso de *Anonymi Cogitationes de mortuis viventium tyrannis vulgo dictis, sive de Vampyrismo plurmarum in Europa orientalie sitarum regionum morbo endemio*, edición a cargo de Johann Christoph Götz, Johann Heinrich Schultz & Christoph Jacob Treu (Nuremberg, 1732).

Pero con la irrupción del romanticismo en el siglo XIX, inicialmente mediante narraciones cortas poco conocidas —cf. *Paola* (1832), de Boucher de Perthes o *Il monastero di sambucina* (1842), de Vittorio Padula— y, luego, gracias a obras de indudable categoría artística —«*Vampirismo*» (*Über Vampirismus*, 1819), de E.T.A. Hoffmann, «*No despertéis a los muertos*» (*Lasst die Toten ruhen*, 1823), de Ernst Raupach, «*La vampire ou la vierge de Hongrie*» (1825), de Ethienne-Léon de Lamothe-Langon, «*La muerta enamorada*» (*La morte amoureuse*, 1836), de Théophile Gautier, «*Der Vampir*» (1871), de Jan Neruda, «*El horla*» (*Le horla*, 1886), de Guy de Maupassant, «*Véra*» (1883), de Villiers de l'Isle Adam—, el vampiro se erige como el (anti)héroe favorito del público de la época, ya que, por un lado, es el epicentro de un generoso y suculento arsenal de efectos tenebrosos y sobrenaturales, mientras que, por otro, sus macabras andanzas ridiculizan el orden de las cosas y la moral establecida.

3. A partir de este punto de inflexión, en el que el vampiro pasa de ser un monstruo folklórico «real» a una poderosa figura de ficción, un mito cuyas estructuras explican parte de los miedos y ansiedades que atenazan a una sociedad racionalista e hipertecnificada como la nuestra —la más perfecta y fascinante simbiosis entre un pensamiento primitivo y un pensamiento civilizado, parafraseando a Claude Lévi-Strauss—, la literatura empieza a combinar los diferentes elementos narrativos y mitológicos que articulan al personaje del no-muerto. Y de esa combinación nace un arte, un lugar para la estética.

Más allá de la figura del aristócrata *satanique* y decadente, esbozada primero por John William Polidori e institucionalizada después por Bram Stoker, a lo largo de los siglos XIX y XX, el vampiro ha sido objeto de múltiples revisiones y reinterpretaciones mitológicas, de miradas perversas y desmitificadoras, de tratamientos innovadores o neoclásicos. Los trece relatos que componen la presente antología de cuentos de vampiros, *Sanguinarius* —titulada así en claro homenaje a Ray Russell y Erzsébet

Báthory, protagonistas de uno de los mejores títulos de la selección—, fueron escritos entre 1820 («*La novia de las islas*») y 1967 («*El muerto viviente*»), englobando así casi ciento cincuenta años de horrores literarios; en suma, la edad dorada del vampiro como icono de la cultura popular. De los *Penny Dreadfuls* victorianos a la revista pulp estadounidense *Weird Tales*, de *dilettantes* como el conde Eric Stenbock a grandes genios de la narrativa fantástica como Richard Matheson, de amantes del ocultismo como Gustav Meyrink a profesionales de la pluma —ya fuera para la página impresa, la radio, el cine o la televisión—, como es el caso de Roben Bloch, los cuentos aquí seleccionados son una muestra muy representativa de la evolución del nosferatu al margen de modas y tendencias muy precisas. A pesar de que la mayoría de ellos pertenecen a la órbita anglosajona —exceptuando el cuento de Meyrink y el anónimo «*El extraño misterioso*», escrito por un ignoto autor germano —, los estilos y argumentos de cada uno demuestran que la narrativa vampírica —un género dentro de otro género, el fantástico, por cantidad y calidad de las propuestas— trasciende el tópico del noble de sienes plateadas y amplia capa negra —quizá fosilizado por culpa del (mal) cine de terror—, abriéndonos a una amplísima gama de posibilidades dramáticas que van de un primerizo y perverso Conde sediento de sangre a las horrendas criaturas que se alimentan de nuestra energía vital, pasando por entes extraterrestres o no-muertos con indudable conciencia humana. *Sanguinarius* es, en suma, una invitación a abrir nuestros sentidos a las tinieblas, a renovar nuestra irrefrenable pasión por la sangre.

La novia de las Islas

John William Polidori

(1795 - 1821)

Charles Nodier

(1780 - 1844)

Lord Byron

(1788 - 1824)

(James Robinson Planché)

(1796 - 1880)

La noche del 17 de junio de 1816, una lluvia fina e incesante impidió que Mary Wollstonecraft Shelley y su hermana Claire, Percy B. Shelley, Lord Byron y su secretario personal, John William Polidori, pudieran pasear por los exteriores de Villa Diodati, en Suiza, o navegar por el lago Leman. En aquella sombría velada estaban acompañados por la condesa Potocka (1776 - 1867) —dama de la alta nobleza polaca, sobrina nieta del rey Estanislao II de Polonia y, según se comentaba, antigua amante de Napoleón—, y por un gran amigo de Byron, Matthew Gregory Lewis (1773 - 1818), autor de una de las obras capitales de la literatura gótica, *El monje* (*The Monk*, 1795), que escribió con tan sólo veinte años. Juntos empezaron a leer los relatos de fantasmas contenidos en el libro *Phantasmagoriana, ou Recueil d'Histoires d'Apparitions, de Spectres, Revenants, Fantômes, etc; traduit de l'allemand, par un amateur* (*Phantasmagoriana, o una recopilación de historias de apariciones, espectros, revenidos, fantasmas, etc; traducidos del alemán por un «amateur*»), una selección de leyendas alemanas traducidas al francés por Jean-Baptiste-Benoit Eyries y publicada en 1812 —a partir del original *Gespensterbuch* (1811), editado por Friedrich Schulze y Johann Apel—, adquirido por Polidori en una de sus escapadas a Ginebra.

Lo que sucedió a partir de ese instante se ha convertido en una de las leyendas más populares de la historia de la literatura fantástica de todos los tiempos. Mary Shelley emprendería la composición de su inmortal novela *Frankenstein, o el moderno Prometeo* (*Frankenstein, Or The Modern Prometheus* / 3 vols. Lackington, Hughes, Harding, Mavor & Jones, Londres, 1818), mientras que John William Polidori escribió *El vampiro* (*The Vampire*), el primer relato de vampiros con nombre y apellidos de la cultura occidental. Publicado por la revista *The New Monthly*

Magazine en abril de 1819, provocó un tremendo impacto en su época, logrando casi cinco ediciones seguidas en lengua inglesa, además de ser objeto de una adaptación teatral cuyo éxito se perpetuó durante toda la temporada teatral de Londres y París entre 1820 y 1821. *El vampiro* definió para siempre la imagen del no-muerto como aristócrata decadente y perverso, de irresistible atractivo e infinita maldad, rodeado de una densa y onírica atmósfera macabra.

Por el contrario, tanto Percy B. Shelley como Lord Byron pronto desistieron de su empeño de crear una obra de terror, en especial Shelley quien, como explicó su mujer en el prólogo de *Frankenstein*, era «más apto para encarnar ideas y sentimientos en el brillo de las imágenes y en la música de los versos más melodiosos que adornan nuestra lengua que para inventar el mecanismo de una historia (…) aburrido por la vulgaridad de la prosa». No obstante, paradojas del destino, la autoría de *El vampiro* se atribuyó en un principio a Lord Byron, avivando la errada admiración de Goethe —«es lo mejor que ha escrito Byron jamás», le comentó a un amigo por carta—. La confusión fue promovida interesadamente por *The New Monthly Magazine*, la cual, al mes siguiente, publicó una carta de Polidori, aclarando que *El vampiro* era fruto de su inspiración, a pesar de haber retomado una idea de Lord Byron apenas desarrollada durante el verano de 1816, titulada *Fragment of a Novel*, un esbozo de una lúgubre historia de vampiros.

Curiosamente, en 1820 se estrenó casi consecutivamente, en la English Opera House de Londres y el Theatre Royal de Dublín, una versión teatral de *El vampiro* firmada, por increíble que parezca, por el literato francés Charles Nodier, quien introdujo numerosos cambios respecto al relato original —cf. su ambientación en Escocia—. Durante el primer tercio del siglo XIX, hubo tal efervescencia teatral en torno a los temas de corte fantástico, no sólo en los teatros londinenses sino también en los de Edimburgo, París, Viena, Nueva York y en incontables escenarios de provincias y universitarios, con versiones a cargo de grupos profesionales y amateurs, que resulta muy difícil contabilizar con exactitud todas las adaptaciones teatrales existentes de *El vampiro* de Polidori. Como en aquel tiempo no existían derechos de autor ni otras protecciones legales, las novelas y cuentos que hoy podríamos considerar *bestsellers* eran rápidamente plagiados y remodelados para la escena, a veces sin excesivos escrúpulos; circunstancia que se encuentra en el origen de esa notable actividad escénica. En consecuencia, no es extraño que a pocos meses de estrenarse la obra, en 1820, se publicara una supuesta «novelización» del drama escénico de Polidori/Nodier bajo el título «*La novia de las islas*» (*The Bride of the Isles, A Tale Founded on the popular legend of the Vampire by Lord Byron*) —en cuya portada consta «Printed & Sold by J. Charles, 57 Mary-Street, Dublin»—, lo cual avivó la aún no aplacada polémica sobre la autoría de *El vampiro*. Incluso dicha «novelización» se permitía el lujo de introducir ciertas variaciones inspiradas en *Fragment of a Novel*, del mismísimo Lord Byron.

El responsable de semejante *ersatz* fue James Robinson Planché, reconocido

anticuario y heraldista que participó activamente en la fundación, en 1843, de la British Archaeological Association. También, en 1834, publicó el célebre volumen The History of British Costumes, y veinte años más tarde fue contratado por el Heralds College, y en 1866, por el Somerset Herald, para trabajar sobre los escudos de armas de los diferentes linajes británicos. Además, en 1869, a petición de The War Office, catalogó y ordenó cronológicamente la colección de armaduras de la Torre de Londres. No obstante, en paralelo a tan académicas tareas, Robinson Planché fue el autor de 176 piezas teatrales, entre libretos operísticos, melodramas, comedias, farsas, revistas musicales y piezas burlescas sobre mitología clásica. Asimismo, fue un distinguido diseñador de vestuario, labor a través de la cual contactó con la adaptación teatral de Polidori/Nodier, introduciendo en la puesta en escena numerosos detalles e innovaciones tanto en los decorados como en las prendas que debían lucir los actores, ya fuese en un sentido estético o histórico. El texto de «Lord Byron» (Polidori/Nodier) y James Robinson Planché fue tan célebre en su tiempo, que sirvió de base literaria a la ópera de Heinrich August Märschner (1795 - 1861), *Der Vampyr* (1827), cuyo libreto —escrito por W. A. Wohlbrück y revisado por Hans Pfitzner— Robinson Planché tradujo al inglés un año después, en 1828 (¡). Con «*La novia de las islas*» nacía una nueva modalidad de creación literaria asociada desde entonces al mito del vampiro: el *exploitation*, el reciclaje / copia / manipulación desnaturalizada de ideas ajenas, con objetivos claramente lúdico-crematísticos.

La novia de las Islas

(The Bride of the Isles)

John William Polidori, Charles Nodier y Lord Byron

Hay una superstición muy extendida en las islas del sur de Escocia, aunque no posea ya la fuerza que tuvo hace apenas un siglo, según la cual, las almas de aquellos cuyas acciones fueron malvadas durante su vida mortal, se han negado con las mismas, con sus atrocidades, toda posible felicidad en la otra vida; vivirán eternamente en la perdición más absoluta, aunque poseyendo, sin embargo, toda la apariencia de la vida, merced a un poder que les otorgan los espíritus infernales.

Eso es lo que faculta al espíritu malvado a entrar en el cuerpo de otro en el preciso instante en que su alma abandona el cuerpo que yace en tierra; y el cuerpo, a través de su alma liberada, cobra nuevamente vida —la misma mirada, la misma voz, la misma expresión de maldad—, y bebe y come, y disfruta de lo que es común entre los humanos, pero propendiendo siempre a la vileza. A esas almas errabundas las llamaron vampiros. Su segunda existencia, y así hay que considerarla, se sostiene sólo a través de lo más diabólico y hórrido. Son seres que seducen a las adorables vírgenes, y yacen con ellas, y beben su sangre, pues sólo así se renuevan para vivir un año más y continuar su satánico vagabundaje. Si no ha encontrado mujer con la que yacer y a la que sacrificar antes de que se apague la luna, el vampiro muere. Y no queda reducido a un mero esqueleto, sino que se desvanece en el aire. Y ya no es más.

Uno de esos espíritus demoníacos fue Oscar Montcalm, de infausta notoriedad en los anales escoceses del crimen (había sido ejecutado por un verdugo), y a buen seguro el vampiro más exitoso en lo que a sus maldades se refiere, pues fueron muchas las adorables e infortunadas vírgenes a las que sacrificó para seguir su infame carrera sobrenatural que lo llevó de un lugar a otro, cambiando además de personalidad en cuanto tuviera la ocasión de hacerlo, para presentarse siempre como hombre de rango y poder y así tener más fácil acceso a sus víctimas, a las cuales hacía padecer la voracidad de su apetito lujurioso.

Oscar Montcalm había adorado, cuando fue humano, cuando fue mortal, a Lady Margaret, mujer de belleza extraordinaria, hija del barón de las Islas, el buen Lord Ronald; pero no aceptó Lord Ronald dársela por esposa, y Oscar Montcalm no la olvidó cuando ya era vampiro, queriendo saciarse en ella para así culminar su venganza por el trato que le otorgó el buen padre de Lady Margaret.

Lady Margaret, una joven adorable y bien proporcionada, cumplió sus veinte años sin que fuera desposada. Ansiosa y desesperada por ello, temerosa de su soledad, no sabiendo qué Lord le depararía el futuro, una vez su buen padre la negó en matrimonio a Oscar Montcalm, consultó a brujas y adivinas, cosa que debe serle disculpada habida cuenta del tiempo en que vivió y de cuál era la educación que recibían las mujeres, incluso las pertenecientes a familias notables. Digamos, sin embargo, que tales consultas le resultaban contradictorias, pues cada una de las brujas y adivinas a las que acudía le decían una cosa. Al cabo, urgida por el irresistible deseo de conocer su futuro, acudió junto a sus doncellas, Effie y Constance, a la Cueva de Fingal; allí cortó un mechón de su cabello, que se puso en un dedo como si

fuera un anillo, adentrándose de inmediato en la cueva, siguiendo instrucciones de Merna, la fea vejancona de la montaña, ante la que se había presentado la virginal Lady Margaret.

Tan pronto estuvo en el interior de la cueva, se desencadenó una terrible tormenta que se dejó sentir en el interior, extinguiéndose la luz de las antorchas que llevaban las doncellas, por lo que la cueva quedó en la más absoluta oscuridad. Allí sentían la furia de los truenos, que llenaban la cueva de una hórrida confusión de sonidos imposibles de describir.

Margaret y sus doncellas cayeron de rodillas, espantadas, estupefactas de horror: comenzaron a rezar, a pedir que cesara aquel horror. Y de súbito la cueva se iluminó extraordinariamente. Pero no había lámparas, ni antorchas, ni velas. No había luz, en realidad. Se escuchaba además una música solemne, suave y grandilocuente, y pocos minutos después aparecían dos figuras, una de ellas enorme y de lentos movimientos, que se anunció como Uno, el espíritu de la tormenta, y que descorriendo una cortina de cebellina dejó a la vista de Margaret y de sus doncellas la figura del muy noble y joven guerrero Ruthven, Conde de Marsden, el que habría de cuidar de su buen padre Lord Ronald en la siguiente guerra. Pero de nuevo se volvió a sentir la tormenta, se cerró la cortina, y volvió a quedar sumida la cueva en una completa oscuridad. Todo esto, sin embargo, fue transitorio, pues al poco volvía a brillar aquella luz de antes. Uno ya no estaba, pero aún se percibía la estela dejada por su figura, vestida con ropas transparentes. Lady Margaret descorrió la cortina, apareciendo entonces un joven de muy interesante aspecto, totalmente extraño para ella. Y Ariel, el espíritu del aire, que había hecho su aparición después de que Uno se fuera, señaló con su mano la entrada de la cueva, invitándolas a salir, lo que hicieron la virginal Margaret y sus doncellas con el corazón pleno de armonía, y así de contentas volvieron al castillo del barón. Lady Margaret estaba feliz con lo que había visto, diciéndose que al menos ya había encontrado a dos posibles esposos en aquel joven guerrero y en el otro joven con aspecto noble y no menos apuesto, aunque se intrigaba profundamente al recordar las palabras que Ariel le había dicho cuando abandonaba la cueva:

«Pero ten en cuenta, virgen adorable, que ya casada no habrás de conocer un segundo lecho nupcial».

¿Qué significaba aquello? ¿Acaso podría consentir ella en deseos ilícitos y en intrigas amorosas? No, no podía ser. Pensó que conocía muy bien su corazón.

Era el vampiro quien había llevado a Margaret, con sus malos designios, hasta la Cueva de Fingal; era el vampiro quien había pedido a Uno y a Ariel aquella representación, ya que tenía fácil acceso a ellos gracias a sus poderes. Esto no quiere decir que el espíritu del aire fuese su amigo, aunque le obedeciera en aquella ocasión; quien sí tenía por amigo al vampiro era el espíritu del trueno. Lo cierto es que ambos pusieron ante los ojos de Margaret la figura de Ruthven, Conde de Marsden. Y poco después Marsden tuvo la buena fortuna de salvar en la batalla a Lord Ronald, por lo que éste, una vez concluida la guerra, invitó al apuesto joven a su castillo, donde pasó

varios meses gozando de la gentil hospitalidad del noble.

Lady Margaret había recibido a su padre con gran alegría, dando gracias a la Providencia por haberlo salvado. Y recibió al joven Marsden con secreto deleite, al reconocerlo. Cuando supo que el barón había conservado la vida porque el joven se la guardó, su gratitud no conoció límite, y aún se acrecentó su belleza de tan grande como fue el amor que sintió por él. Y así fue como el joven Conde, a su vez, se enamoró de la encantadora Lady Margaret.

Marsden, un joven de rango excepcional y de muy buena cuna, no poseía, sin embargo, la fortuna suficiente como para sostener su título; por eso, y por sus ansias de gloria militar, había abrazado la profesión de las armas.

Margaret era apenas una niña; su padre poseía una gran fortuna y honores infinitos, cosa de la que evidentemente estaba orgulloso pues aseguraba con todo ello una dote excelente a su heredera. Como deseaba lo mejor para su adorable hija, viendo cuán tierna era la pasión de la virginal Margaret por el joven y apuesto guerrero, y viendo que era correspondida por él, decidió no interponerse en modo alguno sino todo lo contrario: aumentar la felicidad de su hija. Al fin y al cabo, Marsden no tenía fortuna, pero había demostrado más que sobradamente su valor en el servicio a las armas.

Organizó el barón entonces fiestas de sociedad en las que dar la nueva de las próximas nupcias de su hija, y jornadas de pesca y de cetrería, y bailes nocturnos animados por los mejores gaiteros de Escocia, que no olvidaron incluir en sus conciertos aquellas canciones dedicadas al heroico Wallace[1].

Pronto, pues, fueron conocidos los amores de Ruthven y Lady Margaret incluso en los más remotos confines de las islas, y les llegaban felicitaciones de todas partes.

Se fijó fecha para la boda, se hicieron magníficos preparativos para celebrar con el rango necesario la ceremonia en el castillo… Y sucedió entonces, cuando tan felices eran todos, la enfermedad del barón, motivo por el cual hubieron de ser aplazadas las nupcias. Había pedido el barón a los novios que se casaran a pesar de su ausencia, pero ellos le dijeron que su felicidad no sería completa si él no honraba la ceremonia con su presencia.

El barón los bendijo por tan gran demostración de amor filial, pero sentía en lo más profundo de su corazón que la boda debía celebrarse cuanto antes.

No obstante, aconteció la guerra de Flandes justo cuando el barón recuperaba la salud, por lo que hubieron de partir él y el joven prometido de Margaret, aplazándose el casamiento definitivamente hasta que regresaran. La virginal Margaret, tras despedirse de ellos con lágrimas de amor y de dolor, quedó bajo el cuidado de Alexander, el viejo mayordomo del castillo, que recibió del barón instrucciones muy precisas para que velase por su hija y por todas sus propiedades, diciéndole que Lady Margaret era una gema muy preciosa y de valor incalculable, a la que no hubiera dejado sola por nada del mundo salvo por una llamada a su honor y a su valor como la que se había dado.

Robert, el hijo del viejo mayordomo, partió también a la guerra como asistente del barón, y Marsden tomó en calidad de lo mismo a su fiel Gilbert. Salieron victoriosos de varias escaramuzas con el enemigo, pero poco después, en dura y cruel batalla, perdió la vida Ruthven, que exhaló su último suspiro en los brazos del barón y Señor de las Islas, quien le lloró como hubiera llorado a un hijo propio, ordenando a Robert y a Gilbert que cuidasen del cuerpo para darle tierra con los honores debidos a un Conde y soldado en cuanto cesara la cruel batalla, en la que había perdido la vida luchando con denuedo por defender la justa causa de su patria.

Concluyó la guerra, para mayor gloria de Gran Bretaña, y el buen barón y Señor de las Islas volvió sin una herida, al igual que Robert, pero Gilbert quedó también entre los muertos.

Lord Ronald, fatigado tras el último combate, en el que tuvo que luchar en defensa de su vida con un vigor extraordinario y sorprendente, dado que era ya un hombre con la cabeza plateada, regresó a su tienda de campaña para descansar y recuperar las fuerzas antes de partir de regreso. No pudo conciliar el sueño, pues sólo pensaba en el fatal destino de Ruthven y en cómo dar a su querida hija la mala nueva. Con mano temblorosa comenzó a escribir entonces una carta dirigida a la virginal Margaret, en la que con palabras llenas de mucha melancolía le contaba la triste pero valerosa muerte de su amado, exhortándola a soportar el amargo trance con resignación y piedad, pues no se trataba de otra cosa que del designio de la Providencia que todo lo rige, tanto lo bueno como lo malo, tanto lo gozoso como lo cruel. Concluyó su carta el barón diciendo que regresaría al castillo de las islas cuanto antes, y que ansiaba estrecharla entre sus brazos, y que haría trasladar el cadáver del valiente Marsden a su tierra natal.

Partió rápidamente con la carta uno de los soldados del barón, mientras otra partida, en la que iba también su fiel Robert, se dispuso a trasladar el cuerpo del joven Ruthven con la pompa y ceremonia requeridas.

Pero, al cabo, los póstumos honores dispuestos por el buen barón fueron en vano; tras una larga ausencia, volvieron Robert y los soldados de la partida, con la mala nueva de que el cuerpo del valiente soldado escocés había desaparecido de donde lo dejaron presto para el traslado, hallándose sólo en aquel claro del bosque un rastro de sangre que, sin embargo, a ninguna parte conducía. Suponían que, en su retirada, soldados enemigos habían hallado el cadáver, y que se habían vengado diabólicamente en él. Aquellas malas nuevas, como no podía ser de otra manera, amargaron grandemente al buen Lord Ronald, pues hay una tradición entre los naturales de las islas del sur de Escocia, según la cual, mientras no se dé tierra a un cuerpo, queda su alma en el aire, vagando sin destino y sufriendo por ello. Ofreció el barón recompensas a quien hallara el cadáver, pero sin éxito. Y finalmente, no sin mucha reluctancia, tuvo que dar por perdida la empresa.

Partió al fin el barón, pero hubo de dirigirse antes a la corte de Inglaterra para rendir tributo a su soberano. No pudo regresar de inmediato a las islas, como era su

intención, pues una serie de acontecimientos lo entretuvieron en la corte dos meses enteros, así que cuando se puso en marcha para regresar a su hogar iba ya con el corazón palpitando en deseos de llegar cuanto antes.

Un emisario se había adelantado para anunciar su llegada, de modo que, cuando se hallaba a media milla de las puertas del castillo, ya estaba Lady Margaret esperándole, vestida con sus mejores galas y joyas.

Desde su carruaje vio Lord Ronald, al dejar la colina y adentrarse en el valle, que una partida de bienvenida se aproximaba para saludarle, y se alegró su corazón ante la inminencia de los cumplidos. Observó entonces las galas que vestía su hija, extrañándose de que no luciera el luto requerido. ¿Cómo era posible que una dama educada en la tradición no observara el respeto debido para con su joven amado muerto en combate? Veía cada vez con mayor cercanía cuán lujosamente vestida y enjoyada iba Lady Margaret, cómo adulaba el viento su brillante capa de plumas, y no pudo por menos que entristecerse el barón, él que tan feliz se había sentido al avistar ya su castillo. Bajó la mirada, pero cuando alzó de nuevo los ojos vio que su hija iba de la mano de alguien que le resultaba vagamente conocido. Y pensó el barón que se trataba de la común y caprichosa inconsistencia femenina. ¿Cómo podía haber olvidado tan pronto al valiente y apuesto Ruthven? ¡Ah, las mujeres! Y a medida que su carruaje se adentraba en el valle ya no iba tan feliz como antes el buen Lord Ronald, ya no ansiaba tanto como lo había ansiado recibir el abrazo de su hija ni los parabienes de quienes la acompañaban y acudían a recibirlo como un héroe.

¡Pero, por todos los diablos! ¿Era o no era una ilusión? ¿Qué milagro había hecho que tuviera ante los ojos al joven y apuesto Ruthven, Conde de Marsden, de cuya mano iba su bienamada hija, la virginal Lady Margaret, a la que veía con una indescriptible expresión de dicha en los ojos? El joven guerrero tenía una cicatriz en la frente y el semblante más pálido, pero sólo eso… ¡Estaba vivo! Robert, por su parte, no podía por menos que mostrarse igualmente atónito; se le erizaban los cabellos, además, y le temblaban las manos, sin que pudiera exhalar siquiera una voz de admiración. Parecía un perfecto modelo del horror para un pintor o para un escultor.

Ruthven estrechó la mano de Lord Ronald.

—Parece sorprendido, mi querido Lord —dijo— de verme aquí, o simplemente de verme… Lo cierto es que me encontraron unos campesinos que volvían de su labor diaria, allá donde yacía yo cubierto por hojas y ramas —señaló Robert entonces que así, efectivamente, lo habían dejado Gilbert y él—. Bueno, en realidad me descubrió un perro que iba con aquellos campesinos, el cual comenzó a ladrar, alertándoles… Eran muy pobres, miserables, en realidad…

Naturalmente, mis ropas y condecoraciones y joyas llamaron su atención, por lo que de inmediato me despojaron de todo cuanto llevaba, repartiéndose el botín. En eso se ocupaban cuando uno de ellos, sin embargo, descubrió en mí signos de vida; prevaleció entonces la humanidad en todos, y me condujeron a una de sus chozas,

donde fui muy bien atendido. Me repuse pronto, siendo en todo momento muy bien cuidado por el campesino que vivía en aquella choza, por lo que pude partir de regreso para abrazar a mi angelical Margaret. Ya en camino, vi fuerzas británicas que abandonaban Flandes tras la victoria, pero nadie supo decirme dónde hallar a mi respetado barón, por lo que puse rumbo a Escocia en barco, y llegué a pesar de los malos vientos que a punto estuvieron de conducirnos al naufragio. Aquí hallé a mi amada sumida en la tristeza por creerme desaparecido, pero de inmediato troqué sus lágrimas por sonrisas y su luto por estas galas luminosas que engrandecen su belleza. Le pido perdón, Lord Ronald, por no haber sabido cómo hacerle llegar esta buena nueva de nuestra felicidad recuperada, pero creo de menor importancia todo lo sucedido ante el hecho incuestionable de que al cabo la ventura nos ha sido propicia.

El barón abrazó con mucha emoción a su joven guerrero, proclamó que nada podría evitar ya las nupcias y estrechó feliz entre sus brazos a su bienamada hija, besándola en las mejillas y diciéndole que era la viva imagen de su madre desaparecida.

Una vez en el castillo, todo fue alegría y festejo, se oyeron canciones, músicas deliciosas, y bailaron las damas *a-la Caledonia*.

También hubo celebración en los aposentos del viejo mayordomo, donde brindó la servidumbre en cuernos repletos de cerveza para celebrar el regreso del buen barón y Señor de las Islas, así como por la salud de Ruthven y Margaret.

También se brindó por aquellos campesinos de Flandes que habían salvado al Conde de Marsden, aunque fuera uno de sus enemigos, un enemigo más bien muerto…

—¡Más bien muerto! —exclamó Robert, a quien seguían rechinándole los dientes de terror, pues aún no se había repuesto de ver a Ruthven en el valle—. ¡Más bien muerto! —repetía—. Estoy seguro de que el Conde murió… Estoy seguro de haberlo visto tan muerto como vi a mi abuelo… Cuando Gilbert y yo lo sacamos del campo de batalla para preservar su cadáver, y cuando lo dejamos cubierto de ramas y hojas, estaba frío como el hielo y ya se había coagulado la sangre de sus muchas heridas… Es imposible que haya vuelto a la vida… No, no y no… Creo que este Ruthven al que ahora festejamos entre los vivos es en realidad un vampiro…

—¡Un vampiro! —gritaron al unísono quienes le oían, riéndose del pobre Robert, al que tomaban poco menos que por un idiota—. Quizá tú seas también un vampiro —dijo su amada Effie, una de las doncellas de Lady Margaret—. De ahora en adelante tendré mucho cuidado de no caer en tus brazos y sucumbir a tus poderes…

Nada dijo Robert, para que no volvieran a reírse de él, y se quedó sentado en un rincón toda la noche, sin participar de la celebración como lo hacía el resto de la servidumbre.

Pero Robert estaba en lo cierto. El Conde de Marsden había muerto en combate. Y cuando los fíeles sirvientes levantaron su cuerpo para sacarlo del campo de batalla, aprovechó el malvado Montcalm, cuya reliquia en forma de piedra adoraban las

brujas en la Cueva de Fingal, para hacerse con su alma y revivir con ella poseída el cuerpo del difunto. Sanaron de inmediato las heridas, la posesión insufló nueva vida al cuerpo, que no obstante mostraba pálido el semblante, algo común en los vampiros pues en realidad no les circula la sangre como a los mortales, aunque puedan sangrar si se les hiere.

Lo que había contado el vampiro acerca de los campesinos flamencos era una mentira completa. Pero ni Lord Ronald ni Lady Margaret podían imaginárselo.

Antes, a través de una conversación con el espíritu de la tormenta, había sabido el vampiro que Margaret era cortejada por Ruthven, Conde de Marsden; y supo igualmente, merced a sus artes adivinatorias del futuro, que moriría en combate el joven y apuesto héroe, brindándosele así la oportunidad inestimable de poseer a la adorable Margaret para convertirla en su víctima propiciatoria y renovar con su sangre su existencia vampírica para proseguir con su diabólico curso a través de las edades, y destruir a la raza de los humanos crimen tras crimen, sumiéndola en una eterna infamia.

Una vez supo todo eso, esperó en la Cueva de Fingal a que la luna concluyese su órbita y dijo las palabras mágicas para concitar a los espíritus infernales y solicitar de ellos las órdenes necesarias. Le respondieron que consultarían primero a Belcebú, su gran gobernador, y quedó a la espera de respuesta.

Al fin recibió el decreto: desposar a la virginal hija del Señor de las Islas, acabar con su existencia, beber su sangre, despojarla de su identidad; para ello, si era preciso, debería adoptar la forma del Conde de Marsden, o de cualquier otro que le fuese propicio.

La mala nueva de la muerte de Ruthven había causado en Margaret, además de honda tristeza, una gran intranquilidad, no sabiendo entonces a qué se había referido Ariel al decirle aquellas enigmáticas palabras acerca de su matrimonio, en tanto el hombre con el que iba a contraer nupcias había desaparecido. Pero el regreso del Conde le hizo olvidar esos pensamientos que la desasosegaban, aunque a pesar de decirse que no debía hacerse más preguntas al respecto, algo en el fondo de su corazón la llamaba a acudir de nuevo a la Cueva de Fingal.

Esta vez no pidió a sus doncellas que la acompañasen, pues no quería que volvieran a sufrir los terrores que habían padecido en la primera visita. Fue sola, a caballo, poco después de la medianoche, cuando el castillo estaba en silencio y dormían todos sus moradores, salvo el vampiro, que era quien en realidad dirigía los pensamientos y los pasos de Margaret. Estaba sediento de la sangre de Margaret, ansioso por inmolarla lentamente, sabedor del amor inconmensurable que la virginal dama sentía por él; estaba deseoso de pagar el infernal tributo exigido por Belcebú, su único amor verdadero. Sólo así, además, podría salvarse de quedar reducido a la nada. Pero antes era preciso desposarla, pues las órdenes recibidas eran muy precisas a este aspecto, negándole la posesión de Lady Margaret si no había contraído nupcias con ella, pues al hacerlo cometería sacrilegio. Por eso la contemplaba siempre con

ansia maliciosa, lo que tomaba la dulcísima joven por una manifestación de amor. Aquella noche, no contento con dirigir sus pensamientos y sus pasos, temeroso de que algo pudiera distraerla y apartarla del camino, la siguió a distancia, bajo el negro cielo de la noche. Pero de súbito, alzó los ojos al negro cielo, que poseía empero una luz ignota, y no pudo resistirse a una sensación extraña, que le hacía pesados los párpados, que le obligó a cerrar los ojos y que acabó sumiéndole en un sueño profundo.

Margaret, con el corazón agitado y sin resuello, llegó al fin a la cueva, asomándose a la entrada. Todo era oscuridad, de modo que tuvo que gatear sobre manos y rodillas para no tropezar y caerse. Entonces rugió el trueno y se dejó sentir la tormenta, aunque no tan violentamente como la primera vez. Otra vez volvió a oír aquella música tan armónica. Y pronto se le aparecieron los espíritus de la tormenta y el aire. La hermosa, la inocente y noble virgen, toda virtud y benevolencia, logró de ellos, entonces, algo impensable como lo fue que se enternecieran al contemplarla en todo el esplendor maravilloso de su hermosura, y hasta Uno decidió que tan mística presencia como la de Lady Margaret ameritaba de la salvación, por lo que decidió prestarle ayuda. En realidad no podía derogar el decreto de Belcebú ni poseía poder sobre los vampiros, que atienden sólo al diablo, pero sí podía, al menos, informar a la virginal Margaret del peligro que se cernía sobre ella. Ariel, naturalmente, estuvo de acuerdo. Y así, descorrieron ambos la cortina de cebellina para que viese al verdadero Ruthven, yaciente en el campo de batalla. Lady Margaret lo vio herido, sangrando; lo vio en sus últimos estertores; lo vio, poco después, exhalar el último suspiro.

Ya era cadáver. Sólo un cadáver. Y vio también cómo algo parecido a un esqueleto, entre la neblina, se acercaba a él y lo reanimaba.

Margaret conocía bien las antiguas tradiciones que hablan de los vampiros, pero no podía dar crédito a lo que le mostraban sus ojos. ¿A qué venía todo aquello? ¿Qué pretendían los espíritus de la tormenta y del aire? Ruthven, su amado Ruthven, no podía ser un vampiro, los vampiros sólo son personajes fabulosos, necesarios para urdir los cuentos. Y alguien como ella no podía consentir en la superstición. Regresó rauda al castillo, pero no pudo dormir en lo que restaba de noche, herida por un sentimiento de disgusto, ya que no acertaba a comprender las intenciones de los espíritus. Cuando amanecía, sin embargo, olvidó lo que le habían mostrado los espíritus de la tormenta y el aire, quedando de nuevo fascinada ante la presencia del vampiro. Llegó a pensar, incluso, que no había estado de verdad en la cueva, que Uno y Ariel se le habían aparecido en sueños. Ocurre a menudo que, al margen de toda evidencia, actuamos en virtud de nuestras propias inclinaciones.

Los pérfidos hálitos de la noche, la fría brisa, la mórbida magia de la cueva, causaron sin embargo fatiga y agitación en la noble virgen, lo que le ocasionó fiebre por la que tuvo que recluirse en sus aposentos durante varios días. Hubo de aplazarse la ceremonia nupcial. El vampiro se impacientaba y, apenas mostró Lady Margaret síntomas de recuperación, la urgió para que se casaran cuanto antes. Tanta insistencia

llegó a parecer indecorosa al buen barón, que no comprendía cómo un joven tan educado y cortés podía mostrarse así de desagradable, pero lo atribuyó a la ardorosa pasión que es consustancial a la juventud.

Robert, por su parte, mucho mejor lector que guerrero, era todo un maestro en el conocimiento de las tradiciones populares de su tierra y además no lograba recuperarse de la fuerte impresión que le había causado ver a Ruthven, al que recordaba tan muerto como su abuelo. Una y otra vez se decía que era del todo imposible que un hombre con heridas tales como las que observó en el cuerpo del joven Conde pudiera recuperar la salud.

«Juro por la Santa Cruz que lo vi muerto —repetía para sí—; yo no hubiera podido revivir con heridas tales para desposar a mi amada Effie. Este Ruthven es un vampiro y esta luna es la que anhelan esos malditos para hacer sus sacrificios, de ahí que se muestre así de impaciente por desposar a mi joven señora… ¿Pero qué puedo hacer? Si hablo de mis temores, mi padre y los demás criados volverán a reírse, incluso me ridiculizarán; cualquier cosa que diga hará que me llamen Robert el cazador de vampiros. Pero no por eso he de olvidar mis obligaciones de buen sirviente. ¡Que se rían de mí, si quieren! Diré al barón todo lo que sé de su huésped. Que resuelva él este asunto como quiera hacerlo, que yo al menos habré tranquilizado mi conciencia».

Robert nunca daba la espalda a sus obligaciones, pero decir a Lord Ronald lo que sabía podría convertirlo en objeto de la venganza del vampiro, si a su señor también le entraba la risa y se lo contaba al maldito.

No obstante, podía más en él su sentido del deber. Se procuró un vaso repleto de un cordial, llenó de cerveza un cuerno, bebió abundantemente y eso le hizo sentir que su espíritu se henchía, que el miedo se le iba. El barón paseaba por los jardines del castillo, como tenía por costumbre hacerlo antes de irse a dormir; mientras, la virginal Margaret deleitaba a su vil prometido tocando el piano.

Robert contó al barón cuanto sabía, con mucha excitación, atropellándose al hablar. El barón, sin embargo, dando muestras de una paciencia infinita, escuchó cuanto le decía su criado, pidiéndole incluso que le repitiese cosas que no había entendido bien.

—Es ciertamente extraño, muy extraño —dijo el buen Lord Ronald cuando Robert concluyó—. En los últimos tiempos he visto a varias personas llegadas de Flandes y ninguna de ellas ha oído nada acerca de que unos campesinos salvaran al Conde de Marsden… Ese tipo de cosas se saben pronto, pues se extienden como el fuego.

—Observe usted, mi señor, que ese hombre nunca asiste a misa, ni reza —añadió Robert—, como lo haría un guerrero, un buen cristiano… Tampoco se echa sal en la comida. Y está a punto de alumbrarnos la luna fatal de los vampiros, y mi joven señora…

—¡Nunca será suya! —exclamó el barón—. Sólo podrá desposarla si en verdad es

el Conde de Marsden, y entonces llenaré de cerveza y de *whisky* las fuentes del castillo, y beberá todo el que quiera celebrar la boda hasta que no se tenga en pie… Pero si es el infernal vampiro que dices, todo habrá acabado para él. ¡Mi hija nunca será suya! Juro por San Andrés que no sé de quién se trata este hombre, pero igual te digo que he sufrido horribles pesadillas en las que un demonio tomaba posesión de mi casa.

El barón agradeció a Robert su fidelidad, y que velase como lo hacía por su casa y por la virginal Lady Margaret.

—Mi padre —dijo el honrado sirviente— está con usted desde que ambos eran jóvenes. Yo nací en esta casa y mi difunta madre fue la dama de compañía de su esposa, señor… No podría consentir por ello que alguien pretendiera acabar con todo esto. Serviré a la casa de Ronald hasta el fin de mis días.

Cuando el barón entró en los aposentos de su hija, atrajo su atención el grupo de gente que allí estaba. La sorpresa de Lord Ronald no hizo sino confirmar sus temores. Margaret vestía completamente de blanco y lucía brazaletes y otros adornos de plata, exquisitos todos ellos, auténticas filigranas. Ruthven vestía con gran elegancia. Y quienes allí se encontraban llevaban igualmente sus mejores galas, entre ellos el médico de la casa. El sacerdote tenía en sus manos el libro sagrado.

—Esperábamos por usted, mi querido Lord barón —dijo el vampiro—. Tengo que darle la buena nueva de que he convencido a mi amada para que nos desposemos esta misma noche, sin más dilación. Somos tan afortunados y felices, que no deben darse más aplazamientos, quiero que Lady Margaret sea mía irrevocablemente.

—No tienes nada que temer, no tienes rival —dijo el barón, alarmado pero intentando mantener la calma—. Estás seguro del amor de Margaret y tienes mi consentimiento… Pero celebrar la ceremonia como pretendes, aquí y ahora, es cosa que sentaría muy mal a mis amigos y a la servidumbre de esta casa, pues están acostumbrados a que las hijas del que ostenta el título de Señor de las Islas se casen abiertamente, con toda la pompa y ceremonia que han de tener las mujeres de su rango, haciendo gala de la tradicional hospitalidad de nuestra casa. En nombre de mis antepasados, no puedo consentir que la ceremonia nupcial se haga en privado.

Ruthven no acertaba a decir palabra, pues no cedía el barón ni en su elocuencia ni en sus argumentos, sabedor de lo que le había referido Robert y guiado igualmente por sus propias sospechas. Margaret, por el contrario, infatuada por la presencia del vampiro y la ilusión de sus sentidos, pareció olvidar la dignidad que ha de ser propia de las damas decorosas y no pensaba más que en lo que de ella solicitaba su amante.

—Querido padre —dijo la virginal hermosura—, Ruthven y yo tenemos un único sentimiento, que es el del amor; no precisamos de la pompa para ser felices, sólo deseamos ser felices en nuestro doméstico retiro. Permite que nos casemos ahora, y después, si así lo deseas, celebra nuestro enlace con los criados, con nuestros vecinos, con tus amistades… Pero te digo que no quiero casarme ante todos ellos, sólo ante mis doncellas, aquí presentes.

Ruthven tomó la mano de su enamorada y le dirigió la mejor de sus sonrisas. Lady Margaret bajó los ojos y se encendieron sus mejillas. Nunca se la vio tan hermosa y cautivadora.

El barón, mientras había hablado su hija, temblaba de emoción, diciéndose que nada le importaría no celebrar el casamiento de Lady Margaret como habían celebrado el de sus hijas todos los Señores de las Islas, si no albergase la sospecha de que algo iba mal. Pero no podía sacrificar a quien más quería en el mundo. Y no quería descubrir sus sentimientos ni las sospechas que albergaba, pues si hubieran sido infundadas, ¿cómo solventar después la situación, cómo reparar el daño causado a su propia hija y a un noble guerrero? Sólo quería posponer el casamiento lo justo como para someter al pretendiente a la prueba de la luna.

—Preferiría, hija mía, preparar tu boda al menos durante un mes, para que fuese espléndida… Concédeme la satisfacción de verte casada como deseo, de darte la boda que merecen el Conde de Marsden y la hija de Ronald.

Observó el barón que, cuando habló de un mes de preparativos, el rostro del pretendiente se contrajo y sus ojos le lanzaron una mirada maligna.

—¡Eso no tiene sentido, mi querido Lord! —exclamó el pretendiente, que seguía tomando de la mano a Lady Margaret—. No es una discusión propia de dos guerreros… ¡Capellán, inicie usted la ceremonia!

El barón, soberbio entonces, quitó el libro sagrado de las manos del sacerdote y, tras enviar a Margaret con sus doncellas a una habitación contigua, acusó a Ruthven de ser un vampiro.

Aquello causó un gran resentimiento en el acusado, que se rió de las palabras dichas por el noble. También atacó la risa fuertemente a los que le escucharon decir aquello, a tal punto que el médico declaró que el barón se había vuelto loco, por lo que le condujo a sus habitaciones, donde fue atado a la cama. Eso, naturalmente, provocó mayor cólera y tristeza al buen barón, que temió que se llevara a cabo la ceremonia entonces. Ya estaba absolutamente convencido de que Ruthven era un impostor sobrenatural, un ser despreciable al que jamás hubiera aceptado en su casa.

Robert fue avisado por su padre, el viejo mayordomo, de que el barón se había vuelto loco, pues decía que el joven Conde de Marsden era un vampiro. Vio así el peligro de que se celebrara la ceremonia nupcial sin la presencia del padre, el único que hubiera podido oponerse.

—El padre no quiere que se casen, pero ellos no tienen ya por qué obedecerle, puesto que se ha vuelto loco —dijo el viejo mayordomo—. Lady Margaret estará una hora en su retiro, recobrando la compostura, y después el capellán oficiará la ceremonia.

—¿Y quién ocupará el lugar que debe tener el padre de la novia? —preguntó Robert.

—Me ha sido concedido ese honor —respondió orgulloso el viejo Alexander.

—Pues caerá sobre ti la culpa de haber entregado a Lady Margaret a un vampiro

—replicó Robert.

—¡Cállate, malnacido! —gritó Alexander—. ¡Estás igual de loco que tu señor! ¡Pobre Effie, que no sabe que va a casarse con un demente!

—Mejor estar loco que ser un vampiro sediento de sangre —dijo Robert, que abandonó la habitación en la que estaban, oyendo a sus espaldas la risa hiriente de su padre.

Robert salió en dirección al bosque, pero era una treta. Volvió pronto al castillo, por un sendero que le ofrecía cubierta para no ser visto, y entró por una puerta secreta que conocía bien, de la que tenía llave por habérsela dado tiempo atrás su señor. Una puerta por la que solía entrar cuando regresaba tarde de las fiestas y de los bailes mientras los demás lo creían dormido; antes, por supuesto, de que se prometiera con Effie, a la que juró que no volvería a darse a los vicios, por muy deliciosos que le hubieran resultado en otro tiempo. Para él, ahora, aquella llave era un auténtico tesoro.

«Esta llave me ayudará al más honesto de los propósitos; no puedo soportar que el Señor de las Islas sea cautivo en su propio castillo, pues está en posesión de todos sus sentidos a tal punto que no quiere entregar a su virginal hija a un vampiro, como se la hubiera entregado feliz al verdadero Conde de Marsden. ¿Cómo no se habrá percatado Lady Margaret de que la cara del que cree su enamorado es la cara de la muerte, de que sus ojos están muertos? Será que se halla bajo el maligno influjo de sus palabras… Juro por la Santa Cruz que no permitiré un crimen como el que aquí está a punto de suceder».

Este soliloquio concluyó cuando el fervoroso joven abrió la puerta secreta.

—¿Amigo o enemigo? —preguntó el barón al oír que alguien llamaba a la puerta de su habitación.

—¡Amigo! —dijo Robert abriendo y presentándose ante él—. Vengo a prestar a mi señor la ayuda que precisa para que esta noche no se cometa un crimen en su casa.

—No estoy loco, créeme —dijo el buen barón mientras Robert lo desataba—, pero me parece que llegaré a estarlo si ocurre lo que tememos.

—Mi señor no está más loco que yo mismo. Locos, esos que no quieren darse cuenta de lo que aquí sucede… Aprisa, señor, o de lo contrario se celebrará ese matrimonio infernal.

A Lord Ronald ya no le cabían dudas al respecto; la obstinación del vampiro en contraer nupcias aquella misma noche era evidente, pero le dolía el hecho de que su hija, siempre tierna y sumisa, deseara casarse también, aunque él no lo aceptase. ¡Cuánto había cambiado su adorada Margaret! Nunca hubiera imaginado que aceptase contraer nupcias mientras él, su buen padre, permanecía confinado. Ella había ocupado el lugar que Lady Cassandra, su amada esposa, dejó al morir en el corazón de Lord Ronald, además del que le correspondía como su única hija. No podía comprender tanta ingratitud por parte de su pequeña. Por primera vez en mucho tiempo se le llenaron los ojos de lágrimas al buen barón.

—¡Ármese de valor, mi señor! —lo animó Robert—. Si esa chusma sigue sin aceptar su autoridad, usaremos la espada… Con ella, además, sabremos si ese Ruthven está hecho de carne y sangre mortal, o no.

—Moderación, Robert, moderación —recomendó el barón cuando ya se dirigían a los aposentos de Lady Margaret.

La ceremonia estaba a punto de iniciarse; si no llegaban antes de que el sacerdote dijese las palabras sagradas, todo se habría perdido.

La entrada del Señor de las Islas causó una profunda consternación en los que allí se encontraban. Gritaron de asombro Margaret y sus doncellas, la respiración del vampiro se hizo más agitada… Lord Ronald, sin embargo, logró mantener la calma y hablar con gran comedimiento. Así, protestó solemnemente por la falta de respeto con que había sido tratado, ya que estaba en pleno uso de todos sus sentidos, y recriminó a su hija el comportamiento que demostraba, toda vez que no le había importado que fuese confinado en sus aposentos por instigación del que decía ser Conde de Marsden, cosa que tendría que probar el hombre que pretendía desposarla antes de que él, como buen padre, diera su consentimiento para que se llevara a cabo la ceremonia, pues temía que fuese un vampiro. Lady Margaret dirigió a su pretendiente una mirada llena de angustia y de ternura, comenzaron a rodar lágrimas por sus mejillas, y tuvieron que conducirla a una habitación contigua sus doncellas, pues sufrió un desvanecimiento.

—¡Padre cruel! —exclamaba—. ¿Cómo puedes creer en tan ridícula superstición? Tantas interrupciones me roban la felicidad, pues sólo podré alcanzarla si me desposo con el hombre al que amo… ¡Espíritus de la tormenta y el aire! ¿Es que os habéis conjurado contra mí?

El vampiro, mientras tanto, intentaba ganarse de nuevo la confianza y la amistad del barón, pidiéndole excusas por su comportamiento, debido, aseguraba con gran sentimiento, a la pasión amorosa en la que ardía para colmar de felicidad a Lady Margaret. Dijo también el vampiro que ninguna culpa había en la actitud del sacerdote, pues había sido llamado por él, instando al barón a hacer las paces. Y la paz fue hecha en el castillo de las islas.

Brindaron con vino; el vampiro, sabedor ya de lo que pretendía el barón, que no era sino someterlo a la prueba de la luna, dijo que no tenía inconveniente en aplazar las nupcias hasta que él, como buen padre de la novia y señor de la casa, tuviera a bien dar su consentimiento definitivo. Robert, un tanto apartado de aquella escena, bramaba lamentando lo que temía fuese candorosa credulidad de su señor.

El vampiro prefería no acrecentar las sospechas existentes contra él, para seguir viviendo en el castillo hasta conseguir sus fines. Estaba seguro del amor de Lady Margaret y confiaba en la palabra del barón, por saberlo cumplidor de la misma. Era cosa, nada más, de mantener a una distancia prudencial al propio Lord y a su criado y asistente en el campo de batalla, Robert. Por encima de todo tenía que convencer a los moradores del castillo de que era el único Conde de Marsden.

El barón, sin embargo, en contra de lo que había supuesto incluso Robert, no era tan crédulo y se mantenía alerta. Robert, por su parte, vigilaba a prudencial distancia la puerta que daba entrada a los aposentos de Lady Margaret. El vampiro, forzado a demostrar mesura en su comportamiento, no podía, empero, olvidarse del cumplimiento de las obligaciones de su estirpe maldita. Aquella misma noche, antes de que la luna se ocultara, tenía que beber la sangre de una virgen para pagar su anual tributo demoníaco. Lo haría, estaba dispuesto a ello y le sobraban malas artes para conseguirlo, vengándose además de Robert, el enemigo más peligroso del castillo, mucho más aún que el buen Señor de las Islas.

Ya le restaba muy poco tiempo al vampiro para satisfacer el tributo que debía; era obligado, pues, que se ganase el amor y la confianza de otra virginal joven, a la espera de la noche en que pudiera beber la sangre de Lady Margaret.

Decidido con todas sus fuerzas a no verse reducido a la nada, el vampiro, mientras Robert vigilaba la entrada a los aposentos de la hija de su señor, optó por la vileza de tentar a la doncella Effie. Viendo que la pobre muchacha volvía a su habitación, cansada después de velar por Lady Margaret, entró allí, se interesó por la salud de su prometida, y comenzó a decir a la doncella, con tono de mucho sentimiento, cuánto le dolía la incomprensión del señor de la casa, y que creyera en estúpidas supersticiones en las que por lo general sólo creen las viejas viudas de las aldeas, las mismas que creen en los duendes y en los espíritus del agua… La virginal muchacha lo escuchaba atónita, y en cuanto el vampiro vio en sus ojos el brillo de la aceptación y de la lástima, dijo que su belleza le había cautivado, que su inocencia era para él una suerte de encantamiento del que no podía salir, y que para alcanzar la dignidad y el rango de Lady Margaret no necesitaba otra cosa sino cambiar de vestidos y de casa, lo que él, Conde de Marsden, estaba dispuesto a concederle.

—Pero, mi señor, yo soy una ignorante, no sé tocar instrumentos musicales, ni cantar, ni bailar, ni hacer los honores a los invitados…

Las palabras de la doncella complacieron al vampiro, pues denotaban en ella la simpleza que más podía favorecer a sus arteras intenciones.

—Todo eso no tiene importancia —dijo el malvado—. Conozco a muchas damas bien educadas que podrían enseñarte todas esas cosas. Ellas te pulirían para que brillase mejor tu gracia natural, tu belleza agreste. Te pondría igualmente una dama que velase por ti en mi ausencia, y tutores… Yo mismo disfrutaría con la deliciosa tarea de educarte… Confía en mí y te convertiré en la dama de mayor rango y dignidad que hayan conocido estas tierras.

Effie adujo unas cuantas dificultades más, que a su juicio la impedían convertirse en una dama, pero el vampiro fue rebatiéndoselas una a una hasta convencerla de que, en efecto, podía ser una dama de más dignidad que la propia Lady Margaret, y prometió compensar a Robert con una buena suma de dinero por la pérdida de su amada.

Effie cedió a la tentación. No debemos reprochárselo, sin embargo, ni recriminar

su comportamiento. Téngase en cuenta que el vampiro, además de tener unos ojos que ejercían la fascinación del basilisco, sabía del uso de las palabras que más llegan al corazón de las mujeres. Y téngase en cuenta además que, si había cautivado a la joven y bien educada hija del Señor de las Islas, ¿cómo no iba a hacerse con el favor de una pobre infeliz como Effie?

Una vez obtenido el favor de la doncella, tenía el vampiro que asegurarse la pieza. La convenció de que era preciso que se unieran en matrimonio cuanto antes, pues sólo así podrían escapar de Robert, quien, celoso, de saber algo acerca de la palabra de amor que se acaban de dar, trataría por todos los medios de impedir que fuesen felices. La instó, pues, a reunirse con él en una hora, en cierto punto del bosque que rodeaba el castillo, donde él la aguardaría con un caballo para dirigirse ambos hasta un convento que estaba a unas cinco millas de distancia y pedir al sacerdote que uniera sus manos.

Claro está, no pretendía desposar a Effie, sino inmolarla en el bosque y beber la sangre de su corazón, a fin de vivir el tiempo necesario para casarse con Lady Margaret y esperar la llegada del momento propicio en que saciar en ella su sed de sangre y consumar así su venganza sobre el barón, al que odiaba por tanto como se había interpuesto en los designios diabólicos que animaban su paso por este mundo.

¡Menos mal que la pobre y confiada Effie contaba con la protección de su enamorado! Sólo gracias a eso pudo evitarse que traicionara a Robert y también a Lady Margaret.

La esperaba ya el vampiro en el lugar convenido, cuando con paso ligero salió del castillo. Pero justo en ese instante Robert pidió al barón que lo sustituyese en el puesto de vigilancia que ocupaba, para hacer él una ronda por los alrededores, lo que llevó a cabo no sin antes tomar su pistolón. Así vio a Effie dirigirse al bosque y la siguió hasta llegar al lugar donde la aguardaba el vampiro. Atónito comprobó cómo el emisario del maligno tendía su mano a la doncella y la montaba a lomos del caballo. Gritó entonces Robert instándoles a detenerse, pero el vampiro, lejos de obedecer, espoleó a su caballo. Robert apuntó con su arma y disparó. Cayó el vampiro a tierra, mortalmente herido en su esencia corporal. Robert rescató a la doncella, cuyo virginal corazón había logrado preservar. Nunca le reprocharía Robert aquella escapada con el vampiro, ni la pasión que creyó sentir por el falso Conde de Marsden. Transcurrido un corto espacio de tiempo se casaron y fue una muy bella y excelente esposa, y aunque siempre se mantuvo hermosa no consintió en ninguna tentación, pues aquella lamentable aventura le había supuesto una gran prueba, felizmente superada, contra la seducción.

Pero volvamos al vampiro… Yacía sangrando en el suelo mientras Robert llevaba a Effie al castillo, pidiéndole que nada dijera de lo que había sucedido, pues podía ocurrir que alguien pensara que había matado al verdadero Conde de Marsden. Una vez allí, contó al barón todo lo que había pasado, sorprendiéndose grandemente su señor de tales hechos, de los que a la vez se alegraba, felicitando a Robert por todo

ello, ya que comprendía que se hubiera sentido vejado, tanto como él lo estaba al conocer que quien se decía Conde de Marsden había intentado traicionar igualmente a su hija con otra mujer. Rápidamente salieron el Señor de las Islas y su fiel asistente hacia el lugar del bosque donde yacía el vampiro.

—Recuerdo ahora —dijo Robert cuando estuvieron ante el cuerpo del vampiro— aquellos momentos en Flandes, cuando retiramos del campo de batalla el cuerpo del verdadero Conde de Marsden… Pero este cuerpo ante el que estamos, mi señor, no es sino uno cualquiera al que Belcebú ha insuflado vida, el cuerpo de alguien a quien Belcebú ha concedido una segunda existencia.

El vampiro estaba muerto, pero sangraba abundantemente porque mantenía intactos sus sentidos. Declaró, sin embargo, que la vida se le acababa y que comprendía bien a Robert por haberlo matado. Dijo también que no pretendía saciar su sed de sangre con Effie, sino asustarla, sin más, para llevarla después al castillo sana y salva.

—Pues no me gustan esas bromas —dijo Robert—. Ahora pagas con tu vida todas las maldades que has hecho, y mueres solo, sin los honores con que mueren los nobles.

El falso Conde proclamó entonces, con la débil voz de los moribundos, que no era un vampiro. Acusó a Robert y al barón de haber dudado de él sin razón, pero Robert, sin prestar atención a sus protestas, le preguntó si había acudido al castillo para cumplir un cometido infernal.

—¡Para cumplir una blasfemia! —le gritó con sus últimas fuerzas, por toda respuesta, el vampiro.

El barón desenfundó entonces su espada y se la clavó en el pecho.

—Dame, señor, ese anillo con un topacio que llevas en tu dedo —le suplicó el vampiro—. Dámelo en señal de amistad, pues quiero morir sabiendo que me perdonas.

Le concedió el Señor de las Islas este último deseo, pues era hombre piadoso.

—Ahora —siguió diciendo el vampiro mientras apretaba el anillo junto a su pecho, muy cerca de donde tenía clavada la espada—, toma de nuevo el anillo y llévalo a la Cueva de Fingal. Allí lo depositarás sobre una gran piedra que hay en el lado norte de la cueva. Sólo así hallaré la paz eterna, sólo así evitarás que mi alma vague y ansíe las tentaciones de lo humano. Dejaré de existir en pocos minutos; entiérrame mañana, cuando regreses de la cueva, y no olvides hacer con este anillo lo que te pido, pues sólo así evitarás mi resurrección.

Pocos minutos después, efectivamente, exhaló el vampiro un lamento y su voz quedó tan muerta como lo estaba su cuerpo desde el momento en que recibió el disparo de Robert. El barón y su asistente se aprestaron a cumplir la última voluntad del vampiro, satisfechos no sólo por su desaparición, sino por el hecho de que muriese con la contrición con que lo haría un mortal, como si en verdad fuese el Conde de Marsden y no un vampiro. Regresaron al castillo con la intención de

dirigirse al día siguiente a la cueva, a hora temprana. Nada dijeron, sin embargo, de la muerte de Ruthven; Effie, por ello, supuso que la herida causada por el disparo de su prometido no era importante, lo que la llenó de tranquilidad, pues no quería pensar que su buen Robert había sido capaz de matar a un hombre por la espalda.

Salieron el barón y Robert del castillo apenas amaneció, ansiosos de cumplir la última voluntad del vampiro, y no menos ansiosos por acabar así con la maldición de su alma en pena.

Poco podían imaginar los dos crédulos y piadosos guerreros que no eran sino los agentes de otra indigna añagaza del vampiro, que al apretar contra su pecho aquel anillo lo convirtió en un elemento mágico al servicio de su perversión.

En realidad, aquel cuerpo, que tenía vida insuflada por un alma en pena, no podía ser destruido por una espada, siempre y cuando se dieran las condiciones que bien sabía el vampiro, tales como que el anillo fuera depositado en aquella piedra. El espíritu maligno revoloteaba en torno al cuerpo yaciente, a la espera de poder continuar así su carrera de infinitas depravaciones.

El buen Señor de las Islas y su fiel Robert encontraron sin mayor dificultad la cueva, en la que entraron no sin cierto temor, pues sabían que estaban en un lugar mágico, lo que les hacía aprensivos. Depositó Lord Ronald el anillo en la piedra, y al instante se convirtieron el oro y el topacio en una serpiente. Salieron aprisa de allí, donde todo era silencio.

Cuando se dirigían al árbol en el que habían dejado atados sus caballos, tronó una tormenta. No estaban sus caballos, a los que buscaron en vano por los alrededores. Seguían buscándolos aún cuando oyeron una voz muy dulce y armoniosa que decía:

Ariel os invita a que os marchéis aprisa,
Ariel os dice que no os quedéis
a contemplar las hórridas escenas
del fatal Hallow E'en[2].
Corred, corred y salvaos
de las tretas terribles y los cepos
que os prepara el vampiro.

—Robert —dijo el barón—, ¿has oído eso, o es que mis oídos mienten? Y antes de que Robert pudiera responderle, se dejó sentir de nuevo la misma voz, que decía:

No perdáis más tiempo
y acudid prestos a vuestra casa o
Margaret caerá definitivamente
en las garras del vampiro.

—Debemos ir cuanto antes al castillo, mi señor —dijo Robert—. Quien nos avisa es Ariel, un espíritu benigno… ¡Maldito vampiro! Ahora lo comprendo todo, mi señor… Nos ha utilizado al servicio de su maldad.

—No me asustes, por favor… Lo que dices no tiene sentido —protestó el barón—. Hemos visto muerto al falso Conde de Marsden.

—No, mi señor —replicó Robert—. El verdadero Conde murió en Flandes… Pero es cierto que parece tener más vidas que el gato negro de la bruja de Endor[3]… Pienso en cosas terribles… No perdamos más tiempo, por favor.

Pero retrasó la vuelta de ambos lo intrincado del bosque, y hubieron de acudir a toda su paciencia y a su sentido de la orientación para encontrar el camino de regreso. Ya iban por el sendero propicio cuando les salieron al paso unos hombres a caballo.

—Hola, buenos lugareños. ¿Podríais indicarnos el camino para llegar al castillo de Lord Ronald, el Señor de las Islas, como es conocido entre los más nobles caballeros?

—¿Y a qué vais allí? —preguntó el barón a quien se había dirigido a ellos—. Bien, seguidnos, también nosotros vamos allí.

—Soy Hildebrand, el hijo de la hermana de Lord Gowen. Me envía mi madre a presentar mis respetos al Señor de las Islas, quien no me ha visto desde los primeros días de mi infancia.

—¡Bienvenido! —exclamó el barón—. Tú, el hijo de mi querida Ellen… Soy tu tío, joven… Pero por una serie de circunstancias, aquí me tienes haciendo a pie el camino de vuelta a mi castillo.

—¡Qué gran suerte la mía! —dijo el joven caballero bajando de su montura para abrazar a su tío—. Mirad, traemos caballos de refresco, podéis montarlos.

Eso alegró mucho a Lord Ronald y a Robert, naturalmente. Montaron las nobles bestias que les fueron ofrecidas y partieron todos en dirección al castillo.

Hildebrand, a lo largo del camino, fue puesto al corriente por su buen tío de todo cuanto había acontecido en su casa en los últimos tiempos. Todo aquello, como no podía ser de otra manera, aterrorizó al apuesto joven, que se interesó vivamente por Lady Margaret. El joven Gowen lo conocía todo acerca de los vampiros, ya que había sido aleccionado al respecto por la Condesa, su madre, la hermana del Señor de las Islas. Por eso sabía bien que con la añagaza del anillo el vampiro pretendía asegurarse la resurrección.

Arreció entonces la tormenta, lo que les obligó a avanzar despacio en medio de aquella oscuridad sólo iluminada por los relámpagos que preceden al trueno. El joven Conde Gowen había pedido a su buen tío ir hasta el lugar donde habían dejado el cuerpo del vampiro, y cuando llegaron allí comprobaron que no estaba.

—Ya me lo suponía —dijo el Conde—. Y pronto saldrá la luna.

Entonces se dejó sentir de nuevo la dulce voz de Ariel.

Corred, corred y salvaos

de las tretas terribles y los cepos
que os prepara el vampiro.

Espolearon a sus caballos; como la tormenta amainó tras dejarse sentir la voz de Ariel, pronto llegaron a los dominios del castillo. Allí sonaba la música, oyeron perfectamente el tañido de un arpa; el *hall* estaba iluminado como en los días de las grandes recepciones y se había levantado allí un altar suntuoso. Estaba a punto de iniciarse, por tercera vez, el casamiento, lo que corrieron a impedir el barón, Robert y el Conde Gowen. Pero en cuanto Lady Margaret vio a su primo, quedó prendada. Era la otra figura que al descorrer la cortina le habían mostrado Uno y Ariel el día de su primera visita a la cueva. Se deshizo la pasión que hasta entonces había sentido por el vampiro, como la nieve se derrite bajo el imperio del sol.

El vampiro parecía adornado de fuerzas sobrenaturales, pues resistió los esfuerzos de aquellos hombres por reducirlo, y ni siquiera sus espadas parecieron atemorizarle. Luchaba contra todos asegurando que en breve, una vez los hubiese vencido, partiría con Lady Margaret, luego de desposarla ante aquel altar. Había regresado aquella tarde, diciendo que gozaba de la anuencia del barón, por lo que llevaba el anillo del noble. Rápidamente, con el contento de Lady Margaret, la servidumbre del castillo hizo los preparativos. La llegada del barón, acompañado de aquellos caballeros y de Robert, frustró una vez más las ansias de sangre virginal que tenía el vampiro.

No obstante, aquel espíritu maligno no estaba dispuesto a rendirse. Ya había herido a dentelladas y a golpes a varios de los hombres que intentaban reducirlo, y habiéndose hecho con una espada saltó al altar para defenderse mejor mientras gritaba que nadie le impediría desposar de una vez a su amada. Pero de pronto cambió la escena. Salió la luna sin que el vampiro hubiese podido pagar su tributo de sangre a Belcebú y se dejó sentir un gran trueno. Exhaló entonces aquel ser vil un grito de horror, cayó al suelo y rodó entre estertores largo rato, hasta que se mezcló con el aire sin que pudiera vérsele más. Aquello suponía el final de un ser tan depravado.

Unos meses después de ocurridos los hechos, Margaret se unía en matrimonio al Conde Gowen. Vivieron felices mucho tiempo y juntos llegaron a una edad venerable, haciendo buena la predicción de los espíritus de la Cueva de Fingal:

Pero ten en cuenta, virgen adorable,
que ya casada no habrás de conocer
un segundo lecho nupcial.

El esqueleto del conde, o La amante vampiro

Elizabeth Caroline Grey

(1798 - 1869)

Los vampiros femeninos aparecen en la literatura anglosajona de ambos lados del Atlántico durante la primera mitad del siglo XIX, empezándose a forjar de este modo el arquetipo de la *belle sans merci* que vuelve de la tumba con el objetivo de seducir/vampirizar a su prometido y/o esposo e, incluso, a cualquiera de los insensatos galanes que, en busca de un fugaz instante de pasión, tropiezan con ella. Sin embargo, el origen de las vampiras es germánico, pues la primera no-muerta en el sentido estricto del término lo encontramos en Brunhilda, la (anti)heroína de la estremecedora «*No despertéis a los muertos*» (*Lasst die Toten ruhen*), un cuento de Ernst Raupach (1784 - 1852) —célebre dramaturgo alemán, autor de la tragedia histórica en cinco actos *El rey Enzio* (1832), convertida en pieza sinfónica por Richard Wagner (1813 - 1883)— publicado en 1823 y atribuido en un principio, erróneamente, a J. Ludwick Tieck (1773 - 1853).

Pero será gracias a una mujer, Elizabeth Caroline Grey, y su relato «*El esqueleto del conde, o la amante vampiro*» (*The Skeleton Count, or the Vampire Mistress*) —según el experto Peter Haining, el primer serial de vampiros de la literatura inglesa—, donde quedarán fijadas las principales características arquetípicas de la vampira gótica. Damas de belleza etérea y, al mismo tiempo, incitante, que constituyen un peligro mortal para sus amantes; seres de aspecto frágil, de una languidez inequívocamente victoriana que esconde su verdadera naturaleza depredadora, inhumana. Una naturaleza que, no obstante, es el reflejo perverso de los arbitrarios designios de la autoridad patriarcal hacia las mujeres —relegadas a la condición de objeto erótico, de madre o de esposa decorativa y servil—, la violenta tergiversación de los impulsos lúbricos del macho. Semejante visión tenebrosa, sanguinaria, de la *femme fatale*, se perpetuará hasta el siglo XX con la ayuda del cine, que explotará la vertiente más sexual del personaje. Vertiente que, en realidad, ya abordó el escritor irlandés Joseph Sheridan Le Fanu en su famosa novela *Carmilla* (1872), en la que describía las mórbidas relaciones lésbicas entre una no-muerta y sus víctimas.

«*El esqueleto del conde, o la amante vampiro*» fue publicado en 1824 por el semanario literario *The Casket*, uno de los primeros *Penny Dreadfuls* que se especializó en grotescas historias de terror gótico. Los *Penny Dreadfuls* eran publicaciones baratas cuya popularidad en la época victoriana es equiparable, salvando las distancias, a los *bestsellers* actuales: de unas ocho páginas de extensión,

cada ejemplar iba ilustrado por dibujos espeluznantes relacionados con la historia. Hacia 1880, su éxito provocó el incremento del número de páginas, así como la incorporación de color a los grabados. Editores como Edward Lloyd, John Dicks, G. W. M. Reynolds o E. J. Brett utilizaron las nuevas tecnologías de impresión para convertir los *Penny Dreadfuls* en un fenómeno de masas, puesto que ofrecían aquello que más satisfacía a sus lectores: miedo, crimen y pasiones morbosas. Su popularidad se tradujo en una abrumadora demanda que movió grandes sumas de dinero y aupó a escritores como Thomas Peckett Prest (1810 - 1859) y James Malcom Rymer (1814 - 1881) a la categoría de verdaderos especialistas, que obtuvieron un notable reconocimiento público por parte de los consumidores de este tipo de ficciones.

Según los magros indicios históricos de que disponemos, Elizabeth Caroline Grey, dama de origen escocés nacida en Londres y nieta de una de las actrices más populares del Theatre Royal de Edimburgo, una tal A. M. Duncan —protagonista de dramas como *Is He jealous*? (1824) o *The Siege of Montgatz* (1825)—, fue una de las escritoras más prolíficas relacionadas con la industria de los *Penny Dreadfuls*. La producción miss Grey, firmada con su nombre, de manera anónima o, siguiendo la norma de la época, con un pseudónimo masculino, pudo llegar a ser tan abundante como la de sus colegas varones Peckett Prest o Malcom Rymer. Por ejemplo, entre varios eruditos sobre el tema —Montague Summers, Jon Medcraft, Helen Smith— ha existido siempre cierta polémica a la hora de esclarecer quién de los tres, Grey, Peckett Prest o Malcom Rymer, es el autor de uno de los seriales góticos más comentados de su tiempo, *Vileroy; or, The Horrors of Zindorf Castle* (1842). De cualquier forma, Elizabeth Caroline Grey sigue reclamando una revisión de su obra y de su decisivo papel en la ficción gótica popular del siglo XIX, como prueba «*El esqueleto del conde, o la amante vampiro*».

El esqueleto del conde, o La amante vampiro

(The Skeleton Count, or the Vampire Mistress)

Elizabeth Caroline Grey

El Conde Rodolph, después de sellar su impío pacto con el príncipe de las tinieblas, dejó de estudiar alquimia y de buscar el elixir de la vida, pues no sólo le había asegurado el demonio la vida eterna, sino que le había prometido dicha autoridad que quienes trataran de arrebatársela pugnarían por ello en vano y serían pasto de la derrota. No obstante, seguía interesándose en las ciencias ocultas, en la magia y en la astrología, pasando días enteros sumido en la especulación consustancial a dichas artes, así como en la referida al origen de la materia en sí y a la naturaleza del alma.

Estudiaba con gran interés a Aristóteles, a Plinio, a Lucrecio, a Josefo, a Jámblico, a Sprenger[4] y a Cardan[5], y leía también con idéntica atención a Michael Psellus[6]; pero sobre todo destacaba por su afán de comprender lo que estudiaba y por desvelar ese misterio en que las cosas generalmente se envuelven. Las revelaciones de los filósofos de la antigüedad, de los gnósticos y de los neumólogos, no hacían más que ahondar en él la duda, por lo que decidía pasar de la especulación al experimento y someter así las teorías a la inevitable comprobación práctica.

Después de haber estudiado en profundidad la anatomía del cuerpo humano, y de hacer distintas operaciones e investigaciones con el cadáver de cualquier malhechor colgado por robo o asesinato, llamó en su ayuda a dos nigromantes a los que había conocido en una hostería de la pequeña ciudad de Heidelberg, los cuales acudieron pronto a su castillo de Ravensburg. Tras consultar con ellos, decidió exhumar un cuerpo recientemente enterrado para tratar de insuflarle vida. La fórmula de los nigromantes, sin embargo, resultó en vano, pues aquel cadáver revivió durante muy poco tiempo. No cejó en su empeño, y encontró al fin, en un antiguo manuscrito griego de la biblioteca de su castillo, un manual para devolver la vida a los muertos merced a un líquido mágico para cuya destilación había que seguir unos pasos prolijamente detallados.

El Conde Rodolph obtuvo las hierbas precisas a medianoche, tal y como allí se especificaba que había de hacerse, y logró al fin la destilación requerida, de la que resultó un líquido con el color del oro, poco espeso pero muy fragante, que guardó en una redoma. Supo casi a la par de la muerte repentina de la hija de un campesino, una muchacha de singular belleza y de apenas diecisiete años, y decidió exhumar su cuerpo para probar en ella el mágico líquido obtenido. Fue a Heidelberg para solicitar de nuevo la ayuda de los dos nigromantes y con ellos regresó a Ravensburg con la intención de llevar a cabo su experimento.

A la hora solemne de la medianoche salió a escondidas del castillo, a través de una puerta secreta de la torre del lado este, y de la que sólo él tenía llave, dirigiéndose en compañía de los brujos al cementerio de la parroquia. Era una noche de luna magnífica y todos los habitantes del lugar dormían plácidamente en los brazos de Morfeo, el buen dios del sueño, por lo que el violentador de la paz de los muertos llegó al pequeño cementerio sin padecer el menor contratiempo. Dejó a los dos brujos a la espera y vigilancia, amparados en la sombra que arrojaba el muro de piedra, lo

escaló él sin dificultad pues no tenía mucha altura, y provisto como iba de pico y pala, llevando también un saco en el que ocultar el cuerpo, comenzó de inmediato a profanar la sepultura para desenterrar el cadáver. No le ofreció dificultad alguna la tierra poco antes removida, así que en muy poco tiempo llegó al ataúd de la muchacha. Lo abrió, reventando la tapa con el pico, y a su vista se mostró la muerte.

El cuerpo de la joven virgen estaba yerto en el estrecho espacio del ataúd, y hubo de recabar el Conde la ayuda de sus diabólicos acompañantes para extraerlo. Después, dejándolo al borde de la que fuera su tumba, procedieron a tapar rápidamente el hoyo, para borrar toda huella de su acto impío, y una vez lo hubieron hecho procedieron a meter a la infeliz campesina difunta en el saco. Los sacrílegos ladrones relevaban al Conde, cuando éste se cansaba de llevar el saco sobre su espalda, y así llegaron al castillo, accediendo a su interior por la puerta secreta. Una vez en el gran salón de la torre del lado este, depositaron el cadáver en el suelo, y el Conde y los dos resurreccionistas se felicitaron por el éxito del sacrilegio cometido en ese lugar, el cementerio, que el piadoso y crédulo rumor popular asocia con la oscuridad y el terror.

Encendieron después la vela de una palmatoria, que con su débil llama arrojó una luz igualmente débil y misteriosa sobre todo cuanto había en aquella estancia; la débil luz de la vela obró que el rostro de la bella muchacha muerta apareciese más pálido y fantasmagórico, lo que hizo aún más horrible que el Conde procediera a despojarla de su mortaja, sin considerar siquiera que, de conseguir devolverla a la vida, la inocente campesina no podría por menos que sentir una gran humillación al verse desnuda ante los autores del perverso experimento. Después arrastró el Conde el cadáver hasta un círculo mágico que había pintado previamente en el suelo, a instancias de los nigromantes, y lo cubrió con una sábana. En una mesa estaban las ropas de mujer que había comprado en Heidelberg, para vestir a la muchacha una vez obtenida su resucitación sanguínea.

Bertha había sido, por lo que se observaba en la contemplación de sus restos mortales, una virginal belleza de cuerpo armonioso y adorable; ningún pintor y ningún escultor hubieran permanecido impávidos ante su belleza; ningún poeta hubiera resultado insensible, al verla, a la más exquisita inspiración. En el centro de aquel círculo mágico pintado en el suelo parecía una talla en alabastro; o por decirlo mejor, una perfecta figura de cera hecha por manos de cualidades artísticas supremas. Su largo cabello negro semejaba la cola de un cuervo que hubiera puesto marco a la dulce armonía de sus facciones. Pero nada hacía olvidar que estaba muerta, por la dura palidez de su rostro, por el acerado perfil que la muerte había puesto en la férrea rigidez de su expresión.

El Conde Rodolph tomó entonces una vara mágica, cuyo extremo puso entre los senos de la muerta, y procedió a la recitación de unas palabras cabalísticas con las que los nigromantes llaman a la vida a quienes ya han yacido en el fondo de una sepultura. Una vez concluyó su impío rezo, se hizo un silencio expectante en aquel

salón de la torre. Poco después los miembros de la virginal difunta comenzaron a temblar levemente demostrando que se había dado en ella el milagro de la resucitación sanguínea. Un estremecimiento de placer recorrió al Conde al comprobar, poco después, que los ojos de la muchacha se abrían lentamente y que las negras y dilatadas pupilas le daban una mirada extraña y estólida, pero definitivamente viva.

Se convulsionaron después sus miembros, pero pronto aquellos espasmos cedieron y el movimiento fue más plácido, a tal punto que la hermosa muchacha se incorporó lentamente hasta quedar sentada en el suelo, desnuda y ofreciendo una visión salvaje y extraña que hizo pensar al Conde Rodolph si no habría resucitado a una idiota, o a una lunática peligrosa.

Supuso entonces que era el momento de hacerle tragar el mágico cordial que había obtenido siguiendo lo que se indicaba en aquel antiguo manuscrito griego, y tomó la redoma, cuyo dorado y fragante contenido obligó a beber a la infeliz criatura. Fue hacerlo, y alumbró en su cara ese rayo de gloria intelectual que ilumina al hombre para hacerlo aliado de los ángeles, y sus negros ojos cobraron expresión vivaz e inteligente, y tierna y dulce, lo que es propio en los seres más adorables. Sus níveos senos, descubiertos al caer de su cuerpo la sábana que los cubría, comenzaban a adquirir el tono rosado de la vida cálida y en plenitud. El Conde de Ravensburg no podía sino contemplarla con expresión de deleite.

A medida que volvía la vida a ella con absoluta intensidad, a medida que corría la sangre por sus venas, revivió también la modestia que siempre la había adornado, lo único que de su vida anterior se mantenía en ella, por lo que instintivamente recogió la sábana del suelo y se cubrió con ella los senos, agachó la cabeza en un gesto de pudor y quedó con los negros ojos muy abiertos y asombrados mirando al suelo. El Conde Rodolph le señaló entonces las ropas que había comprado para ella, cada vez más admirado del prodigio obtenido, y abandonó el salón en compañía de los dos nigromantes para que pudiera vestirse.

Cuando regresó allí el Conde de Ravensburg, tras despedir a los dos brujos, Bertha estaba sentada junto al fuego, ya vestida con las ropas que su reanimador le había procurado, y puede decirse que el Conde jamás había visto espécimen tan hermoso entre todas las de su sexo. Se levantó de su asiento al verlo entrar, besó sus manos, como si de un ser superior se tratase, y volvió a sentarse junto al fuego con la cabeza levemente inclinada sobre el pecho. El Conde, con expresión suave y voz queda, como si temiese asustarla, le preguntó entonces qué sensaciones experimentaba tras haber regresado de la muerte de forma tan maravillosa como extraña. Pero comprendió que la muchacha no poseía recuerdos de su vida anterior, por lo que todos sus sentimientos eran nuevos y raros, como si fuese una Eva que adquiriese conciencia de la vida sólo al verse ante su creador omnipotente. En su misterioso tránsito de la vida a la muerte, y después de la muerte a la vida, había perdido toda idea, convicciones y experiencias del pasado, todo conocimiento

previamente adquirido; era una criatura natural, una hija de la naturaleza, simple y carente de sofisticación. Era como un arbusto del bosque, con todas las percepciones e instintos de los salvajes que no han recibido educación.

La hermosa joven de largo cabello negro y de ojos no menos negros tenía ahora sonrosadas las mejillas, que parecían haber sido iluminadas por un delicado pintor de tan exquisito como era su tono, acaso sólo comparable al de algunas conchas o al de las columnas de alabastro. El joven Conde no podía por menos que sentirse fascinado ante la presencia de aquella mujer deliciosa, a la que su ciencia había devuelto una existencia prenatural; ella, por su parte, miraba al muy bien parecido Rodolph con la salvaje y a la vez tierna pasión de la humanidad en estado puro, pero también con la devoción y gratitud propias de quien súbitamente se halla frente a su creador.

Tales eran los sentimientos que crecían velozmente en su corazón hacia el único ser del que tenía conocimiento, que podría hablarse de idolatría religiosa, aunque mezclada con los poderosos sentimientos que habitan en la tierra, esos que palpitaban en el corazón de la vestal que fundó Roma, o en la virgen Shensi, elegida entre todas las mujeres del celeste imperio para convertirse en la madre de Foh encarnado.

—¡Oh, mi Bertha, gloriosa hermosura! —exclamó el enamorado Conde estrechándola entre sus brazos—. Digo que serás mía para siempre, y que yo seré a la vez tu esclavo feliz. ¡Nada hay en el mundo tan adorable como tú, bella hija del misterio!

—¡Te amo! —exclamó Bertha con una expresión tierna que hacía más límpida su mirada de ojos negros—. Te adoro, mi creador; mi alma es sólo tuya, mi corazón late por ti, mis manos sólo aspiran a tocarte, mis ojos no pueden mirarte si no es con la entrega absoluta del amor.

—¡Mi dulce, mi ingenua criatura! —exclamó el Conde de Ravensburg besando los labios de coral y las encendidas mejillas de la resucitada—. ¡Sí, amada mía, yo soy quien te ha creado, nacida eres de mí para siempre! Ya no podré vivir sin tu sonrisa.

—¡Para siempre! ¿De veras tendré la dicha de estar a tu lado para siempre? ¡Oh, deleite incomparable! ¡Te adoro, ídolo de mi corazón! —y la bella Bertha rodeó con sus blancos brazos el cuello del Conde, y lo besó en los labios, pues, en la nueva existencia que ahora disfrutaba, sus sentimientos no sabían de la morigeración y se entregaba a los impulsos con un candor parejo a su naturaleza ardiente.

—Ven, mi adorada Bertha —dijo el arrebatado Conde—, esta torre solitaria no será tu mundo; ven conmigo y acompáñame por donde vaya. Yo, tu Rodolph, digo que en adelante serás la señora del castillo de Ravensburg como eres ya la dama de mi corazón.

Enlazó el Conde con su brazo la leve cintura de la misteriosa virgen, apagó la vela de la palmatoria, y juntos abandonaron la torre del lado este del castillo, conduciéndola hasta sus aposentos, donde ambos, con las primeras luces del alba, consumaron sus deseos, si bien no brilló luminosa la antorcha de Himeneo, pues no

hubo sacerdote que bendijera aquel encuentro nupcial.

La presencia de la hermosa joven en el castillo de Ravensburg junto a Rodolph, a quien no parecía interesar la opinión que el mundo tuviera acerca de sus acciones, pasó a ser cosa de la que hablaba la servidumbre a lo largo del día; los sirvientes del Conde se mostraban harto extrañados, pues su señor jamás se había dignado siquiera a dirigir la palabra a una campesina, por muy bella que fuese, ni era hombre dado al cortejo de las mujeres, allí o en la cercana Heidelberg. La inocente Bertha, por su parte, no podía tener conciencia de lo que acontecía a su alrededor, y mucho menos de la sorpresa que causaba su presencia en el castillo, pues como criatura natural que era todo lo desconocía acerca de las intrigas y le bastaba la felicidad que sentía junto a Rodolph para que cualquier leve atisbo de inquietud le desapareciese al instante.

Cada noche, apenas caía el manto de la oscuridad sobre la tierra dormida, Rodolph y la misteriosa Bertha consumaban su ardorosa pasión hasta que se esfumaba la luna en el cielo. Pero como no poseían poderes sobrenaturales, pronto comenzó a obrarse una horrible transformación en ella, como lo fue que comenzara a perder la belleza y su lozanía, pues no en vano era un ser que había regresado a la vida tras yacer en una tumba.

Así fue que, apenas el reloj del castillo dio las doce campanadas de una noche, Bertha se alejó del cuerpo de su amado, abandonando el lecho en un estado de semiconsciencia y sin hacer ruido.

Sus mejillas estaban pálidas, sus ojos tenían otra vez aquella expresión que Rodolph había observado en ellos cuando volvía lentamente a la vida. Bertha dejó atrás el castillo y, tras merodear al principio por los alrededores, como si algo la contuviera, se dirigió finalmente al pueblo.

Allí, se detuvo ante una casa, avanzó hacia una de las ventanas y la abrió sin dificultad, pues no eran seguras y cedían fácilmente; si no hubiera ocurrido así, Bertha habría roto un cristal para introducir su mano por allí y abrir la ventana. Ya en el interior de la casa, subió de puntillas la escalera y fue hasta la habitación de una niña que dormía profundamente. Entonces la dulce Bertha se volvió violenta, con esa ferocidad propia de quienes han vuelto de la muerte y se resisten a regresar a ella, y mordió a la niña en el cuello para beber su sangre… Así consiguió mantener de nuevo inalterable su existencia contranatural.

Ése es el horrible destino de la raza de los vampiros, de cuyos misterios y secretos apenas nada sabemos. El Conde Rodolph había llevado de la tumba a su lecho a un vampiro.

La niña despertó llorando, tras ser mordida por el vampiro, y su padre corrió desde la habitación contigua para consolarla, pero a nadie vio porque Bertha, rauda, abandonó la casa en cuanto se hubo saciado con la sangre de la pequeña. El campesino encontró a su hija aterida y asustada, le vio un poco de sangre en el cuello, aunque no sufría heridas mayores, y salió de la casa enarbolando su hacha y su escopeta en busca del asaltante.

—¡Un vampiro! —gritó el campesino, pálido de horror, mientras acertaba a ver, bajo la luz de la luna, que una silueta de mujer huía velozmente hasta perderse más allá de las lindes del pueblo, en dirección al río.

Pero el campesino siguió a Bertha, aunque parecía volar la vampiro, y cuando la tuvo a tiro, a punto ella de alcanzar la ribera del río, disparó su escopeta. El tiro hizo eco a lo largo del Rhin, y Bertha gritó lastimeramente al sentir cómo la bala le atravesaba la espalda. Volvió el campesino a su casa, satisfecho por haber alcanzado al vampiro y después de ver cómo su cuerpo flotaba en las aguas del río, que parecían blancas a la luz de la luna.

Fue en una noche de luna llena que derramaba su luz perlada sobre el pintoresco escenario por donde discurre el Rhin, una visión bellísima y acorde con esas históricas reminiscencias del río, que tantas asociaciones legendarias sugieren. En la otra margen del río, a veces en penumbra cuando las nubes ocultaban brevemente la cara de la luna, se alzaba el castillo. Y el cuerpo del vampiro flotaba a merced de la corriente, que ya lo había llevado río abajo, a cierta distancia.

Pero he aquí que aconteció entonces algo extraordinario; he aquí que sucedió otra fase en la terrorífica existencia de la amante vampiro del Conde. Cuando bajo la luz de la luna su cuerpo iba río abajo, a merced de la corriente, comenzó a obrarse en ella un prodigio semejante al de la noche en que el Conde devolvió a Bertha a la vida tras decir aquellas palabras cabalísticas. Se abrieron sus ojos. Empezó a latir el corazón en su pecho. Sus brazos y sus piernas se agitaron espasmódicamente. Y emergió Bertha de las aguas, alcanzando la orilla con paso firme. Pero tenía consciencia ahora de lo que le había sucedido, por lo que sacudiéndose las ropas caladas comenzó a correr en dirección al castillo, presa del miedo.

Entró silenciosa, y siempre en puntillas se dirigió a la habitación donde dormía el Conde. Allí, tras quitarse las ropas caladas, se metió en la cama junto a su amado, tranquila ya por saberse protegida por él. Al día siguiente mostró el Conde sorpresa porque no probaba bocado, pero no le dio mayor importancia por suponer que eso era algo consustancial a las leyes que regían su extraña naturaleza.

Pero en el pueblo corrió pronto la voz de que la casa de Herman Klaus había sido asaltada de noche por un vampiro, y mordida su hija pequeña por tan horrible criatura. Durante todo el día los píos habitantes del pueblo, y los de las aldeas vecinas, fueron hasta la casa de Klaus para confortar a la familia y preguntar al padre si había logrado reconocer al vampiro. También acudió un sacerdote para dar la bendición a la pequeña Minna, una preciosa niña de ojos azules, y que así no se convirtiera en vampiro ella misma cuando le llegara el día de la muerte, pues se cree que cuando un infeliz ha sido mordido por un vampiro, inevitablemente pasa a convertirse en uno de la estirpe maldita en cuanto le llega la muerte, como rabioso se vuelve cuando le muerde un perro o un gato.

Según los términos del contrato que con el diablo había hecho el Conde Rodolph, y que entraría en vigor siete días después de la noche en que Bertha fue tiroteada por

el padre de Minna, una proximidad que angustiaba al Conde, sufriría una horrible transformación nocturna. Sabía que era imposible ocultárselo a su amada, lo que hizo que se apresurase a confesarle el pacto sellado con el maligno a fin de obtener la inmortalidad, algo, empero, que debería ser desconocido por el resto del mundo. Por eso, cuando llegó la víspera del séptimo día, angustiado y tembloroso, se decidió al fin a referir a Bertha su acuerdo con Lucifer.

—Bertha —comenzó a decir el Conde en tono solemne—, tengo que confesarte algo terrible, un secreto espantoso… Pero júrame antes que jamás lo divulgarás…

—Te lo juro —dijo ella.

—Bien, entonces —siguió diciendo el Conde en un tono de voz bajo y angustiado, casi en un susurro—, debes saber que, en virtud de un trato que he hecho con el demonio, disfrutaré de vida eterna y juventud plena, un regalo a todas luces tan maravilloso como infernal, pero sólo bajo la condición de que a partir de mañana, apenas comience la noche… La verdad, amada mía, es que me da miedo decírtelo… Temo horrorizarte.

—No temas, mi amado Rodolph —lo animó su bella amante rodeándole el cuello con los brazos—; tu Bertha jamás te traicionará, hagas lo que hagas, pues su alma te pertenece enteramente. Nunca podría agradecerte el inmenso bien que me has dado… La mía es una existencia extraña, lo sé; una existencia que te debo enteramente. No somos como el resto de los mortales, por lo que en nada has de temer.

—Entonces prepárate a oír la confesión más espantosa que pudiera hacerte alguien, amada Bertha —dijo el Conde de Ravensburg—. Cada noche de mi existencia futura, a la hora en que el sol se ponga, quedaré despojado de mi carne y de mi piel para convertirme en un esqueleto hasta que amanezca el día siguiente. Te recuerdo, mi querida Bertha, que nadie ha de saberlo…

—Así será, mi amado y valiente Rodolph —dijo Bertha con una extraña expresión de felicidad en la mirada, pues se dio cuenta de que, merced al trato revelado, su amado no podría percatarse de sus ausencias nocturnas en busca de sangre propicia—. No habrá ojos, salvo los míos, que observen tu metamorfosis, y ten por seguro que sabré cuidar de ti hasta que con el nuevo día recuperes la piel y la carne.

—¡Gracias, Bertha, mi único amor verdadero! —exclamó el Conde abrazándola con auténtica pasión desbordada—. Aguardaremos juntos, pues, la hora en que abandone mi envoltura mortal… Vayamos a nuestra habitación, amada mía, y vigila para que nadie llegue a nuestra puerta cuando eso ocurra.

Bertha y su amado se dirigieron a la habitación en la que convivían, y cuando las luces del día comenzaron a desvanecerse por el horizonte, muertos los esplendores del sol por el oeste, el Conde Rodolph se convirtió súbitamente en un esqueleto, cayendo abatido en la cama. Bertha contempló impasible la hórrida transformación, y yació junto al esqueleto del Conde hasta que fue la medianoche. El secreto de su amado no le produjo la menor repugnancia, incluso se encontraba tan bien a su lado

como cuando tenía toda su envoltura carnal y enamorada, y así estuvo hasta que el gran reloj del castillo dio las doce horas de la noche con su potente lengua de hierro. Entonces se levantó para cerrar con llave la puerta de la habitación del Conde, a fin de que ningún ojo humano pudiera percatarse de lo que sucedía, y salió rauda y silenciosa del castillo para saciar su diabólico apetito de sangre.

Lucía alta la luna en el cielo aquella noche de horrores y misterios, dejando caer su luz plateada contra la ventana de la habitación de Theresa Delmar, una de las más adorables vírgenes del pueblo de Ravensburg, desvelando la nívea blancura de su cuello, sus delicados hombros, sus cabellos de oro derramados sobre la almohada… Las pestañas de seda negra cerraban sus hermosos ojos azules y su magnífico busto subía y bajaba lentamente merced a la plácida respiración con que dormía. Reinaba el silencio en la casa; reinaba también el silencio en el pueblo, sólo alterado de cuando en cuando por el ladrido de un perro.

Poco después un ruido leve en la ventana anunciaba que alguien había entrado en la habitación de la virginal Theresa, y sobre la cama de la durmiente ya no derramó su luz de plata la luna, pues la sombra de un cuerpo de mujer se acercaba lentamente a ella. Theresa se había agitado levemente en su lecho, acaso por oír en sueños el ruido en la ventana, pero como dormía plácidamente, sin padecer cualquier pesadilla, no se despertó.

Cautelosa y lenta, con leves pasos, la visitante llegó hasta la cama, y la sombra cubrió por completo el cuerpo de la bella virgen. La vampiro retiró lentamente el cabello dorado de Theresa Delmar, recorrió con los labios sus hombros, se detuvo con deleite en su cuello, y brutalmente rasgó la blanca piel de la bella con sus dientes, procediendo a chuparle el fluido vital de su cuerpo, dispuesta a dejarla exhausta y al borde de la muerte para salvar su vida.

No despertó Theresa a pesar del ataque, pues la herida hecha en su cuello por los dientes de Bertha era apenas mayor que la dejada por una sanguijuela en la piel, y la vampiro pudo succionarle así la sangre de las venas durante mucho tiempo. Pareció despertarse al cabo Theresa, pero quizá su movimiento, que alertó a la vampiro, fue debido sólo a una leve alteración de su sueño… Bertha siguió succionándole la sangre aún más tiempo, con deleite extraordinario a pesar de que ya se había satisfecho cuanto le era preciso, y entonces sí despertó la bella Theresa con el horror fácil de suponer al ver sobre sí a la criatura que no mucho antes había atacado en su cama a Minna Klaus, y a la que el padre de la niña había creído dar muerte.

Aterrada por la fiera mirada de la vampiro, Theresa no pudo ni gritar durante unos instantes. Pero sintiendo que aquella noche podían concluir sus días, alertada por sus nervios, que la llamaban a revelarse contra el ataque que sufría, extrajo de sí las pocas fuerzas que le quedaban y lanzó al fin un grito aterrador. No obstante, la horrible criatura volvió a succionar su sangre, que por haber gritado Theresa manaba con mayor abundancia, palpitantes sus venas y su corazón estremecido. Sólo cuando oyó pasos acercándose a la habitación de Theresa, dejó de succionarle la sangre, dando así

fin a su impío banquete. Se dirigió entonces a la ventana abierta y escapó velozmente. Theresa yacía desmayada en su lecho.

—¿Qué ocurre, Theresa? ¡Abre la puerta! —gritaban sus aterrados padres, pero no recibían respuesta.

Entonces el padre derribó la puerta, y él y su esposa se abalanzaron sobre la cama, para atender a su hija que yacía insensible, con manchas de sangre en el cuello y en el pecho… Y observaron que la ventana estaba abierta.

—¡El vampiro ha resucitado para atacar a nuestra hija! —gritó la madre—. ¡Mira la sangre en su cuello! ¡Corre a atrapar a ese monstruo, Delmar!

—¡Oh, madre! —dijo entonces Theresa recobrando el sentido—. ¿Dónde estoy? ¿Se ha ido ya? —preguntó mirando aterrorizada a un lado y a otro.

—Sí, ya se ha ido, cariño —respondió su madre—. ¿Cómo era?

—Sí, cómo era —insistió el viejo Delmar—. Quizá no sea el mismo vampiro al que disparó Klaus…

—Sí, es el mismo —dijo Theresa—. Es una mujer muy joven, se parece mucho a Bertha Kurtel.

—¡Virgen santa! —exclamó la madre, santiguándose—. ¡Es horrible! Bertha Kurtel se ha convertido en un vampiro… Sale de su tumba para atacar a nuestra Theresa…

El viejo Delmar se vistió aprisa, tomó un hacha y salió en busca de Klaus y otros, para formar una partida y perseguir a la vampiro. Pocos minutos después nadie dormía. Unos veinte hombres comenzaban a recorrer el pueblo y los alrededores armados con lo que tenían a mano.

Se dirigieron al río, y en las márgenes golpearon cuanto matojo había, pero sólo para regresar a sus casas con las primeras luces del día y sin haber hallado rastro de la diabólica criatura. Delmar y su esposa buscaron otras heridas en el cuerpo de su hija, pero como nada tenía salvo los mordiscos en el cuello, la alimentaron bien para que recuperase la sangre perdida.

Como es natural, la inquietud crecía por momentos entre los habitantes del pueblo. Grupos de hombres patrullaban sin tregua las estrechas calles y rastreaban los alrededores de la casa de Delmar, hablando en voz muy queda, profundamente aterrorizados todos ante el peligro de que volvieran a recibir la visita del vampiro.

—Sería terrible que una muchacha tan bella como Theresa Delmar se convirtiera también en vampiro —dijo uno—. ¿Y quién sabe lo que puede pasar ahora que ha sido mordida por una de esas malditas criaturas?

—Y la pobre Minna Klaus —dijo otro.

—Y aún no sabemos cuántas más pueden ser atacadas…

—Hemos de acabar con esto —dijo uno más—. He oído decir al padre Ambrose que sobre todo chupan la sangre de los niños y de las muchachas.

—Theresa ha dicho que el vampiro que la atacó era Bertha Kurtel —se atrevió a levantar la voz otro de aquellos hombres.

—¡Bertha Kurtel! —dijo el joven que la había amado en vida—. ¡Un vampiro! ¡Eso es imposible!

—Eso es fácil de comprobar —dijo con su voz potente el herrero del pueblo—. Vayamos a la tumba de Bertha Kurtel y abramos su ataúd…

—Yo lo haría, pero siento pena por sus padres —dijo el viejo Delmar—. Aunque a mí también me gustaría saber dónde está Bertha…

—¡Pena! —dijo el herrero en tono sarcástico—. ¿Crees que los demás no tenemos sentimientos? Pero hemos de velar, ante todo, por nuestras mujeres y nuestros hijos… ¡No queremos que un vampiro los ataque, ni que se conviertan ellos en vampiros!

—Hay algo extraño en todo esto —observó Delmar llevándose las manos a la cabeza con gesto de honda perplejidad.

—Yo voy, si alguien viene conmigo —dijo Herman Klaus.

—Aquí me tienes —se ofreció el herrero mirando a su alrededor—. ¿Quién más viene al cementerio para comprobar si Bertha Kurtel está o no en su ataúd?

Varios hombres se sumaron al herrero, que encabezó la marcha en dirección al pequeño cementerio parroquial. Una vez llegaron, el herrero comenzó a cavar la tierra con una pala. Los demás estaban en absoluto silencio, con expresión de pavor.

Cuando llegó al ataúd, abrió el herrero la tapa utilizando la pala.

—Lo sabía desde que comencé a cavar —dijo—. La tierra ha sido removida y el ataúd está vacío… ¡Mirad!

—¡Es verdad! —dijo Herman Klaus.

—Ya no hay duda de que Bertha es el vampiro que ha chupado la sangre a Theresa Delmar y a la pequeña Minna Klaus —añadió el herrero con gesto triunfal, mirando satisfecho a quienes le acompañaban.

—¿Pero dónde está ahora mismo? Ésa es la cuestión —observó Herman Klaus.

—Investiguemos —respondió el herrero—. Mantengámonos en alerta; sólo así podremos descubrir al vampiro y capturarlo. Después lo quemaremos, o atravesaremos su corazón con una estaca… Dicen que sólo así se evita que esas criaturas revivan.

Regresó el grupo de hombres al pueblo y grande fue el dolor de los Kurtel cuando les dijeron que su querida hija se había convertido en un vampiro, como grande fue la tristeza que embargó al joven que había estado enamorado de Bertha en vida al confirmarse las sospechas de Theresa Delmar. Nadie pudo volver a sus ocupaciones durante el resto de la jornada, y de nada se habló que no fuera de vampiros o de hombres lobo, y de otras espantosas transformaciones de seres humanos como no las hubiera imaginado el propio Ovidio en sus *Metamorfosis*. Ya por la tarde, el venerable senescal del Conde de Ravensburg, habiendo sido informado de lo que ocurría en el pueblo, llegó hasta la casa de los Delmar para cursarles visita y enterarse de los pormenores de lo sucedido, dirigiéndose después a la casa de Herman Klaus… Supo así que comenzaba a propagarse el rumor de que el vampiro quizá habitara en el castillo de Ravensburg.

El viejo senescal, por su parte, hizo a Delmar y a Klaus la confidencia de que, en efecto, a la mañana siguiente del entierro de Bertha Kurtel, se vio en el castillo del Conde a una joven muy parecida a la difunta, que desde entonces vivía allí como amante de Rodolph, su señor. Añadió que nadie sabía bien quién era, ni de dónde venía, y que lo sucedido en el pueblo había alertado a la servidumbre del castillo, que comenzaba a sospechar también que la joven dama a la que veían siempre en compañía del Conde era Bertha Kurtel, un vampiro. Por último, el hecho de que no comiera a pesar de los manjares que le eran servidos, había alertado especialmente al senescal, motivo por el que acudió al pueblo para informarse de lo que había sucedido. Tras hablar con Delmar y Klaus ya no le quedaban dudas acerca de si la amante de su señor era o no un vampiro. Y a la vez, las revelaciones hechas por el viejo mayordomo a los padres de las atacadas excitó sobremanera la ira de los moradores del pueblo.

Pronto creció como el fuego la hostilidad hacia el Conde; en menos de la mitad de una hora, más de cien hombres armados con lo más inimaginable iniciaron una marcha en dirección al castillo, profiriendo gritos de odio contra el vampiro.

El Conde Rodolph y su bella amante se hallaban sentados ante un ventanal que les ofrecía una panorámica excelente del camino que llevaba del pueblo al castillo. Las blancas manos de Bertha tomaban entre las suyas las del Conde enamorado mientras se decían tiernas palabras de amor, cuando atrajo su atención el clamor de la turba que se dirigía hacia el castillo, aún a cierta distancia.

—¿Qué significa esto? —se preguntó extrañado el Conde.

—Oh, es lo que me temía —dijo Bertha, palideciendo y entrelazando las manos con gesto de pavor—. En el pueblo se dice desde hace mucho tiempo que eres un nigromante, por los estudios que haces… Mi amado Rodolph, vienen a asaltar el castillo y a matarnos.

—Te juro que nada te pasará, amor mío —dijo el Conde—, pero démosles una cálida bienvenida… ¡Bien! De manera que esa turba amenaza el castillo. ¡Pues cerraremos las puertas y las trancaremos! ¡Y llamaré a los hombres de mi guardia para que se apresten a la defensa!

—Ya se acerca la hora de la puesta del sol —le previno Bertha mirándole dulcemente.

—Ve tú a nuestros aposentos, amada mía, y aguarda allí a que todo haya pasado —dijo Rodolph—. No temas por mí; mi pacto con el diablo me ha hecho inmortal, no puedo perder la vida; no hay espada capaz de arrebatármela. Y si se produce mi transformación en esqueleto mientras aún libre batalla contra esa gente hostil, mejor…

Seguro que al verme salen huyendo y no vuelven a osar jamás aproximarse al castillo. Pero acaso tengamos que irnos después a otro país, donde nadie nos conozca.

Bertha se abrazó al Conde y se marchó luego a sus aposentos. La guardia de Rodolph se dispuso a repeler el ataque de los campesinos insurgentes, que seguían su

marcha lanzando salvajes gritos contra la vampiro, una guardia capitaneada por el propio Conde.

—¡Muerte al vampiro! —clamaba la multitud cuando ya estaba a las puertas del castillo.

Poco después, el herrero las golpeaba con su martillo.

Tomó el Conde un arcabuz y abrió fuego contra los campesinos, muchos de los cuales portaban armas de fuego. Uno de ellos cayó herido, lo que irritó aún más a la turba; llovieron entonces contra el castillo tiros, piedras, flechas… Seguía el herrero empeñado en derribar la puerta a martillazos, ayudado por varios hombres que descargaban allí sus golpes de hacha.

El Conde Rodolph, creyéndose invulnerable merced a su pacto con Lucifer, no se acobardaba ni veía el peligro, aunque los pocos hombres de su guardia apenas podían hacer frente al ataque furibundo de los campesinos. Pero eso no le impidió considerar, aun cuando se hallaba en pleno combate, si la resucitación que había obtenido en el cuerpo de su amada Bertha no habría sido infernal. Aquellos campesinos pedían la muerte del vampiro… ¿Sería ella, su amada, la luz de su vida, un ser semejante? ¿Sería ella una criatura nacida de la aberración? ¿Y si Bertha necesitara para vivir la sangre de aquéllos entre los que había crecido? Pero rechazó decididamente todos esos pensamientos y combatió aún con más violencia contra los asaltantes de su castillo.

—¡Muerte al vampiro! —seguían gritando aquellos campesinos que al cabo consiguieron derribar la puerta del castillo y entraron en tumulto, disparando sus armas quienes las llevaban de fuego.

Parecían imbatibles, a pesar de los disparos de arcabuz que recibían de la guardia del Conde y de éste mismo. Dominaban ya el castillo los asaltantes, comenzaban a rendirse varios de los hombres que lo defendían, y el Conde Rodolph vio llegado el momento de luchar de modo que nadie dudase de su poder, convencido de que su pacto diabólico le mantendría a salvo. Desenvainó su espada y, llamando a los pocos fieles que aún le quedaban dispuestos al combate, hizo frente al grupo de campesinos que pretendían entrar en los salones del castillo. Bien sabía que la inminente puesta del sol obraría su hórrida metamorfosis, y pensaba, por ello, que apenas lo vieran convertirse en esqueleto huirían despavoridos los asaltantes. Así, en cuanto el gran disco del sol comenzó a ocultarse por el horizonte, en medio del fragor de la batalla que se libraba en el patio del castillo, se produjo en el Conde el diabólico cambio, rebotando en los huesos de su esqueleto las flechas que algunos de los asaltantes le lanzaban y los espadazos que dos o tres de ellos le tiraron.

—¡Esto ha de ser cosa de Satán! ¡Es un brujo! —gritó el herrero, convertido en capitán de aquella turba, y enarbolando su martillo gritó—: ¡Adelante, amigos, acabemos de una vez por todas con el vampiro!

—¡Muerte al vampiro! —gritaron con bríos renovados los campesinos, que no parecían en su mayor parte impresionados por la transformación del Conde en

esqueleto.

Tanto era así, que rendidos los pocos hombres de la guardia de Rodolph que aún no lo habían hecho, al ver a su señor convertido en esqueleto yaciente, los asaltantes entraron en las dependencias del castillo y comenzaron a recorrer sus estancias y habitaciones en busca del vampiro. Bertha, aterrorizada, iba de un lado a otro, hasta que ya no pudo esconderse, pues todo lo dominaban los campesinos.

La encontraron en la torreta donde el Conde había obrado el sacrílego milagro de devolverla a la vida. Se había encerrado allí con llave, pero ¿qué puede hacer eso ante una turba decidida a matar para poder vivir, una turba animada por el deseo de venganza y la rabia desatada? Apenas cedió la puerta de la torre, entraron varios hombres donde se encontraba Bertha, que los miró aterrada.

—¡Aquí está el vampiro, miradla! —gritó el herrero.

A pesar de sus súplicas, a pesar de que pedía clemencia, Bertha fue rápidamente, brutalmente apresada, y arrastrada fuera de la torre. Uno de aquellos hombres, tomándola por sus negros cabellos revueltos, la llevó al patio del castillo.

—¡Pide clemencia! ¿Qué clemencia podríamos tener con un vampiro? —se decían entre sí los campesinos.

La aterrada criatura observó que comenzaba a salir humo del castillo, que olía a madera quemada. Varios de aquellos hombres habían prendido fuego a las estancias.

—Bien, ¿y ahora qué hacemos con el vampiro? —preguntó uno de los asaltantes.

—¡Arrojémosla al Rhin! —sugirió una voz.

—¡Colguémosla y disparemos contra ella! —dijo otra voz.

—¿Y de qué servirá hacer eso? —preguntó uno más—. Hay que hacer las cosas debidamente. Nada, salvo el fuego o una estaca que la parta por la mitad, acabará con ella… ¡Llevémosla al castillo y que se queme hasta que no sea más que un montón de ceniza!

—¡Sí, sí, quememos al vampiro! —gritó la multitud.

—Yo os digo que no —intervino entonces el herrero—. Hemos de llevarla al cementerio donde recibió tierra, hemos de meterla de nuevo en su ataúd y atravesarla allí con una estaca, para que no pueda salir nunca más.

Todos aceptaron la propuesta del colérico herrero, y la infeliz Bertha, más muerta que viva, fue arrastrada de los cabellos hasta el cementerio, recibiendo los golpes que durante el camino descargaban sobre ella los campesinos. A lo lejos se veía ya cómo las llamas devoraban el castillo, envolviendo sus lenguas de fuego las altas torres poco antes imponentes. En pocas horas no quedarían más que los muros ennegrecidos.

Bertha Kurtel fue rápidamente arrojada a su ataúd, entre las risas y los insultos de quienes en otro tiempo, cuando fue una dulce muchacha, la habían querido.

Alguien había dispuesto ya una estaca de madera, bien afilada. El herrero la clavó en la boca del estómago de Bertha, con toda la fuerza de la que fueron capaces sus brazos para descargar allí el peso de su poderoso martillo. Un grito estremecedor

salió de los labios de la bella vampiro y de inmediato quedó cubierta de sangre. Entre estertores, clavada en su ataúd, poco a poco fue perdiendo la vida. Después cerraron la tapa del ataúd, echaron tierra en la sepultura, y todos aquellos hombres la pisaron como si quisieran aplastarla bien, endurecerla para que nadie más pudiese removerla.

No cesaron ahí las escenas terroríficas de aquel día. Un joven que había participado en el asalto al castillo quiso saber qué había sido del esqueleto del Conde. No era tan aprensivo como los otros, que se desentendieron por completo de aquel montón de huesos, creyendo que habrían quedado reducidos a cenizas. Así, ya avanzada la noche, cuando comenzaba a extinguirse el fuego que había arrasado el castillo, salió de su casa para dirigirse hasta allí, y una vez en lo que había sido el patio del castillo avanzó cauteloso entre los escombros, en busca del esqueleto. Lo halló donde había caído, sobre el empedrado del suelo.

No supo bien qué hacer, pero algo le dijo que acaso debiera aguardar al amanecer, para ver qué ocurría, y en todo caso decidir el destino último de aquellos huesos. Le asombraba pensar que aquel esqueleto, apenas unas horas antes, había sido el poderoso, galante y apuesto Conde de Ravensburg, al que siempre había admirado.

Pasó el joven en vela las lentas horas de oscuridad. Pero en cuanto comenzó a despuntar el sol por el este, con su redondez dorada y carmesí, contemplaron los ojos del joven un espectáculo tan sorprendente que hubiera preferido estar en la compañía de más testigos, pues difícilmente podrían creerle aquéllos a quienes contara lo visto.

Lenta, solemnemente, el esqueleto se levantó y, una vez en pie, apenas en un segundo, adquirió de nuevo la forma y habitual compostura carnal del Conde Rodolph, tal y como había sido visto por última vez cuando combatía contra los asaltantes. Al joven campesino se le erizó el vello de espanto y se hizo tan agitada su respiración que creyó que se le saldría el corazón de su pecho. El Conde observó desolado la destrucción de su castillo, y con paso firme y ademán rabioso salió a través del arco donde antes estuvo la puerta, para abandonar la región.

El campesino corrió entonces hasta el pueblo como un caballo desbocado y, aunque dudaba de si sería creído, contó lo que había visto.

Puede que aquellos rudos habitantes de la región lo creyeran, pues desde aquel día la historia del esqueleto del Conde y de su amante vampiro se expandió por toda Alemania. Y es cierto que los habitantes del pueblo jamás volvieron a recibir la visita de un vampiro, pues Bertha Kurtel fue convenientemente clavada en su ataúd y Theresa Delmar y la pequeña Minna Klaus no se convirtieron en vampiros, aunque fueran mordidas por ella.

El extraño misterioso

Anónimo

Las numerosas revistas literarias de la Inglaterra del siglo XIX— *The Lady's Magazine*, *The New Monthly Magazine*, *Blackwood's Magazine*, *Marvellous* o *Fraser's Magazin*—, aparte de editar artículos filosóficos y políticos, ensayos sobre religión y estética, narraciones galantes y novelas «históricas» por entregas, abastecían la voraz demanda de los lectores ávidos de emociones fuertes publicando relatos sobre temas terroríficos, los cuales explotaban *ad nauseam* los tópicos, artificios y tramoyas del género gótico. Ello obligó a los editores, en numerosas ocasiones, a echar mano de cualquier material disponible, incluido aquel que por distintas razones no estaba firmado. La literatura de horror gótico se había convertido, a pesar de las críticas, en un artículo de consumo donde, a menudo, lo que menos importaba era la firma.

De ahí que textos tan interesantes como «*El relato del fraile*» (*The Friar's Tale*, 1792), «*La víctima*» (*The Victim*, 1831) o «*Vida más allá de la muerte*» (*Life After Death*, 1833) sean obras «sin» autor, anónimas. Hay varias razones que explican el anonimato de sus autores. En ocasiones, se trataba de escritores muy populares que salvaguardaban su prestigio artístico agazapados entre las sombras, dedicándose a la ficción gótica por razones puramente pecuniarias. Otros literatos, a su vez, efectuaban simples tareas de traducción, adaptación y/o manipulación de relatos extranjeros mayoritariamente alemanes, mientras que colegas menos innobles se dedicaban a dar forma literaria a truculentos hechos reales o a leyendas y cuentos populares que no tenían un único autor, pues pertenecían al pueblo.

Según parece, «*El extraño misterioso*», narración publicada en la revista *Odd and End* en 1860, es una traducción de una ficción alemana, también anónima, impresa por primera vez en Prusia hacia 1855. En ella aparece por primera vez Transilvania, «la tierra más allá del bosque», relacionada con una historia de vampiros de manera algo más que anecdótica, aunque dicha región rumana no le era ajena del todo a la literatura. William Shakespeare (1564 - 1616) ya cita Transilvania en su tragicomedia *Pericles, príncipe de Tiro* (1608): «*The poor Transylvanian is dead that lay with the little baggage*» (acto IV, escena II), y Alejandro Dumas (1802 - 1870) en su antología de cuentos *Les Mille et un Fantômes* (1849), incluyó el relato «*En los montes Cárpatos*», una historia de vampirismo que bien pudo servir de inspiración al anónimo autor de «*El extraño misterioso*». En lo que sí están de acuerdo algunos historiadores de la literatura fantástica, como Peter Haining, es que Bram Stoker pudo tomar nota de algunos detalles de «*El extraño misterioso*» para incorporarlos a su

Drácula, sospecha que, por otra parte, y en honor a la verdad, ninguno de los más acreditados biógrafos y/o estudiosos del escritor irlandés ha podido corroborar.

El extraño misterioso

(The Mysterious Stranger)

Anónimo

Morir, dormir.
Dormir, tal vez soñar.
Sí, ahí está el obstáculo.

Hamlet

Bóreas, ese temible viento del nordeste que en la primavera y en el otoño arrasa las bajas y espesas tierras del Adriático, y que tan peligroso resulta para los bajeles, aullaba a través de los bosques y agitaba las ramas de los viejos y nudosos robles de los Cárpatos, cuando la partida de cinco personas, tres de las cuales iban a caballo y otras dos en un carruaje tirado por dos mulas, se adentraron en el sendero de un bosque que les ofrecía protección en el ventoso abril y que permitió a los viajeros recobrar un tanto el resuello.

Acababa de anochecer y hacía frío; caía la nieve sin tregua en grandes copos. Un caballero de edad, alto y distinguido, de inequívoco aspecto aristocrático, cabalgaba al frente de la partida, tirando de las mulas.

Era austriaco, el Conde de Fahnenberg. Había heredado de su hermano una importante propiedad en los Cárpatos, y se dirigía a tomar posesión de la misma acompañado por su hija Franziska, una amiga de ésta y un sobrino de unos veinte años que se había criado junto a ella. Al lado del Conde cabalgaba este joven bien parecido, el barón Franz von Kronstein; lucía, como el Conde, un elegante sombrero con penacho de plumas, casaca de piel y finas botas de montar, la impedimenta clásica a comienzos del siglo XVII para hacer un largo viaje a caballo.

Las maneras del joven barón decían mucho acerca de su excelente carácter, amistoso y cálido, así como de su probada inteligencia; su expresión, empero, no era la propia de un joven, pues parecía mucho más maduro de lo que por su edad podría suponerse. Eso no mermaba, por lo demás, su juvenil apostura.

Cuando la caravana se adentró en el bosque de robles, el joven sobrino del Conde se acercó al carruaje tirado por las mulas para hablar con las damas que allí viajaban. Una de ellas —a quien se dirigía principalmente el barón— era extraordinariamente bella. Le caía por los hombros el cabello largo y ondulado, resaltando el óvalo perfecto de su rostro en el que destacaban los ojos, que eran brillantes como estrellas, y llenos de ingenio, de simpatía y hasta de cierto grado de picardía. Franziska von Fahnenberg atendía con amabilidad pero también con algo de distancia a su admirador, que no cesaba de preguntarle si hacía buen viaje y si precisaba de esto o de lo otro.

Ella, a pesar de las dificultades propias del viaje, del viento y de las nieves, aseguraba sentirse bien y no necesitar nada más que los otros; dijo a su primo con gesto burlón, por el contrario, que él sí parecía necesitar ayuda; y que de no ser por su padre, le ofrecería asiento a su lado en el carruaje, pues parecía aterido por la nieve y temeroso del fuerte viento. Añadió que hubiese preferido hacer el viaje a lomos de un

caballo, como ellos, pues le encantaba cabalgar sintiendo el viento de cara, incluso bajo las tormentas, lo que hacía frecuentemente colinas arriba.

Las palabras de la joven dama y, sobre todo, el tono a medias cálido y a medias sarcástico en que las dijo, parecieron extrañar al joven barón. Nada replicó en ese momento, pero fue clara su turbación merced al aire ausente con que se interesó por cómo hacía el viaje la otra dama que acompañaba a la hija del Conde, a la que apenas prestó la atención debida en un caballero como él, siempre cortés y respetuoso.

—Me parece, querida Franziska —dijo un poco después, recobrándose, pero en tono extraordinariamente amable—, que las dificultades del viaje te afectan más de lo que supones… He observado que a veces pierdes la paciencia, y tu buen humor de siempre, sobre todo conmigo, tu primo, al que tomas por un lacayo.

Franziska pareció sorprendida a su vez por lo que le decía el barón, y se aprestaba ya a darle réplica mordaz cuando se dejó sentir la voz del Conde llamando a su sobrino, que de inmediato picó espuelas para ponerse a su altura.

—Yo también creo que deberías tratarle mejor, Franziska —dijo entonces la otra dama—. No debes ser tan áspera con tu buen primo, pues parece evidente que te ama, y algún día, por ello, será tu esposo.

—¿Mi esposo? —replicó Franziska sonriendo burlona, incluso con insolencia—. Tendría que perder por completo la cabeza para considerar siquiera la idea de que pudiera ser mi esposo… ¡Por nada del mundo, Bertha! Sé bien que eso es lo que quiere mi padre, y no niego que Franz tenga algunas cualidades… Pero casarme con un afeminado… ¡Jamás!

—¡Eres injusta, no es un afeminado! —replicó su amiga—. No fue a la guerra contra los turcos, donde poca gloria hubiera conseguido, sólo porque tu padre lo llamó a su servicio, que le presta, y que te presta a ti también, con prudencia y entrega… Dices que es un afeminado porque no es presuntuoso ni vocifera como este maldito viento…

—Dirás lo que te venga en gana —atajó Franziska, molesta y obstinada—, pero el hombre que gane mi corazón no ha de ser modesto sino aguerrido; no ha de ser servicial sino déspota… Nada me molesta más que un hombre paciente, de buenas maneras, tranquilo… ¿Crees que la vida con Franz sería apasionante, crees que es capaz de sentir emociones? Siempre es el mismo, inalterable, apacible…

—Es un hombre cálido y de buen corazón, y no carece de ingenio —dijo Bertha.

—¡Un hombre cálido! ¡Bah! Y aunque así fuera… ¿crees que podría imponerse a mi genio? Yo necesito un hombre que, en cierto modo, me tiranice; mi esposo habrá de ser un hombre capaz de dominarme, un hombre capaz de hacerme sentir emociones distintas… Dices que Franz tiene ingenio… No es que quiera llevarte la contraria, pero no sé cómo puedes decir eso… No resulta tan sencillo descubrir el ingenio en alguien. De acuerdo, digamos que tienes razón. Pero si un hombre tiene ingenio, y no es capaz de demostrarlo mediante la acción, lo que es decir poniendo ese ingenio al servicio de la acción, no vale de nada, es un afeminado, un hombre

indigno de serlo… Una criatura despreciable. Un hombre de verdad puede cometer locuras, hacer muchas tonterías; puede ser incluso malvado, llegado el caso. Se le puede perdonar todo eso, pues lo hace guiado por alguna idea que le apasiona… Ahí está, por ejemplo, tu prometido, el Conde de Woislaw, del castillo de Glogau. Te ama, estaría dispuesto a desposarte de inmediato… Perdió la mano derecha en combate y, no obstante, ha ido de nuevo a hacer la guerra contra los turcos; no se escondió tras los vestidos de su Bertha; fue a combatir por sus ideales.

—Sí, perdió la mano y regresó con una cicatriz que le cruza la cara —dijo Bertha.

—Deberías considerar, sin embargo, que se apartó de la dama a la que adora para combatir valientemente, y que regresó herido pero lleno de gloria y admirado por todos —dijo Franziska—. Lo propio en un hombre de honor, en un valiente que todo lo cifra en su espada y en su escudo de armas… Franz es rico y noble, pero no me gusta, le falta todo lo demás… Y no quiero seguir hablando de esto, pues me resulta una conversación detestable… Tenlo en cuenta si de veras me aprecias, Bertha.

Franziska se recostó en el asiento del carruaje con aire incómodo y cerró los ojos fatigada, como si deseara dormir y no ser molestada.

—Este maldito viento sopla tan fuerte que nos impide avanzar más aprisa —dijo el Conde a un hombre de edad, embozado en una capa, que servía de guía a la partida.

—Quien no haya sentido soplar a Bóreas entre Sessano y Trieste no sabrá realmente cómo es este viento —dijo el guía—. Apenas se inicia el viento cae la nieve hasta formar montañas. Es un milagro que podamos seguir adelante, pues cada vez hay más nieve… Suerte que no queda mucho de viaje; de lo contrario, incluso temería por nuestras vidas.

—Una vez más, viejo Kumpan, agradezco la ayuda que nos prestas —dijo el Conde alzando la voz para dejarse oír a pesar del rugido del viento—. Nos sentimos muy seguros contigo, sabemos que harás todo cuanto puedas para evitarnos los peligros del camino.

—Puede estar seguro de ello, señor —dijo el viejo guía—. Llegaremos a medianoche, y sanos y salvos además, si no es que… —se interrumpió, detuvo su caballo y quedó como a la escucha, muy atento.

—Creo que estamos cerca de algún pueblo —intervino entonces Franz von Kronstein—, porque por encima de los alaridos del viento he oído aullar a un perro.

—No, no es un perro —dijo el viejo guía, intranquilo, mirando a uno y otro lado del sendero, espoleando de nuevo a su caballo—; no hay pueblos ni aldeas en varias millas a la redonda, salvo el castillo de Klatka, que está muy cerca de donde nos encontramos, pero permanece vacío desde hace más de un siglo. Aunque para mí que nadie lo habitó desde los días de la Creación… Ahí sigue en pie, sin embargo… Sigamos nuestro camino.

—Ese aullido parece asustarte, viejo Kumpan —dijo el Conde riéndose mientras se dejaba sentir de nuevo más largo que antes, más próximo que antes.

—No es el aullido de un perro —repitió el guía, con gesto de disgusto—. Es un lobo de cañada, de los muchos que hay por aquí… Seguro que nos acechan… Haríamos bien, caballeros, en tener prestas nuestras armas de fuego.

—¿Lobos de cañada? —pareció sorprenderse Franz.

—Al final del bosque —dijo el guía— hay un gran lago cuyas orillas están cubiertas de cañas. Allí tienen los lobos, por así decirlo, sus cuarteles; y se alimentan de grandes pájaros, de peces y de otros animales… En verano están dormidos, como atontados, y hasta un niño de doce años podría acabar con ellos; pero en cuanto vuelven los pájaros y saltan los peces en el lago, se hacen muy peligrosos, sobre todo en la noche. Y lo son mucho más aún cuando sopla Bóreas, es como si este maldito viento los poseyera hasta hacerlos enloquecer. Son tan fieros que devorarían a los hombres y a las bestias que pudieran aliarse contra ellos. Atacan y se comen incluso a los grandes osos de estas montañas, siempre salen victoriosos del combate.

Ahora aullaban varios lobos a la vez; su aullido provenía de distintos puntos. Alarmados, los tres jinetes echaron mano a sus pistolones.

—Mantengámonos cerca del carruaje —recomendó el viejo guía—, los lobos están muy cerca de nosotros.

Volvieron grupas los jinetes para situarse junto al carruaje donde viajaban Franziska y Bertha. El Conde previno a las damas, aunque tranquilizándolas, hablándoles con voz suave.

—Bien, al fin puede que vivamos una aventura interesante, ya me estaba aburriendo de este viaje tan plácido —dijo Franziska sonriendo con sus ojos chispeantes.

—¿Cómo puedes ser tan insensata? —la recriminó Bertha, que se mostraba alarmada.

—Bueno, estamos muy bien protegidas… por todo un hombre, ¿no? —replicó burlona—. ¿Acaso no va en nuestra partida el muy valiente barón y primo mío Franz?

—¡Mira! —gritó Bertha—. He visto dos pequeñas luces ahí… Y hay más… Debemos estar rodeados de gente…

—No, no, señoritas —recomendó el viejo guía—. No abran la puerta. —Y dirigiéndose al Conde y al barón—: Mantengámonos aún más cerca del carruaje, caballeros… No son luces, señorita —se dirigió de nuevo a Bertha—. Son los ojos de los lobos.

Los hombres miraron al bosque que se extendía a ambos lados del sendero nevado, para comprobar que, en efecto, cada vez se llenaba más de pequeñas luces, de pequeñas chispas que parecían flotar en el aire; eran como llamaradas amarillentas muy próximas las unas a las otras. Los caballos comenzaron a rehusar seguir, espantados; las mulas, sin embargo, permanecían tranquilas.

—Haré un disparo para que se alejen —dijo Franz, apuntando hacia donde se veían más ojos de lobo.

—¡Quieto, señor, no lo haga! —gritó el viejo Kumpan sujetando el brazo del

barón—. Si dispara, se enrabietarán aún más y nos atacarán en grupo… Tengamos las armas prestas, eso sí, por si una loba decide atacarnos, suelen ser ellas las que inician los ataques. La mataremos entonces, pues eso hará que la jauría se asuste.

Cada vez les resultaba más difícil hacer que obedecieran los caballos, y hasta las mulas comenzaron a impacientarse. Justo cuando Franz se disponía a decir algo a su prima por la ventanilla del carruaje, para tranquilizarla, una loba saltó sobre una de las mulas.

—¡Dispare, barón, rápido! —gritó el guía.

El joven caballero abrió fuego y la loba cayó muerta. Un aullido colosal y generalizado llenó el bosque.

—¡Huyamos ahora! —gritó de nuevo el viejo Kumpan—. Vayamos cuanto más aprisa podamos, pues disponemos de apenas cinco minutos antes de que se reagrupen y envalentonen de nuevo…

Ahora lloran a la loba muerta, y si están hambrientos se la comerán para recobrar fuerzas, y hasta puede que peleen disputándose los pedazos de carne… Tratemos de avanzar todo lo que nos sea posible mientras eso ocurre, estamos apenas a una hora del final del bosque… Allí, obsérvenlas, se alzan las torres del castillo de Klatka entre los árboles; el bosque es ya menos denso en esa zona.

Aunque los jinetes consiguieron dominar a sus monturas y avanzar a mayor velocidad, el carruaje, de cuyas mulas tiraba el Conde, hacía más lento su avance. Bertha lloraba asustada y hasta Franziska parecía ahora menos envalentonada, aunque hacía esfuerzos por mantenerse sonriente. Franz se mantenía muy cerca del carruaje para tranquilizarlas y presto a defenderlas de cualquier nuevo ataque de los lobos. No habían avanzado mucho, así las cosas, cuando volvieron a dejarse sentir los estremecedores aullidos de los lobos, que de nuevo se acercaban más y más a los viajeros.

—Ahí los tenemos, más fieros y numerosos que antes —dijo el guía, alarmado.

Otra vez veían sus brillantes ojos amarillos como flotando en la oscuridad del bosque, a ambos lados del sendero nevado. Amainaba la nevisca, sin embargo, y el camino se ensanchaba algo más, con lo cual percibieron entre los troncos de los árboles nevados las formas inequívocas de los lobos, que se agrupaban aquí y allá para avanzar cuanto más mejor a la altura del carruaje, a una distancia amenazante. De vez en vez se oía un aullido mucho más violento, al que respondían otros igualmente fieros. Incluso desde una mayor distancia se escuchaban aullidos dispersos, de lobos que se disponían a engrosar la jauría que acechaba a los viajeros.

La partida se hallaba entonces a unos pocos cientos de yardas del viejo castillo al que había aludido Kumpan. Parecía, al menos a la luz de la luna, magno. Cerca del castillo, que se hallaba en un relativo buen estado de conservación, estaban las ruinas de una antigua iglesia que quizá en tiempos fuera hermosa, en un llano rodeado de robles y zarzas. Tanto el castillo como la iglesia conservaban en gran parte su techumbre; el sendero que iba desde las puertas del castillo a la iglesia, rodeado de

viejos robles imponentes, sugería la esperanza de un buen refugio.

El viejo guía parecía cada vez más alarmado, incluso perplejo ante la amenaza de los lobos, a pesar de que ya sabía bien de ellos y de su imperio en aquella región.

—Estamos en peligro, señor —dijo al Conde—. Temo que los lobos nos ataquen en manada de un momento a otro, y entonces nos será imposible defendernos, son muchísimos… No tenemos más remedio que abandonar a las mulas para que se las coman y llevar a las damas a la grupa de nuestros caballos.

—Es una buena idea, a falta de otro plan mejor —dijo el Conde—. Ahí tenemos ese castillo del que nos hablaste… Entremos, cerremos bien las puertas y aguardemos la llegada del amanecer para seguir el viaje.

—¿Ahí? ¿En las ruinas de Klatka? ¡Ni amenazado por todos los lobos del mundo me metería yo en ese castillo, señor! —protestó el viejo guía—. Ni siquiera de día entraría yo, ni lo haría nadie de los que viven aquí. Ese castillo, señor, está maldito…

—¿Acaso se refugian ahí los ladrones? —preguntó Franz.

—No, es mucho peor que eso —respondió el guía.

—¡Bah, tonterías! —dijo el joven barón—. Vayamos a ese castillo, no hay tiempo que perder.

Y hacia el castillo se dirigieron. Las feroces bestias cada vez estaban más cerca de ellos, cada vez sentían más próximos sus aullidos. Llegaron al viejo y gran roble que señalaba la entrada al sendero por el cual se accedía al castillo; los lobos, como si temieran perder la presa, aullaron aún más violentamente y procedieron a aproximarse más a los viajeros; algunos iban apenas a un palmo de las patas de los caballos, que de tan asustados rebrincaban poniendo en peligro a sus jinetes; el Conde casi no podía tirar bien de las mulas, que rehusaban seguir el camino, de tanto como se veía obligado a porfiar con su caballo. Ya lo veían todo perdido, ya se sentían a merced de las fieras, ya gritaba el viejo guía que allí acabarían sus días, cuando de repente, tras del gran roble, salió un hombre alto que arrojaba al suelo una gran sombra, y que se interpuso entre la partida y sus perseguidores, abriéndose de brazos. Fue cuanto pudieron observar bajo la dudosa luz de la luna, además de que el hombre llevaba una espada al cinto y se tocaba con un sombrero de copa con plumas. Pero si aquello asombró extraordinariamente a los viajeros, mucho más asombroso les resultó lo que siguió: apenas se abrió de brazos el extraño, los lobos cesaron de inmediato su persecución y volvieron sobre las huellas que habían dejado en la nieve, mientras se dejaban sentir leves aullidos lastimeros, aullidos que habían perdido su furia.

No se dignó el extraño a echar siquiera una mirada a los viajeros, ni a decirles una palabra. Tan pronto como había aparecido se fue, después de hacer que se retirasen los lobos, en dirección al castillo. De inmediato lo perdieron de vista.

—¡El cielo ha tenido piedad de nosotros! —exclamó el viejo Kumpan mientras se santiguaba.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó el Conde con la sorpresa dibujada en su

rostro, tratando de ver por dónde se había ido.

La partida, tan atónita como en paz, siguió su camino.

El viejo guía se mostraba igual de sorprendido que los otros, y aún nervioso se acercó a las mulas para arreglar sus arreos, en desorden tras la apresurada huida.

—¿Conoces a ese hombre que tan milagrosamente nos ha librado de los lobos? —le preguntó Franz.

—¿Que si lo conozco? No, señor, jamás lo había visto por aquí —dijo el guía, muy nervioso.

—Parecía un soldado, iba armado —observó el barón—. ¿Es que habita alguien el castillo?

—No, desde hace al menos cien años —respondió el guía—. Además es un castillo maldito desde entonces, por culpa del que fue su último dueño, un hombre que cometió tropelías indecibles en estas tierras con sus hordas turcoeslavas…

—¿Y quién es ahora el dueño de ese castillo y de su bosque? —preguntó el Conde.

—Usted, mi señor —dijo Kumpan—. Hará ya unas dos horas que estamos en tierras de las que es usted el único dueño y señor… Pronto llegaremos a las lindes del bosque.

—Pues hasta ahora no hemos visto más que lobos —dijo el barón tras un silencio—. Y ya han dejado de aullar… El encuentro con ese extraño me resulta inexplicable… Quizá se trate de un cazador, y no de un soldado.

—Sí, sí, eso es —dijo el guía, asustado, mirando con aprensión a su alrededor—. Seguro que es un cazador, un hombre valiente y bueno que al vernos en peligro acudió a salvarnos… Sólo puede ser un cazador, los lobos temen a los cazadores… Los cazadores tienen un gran poder sobre los lobos, ¡que el cielo los bendiga! —y siguió después de tomar aliento—: Bien, allí acaba el bosque, muy pronto estaremos a cubierto.

Así fue. Apenas una hora después llegaba la partida a una villa excelente, sólida, la mansión que dominaba la nueva propiedad del Conde, a cuyas puertas formó la servidumbre con el mayordomo a la cabeza, para dar una muy respetuosa bienvenida a su nuevo señor y conducir a los recién llegados a unas habitaciones magníficamente amuebladas y cálidas.

Cuatro semanas después de su llegada, sucedieron unos hechos que alterarían la tranquilidad en que había transcurrido ese tiempo.

El Conde y Franz dedicaban la mayor parte del día a recorrer sus dominios y a introducir allí algunas mejoras típicamente alemanas, por lo que apenas estaban en la villa. Franziska, al principio, se dedicó a conocer a quienes vivían en los alrededores de su mansión, lo que le parecía muy romántico, algo realmente distinto a lo que era común en los dominios alemanes de su padre, en los que hasta entonces había vivido. Mostraba gran interés por todo y hacía comparaciones muy precisas entre las costumbres de un país y otro, las cuales acababan resultando indefectiblemente

críticas para con los usos alemanes. Bertha, sin embargo, sostenía siempre opiniones contrarias; se reía de su amiga y aseguraba que su gusto por las novedades y las situaciones más extrañas era lo que la llevaba a apreciar tontamente como romántico la suciedad en las paredes de las casas de los lugareños, el humo que las llenaba por tener siempre averiado el tiro de la chimenea, y hasta el poco aseo de aquellas gentes, en contra de lo que es común en Alemania. Franziska sostenía siempre sus puntos de vista, y aseguraba que cualquier pobre y sucio campesino de aquellos lares era mucho más digno y varonil que el más pintiparado príncipe austriaco.

Una vez concluyó el Conde los arreglos y mejoras que introdujo en sus posesiones con la ayuda del barón, habitó más tiempo en su espléndida villa. Franz seguía mostrando gran atención a su prima, cosa que ésta, sin embargo, recibía con poca gratitud, y no sólo eso sino que continuaba haciéndole víctima de sus burlas y estallidos de mal humor. Además, poco a poco fue esfumándose su entusiasmo primero con el lugar, que no mucho tiempo después le pareció tan aburrido como los dominios alemanes de su padre, lo que incrementó el descontento y la abulia irremediable que sentía.

Se hallaban todos reunidos un día, almorzando en el salón de la casa, que el Conde y el barón habían remozado extraordinariamente, cuando Franziska, mirando hacia el castillo, dijo:

—Me pregunto por qué desde nuestra llegada no hemos ido a ese lugar donde aquel hombre nos salvó de los lobos… Me gustaría ver de nuevo a ese extraño misterioso.

—¿Acaso quieres visitar ese castillo en ruinas, y la aún más ruinosa iglesia? —se extrañó el Conde, su padre.

—El castillo de Klatka, eso es —respondió Franziska con entusiasmo—. Deberíamos cabalgar hasta allí, seguro que a la luz del día es un lugar precioso… Ya no nieva ni hay lobos, no tenemos nada que temer.

—¡Ensillad los caballos! —ordenó de inmediato el Conde a uno de los mozos de cuadra—. Y dile al mayordomo que venga a verme.

El mayordomo, un hombre de edad, se presentó de inmediato ante su señor.

—Queremos ir a caballo hasta el castillo de Klatka —dijo el Conde—. Muy cerca de allí vivimos una curiosa aventura, la noche de nuestra llegada…

—Me lo contó el viejo Kumpan —dijo el mayordomo.

—¿Y qué nos dice usted de aquello? —inquirió el Conde.

—No sé qué decir, señor —dijo el mayordomo, negando con la cabeza—. Tenía yo veinte años cuando fui a ese castillo, y mire usted que ya tengo blancos los cabellos… Ha pasado medio siglo desde aquel día… Cientos de veces me han pedido distintas personas que los acompañe, pero nunca he querido ir a ver si está allí el demonio de Klatka.

—¿Cómo dice? ¿Un demonio? ¿A quién se refiere usted? —preguntó rápidamente Franziska, a quien se le despertó de golpe su amor por la novedad y la

aventura, dormido en los últimos tiempos.

—Bueno, la gente llama así al espíritu o al fantasma que, según es tradición, habita esas ruinas —respondió el mayordomo—. Dicen que sólo se deja ver de noche, a la luz de la luna.

—Bueno, eso es natural —apostilló Franz, sonriente—. Los fantasmas nunca salen a la luz del día; y si la luna no brilla, ¿para qué va a salir por ahí un fantasma? Seguro que no le gustará que vayan a verlo a la luz de las antorchas…

—Hay gente, sin duda muy crédula, que dice haberlo visto —continuó el mayordomo—. Incluso hay cazadores y leñadores que aseguran habérselo encontrado junto al gran roble que señala el camino hacia el castillo… Eso, noble señor, dicen que pasa porque ese roble fue plantado en tiempos, en el lugar donde cayó muerto cierto hombre…

—¿Y quién era ese hombre? —preguntó Franziska con mayor curiosidad.

—El último dueño y señor del castillo, un lugar que en aquellos tiempos era algo así como una cueva de ladrones y el cuartel en el que se refugiaban los asesinos que aterrorizaban a los moradores de estas tierras —respondió el anciano—. Se cuenta que ese hombre tenía poderes sobrenaturales y era muy violento, tanto como las hordas turcas sobre las que mandaba. También se dice que cuando veía una mujer joven que le gustaba, pronto la raptaban sus hombres para llevarla al castillo y entregársela… Y ya no se la volvía a ver entre los vivos… Hartos, los naturales de la región se unieron un día, se armaron, y formaron un ejército con el que atacar el castillo. Derrotaron a las hordas del señor y a él lo colgaron en el lugar donde hoy se alza el viejo roble, plantado allí para conmemorar la rebelión contra el inicuo señor del castillo.

—Pues me alegro mucho de que los rebeldes no incendiaran el castillo, la verdad es que son unas bonitas ruinas —dijo el Conde— y prestigian mis propiedades.

—Respetaron también la iglesia, aunque algunos propusieron arrasarla —siguió diciendo el viejo mayordomo—. Años después, señor, su abuelo tomó posesión de estas tierras, que bajo su dominio fueron más prósperas que nunca… En las ruinas de la iglesia hay un monumento erigido por ello en su recuerdo, como el buen Conde de Klatka que fue… Pero dicen que ese monumento está igualmente en ruinas.

—Oh, ya tenemos otra buena razón para visitar el castillo cuanto antes, nada me impediría ir allí —dijo Franziska, enardecida—. Esas pobres damiselas raptadas, secuestradas por el señor del castillo en sus torres en una noche de tormenta… Y la muerte del Conde a manos de los campesinos que se alzaron en rebelión… Y su alma en pena vagando por los senderos, agazapada tras el viejo roble que conmemora su ahorcamiento… Por no hablar de nuestra propia aventura… Debo admitir que experimento una gran curiosidad por ver todo eso.

Cuando el mozo anunció que los caballos estaban ensillados, las jóvenes corrieron gozosas y riéndose a montar los suyos. Franz y el Conde, y un criado que conocía bien todos los vericuetos de aquellos dominios, hicieron lo mismo. Pocos

minutos después se dirigían al castillo.

Brillaba el sol en el cielo cuando avistaron próximas las torres del castillo tras los árboles. Todo en el bosque presagiaba ya la primavera, aunque echaron de menos el canto de los pájaros.

Pronto estuvieron junto al roble que señalaba la entrada al sendero que llevaba al castillo, tras subir una loma. Junto a los muros no crecían más que la hierba y los matojos de espino. La brisa era allí más fresca que abajo.

Sugirió el Conde que echaran pie a tierra, lo que hicieron todos quedando los caballos al cuidado del criado. Subieron así la leve cuesta que conducía hasta las puertas del castillo. Una vez allí, recorrieron las ruinas sin dejarse un solo rincón, y sin hallar el menor rastro del extraño misterioso que los libró de los lobos aquella noche de nieve en la que llegaron. No obstante, Franziska clamaba en voz alta que no cejaría en su empeño de descubrirlo y, si era preciso, desembozarlo. Luego se dirigieron a las ruinas de la iglesia…

Comprobaron que, no obstante, se hallaba en mejor estado de conservación que el castillo; la nave central estaba derruida, pero el altar aún tenía techumbre, así como una capilla adyacente que parecía ser donde en tiempos se emplazaban las familias de respeto para seguir los oficios. Aún había en las ventanas fragmentos luminosos de los vitrales entre los cuales se colaba el viento, más frío entonces que cuando subían.

Ocuparon una buena parte del tiempo en descifrar los nombres ya apenas legibles en las tumbas y en los nichos de otra capilla sobre la cual aún se conservaba también parte de la techumbre. Eran nombres que aludían a los antiguos señores de la región, aunque había enterrados allí, igualmente, mujeres y niños. Observaron que varios cuervos se habían posado en las vigas al descubierto y parecían observarles.

Una gran lápida, a la entrada de esa capilla, difería de las otras: no había en ella restos de ningún monumento funerario, sino inscripciones harto laudatorias entre las que destacaban las siguientes palabras: *Ezzelin von Klatka cayó como un auténtico Conde en la defensa de su castillo*.

Después, el día y el año.

—Esto debe de ser un monumento en memoria del fantasma que dicen habita estas ruinas —dijo Franziska, la más encantada de todos—. Fijaos en que su monumento no es como el de los demás condes… ¡Me gustaría tanto saber cómo fue en realidad ese hombre!

—¡Mirad! —llamó entonces Franz la atención de los otros—. Aquí hay unos peldaños que conducen a lo que debe de ser una cripta familiar.

Bajaron por aquellos altos peldaños, no más de ocho o nueve, y accedieron en efecto a una cripta que conservaba en buena medida su techo abovedado. Había allí ataúdes de todos los tamaños, varios de ellos cubiertos de tierra, polvo y telarañas. Vieron uno que destacaba entre los demás por su simplicidad y el buen estado que mostraba la madera común con que había sido hecho. Y por la llamativa inscripción que tenía: *Ezzelinus de Klatka, Eques*.

Allí estuvieron un rato, mirándolo todo con gran atención, y cuando el viento era más frío subieron de nuevo a la iglesia, hablando acerca de los antiguos amos de aquella tierra, de los viejos señores del castillo sobre los que el Conde había oído hablar a sus antepasados. Ya se había ocultado el sol y comenzaba a dejarse ver la luna en el cielo, tenue, apenas dibujada. Se disponían a salir para regresar a la villa, cuando Bertha exhaló un grito de miedo y sorpresa. Sus ojos se clavaron en un hombre que lucía alto sombrero de copa con plumas, espada al cinto y capa de piel sobre los hombros. El extraño se apoyaba tranquilamente en una de las columnas de la iglesia y parecía no reparar en la presencia de quienes allí se encontraban. La luna, aun leve, iluminaba perfectamente su pálido rostro.

Todos se dirigieron hacia el extraño.

—Si no me equivoco —dijo el Conde muy educadamente—, nos hemos visto antes, caballero.

La presencia nada dijo.

—Usted nos salvó de los lobos cierta noche, fue un milagro —dijo Franziska—. ¿O estaré en un error si considero que no es usted a quien debemos agradecimiento por ello?

—Las bestias me temen, nada más —respondió entonces el extraño misterioso con voz profunda y grave, incluso un poco hostil, mientras clavaba sus ojos en los de la joven dama, sin prestar atención a los demás.

—Entonces debe de ser usted un cazador —intervino Franz—, acostumbrado a causar muchas bajas entre esas fieras…

—¿Quién es el perseguido y quién el perseguidor? ¿Quién no ha sufrido persecución alguna vez? —replicó el extraño sin mirarle—. El mal hado nos persigue a todos, incluso a quienes alguna vez hemos perseguido a otros.

—¿Habita usted estas ruinas? —preguntó el Conde, inquieto pero procurando mantener la dignidad.

—Sí, pero no para destruir sus posesiones, como quizá lo tema usted, señor Conde de Fahnenberg —dijo el extraño, adoptando ahora un tono de respeto—. Puede estar tranquilo, sus propiedades serán respetadas.

—Mi padre no se refería a eso —intervino Franziska, que por momentos parecía más y más interesada en el extraño—. Supongo que, por desgracia, los acontecimientos y distintas circunstancias vividos por usted le hacen buscar refugio en estas ruinas, cosa que, téngalo por seguro, mi padre nada hará por impedírselo.

—Su padre es un buen hombre, si eso es lo que ha querido decir, como usted asegura —dijo el extraño con su voz profunda y una educación a la antigua; incluso pareció que sonreía—. Pero la gente como yo tiene muchos problemas cuando se deja ver, créame.

—Lo que sí me parece es que no debe usted vivir muy confortablemente aquí —dijo Franziska un tanto decepcionada, pues había supuesto que sus palabras merecerían, por parte del extraño, un agradecimiento superlativo.

—No vivo incómodo; digamos que mi alojamiento es sólo un poco estrecho, lo necesario para alguien tan tranquilo como yo —dijo el extraño con cierta ironía—. No se puede decir, y aquí debo corregir lo antes señalado, que sea un hombre del todo tranquilo, o inactivo…

A veces salgo de mi estrecho alojamiento y voy por ahí, por el campo, a pasear por el bosque, subo una colina… Siempre regreso pronto, eso sí.

—Pues lo invito a visitarnos cualquier día que guste abandonar su estrecho alojamiento, si le place —ofreció el Conde.

—Estaría encantado de aceptar —dijo el extraño misterioso—, pero lamento no poder hacerlo… a causa de unas ciertas dificultades contra las que nada puedo. Tenga por seguro, sin embargo, que agradezco como es de recibo su invitación, pues yo también soy un Conde, y pertenezco a una antigua y noble familia, como usted mismo.

—Pues razón de más para que no rechace la invitación que le hace mi padre —intervino de nuevo Franziska, cautivada por las corteses maneras, aunque extrañas, del desconocido—. Acuda usted a visitarnos, estaremos todos encantados de recibirle.

—No creo ser un buen invitado, de verdad, pero se lo agradezco mucho… Son muy pocos los que me han cursado invitación a sus casas —dijo el otro con su muy particular sonrisa—. Por lo general, permanezco en mi estrecho habitáculo durante todo el día; así descanso, pues pertenezco a esa clase de gente, permita que se lo diga, Milady, para las cuales la noche es el día y el día la noche… Gente, por expresarlo de otra manera, que ama lo peculiar, lo que es poco común.

—¿De veras? ¡Pues entonces tenemos mucho en común! —exclamó Franziska sonriendo—. Supongo, por lo que dice, que acaba usted de levantarse, como si tuviera toda la mañana por delante. Bien, pues como la luna es su sol, visítenos de noche, si así lo prefiere; vaya a vernos bajo la luz de la luna… Creo que, a pesar de tratarse de una hora algo intempestiva para las visitas, será bien recibido igualmente.

—¿Así lo desea? ¿Me invita en esos términos? —preguntó el extraño ciertamente sorprendido.

—Tenga por seguro que será bien recibido cuando guste ir a visitarnos —respondió la joven dama.

—De acuerdo; entonces, iré a verles —dijo el otro sin dejar de mirarla a los ojos—. Temo, en cualquier caso, que no les resulte agradable mi compañía, y temo también que usted, Milady, lamente haberme cursado tan cálida invitación.

Una vez dijo estas palabras, el extraño salió en dirección al castillo para desaparecer entre sus ruinas. La partida montó en sus caballos para regresar a la villa.

A la tarde del día siguiente estaban sentados en el salón de la mansión. Bertha acababa de recibir buenas noticias. El Conde Woislaw había escrito desde Hungría diciéndole que la guerra con los turcos concluiría en breve, con lo cual pronto regresaría a Silesia; decía también que, por haber oído que el Conde de Fahnenberg acababa de tomar posesión de las nuevas tierras recibidas en herencia, iría a verla allí,

junto a su buena amiga Franziska. Añadía el Conde Woislaw que su Duque, en premio por sus muy altos servicios en el campo de batalla, le había aumentado la dote y la graduación, por lo que pronto podría desposarla como lo merecía. Era cierto que, además de haber visto aumentada su dote por el Duque, se había enriquecido grandemente con el botín tomado a los turcos. Habiendo perdido la mano derecha, y por ser no obstante un guerrero temible, un gran combatiente con su mano izquierda, el Duque le había regalado una espléndida mano de oro, hecha por un mecánico italiano, una auténtica obra de arte, que sustituía a su mano derecha. En su carta, el Conde describía a su amada la mano de oro como una maravilla, pues poseía además una fuerza y una contundencia sobrehumanas y lo habilitaba para utilizar con ella tanto la espada como la lanza.

Franziska, naturalmente, se regocijó ante aquellas nuevas, felicitando a su amiga, que llevaba mucho tiempo sin recibir carta de su prometido. Franziska aprovechó la ocasión para elogiar vivamente al Conde Woislaw y burlarse del barón Franz, aunque sin dirigirse a él, expresando de nuevo sus sentimientos de admiración por la valentía y arrojo de los hombres capaces de ir a la guerra y de salir victoriosos de ella, aun a pesar de todas las desgracias y padecimientos. Hasta la cicatriz que le cruzaba la cara, y su brazo derecho manco, le parecían virtudes, algo que hacía aún más apuesto al Conde Woislaw. Incluso llegó a decir que el hombre más feo que pudiera conocer sería incomparablemente más hermoso que cualquier noble afeminado e incapaz de fajarse duramente en el combate. Y añadió que el extraño misterioso del castillo era un hombre apuesto e interesante.

Franz y Bertha se mostraron en abierto desacuerdo con ella. Para Bertha, su voz, su corpulencia, su sola presencia, eran cosas despreciables. Franz denostó el tono arrogante y la sonrisa burlona que el extraño había mostrado durante el breve encuentro que tuvieron en la iglesia. El Conde, por su parte, trató de mediar. Dijo que en aquel hombre había algo, sobre todo por su forma de expresarse, en lo que se demostraba que pertenecía a una familia excelente; también le parecía, sin embargo, que aquel extraño se enorgullecía de ser un misántropo.

Así estaban, debatiendo cada uno de ellos en defensa de sus opiniones, cuando de repente se abrió la puerta y entró quien era objeto de su conversación.

—Perdón, señor Conde —dijo fríamente—, sé que no es propio presentarme en su salón sin haber anunciado mi llegada, pero no había nadie en la antecámara…

La magnífica iluminación de la casa pareció herir la mirada del extraño, pero también hizo que pudiera ser observado por los moradores de la misma mucho mejor. Aparentaba unos cuarenta años, era muy alto y muy delgado; sus facciones le daban un aspecto interesante, pues demostraban una cierta finura, pero su expresión tenía cualquier cosa menos benevolencia. Sus ojos eran de un color gris muy frío; y su mirada tan penetrante, que resultaba difícil sostenerla más de unos pocos segundos. El color de su tez era aún más peculiar que sus facciones. En aquel salón bien iluminado era difícil decir si estaba más pálido que simplemente amarillo; en realidad

parecía su tez grisácea, o por decirlo popularmente, de un blanco sucio… Como un indio que hubiera padecido fiebres… Un rostro, en fin, más impresionante a la vista de su cabello, muy negro, corto y en punta. Vestía bien, aunque de manera anticuada y no muy limpia. Su espada estaba bastante enmohecida.

Como los anfitriones se disponían a cenar, nada más propio que invitaran al extraño; aceptó acompañarles, pero sólo eso; dijo que no tenía apetito. El Conde, sorprendido, le preguntó cómo era posible tal circunstancia a esas horas.

—Hace ya mucho tiempo que tengo la costumbre de no ingerir alimentos por la noche —respondió el extraño con su habitual sonrisa—. Además, digiero muy mal los alimentos sólidos; en realidad me repugnan… Vivo de líquidos.

—Bien, entonces compartiremos una botella de buen vino del Rhin —dijo el anfitrión.

—Gracias, pero no bebo vino, ni espirituosos —replicó el extraño, ahora con tono de burla.

—Bueno, pues entonces haré que le sirvan una copa de hipocrás. Es una bebida excelente y muy sabrosa —terció Franziska.

—Muchas gracias, Milady, pero no me apetece —dijo el extraño—. Pero no lo considere una descortesía por mi parte… Le aseguro que en cualquier momento beberé algo que usted pueda ofrecerme…

Bertha y Franz pensaban al unísono que aquel hombre era repulsivo, por lo que comenzaron a cenar sin dirigirle la palabra en ningún momento. Algo más tarde, sin embargo, el barón, por creer que la buena educación no estaba en consonancia con el silencio que observaba, se dirigió al invitado diciéndole en tono cordial:

—Hace ya varias semanas que nos vimos por primera vez en aquella noche terrible… Quiero darle de nuevo las gracias por lo que hizo por nosotros.

—Creo que no me he presentado a usted, por lo que no es correcto que se dirija a mí —respondió el extraño secamente—. Pero, bien, sea, me presentaré… Me llamo Azzo y vivo, con el permiso del señor Conde de Fahnenberg, en el castillo de Klatka… Llámeme de ahora en adelante Azzo von Klatka —apostilló con una sonrisa aún más irónica.

—Espero que no esté usted incómodo en aquellas ruinas —dijo entonces Bertha —; no puedo entender cómo…

—¿Cómo puedo vivir allí? ¿Qué se me ha perdido allí? —la interrumpió el extraño—. Bien, pregunte y le daré toda la información que usted y este joven caballero quieren de mí, ya que los veo tan interesados en mi persona.

Franz y Bertha se estremecieron, pues el extraño parecía leerles el pensamiento, desnudar su alma.

—Verá usted, Milady —siguió diciendo con los ojos clavados en Bertha—. Ocurre que el mundo también lo habitamos seres extraños; somos tantos como cosas realmente extrañas hay en el mundo. Como creo haber dicho ya, amo lo diferente, lo raro, lo que no es común… Seguramente, todo lo que usted desprecia… Pero le

aseguro que no es propio de personas inteligentes extrañarse de lo que no comprenden, o de lo que les parece raro. Las cosas, Milady, vistas bajo una misma luz, son todas iguales. Hasta la vida y la muerte pueden serlo también, como esta parte de la tierra u otra más lejana. Sí, créame… Cosas tan aparentemente opuestas son en el fondo idénticas. Quizá considere usted que estoy un poco loco, o que mi mente no es mucho más privilegiada que la de un murciélago o la de un búho… Bien, ¿diría usted que el ermitaño que vive en su ermita está loco? No, dirá usted que los ermitaños son santos… Yo le aseguro que no tengo la menor aspiración a la santidad; pero igual que ellos encuentran placer en la oración y cantando salmos, yo disfruto cazando… Nada encuentro tan placentero como salir bajo la luz de la luna y caminar, o incluso ir a lomos de un caballo que nunca se cansa, subir las colinas, galopar por sus laderas y adentrarme en el bosque para ir al encuentro de los lobos y ver cómo huyen ante mi presencia…

—Me parece que usted se encuentra solo, muy solo —observó Bertha.

—No, estoy realmente solo durante el día, pero entonces aprovecho para dormir —dijo el extraño ensoberbecido—. De noche soy muy feliz, se lo aseguro.

—Caza usted de una manera francamente insólita —dijo Franz.

—Sí, pero no crea que tengo relación alguna con los ladrones, si es lo que está pensando a propósito de mis paseos nocturnos —replicó Azzo fríamente.

—Oh, no, perdóneme si le he dado la impresión de que pensaba en eso, nada más lejos de mis intenciones —se disculpó nerviosamente el joven barón, pues era en eso en lo que había pensado—. La verdad es que no sé…

—No sabe usted quién soy ni qué hago —lo interrumpió el extraño—. Haría bien en creer lo que le digo, sin más; sus conjeturas no le llevarán a ninguna conclusión.

—Le comprendo —dijo Franziska, lisonjera—. Valoro sus ideas mucho más de lo que usted supone; más de lo que cualquiera podría valorarlas… A usted le repugna el comportamiento de los hombres comunes, su falta de miras; usted ha disfrutado de los placeres de la vida como pocos hombres podrían hacerlo, pero al final ha comprendido que no son nada, ha terminado cansándose de lo que generalmente se entiende por placentero. La vida en plenitud supone un cambio constante, usted lo sabe bien. Sólo cuando se conoce algo diferente, realmente nuevo, brotan las flores del espíritu con toda su belleza. Entonces, hasta el dolor es un placer verdadero, si ese dolor nos libera de la monotonía de la vida común… Odiaré la vida vulgar hasta el día en que me muera, estoy segura.

—Así es, Milady, tiene usted razón; habla usted con palabras que podría decir yo mismo, palabras que reflejan una gran experiencia debida a la capacidad de observación más profunda —dijo Azzo y sus ojos fieros se encendieron aún más—. Me alegra encontrar a una persona como usted, alguien con quien puedo compartir mis ideas y sentimientos… Si fuese usted un hombre sería mi mejor compañero; pero incluso tratándose de una dama parece usted dispuesta a la acción.

Ésas fueron las únicas palabras en las que Azzo, a pesar de su tono fríamente

correcto, demostró algún entusiasmo. Después se limitó a responder con monosílabos a las preguntas que le hacía el Conde, levantándose de la mesa para irse apenas terminó de cenar su anfitrión. Franziska le dijo que esperaba recibir su visita en otras ocasiones, a lo que el extraño respondió afirmativamente, dando las gracias a la joven dama por su amabilidad.

Una vez se hubo ido el extraño, los moradores de la casa no pudieron por menos que hablar de su visita, de su aspecto, de sus palabras. Franz dijo que aquel hombre le repugnaba profundamente. Sea porque en verdad se sentía atraída por él, o sólo por vejar más a su primo, Franziska defendió ardorosamente al extraño. Franz, sin embargo, no guardó silencio esta vez y le dio réplica apasionadamente, expresándose en términos cada vez más duros a propósito del extraño misterioso. Enfadada por ello, la joven dama abandonó el salón, profiriendo insultos hacia su primo que también oyeron los criados que había fuera del comedor.

A la mañana siguiente, Franziska despertó mucho más tarde de lo que solía hacerlo. Cuando Bertha acudió a su habitación, extrañada por su tardanza y creyéndola enferma, la encontró muy pálida, exhausta. Franziska le dijo que había pasado muy mala noche, que quizá la discusión con Franz le había causado un gran disgusto, lo que impidió que descansara bien, pues además, cuando logró conciliar el sueño, había padecido extrañas pesadillas que la dejaron muy abatida. Bertha, como siempre, tomó partido a favor del joven barón, recriminando a su amiga las duras palabras que le había dirigido.

—Bueno, cuéntame ese extraño sueño que has tenido —le pidió luego Bertha.

Para su sorpresa, Franziska se negó a referírselo.

—Vamos, cuéntamelo —insistió Bertha—. Sólo es un sueño, ¿por qué no me lo cuentas? Me parece que, como dice Franz, ese extraño, con sus trazas, con esa voz cavernosa, con esa actitud displicente que tiene, te ha impresionado hasta casi hacer que enfermes.

—¿Franz ha dicho eso? —preguntó Franziska—. Bueno, pues dile que tiene razón… Sí, ese hombre, con sus anticuadas ropas, con su aspecto casi cadavérico, con su educación antigua, me ha impresionado mucho más de lo que podría hacerlo cualquier joven noble bien vestido y con las mejillas sonrosadas… Más que él mismo, mi cursi primo… Vamos, díselo.

—La verdad es que no puedo entender esa mágica influencia que ejerce sobre ti —dijo Bertha—. Ese hombre es repulsivo.

—Puede que la razón de que me ponga de su parte esté en los prejuicios que muestras hacia él —dijo Franziska con gesto rabioso—. Puede ser… Me molesta que lo critiques, pues nunca habían hallado tanto placer mis ojos al mirar a un hombre. —y siguió diciendo mientras, con una sonrisa ahora cálida, tomaba la mano de Bertha —: ¿No te parece raro que con lo amigas que hemos sido siempre, con las muchas cosas que tenemos en común, a mí me fascine un hombre que a ti te da asco? Siento, Bertha, un gran rechazo hacia Franz, y más ahora que me ha arruinado la noche.

—¿Te refieres al sueño? —replicó Bertha abrazando y besando a su amiga—. Cuéntamelo, de lo contrario no sabré qué quieres decir ni por qué desprecias aún más a Franz… Además, sabes cuánto me gusta oír tus sueños…

—Bueno, trataré de complacerte, Bertha —dijo la otra tomando de nuevo las manos de la amiga entre las suyas—. Anoche, cuando vine a mi habitación, no me acosté de inmediato; estuve dando vueltas y vueltas, excitada, nerviosa, muy desasosegada, mientras recordaba mi discusión con Franz… Era ya muy tarde cuando me acosté, pero no lograba dormir. Más tarde aún, vencida por el agotamiento, me quedé dormida y comencé a soñar algo muy raro. Me veía niña, rodeada de retratos de gente a la que no conocía. En realidad no sé si dormía o si estaba medio dormida. Creo que al final dormí profundamente, aunque soñaba algo muy vívido, como si estuviese absolutamente despierta. Una neblina espesa invadía mi habitación y de ella salía el Conde Azzo, que se me quedaba mirando largo rato sin que yo acertara a decirle una palabra. Luego se acercaba lentamente a mi cama, se ponía de rodillas y me besaba en el cuello. Mucho tiempo estuvieron allí sus labios, dejándome una sensación dulce y a la vez dolorosa, de la que al cabo me quejé, pidiéndole que no me besara más… Creo que grité, pues desperté de golpe, asustada. Entonces experimenté un miedo que ahora se me antoja supersticioso; abría mucho los ojos, como si esperase ver al Conde Azzo realmente junto a mi cama, y sentí que se iba lentamente, envuelto en la neblina con la que había llegado.

—Sí, veo que ha sido una pesadilla horrible, querida —se lamentó Bertha acariciándola, y entonces, al mirar el cuello de Franziska, se alarmó extraordinariamente—. ¿Qué es eso, por el amor de Dios? ¡Pero si tienes una herida en el cuello!

Franziska se levantó apresurada y ansiosa, tomó un pequeño espejo y se acercó a la ventana para mirarse. Vio una leve línea sanguinolenta en su cuello, de la que sangró un poco al repasársela con los dedos.

—Me he debido herir con algo, de tan agitada como estaba durante el sueño —dijo tras una pausa—. Bien, aquí tienes una prueba de que en verdad mi pesadilla fue horrible.

Siguieron hablando las amigas a propósito de la marca sanguinolenta que presentaba Franziska en el cuello, y de lo terribles que son algunas pesadillas que impiden descansar bien, pero al final acabaron riéndose a propósito de las bromas que hizo Bertha sobre el aspecto del extraño misterioso cuya visita habían recibido la noche anterior.

Varias semanas después, tras recorrer un día sus dominios, volvió el Conde preocupado por cómo había encontrado algunas zonas, en total desorden; como además de reparar los desperfectos tenía que solucionar otros asuntos, decidió ausentarse por tres o cuatro semanas, pero hubo de posponer sus planes por tiempo indefinido debido a las continuas indisposiciones de Franziska, cuya juvenil y fragante y hermosa rosa parecía marchitarse sin remedio. Estaba muy pálida,

abatida… En apenas un mes se le secaron las mejillas, que fueron amarillentas en vez de rosadas, como si se hubieran abatido sobre ella un montón de años. La preocupación del Conde por su hija era grande, pues nada a favor de la joven dama lograban los remedios y exquisitos cuidados que se le procuraban. Franziska, además, padecía de continuo la misma pesadilla que originó su enfermedad, y con cada nuevo día se la apreciaba más débil. Bertha decía que todo era debido a los efectos de la fiebre, pero en el fondo de su corazón albergaba otros temores a propósito del estado lamentable que presentaba su querida amiga.

El Conde Azzo visitaba la mansión cada vez con mayor frecuencia, siempre de noche, siempre cuando ya la luna imperaba en el cielo y sobre las tierras del padre de su víctima. Respondía cortés pero con monosílabos a las preguntas que le hacía el Conde, y se mostraba igual de distante con Bertha y con Franz; sólo con Franziska parecía amistoso y le decía palabras de ánimo asegurándole una pronta recuperación de la salud. Naturalmente, apenas abandonaba la mansión del Conde, sus peculiaridades pasaban a ser motivo de conversación. Pero nada más decían, al margen de las observaciones de Bertha a propósito de que, tras su forma de hablar, se ocultaba un odio inmenso hacia la humanidad en su conjunto, a excepción, acaso, de Franziska.

Un día, sin embargo, observaron otras dos características en él: seguía sin comer ni beber, a pesar de que era invitado con prodigalidad a hacerlo, y no acertaba a dar una respuesta convincente sobre ello, aun cuando el Conde le preguntara con gran interés acerca de los motivos de su abstinencia. Y mostraba un aspecto muy distinto. Su piel, antes grisácea y estragada, ahora era rozagante y luminosa, con un tono rosado en las mejillas, lo propio de un hombre joven y vigoroso.

Bertha, a quien costaba disimular la incomodidad que la presencia del extraño le provocaba, decía, sin embargo, que su aspecto le resultaba aún más repulsivo que antes. Se le helaba la sangre en las venas cuando el Conde Azzo la miraba. Bertha observó además que si Franz se lamentaba por la pérdida de la salud de su amada prima, en los ojos del extraño brillaba una luz de alegría enfermiza. Bertha comentó a Franz esta circunstancia, y el joven barón le confesó que, de no ser por consideración hacia Franziska, que además estaba enferma, no permitiría que aquel hombre volviera a poner los pies en la villa, y que incluso le forzaría a abandonar las ruinas del castillo.

Por aquellos días llegó a la mansión un huésped, el prometido de Bertha, largamente esperado. Se hizo presente una noche, cuando cenaban, y grande fue la alegría de todos al verlo.

El Conde Woislaw era el modelo perfecto de soldado, un hombre endurecido por la guerra, fuerte y altivo a pesar de las heridas sufridas. Seguía siendo un joven bien parecido, a pesar de la cicatriz que le quedó en la cara tras herirlo un turco con su espada, que le cruzaba desde el ojo derecho hasta la mejilla izquierda. El aspecto del Conde del castillo de Glogau era imponente. Sólo muy pocos eran capaces de llevar

la armadura que se ponía para el combate, que había entregado como un tesoro extraordinario, una vez concluida la guerra, a su Duque de Hungría. Lucía en el cuello una cinta de honor y un medallón para honrar sus muchos méritos en el campo de batalla, que ofreció, junto a su mano de oro, regalo del Duque, a Bertha, su paciente prometida.

Preguntó mucho el Conde a Woislaw acerca de la guerra, lo que también hizo el barón Franz. El recién llegado les dio satisfacción, refiriéndoles batallas triunfales pormenorizadamente, contadas con gran entusiasmo y a la vez con la necesaria modestia, pues no le gustaba vanagloriarse, aunque por su aspecto podía ser tomado por un ser sobrehumano. Naturalmente, se sorprendió al ver a Franziska demacrada y exhausta, pues siempre la había conocido espléndida de salud y bellísima. Preguntó la causa de su enfermedad y Bertha le contó los pormenores que sabía, todo lo cual escuchó Woislaw con gran atención. Se extrañó mucho cuando Bertha le dijo que el mal sueño de su amiga se repetía frecuentemente. Woislaw pidió detalles a Franziska, que se los ofreció con voz débil. El guerrero victorioso dijo haber oído hablar de casos parecidos, y que incluso había conocido directamente alguno… Y cuando Franziska le contó que desde la primera noche en que tuvo la horrible pesadilla no se le había curado la leve herida del cuello, Woislaw miró con aprensión a Bertha, y luego, en un aparte, le dijo que creía haber descubierto ya el origen del terrible mal que afectaba a su querida amiga.

Como era natural, las siguientes conversaciones giraron en torno al Conde Azzo, acerca del cual cada uno dio su opinión. Woislaw preguntó cuántas veces había visitado el extraño a Franziska, y aunque le dieron cumplida respuesta nada dijo.

Hablaban ya de otras cosas cuando el Conde Azzo se presentó en la mansión, como solía hacerlo. Woislaw lo miró fijamente, y Azzo, sin prestarle atención, se dirigió a la mesa en la que estaban y tomó asiento tranquilamente, entablando conversación con Franziska y con su padre, haciendo alguna observación sarcástica ante los comentarios que de vez en cuando se permitía el barón Franz. Claro está, se habló de la guerra recién ganada contra los turcos, algo sobre lo que Woislaw tenía mucho que decir. Avanzaba la noche cuando Franz dijo a Woislaw:

—Tienes tanto que contar, que no me extrañaría que nos sorprendiese el día sin habernos acostado.

—Me resultan admirables las aventuras que cuenta nuestro joven amigo —dijo entonces el Conde Azzo, sarcásticamente, refiriéndose a Woislaw—. En *terra firma* es donde se oyen las mejores historias acerca de las tormentas y los naufragios en alta mar; y alrededor de una mesa es como se cuentan bonitas batallas, igualmente. El fuego de una chimenea hace el resto cuando uno puede hablar de una batalla sin que su pellejo corra peligro.

Y tras decir eso, se levantó, dio la espalda a los allí presentes y salió del salón. El Conde, que siempre le acompañaba hasta la puerta para despedirlo, no tuvo tiempo de hacerlo en esta ocasión, limitándose a darle las buenas noches desde su asiento.

—Ese maldito Conde Azzo es un impertinente —dijo Bertha—. Cada día se muestra más fanfarrón y maleducado. Lo detesto con toda mi alma, y no sólo porque haya sido el causante de los malos sueños de Franziska.

—No voy a negar que tienes razón, Bertha —observó entonces Franziska con voz muy queda—, pero debemos tener en cuenta que se trata de un misántropo, un hombre que difícilmente acepta lo que para el resto del mundo es común… Pero… ¿dónde está Franz? —preguntó Franziska mirando a su alrededor con los ojos abatidos.

El barón había salido de allí mientras Bertha lamentaba la visita del extraño.

—¿No se le habrá ocurrido salir tras el Conde Azzo para retarlo a duelo? —preguntó asustada Bertha.

—¡Eso sería más peligroso que meter la mano en la boca de un león! —dijo alarmado el Conde Woislaw—. Espero que no se le haya ocurrido hacer tal cosa —y salió raudo del salón, en busca de Franz.

Los vio en el puente de piedra que había sobre el arroyo que atravesaba aquellas tierras, en la dirección del castillo en ruinas. Ni Azzo ni Franz se percataron de su presencia, pero Woislaw oyó bien lo que se decían.

—¡Déjame en paz, jovenzuelo presuntuoso! —gritaba el Conde Azzo—, o te aseguro que no volverás a ver brillar esa luna del cielo, que es mi sol. ¡Quítate de mi vista y deja que siga mi camino!

—O me das la satisfacción de batirme en duelo contigo, maldito despojo humano, o te mataré como a un perro cuando menos lo esperes —respondía Franz mostrándole su espada.

Azzo llevó su mano a la empuñadura de su espada, pero sin desenvainarla, y le dijo con voz de trueno:

—Te lo advierto por última vez… ¡Lárgate, muchacho, vete de una vez y déjame en paz, o estarás perdido!

—¡O tú, o yo! —gritó Franz rabioso—. ¡Uno de los dos debe morir en justo duelo!

Azzo se limitó a darle la espalda siguiendo su camino, mientras reía burlándose del joven barón. Franz lo retó de nuevo, y el Conde Azzo, volviéndose lentamente, se dirigió hacia él. Franz le tiró un espadazo que no le alcanzó, y el extraño, tomándole por el cuello con una sola mano, lo alzó en vilo como si fuese un muñeco de trapo. Iba ya a lanzarlo por el puente cuando el Conde Woislaw llegó hasta allí. Con su fantástica mano de oro sujetó al Conde Azzo por el brazo con el que mantenía en vilo a Franz, obligándole a soltar al barón. Azzo parecía atónito; tanto, que comenzó a hablar en tono amable y cordial con Woislaw.

—¿De dónde obtienes esa fuerza con la que has detenido mi brazo? —preguntó extrañado—. ¿Acaso eres…?

—¡Da igual lo que sea, no hagas más preguntas! —lo interrumpió el guerrero con gesto y voz muy firmes—. Desaparece de mi vista, maldito seas, que ya te llegará la

hora…

—¡Ja, ya veo! —se rió Azzo—. ¡Bienvenido seas, mi hermano de sangre! De acuerdo, me voy… Pero puedes estar seguro de que nuestros caminos volverán a cruzarse.

—Sí, pronto, muy pronto… Ahora, ¡lárgate! —le gritó Woislaw, impidiendo a Franz que se abalanzara sobre él.

El Conde Azzo desapareció de su vista casi al instante.

Franz, tras unos instantes en los que permaneció estupefacto, como si acabara de despertar de un sueño largo y profundo, comenzó a lamentarse con voz muy triste.

—¡Me ha deshonrado, me ha deshonrado para siempre! —repetía quejumbroso llevándose las manos a la cabeza.

—Tranquilízate, amigo mío… No hubieras podido vencerle —le dijo Woislaw.

—Pues he de hacerlo… ¡O moriré en el empeño! —gritó el joven barón—. He de atacarlo allá donde se encuentre, y uno de los dos habrá de morir. Sólo así lavaré la afrenta sufrida.

—No podrás herirlo siquiera —dijo Woislaw—. Serás su víctima infalible si vuelves a enfrentarte a él.

—Tú puedes mostrarme cómo derrotarlo, estoy seguro. —suplicó Franz a Woislaw, tomándole las manos mientras las lágrimas corrían por su rostro—. ¡Ayúdame, o no seré capaz de vivir con tanta deshonra!

—Créeme, amigo mío; obtendrás la venganza que deseas de aquí a veinticuatro horas, esa esperanza tengo —respondió Woislaw a su ruego—. Pero sólo bajo dos condiciones.

—¡Acepto, aun sin conocerlas! —dijo el joven barón, recobrando el entusiasmo —. Haré lo que sea preciso con tal de acabar con ese maldito.

—La primera condición es que no hagas nada, que lo dejes todo en mis manos — dijo Woislaw—. La segunda es que hagas cuanto puedas para persuadir a Franziska de que lo que yo proponga será absolutamente necesario… Esa dama corre más peligro, por parte de Azzo, que tú mismo.

—¿Cómo? ¿Dices que la vida de mi amada Franziska está en peligro? ¿A manos de ese despojo humano? Dime por favor, Woislaw, quién es ese demonio…

—Nada os diré, ni a ti ni a tu dama, hasta que haya concluido todo —respondió el Conde Woislaw con mucha firmeza—. La menor indiscreción podría arruinar mis planes… En realidad, nadie puede hacer nada, salvo la propia Franziska… Y si no quiere, estará perdida…

—Dime qué hacer, prometo ayudarte en lo que me pidas… Pero creo que debo saber…

—Nada, absolutamente nada —lo atajó Woislaw—. Necesito que Franziska y tú os mostréis de acuerdo conmigo, incondicionalmente. Ahora, volvamos a su lado. Deberás permanecer mudo y no decir una palabra sobre lo que ha ocurrido en este puente. Y recuerda que harás todos los esfuerzos que sean precisos para que

Franziska acepte todo lo que yo proponga.

Nada pudo objetar Franz ante la firmeza con que se expresaba el Conde Woislaw. Cuando entraron de nuevo en el salón las dos jóvenes damas parecían ansiosas por la espera.

—¡Qué miedo he pasado! —dijo Franziska, aún más pálida y demacrada, alargando sus manos hacia Franz—. Espero que todo haya quedado en paz.

—Así ha sido, un par de palabras bastaron para superar el malentendido —dijo Woislaw con una sonrisa—. No obstante, Milady, este asunto te concierne más directamente que al propio Franz.

—¿A mí? ¿A qué te refieres? —se extrañó Franziska.

—Hablo de tu enfermedad —respondió el guerrero.

—¿Acaso sugieres que Azzo tiene algo que ver con todo esto? ¿Quizá conoce un remedio para mis males, que no me ha dicho? —preguntó sonriendo dolorosa y cándidamente.

—En efecto, el Conde Azzo puede sernos de gran ayuda para obtener tu curación completa, Milady; si no te ha dicho nada al respecto, quizá sea porque entonces el remedio perdería toda su eficacia —respondió Woislaw con gran calma, sin dejar de sonreír a la joven dama.

—Así que se trata de un elixir secreto, desconocido incluso por los mejores médicos que me han atendido, y sin el cual empeoraré, ¿es eso? —preguntó Franziska con la voz cada vez más apagada.

—Así es, se trata de una fórmula secreta, pero infalible —añadió Woislaw.

—Una fórmula que jamás ha sido ensayada con nadie, ¿no es así? —volvió a preguntar inocentemente la enferma.

—Una fórmula que tú debes probar —intervino Bertha.

—Ya veo —dijo Franziska esbozando una sonrisa amarga—. Lo dices, Bertha, sólo porque tu prometido asegura que con esa fórmula obtendré la curación… Estoy segura de que tú, mi querida amiga, serías capaz de tomar cualquier droga que él te ofreciera, si estuvieses enferma y te asegurase que con ello recobrarías la salud…

Pero a mí me parece que los elixires sólo son una cuestión de fe.

—No hablo de medicinas —terció Woislaw.

—¡Ya, te refieres a cualquier ritual mágico! Algo que actúa por simpatía… Bueno, me parece que esto también es una cuestión de fe —dijo Franziska con una sonrisa amarga.

—No me importa que lo llames así, si te place —respondió Woislaw sin dejar de sonreír—. Quiero que sepas, en cualquier caso, que lo que yo proponga deberá ser interpretado literalmente, si quieres curarte, Milady.

—¿Me pides que confíe totalmente en ti? —preguntó Franziska.

—Eso es —dijo Woislaw—, pero…

—Pues adelante, actúa sin más —lo interrumpió la enferma—. ¿Acaso crees que carezco de valor, sea lo que sea?

—Te aseguro que precisarás de mucho valor para que nuestro plan resulte exitoso —dijo Woislaw, muy grave ahora—. Por mi parte, responderé con mi vida, si no obtenemos tu curación, tenlo por seguro.

—Bien, pues dime cuál es el plan y así podré decidir —dijo la joven dama.

—Sólo podré revelártelo cuando iniciemos las operaciones —respondió el Conde Woislaw.

—¿Acaso me tomas por una niña a la que se pueda llevar de un lado a otro sin darle una razón para hacerlo? —protestó Franziska con mucho de su sarcasmo de antes.

—No serás justa conmigo, Milady, si piensas que haré cualquier cosa que te resulte no ya desagradable sino en vano —dijo Woislaw con gran sentimiento—. Sólo te pido confianza. No tengo más que decirte, me remito a mis palabras de antes, a mi promesa de obtener tu curación.

—Pues si eso es todo cuanto puedes decirme, me niego —replicó Franziska, muy enojada ahora—. Ya he intentado muchas cosas para recuperar la salud, y todas han sido en vano.

—Te juro por mi honor de Conde y soldado que puedo lograr que te cures, siempre y cuando atiendas a lo que te digo incondicionalmente —repitió Woislaw.

—Te ruego que aceptes sus condiciones, Franziska; no se propone hacer nada que no sea necesario, estoy segura —dijo Bertha, tomando la mano de su amiga entre las suyas.

—Yo te pido lo mismo que Bertha —dijo Franz.

—¡Qué comportamiento más extraño mostráis! —exclamó Franziska moviendo la cabeza hacia ambos lados—. Me parece que me ocultáis algo, que guardáis algún secreto; quiero saber de qué se trata, antes de hacer lo que me pedís… Oigo decir que puedo así recobrar mi salud, pero la verdad es que ya he perdido toda esperanza.

—Te repito que estoy seguro de los resultados —replicó Woislaw—. No tienes más que dar tu consentimiento y volverás a estar igual de sana que antes. —¡Ja! Ahora me parece que lo entiendo… De manera que se trata sólo de que consienta. Pues bien, para que veas que no soy tan terca como se dice que lo somos las mujeres, y aunque sinceramente no creo que vaya a servirme de nada, te doy mi consentimiento, acepto tus condiciones.

Y tras decir estas palabras ofreció a Woislaw su mano.

—Sellemos nuestro acuerdo con un apretón —siguió diciendo la joven dama a la vez que esbozaba una triste sonrisa—. Y ahora, señor Conde Woislaw, espero que me digas qué he de hacer para recobrar mi salud. Vamos, adelante con tu cura milagrosa…

—Ya ha comenzado a hacer efecto mediante tu aceptación de mis condiciones —dijo Woislaw muy serio—. Ahora te ruego que no me hagas más preguntas; mañana, deberás estar dispuesta a cabalgar conmigo poco antes de la puesta del sol… Y te suplico que no digas a tu padre una sola palabra de todo esto.

—¡Qué extraño es todo esto! —exclamó Franziska suspirando resignadamente.

—Has aceptado un trato; no debes preocuparte de más, el resto corre de mi cuenta —dijo Woislaw con gran determinación.

—Bien, pues así será… Haré todo lo que me pidas —dijo la joven dama enferma, aunque su expresión seguía siendo de absoluta incredulidad.

—Cuando regresemos lo sabrás todo; es preferible que antes lo ignores —apostilló Woislaw—. Ahora, ve a descansar, mi querida amiga… Mañana será preciso que estés más fuerte.

A la mañana siguiente, cuando aún perlaba el rocío la hierba y las flores, con la brisa más fresca, el Conde Woislaw tomó el camino que llevaba hasta el castillo de Klatka. Cuando estuvo ante el viejo roble observó detenidamente si había huellas humanas, sin hallar ninguna. Satisfecho por ello, siguió su camino con mucha cautela, yendo por donde era más difícil que se le viese y presto a responder a cualquier posible ataque.

Lentamente subió la leve pendiente; llevaba algo bajo su capa. Una vez tuvo la entrada del castillo a la vista, se dirigió sin embargo a la izquierda y entró en la iglesia en ruinas. Una vez allí miró a un lado y a otro para cerciorarse de que no era seguido. Todo estaba en silencio en aquel ruinoso santuario; no se dejaba sentir más que el silbido del viento entre los muros. Rápidamente, si bien cuidando de que no se oyeran sus pasos, bajó a la cripta. Todavía el sol, por su situación en el cielo, no arrojaba allí sus rayos, pero la cripta permanecía en una penumbra relativa que no impedía ver las inscripciones de los ataúdes. El Conde dejó en el suelo lo que llevaba bajo la capa y fue de ataúd en ataúd, para dar con el que buscaba. Leyó las inscripciones cuidadosamente y aun con dudas procedió a levantar la tapa de un ataúd, cosa que no le supuso mayor esfuerzo porque los clavos eran como raíces podridas. Sólo vio un montón de polvo, restos de mortaja y una calavera. Cerró de inmediato el ataúd y se dirigió a otro, olvidándose de uno que contenía los restos de una mujer y de otros que albergaban los de unos niños. Encontró lo mismo. Y así en los otros tres ataúdes que abrió. Los restos, sin embargo, estaban en mejor estado de conservación en la media docena siguiente de ataúdes que inspeccionó. Sólo le quedaba un ataúd por abrir. Woislaw se acercó y leyó la inscripción: era idéntico al que contenía los restos del último Conde de Fahnenberg allí enterrado, el abuelo de su amigo, el padre de Franziska, pero la inscripción no dejaba lugar a la duda: Ezzelin von Klatka, el último dueño y señor del castillo. Le costó más abrir este ataúd, lo que consiguió hacer al cabo de grandes esfuerzos y con el mismo cuidado que el observado por quien entra en una habitación sin querer que se despierte quien allí duerme. Cuando observó el cuerpo que allí estaba no pudo evitar que se le escapase un «¡ja!». En aquel ataúd yacía el Conde Azzo, el mismo al que había conocido en la mansión de la villa. Estaba idéntico, con las mismas ropas, sin rastro alguno de descomposición. Era imposible diferenciarlo de alguien que durmiese, pues respiraba plácidamente. Por unos instantes, Woislaw no hizo nada, ni un movimiento; sólo

miraba a quien allí dormía. Conteniendo la respiración, volvió a poner la tapa y clavó lenta y silenciosamente los clavos. Una vez hubo concluido su tarea, puso sobre el ataúd lo que había llevado bajo su capa y subió los peldaños que conducían a la iglesia para alejarse de inmediato de las ruinas.

Pasó el día. Cuando comenzaba a caer la tarde, Franziska dijo a su padre que salía a montar a caballo junto al Conde Woislaw para mostrarle los alrededores. El Conde se regocijó del aviso de su hija, pues lo tuvo por una señal de recuperación, y urgió a un sirviente para que preparase las monturas. Muy pronto salieron en dirección al castillo, acompañados por el sirviente. Woislaw iba muy serio y callado. Cuando Franziska le preguntó el motivo y le dijo una vez más que prefería saber en qué consistía su cura, ahora con un claro tono de chanza, el joven Conde respondió que no había nada de qué hablar al respecto y que no era cosa para tomarse a risa. Añadió que era preciso que confiase en él, pues juraba por su honor devolverle la salud perdida. No volvieron a decirse una palabra, y así, en silencio, llegaron hasta el viejo roble, donde, por indicación de Woislaw, quedó el criado al cuidado de los caballos. Woislaw ofreció su brazo a Franziska y así subieron silenciosamente la leve colina. Al llegar muy cerca de las puertas del castillo, Woislaw dijo, más para sí que para su acompañante, estas palabras:

—En un cuarto de hora se habrá puesto el sol y una hora después brillará intensamente la luna… Habrá llegado el momento de entrar en acción.

—Pues entonces —dijo Franziska— creo que deberías contarme al menos algo acerca de lo que hacemos aquí.

—Bien, Milady —dijo el Conde mirándola de frente—, te pido por tu bien, y por el amor que te tiene tu buen padre, que no me interrumpas preguntándome cosas a las que sólo podré dar respuesta cuando todo haya acabado y estés de nuevo en posesión de la buena salud que siempre has tenido. Debes saber, sin embargo, que tu vida corre grave riesgo como consecuencia de la enfermedad que padeces. Es más, te digo que perderás la vida si no sigues estrictamente las instrucciones que te dé en adelante… Prométeme, pues, que harás lo que te pida; ya hemos sellado un trato y yo te he dado mi palabra de honor de que responderé con mi vida si no salvo la tuya y con ello el honor de tu casa.

Y tras decir estas palabras alargó su mano derecha a la joven, que se la estrechó diciendo lo que sigue en tono de absoluto compromiso, conmovida por lo que había oído de labios del buen Conde:

—Lo prometo.

—Bien, pues adelante, ha llegado la hora —dijo Woislaw conduciéndola a la iglesia.

Aún penetraban en las ruinas los últimos rayos del sol. Cuando pasaban ante el altar, Woislaw recomendó a su amiga:

—Reza un Ave María, lo necesitarás —y él mismo se hincó de rodillas. Franziska se arrodilló a su lado y musitó la oración que le había sugerido el Conde. Poco

después se levantaban.

—Antes de que salga la luna habrá acabado todo —prometió Woislaw.

—¿Qué debo hacer? —preguntó acongojada Franziska.

—Baja a la cripta, debes ir sola, no puedo acompañarte. Una vez allí, verás un ataúd en el que he depositado un paquete. Ábrelo. Encontrarás tres grandes clavos. Espera a que yo empiece a rezar el Credo, que oirás pues lo diré en voz alta. Entonces, clava con fuerza los tres clavos, con el martillo que hay en el paquete, en la parte superior del ataúd.

Franziska pareció asustada por primera vez en su vida. Temblaba de pies a cabeza y era incapaz de decir una palabra.

—¡Sé valiente, Milady! —la animó Woislaw, que se percató de su pavor—. Piensa que una vez hayas acabado de hacer lo que te pido recuperarás la salud. Piensa que el Creador te asiste y el cielo vela por ti. Y ve tranquila, pues si sigues mis instrucciones no correrás peligro.

—De acuerdo, haré lo que me pides —dijo Franziska con resolución, tratando de insuflarse el valor necesario.

—Cualquier cosa que oigas, procedente del ataúd, no deberá detener tu mano —siguió diciéndole Woislaw—. Nada puede afectarte; mete esos clavos con toda tu fuerza. Deberás acabar antes de que yo termine de rezar el Credo.

Franziska pareció dudar de nuevo, pero recuperó el coraje de inmediato.

—Lo haré, descuida… El cielo me da la fuerza —musitó dulcemente.

—Una cosa más —dijo Woislaw—. Quizá esto sea para ti lo más duro y desagradable, pero sin ello no lograrás curarte… Cuando hayas hecho lo que hemos convenido, quizá veas que sale de la caja… un líquido, un fluido… Bien, pues tienes que mojar tus dedos ahí y pasarlos luego por la herida de tu cuello.

—¡Eso es horrible! —protestó entonces Franziska—. ¡Hay un ser humano en ese ataúd, el líquido del que me hablas ha de ser, por ello, sangre!

—Ahí no yace un ser humano, yace un muerto viviente… Y esa sangre es la tuya; una sangre que te ha robado y que circula injustamente por sus venas para mantenerse vivo —dijo Woislaw apremiándola—. No preguntes más.

Franziska se armó de todo el valor y fuerza de que era capaz, bajó a la cripta y Woislaw comenzó a rezar el Credo de rodillas, ante el altar de la iglesia en ruinas.

La joven dama encontró muy pronto el ataúd con el paquete del que le había hablado el Conde. Una gran paz reinaba en la cripta, lo que ayudó a Franziska a calmar sus nervios. Abrió el paquete. Vio que, en efecto, había un gran martillo y tres largos clavos. Oía la voz de Woislaw rezando con mucha fe el Credo. Tomó uno de aquellos clavos y lo hundió media pulgada en el ataúd, sin que se escuchara nada más que el eco del golpe. Levantó de nuevo el martillo con las dos manos, dispuesta a hundir el clavo, y lo hizo. Entonces sí oyó algo, un ruido extraño, en el interior de la caja, lo propio de un movimiento… Aterrada, retrocedió dispuesta a soltar el martillo y subir los peldaños, pero sintió entonces más fuerte la voz de Woislaw rezando, lo

que le dio el valor suficiente como para acercarse de nuevo al ataúd. Tomó un segundo clavo y lo hundió aún con mayor violencia. De nuevo se dejó sentir en el interior de la caja un ruido extraño, como de un movimiento propio de una criatura que tratara de salir de allí. Aterrada, pero sin distraerse, tomó Franziska el tercer clavo: no pensó en nada más salvo que se encontraba en peligro, y asiendo fuertemente el martillo descargó un golpe muy violento que hundió en la caja el tercer clavo, justo cuando comenzaba a perder el sentido. Tambaleándose, retrocedió unos pasos y dejando caer el martillo al suelo se desvaneció.

Había pasado un cuarto de hora cuando abrió de nuevo los ojos y miró a su alrededor. En el cielo se veían ya algunas estrellas y la luna comenzaba a derramar su luz por los campos y sobre las ruinas de la iglesia. Franziska estaba fuera de la cripta, junto a un muro. Woislaw permanecía de rodillas a su lado, reanimándola.

—¡Demos gracias al cielo, has vuelto a la vida! —exclamó el Conde con alegría desbordante—. Por un momento creí que el remedio no surtiría el efecto deseado, aunque fuese la única manera de salvarte.

Franziska fue recobrando la consciencia poco a poco. Todo lo que había vivido le pareció un mal sueño. Poco antes se había visto en una escena trágica, y ahora todo era paz a su alrededor. Comenzó a incorporarse mientras oía las palabras tranquilizadoras que le dirigía el Conde y también las del criado que los había acompañado, que se acercaba a ellos con los caballos.

—Vayámonos —pidió Franziska—. ¿Pero qué es esto? Mi cuello, mis hombros y mis brazos están húmedos…

—Habrá sido la hierba, Milady —dijo el Conde, gentilmente, para no asustarla.

—¡No, es sangre! ¡Mira, tengo las manos llenas de sangre! —gritaba la joven dama.

—¡Oh, no, puede que… te equivoques! —le dijo Woislaw, tratando de engañarla para que se tranquilizase—. Quizá te heriste con uno de los clavos, o al caer desvanecida.

—No me mientas, que no siento el dolor propio de las heridas… Ahora lo recuerdo todo —dijo Franziska estremeciéndose—. ¡Vayámonos de aquí! No quiero ni acordarme de este lugar espantoso.

Woislaw la ayudó a montar y se dirigieron rápidamente a la mansión de la villa.

A medida que se alejaban del castillo, Franziska comenzó a hacer preguntas al Conde a propósito de los sucesos que había vivido; Woislaw, sin embargo, le confesó que su propio estado de excitación nerviosa le impedía entonces contarle cualquier cosa y prefería aguardar a la mañana siguiente, para hacerlo cuando ambos hubieran descansado.

Nada más llegar a casa, él mismo condujo a Franziska a su habitación y dijo luego al Conde que la joven se había cansado mucho en el paseo a caballo, por lo que era preferible que durmiese en vez de sentarse a cenar con ellos en la gran mesa del comedor.

A la mañana siguiente, Franziska, como lo había previsto su salvador, despertó radiante y sana como no lo había hecho en los últimos tiempos. Ella misma confesó que se sentía perfectamente, feliz y fuerte, y que por fin había dormido muy bien, sin padecer la pesadilla de tantas noches anteriores. Bertha, Franz y el Conde se admiraban de su pronta recuperación. Woislaw animó entonces a Franziska a que les contara la aventura que había vivido. Como es natural, apenas hubo concluido la joven dama de referirles lo sucedido la noche anterior, todos asaetearon al joven Conde con sus preguntas.

—¿Alguna vez ha oído usted hablar de los vampiros? —preguntó el joven Conde.

—A menudo —respondió el padre de Franziska—, pero nunca he creído en su existencia.

—Yo tampoco creía —admitió Woislaw— hasta que pude comprobar por mí mismo que existen.

—Cuéntanos tus experiencias —le rogó entonces Bertha, a la vez con entusiasmo y miedo.

—Fue durante mi primera campaña en Hungría —comenzó a decir el joven Conde Woislaw—. Fue cuando me recuperaba de esta herida en el rostro, que me hizo uno de aquellos jenízaros… Me había acogido en su casa una respetable familia de una villa próxima al campo de batalla; una familia compuesta por el padre, la madre y una hija de apenas veinte años… Vivían gracias al excelente vino que hacían y vendían muy bien en la taberna que tenían junto a la casa, por lo que siempre había gente que iba a beberlo. A pesar de tratarse de una familia feliz, había en ellos una cierta melancolía, algo que les noté muy pronto… Supe no menos pronto que era debida a que la hija, una muchacha muy bella y delicada, siempre estaba enferma.

»Hablando con sus padres supe que hasta no hacía mucho tiempo había sido feliz, pues mostraba una salud extraordinaria, la propia de las mejores rosas. En muy pocos meses, sin embargo, comenzó a adelgazar y a palidecer, sin razón aparente. Todos los esfuerzos que hicieron los médicos consultados por devolverle la salud fueron en vano. Había ocurrido que, como la tropa se hallaba acampada a muy corta distancia de la casa, eran muchos los hombres que visitaban la taberna de la familia para saborear su excelente vino. Y entre esos hombres había uno que se dejaba caer por allí todas las noches, cuando ya casi no había clientes, cuando comenzaba a brillar la luna en el cielo.

»Era un hombre de aspecto distinguido aunque enfermizo, muy delgado, que apenas trataba con los demás, pues se mostraba sarcástico e hiriente con todos. Los padres de la muchacha se sorprendieron mucho al comprobar una noche que, cuando ya se hubo ido, su copa de vino seguía llena, aunque le habían visto beber de ella.

—La verdad es que parece que hablas del Conde Azzo —dijo Bertha, cada vez más interesada en el relato de su prometido.

—La hija —prosiguió Woislaw— empeoraba día a día, sin hallar remedio en los que le aplicaban varios médicos cristianos, por lo que sus padres acudieron a los

presos jenízaros y eslovacos, por si sabían éstos de alguna solución mágica que pusiera fin a la enfermedad de la muchacha. Ella, además, contaba tener un sueño que se repetía noche tras noche, en el cual, aquel extraño que dejaba llena su copa de vino, la asaltaba en el lecho.

—Un sueño como el tuyo, Franziska —dijo Bertha.

—Una noche —siguió diciendo Woislaw—, un viejo prisionero eslovaco que había viajado por Grecia y Turquía, y que también había recorrido el Nuevo Mundo, bebía vino en la taberna de los padres de la enferma cuando entró el extraño. Yo bebía con aquel viejo eslovaco mientras hablábamos de muchas cosas, todas terribles pues tenían que ver con la guerra que nos enfrentaba, aunque allí conversábamos amistosamente.

»Llevábamos más de una hora bebiendo vino y charlando. Aquel extraño nos miraba riéndose burlonamente de nosotros. Un rato después, pagó y se dispuso a salir. Yo, molesto por su risa burlona, y acaso por haber bebido más de la cuenta, me dirigí a él entonces, diciéndole: “Espera, imbécil; no has hecho más que escuchar y reírte de lo que hablábamos, pero no has vaciado tu copa… Bien, te ha llegado el turno, cuéntanos algo y bebe como un hombre, quizá eso te dé el valor suficiente como para pelearte conmigo”. El eslovaco, por su parte, le dijo: “Sí, vamos, bebe y charla con nosotros, a ver si tienes algo interesante que contar”. Y levantándose de su banqueta, como a pesar de su edad era un hombre alto y fuerte, puso sus manos en los hombros de aquel extraño para atraerlo hasta nuestra mesa y sentarlo en una banqueta junto a las nuestras.

»El extraño, sin embargo, y aunque era tan flaco como un esqueleto, se quitó las manos del eslovaco de encima apenas sin esfuerzo, derribándole. Yo me acerqué a él por la espalda y lo tomé por un brazo con mi mano de oro, pues pretendía golpear al viejo eslovaco caído. Juro que aquel hombre era el más fuerte que jamás he conocido; pero se volvió, me miró fijamente y me dijo en voz baja: “Déjame ir, te lo pido por tu mano de oro. Sé que eres mi hermano; comprenderás por ello que tenga hambre y deba ir a satisfacerla cuanto antes, necesito sangre”.

»Sorprendido por sus palabras, le solté y salió. Apenas me hube recuperado de la impresión producida en mí por sus palabras conté al eslovaco lo que me había dicho aquel hombre. Me miró aterrorizado. Le pregunté por qué se asustaba tanto y, mientras le ayudaba a levantarse del suelo, me dijo:

»—Ese extraño es un vampiro.

—¿Cómo? —dijeron entonces al unísono Franziska y Bertha con ojos de espanto —. Así que Azzo era…

—Exacto. Un vampiro —dijo Woislaw—. Pero ya no necesitará saciar su sed de sangre, ha desaparecido para siempre, se ha esfumado… No volverá… Pero permitidme que acabe mi relato…

Como en mi tierra no se conoce la existencia de los vampiros, pregunté al eslovaco y me dijo que sí los hay, tanto en Hungría como en Croacia, Dalmacia y

Bosnia. Son, me dijo, gentes que murieron en pecado o tras ser excomulgados, y deben penar eternamente por ello, y que apenas brilla la luna en el cielo salen de su tumba para alimentarse con la sangre de los vivos, pues sólo así se cumple su castigo de penar eternamente.

—¡Es horrible! —gritó Franziska—. Te aseguro que si llegas a contarme antes todo eso, no me hubiese atrevido a ir a la iglesia del castillo…

—Por eso no lo hice… Los vampiros sólo pueden ser ejecutados por sus propias víctimas, para que se rompa el sortilegio maldito que los reanima —dijo Woislaw—. El eslovaco me contó varios casos de vampirismo que había conocido, y así supe de su existencia y maldad, por lo que nada más ver a Azzo lo reconocí como vampiro.

—Ahora comprendo por qué cambió su actitud cuando vio tu mano de oro —dijo Franz.

—Así es —dijo Woislaw—. Azzo, como el vampiro de la taberna, me tomó por uno de su estirpe, al creer que la fuerza de mi mano se debía a un poder sobrenatural. No puedes imaginarte, Milady —dijo mirando a Franziska—, cuánto me alarmó verte enferma cuando llegué a esta casa; me preocupé mucho por ti, y también por Bertha, pues hubiera sido a buen seguro la segunda víctima de Azzo. Era necesario, mi querida Franziska, que tú misma acabases con él.

—Actuaste sabiamente al no querer contarme nada de lo que te proponías, para no causarme alarma —admitió la joven dama—. Nunca podré agradecerte suficientemente lo que has hecho por mí.

—Supuse que, de contártelo, te hubieras negado a hacer lo que era necesario, por miedo.

—¿Pero qué pasó con aquella pobre muchacha de Hungría? —preguntó Bertha.

—No lo sé —respondió Woislaw—. Aquella misma noche se produjo un gran ataque de los turcoeslovacos y yo mismo hube de reincorporarme, aunque aún no estaba del todo repuesto de mis heridas… Nunca más supe de ella.

Siguieron hablando de vampiros y de la guerra durante un buen rato. El Conde decidió sellar definitivamente la cripta de la iglesia aneja al castillo de Klatka, so pretexto de que así nadie podría alterar la paz de los muertos, cosa que hicieron sus criados al día siguiente, apenas amaneció.

En muy poco tiempo Franziska lució tan espléndida como siempre lo había sido, plena de salud y de belleza, fuera ya de todo peligro.

Se obró en ella, además, un cambio notable de carácter, pues ya no fue altiva y sarcástica como antes, sino tierna y bondadosa con todos. Franz, su primo y admirador, seguía prodigándole atenciones, a las que ahora no resultaba ajena, y esforzándose en el trabajo al servicio del Conde y de sus propiedades, de las que cuidaba extraordinariamente bien.

Woislaw pidió en matrimonio a Bertha, diciendo que deberían casarse antes de que tuviese él que regresar a Silesia, y comenzaron los preparativos de la boda. Pero qué grande y gozosa fue la sorpresa del Conde de Fahnenberg cuando su hija y Franz

le comunicaron que también ellos se casarían el mismo día en que lo hicieran Woislaw y Bertha. El Conde les dio su bendición y llegado el día de la ceremonia se celebraron las dos bodas, para felicidad de las parejas y para alegría de quienes moraban en la villa y sus alrededores.

La tumba de Ethelind Fionguala

Julian Hawthorne

(1846 - 1934)

«*La tumba de Ethelind Fionguala*» es el primer cuento de vampiros, en el sentido más ortodoxo del término, escrito por un estadounidense, Julian Hawthorne, hijo de Nathaniel Hawthorne (1804 - 1864), célebre autor de inolvidables relatos fantásticos como «*El experimento del Dr. Heidegger*» (*Dr. Heidegger's Experiment*, 1837), «*La marca de nacimiento*» (*The Birthmark*, 1843) o «*La hija de Rappaccini*» (*Rappaccini's Daughter*, 1844) y de novelas como *La casa de los siete tejados* (*The House of the Seven Gables*, 1951). Estableciendo una evidente distancia creativa con su famoso progenitor —ignoramos si de manera consciente o no—, Hawthorne Jr. explica en «*La tumba de Ethelind Fionguala*» las aterradoras aventuras de un artista norteamericano de viaje por Irlanda quien, fascinado por una leyenda local del siglo XVI —sobre una hermosa doncella secuestrada por una banda de vampiros cuyo espíritu, dicen, vaga por el lugar donde fue asesinada—, decide investigar qué hay de cierto en semejante historia. Con un estilo más próximo a la literatura gótica que a los sugerentes textos de su padre, su relato demuestra una gran habilidad por parte de Hawthorne Jr. a la hora de crear atmósferas y de modular los efectos inquietantes de cara a un dramático y aterrador desenlace.

«*La tumba de Ethelind Fionguala*» fue publicado por primera vez en la revista estadounidense *Lippincott's Magazine*, en el número de mayo de 1887. Un año después apareció en Inglaterra, en la prestigiosa *Illustrated Sporting & Dramatic News*, donde no despertó especial interés por parte de crítica y público a pesar de su indudable calidad. Quizá ésa fue la razón por la que Julian Hawthorne reemplazó el título de su historia por el de *Ken's Mystery* y la incluyó en una antología de relatos breves titulada *David Poindexter's Disappearance and Other Tales* (1988), motivo por el cual algunos especialistas en literatura fantástica incurren en el curioso error de contabilizar *Ken's Mystery* como un cuento «aparte» de «*La tumba de Ethelind Fionguala*», cuando en realidad son el mismo. Y, rizando el rizo, una vez más, sobre el complejo y en parte misterioso desarrollo creativo del *Drácula* de Bram Stoker, cabe destacar que muy posiblemente el escritor irlandés conocía el cuento de Hawthorne Jr., puesto que fue colaborador de *Illustrated Sporting & Dramatic News* —con cuentos de horror como «*La casa del juez*» (*The Judge's House*, 1891) y «*La squaw*» (*The Squaw*, 1893)—. Además, Stoker era desde su infancia un entusiasta estudioso del imaginario fantástico de su tierra natal —cf. *El País del Ocaso y otros*

cuentos inquietantes para niños (*Under the Sunset*, 1881)— y es muy probable que conociera las raíces folklóricas que sirvieron de inspiración a Julian Hawthorne, el cual basó parcialmente «*La tumba de Ethelind Fionguala*» en una leyenda vampírica que le contaron durante una visita a Dublín por motivos profesionales.

Julian Hawthorne trabajó principalmente como periodista y biógrafo —incluyendo la biografía de su padre, *Nathaniel Hawthorne and His Wife: A Biography*, publicada de manera póstuma en 1968— antes de dedicarse a la ficción. Viajero incansable y muy observador, como demuestran sus reportajes acerca de la India y Cuba, a la edad de cuarenta años empezó a interesarse por la ficción, publicando veintiséis novelas —cf. *Idolatry: A Romance* (1874), *Archibald Malmaison* (1879), *The Professor's Sister* (1888), *An American Monte Cristo* (1893)—. No obstante, su trabajo y su curiosa personalidad literaria y periodística se vieron ensombrecidos por un hecho delictivo: en 1912 fue procesado y encarcelado por estafa, ya que convenció a un grupo de pequeños inversores para que le confiaran su dinero a fin de explotar una mina de oro en Canadá que no existía. Tras salir de la cárcel, se retiró a San Francisco, ciudad en la que residió hasta su muerte.

La tumba de Ethelind Fionguala

(The Grave of Ethelind Fionguala)

Julian Hawthorne

Un frío atardecer de octubre —era el último día del mes, inusualmente frío para esa época del año— pensé en ir a pasar una o dos horas con mi amigo Keningale. Keningale era artista (tanto como músico *amateur* y poeta), y se había hecho en su casa un delicioso estudio en el que le gustaba pasar las noches. El estudio tenía una de esas chimeneas propias de las casas solariegas isabelinas, que encendía con buenos leños cuando la temperatura en el exterior era muy cruda. Allí me sentía especialmente bien, fumando apaciblemente mi pipa y charlando con mi amigo al amor del fuego.

Llevaba algún tiempo sin hablar con él; no lo había hecho desde que Keningale, o Ken, como lo llamábamos sus amigos, regresara de su viaje a Europa un año atrás, *viaje de estudios*, como lo llamaba él riéndose, y de lo que nos reímos todos, pues a Ken le gustaba hacer cualquier otra cosa antes que estudiar.

Era un tipo joven y de muy buen humor, educado en sus maneras y a la vez vividor, versátil e inteligente, y con una renta de unos doce mil o quince mil dólares al año. Cantaba, actuaba, escribía (aunque con un cierto descuido) y pintaba maravillosamente, además de hacer bustos y otras piezas escultóricas magníficas, sobre todo si se tiene en cuenta que jamás había estudiado cualquier disciplina artística… Pero tampoco puede decirse que fuera un esforzado autodidacta… Era muy bien parecido, con una figura excelente y justa de peso, además de vivaz, saludable, de cejas finas y una mirada franca y sagaz. A nadie le sorprendió que se decidiera a viajar por Europa, y mucho menos a él mismo, porque en realidad sólo quería divertirse por allí, pero adelantemos que se le vio de nuevo por Nueva York antes de lo previsto. Era uno de esos tipos que se sienten a gusto en Europa, siempre y cuando puedan ir a su aire, en cualquier caso. Poco después de su regreso nos llegó el rumor de que se había casado en Nueva York con una preciosa joven a la que había conocido en Londres. No mucho después lo vimos por la Quinta Avenida, pero no respondió nada cuando le preguntamos por la razón de que hubiera abandonado tan pronto el viejo continente. Y cuando lo inquirimos acerca de su matrimonio, cortó tajantemente la conversación sin permitir en adelante la menor alusión a eso… Se decía que ella lo había engañado… Pero también se decía que en realidad no habían llegado a casarse, y que ella había vuelto a casa no mucho después de que se les viera juntos.

Fuese aquello lo que fuera, los hechos ciertos son que en adelante Ken no se mostró como el tipo alegre y divertido que era, sino que se le vio triste, abatido, sumido constantemente en una profunda meditación, contrariado y esquivo en la vida social, taciturno y replegado sobre sí mismo, incluso cuando estaba en compañía de sus mejores amigos. Era evidente que le había pasado algo, o que él mismo había hecho algo inconfesable… Pero ¿qué? ¿Quizá había cometido un crimen? ¿Se había hecho adepto de los nihilistas? ¿Tan hondamente le habría afectado aquel *affair* amoroso truncado? Algunos suponían que se trataba de una nube pasajera…

En cualquier caso, hoy, cuando escribo esta historia, la nube no ha terminado de

pasar y, lo que es peor, parece más negra y más grande, como si amenazara con devenir en permanente.

En ese ínterin me encontré con él un par de veces, acaso tres, en la ópera y en la calle, pero sin que me diese la oportunidad de retomar nuestra amistad. Habíamos sido amigos íntimos y confiados en otro tiempo y me costaba aceptar que no quisiera que continuáramos siéndolo. Sin embargo, cuanto había oído decir, y cuanto había visto por mí mismo, aquel evidente cambio que se había dado en él, o acaso un cierto halo de suspense, o la simple curiosidad, me animaron al fin a verlo aquella fría noche de octubre. Su casa estaba a no más de tres millas de distancia de lo que entonces era el centro de Nueva York, así que eché a andar aguijoneado por el viento frío y la transparencia del aire, rememorando los días de nuestros buenos tiempos y todo cuanto sabía y admiraba de Ken. Pero tampoco podía dejar de hacerme algunas preguntas sobre su carácter. ¿Habría algo en su naturaleza —algo muy profundo, incluso animal, algo latente—, extraño y al margen de lo que sabía de él, algo capaz de brotar bajo unas determinadas circunstancias y llevarlo a…? ¿A qué? Pero cuando aún pensaba en estas cosas me vi ante su puerta. Y tuve un sentimiento indecible de felicidad cuando un segundo después me tendió su mano con la mayor cordialidad y me dio la bienvenida con una voz totalmente desprovista de afectación, agradeciéndome la visita. Una vez más, me condujo a su estudio, se encargó de mi abrigo y de mi sombrero y me puso una mano en el hombro.

—Me alegro mucho de verte, —repitió con particular sinceridad—: me alegro muchísimo de verte y de sentirte, especialmente esta noche.

—¿Qué tiene de especial esta noche? —pregunté.

—¡Bah, nada, olvídalo! Está bien así, no necesitas anunciarme tu visita; no hay que leerlo todo para comprenderlo todo, parafraseando al poeta… Venga, bebamos un poco de *whisky* con agua y fumemos una pipa… Esta noche puede ser muy feliz para mí, si consigo permitírmelo.

—¡Cómo no permitírtelo en este maravilloso lugar! —exclamé contemplando la chimenea y los sillones espléndidos, así como los suntuosos adornos de la estancia—. Me parecería un crimen no sentirse a gusto en este lugar.

—Quizá —dijo Ken—, pero en estos momentos no puedo disfrutarlo… ¿Has olvidado en qué noche estamos? La noche del primero de noviembre, ésa en la que, según la tradición, salen los muertos de sus tumbas y andan, y las hadas, los duendes y los espíritus adquieren una libertad y un poder mayor que en cualquier otra noche del año… Cualquiera diría que nunca has estado en Irlanda…

—Ahora me entero de que tú sí has estado allí.

—Así es, he estado en Irlanda, sí… —hizo una pausa, entornó los ojos y se sumió en un estado meditabundo, del que sin embargo salió pronto, haciendo un esfuerzo evidente, para dirigirse a un mueble que había en un extremo de la habitación, del que sacó tabaco y bebida.

Mientras él se ocupaba en lo dicho, di unos pasos por el estudio, admirándome de

las bellezas que allí había, así como de otros objetos un tanto grotescos pero insólitos, y del sinfín de curiosidades que atraían increíblemente mi atención. Desde luego, todo aquello aumentaba la belleza del estudio admirablemente; Ken era un buen coleccionista y un hombre de buen gusto, como ya se ha apuntado. Pero, por encima de todo lo que allí vi, me interesaron unos estudios de la cabeza femenina hechos al óleo, que desde luego no estaban allí expuestos para llamar la atención de nadie, ni para que recibiera el artista un juicio crítico. Eran en total tres o cuatro, dichos estudios, todos del mismo rostro, pero en ángulos y poses diferentes. En uno, el rostro quedaba difuminado por un velo oscuro como una sombra que sólo sugería las facciones; en otro, parecía asomarse oscuramente a través de una celosía fantásticamente iluminada por la luz de la luna; el tercero mostraba su espléndida belleza con un vestido de noche y una diadema en el cabello, y pendientes, y más joyas, una de las cuales brillaba sobremanera sobre su níveo pecho. Las expresiones del rostro eran tan diferentes como las poses; uno de los estudios invitaba a escrutarlo para acceder a su misterio; otro, sugerente de ardor y pasión, capturaba la mirada de manera indecible; el tercero sorprendía por cuanto de élfico y burlón había en aquel hermoso rostro. Cualquiera de ellos, en definitiva, ejercía una fascinación muy especial, no tanto por la evidente belleza de la mujer retratada como por su rareza exquisita, por el carácter único que se le adivinaba.

—¿Conociste a esa mujer en otro país? —le pregunté al fin—. Es evidente que te ha inspirado de manera especial, cosa que comprendo…

Ken servía ya el licor que había preparado y no estaba al tanto de mis movimientos por su estudio; me miró sorprendido y dijo:

—No quiero exponer esos cuadros, no me satisfacen y voy a destruirlos… Pero no descansaré hasta que haya logrado pintarlos como ella lo merece… ¿En otro país? ¿A qué te refieres? Sí… O no…

Los pinté aquí en las últimas seis semanas.

—Pues te satisfagan o no, debo decir que son los mejores cuadros tuyos que he visto.

—Bueno, dejémoslos en paz, dime qué te parece este bebedizo que te ofrezco… Para mí que es de lo mejor; quizá aguardaba tu llegada para que lo probases en toda su excelsitud… La verdad es que no me gusta beber solo, y créeme que esos retratos no son una buena compañía; tengo la impresión de que podrían salir del lienzo en cualquier momento y sentarse en una de esas butacas. —y observando mi mirada inquisitiva añadió con una risa nerviosa—: Estamos en la noche del primero de noviembre, ya lo sabes; una noche en la que puede pasar cualquier cosa, incluso la más extraña…

Bebamos a nuestra salud…

Nos llevamos a los labios aquel licor de sabor fuerte, aromático y profundo, y dejamos los vasos sobre la mesa. La bebida era excelente. Ken abrió una caja de cigarros y tras escoger uno nos sentamos al amor del fuego.

—Todo lo que necesitamos ahora —dije lentamente— es un poco de música… ¿Tienes por ahí aquel banjo que te regalé antes de que te fueras de viaje?

Hizo una larga pausa antes de responderme, de tal manera que llegué a pensar que no me había oído.

—Puedo ir a buscarlo —dijo—, pero ya no se le puede extraer música.

—Vaya, se te ha roto… ¿No puedes hacer que te lo reparen? Es un instrumento magnífico.

—No, no está roto, pero no suena como antes… Verás…

Se levantó mientras hablaba y fue al final del estudio, donde abrió un arcón negro y extrajo el instrumento, envuelto en una pieza de seda amarilla. Me lo ofreció; cuando le quité la pieza de seda amarilla que lo preservaba del polvo, pareció en efecto algo que quizá en tiempos fuese un banjo… Sólo eso. Simplemente era como un viejo trozo de madera que apenas sugería su calidad de poco tiempo atrás. El mástil aparecía combado y carcomido como si lo habitaran gusanos y larvas; al tacto se mostraba seco como las raíces muertas. La caja, en vez del color natural de la madera, lucía con un verdor apagado y mohoso; las clavijas, que en otro tiempo parecían de plata, ahora eran sólo como hierro oxidado. Carecía ya de cuerdas y le habían desaparecido al mástil casi todos los trastes. La verdad es que semejaba haber sido hecho antes del Diluvio, como si hubiese quedado olvidado de todos en un rincón del arca de Noé desde entonces.

—Una curiosa reliquia, ciertamente —bromeé—. ¿De dónde la has sacado? No tenía la menor idea de que el banjo fuera un instrumento tan antiguo… A primera vista diría que tiene por lo menos doscientos años, pero puede que me quede corto…

Ken sonrió tristemente.

—Tienes razón —me dijo—; tiene unos doscientos años, en efecto, pero te aseguro que es el mismo banjo que me regalaste el año pasado.

—Pues resulta difícil reconocerlo —dije sonriendo a mi vez—; no lo encargué, para ofrecértelo como un presente, hace tanto…

—Ya lo sé… Te aseguro que, en tan poco tiempo, le han pasado por encima doscientos años… Sí, parece absurdo e imposible, pero te digo la verdad, no creas que miento… Este instrumento existe en realidad desde el siglo XVI. Verás… Recuerda que estaban grabados ahí nuestros nombres y la fecha en que me lo regalaste.

—Sí; y había también cierta marca que hice —apostillé.

—Eso es —dijo Ken buscando nuestros nombres y la marca a la que me refería —. Mira…

Tomé en mis manos el decrépito instrumento y lo examiné con detenimiento. Era increíble, desde luego. Allí estaban nuestros nombres y la fecha que hice grabar; allí estaba igualmente la marca a la que me había referido, grabado a punzón todo ello apenas dieciocho meses atrás. Me convencí de que sus palabras no eran una broma y de que no había error posible. Me senté, poniendo el banjo sobre mis rodillas, y me

quedé mirando a mi amigo con gesto de asombro, o acaso de incredulidad, a despecho de la evidencia. Él seguía fumando inalterable, sin perder la compostura, con los ojos fijos en los leños chisporroteantes de la chimenea.

—Estoy confuso —admití—. Vamos, dime de qué se trata, tiene que ser una broma… ¿Cómo has conseguido que esto parezca un instrumento arruinado por el tiempo, por el paso de dos siglos, por lo menos, cuando lo compré hace sólo unos meses? ¿Y por qué lo hiciste? He oído hablar de elixires que anulan los efectos del paso del tiempo, pero da la impresión de que te has dedicado a buscar algo que hace todo lo contrario… Revélame tu misterio, mago… En serio, Ken, ¿qué demonios le ha pasado a esta cosa?

—Te aseguro que no sé más que tú —respondió—; o tú y yo, al igual que el resto de los habitantes de este mundo, nos hemos vuelto locos, o esto es consecuencia de un milagro que no registran los anales de la tradición. ¿Cómo explicar algo así? Por lo general se dice, lo que supone aludir a una experiencia común, si así lo prefieres, por lo general se dice que hemos tenido otra vida, que vivimos en otro tiempo; y también, que a veces podemos vivir una vida entera en unos pocos instantes… Pero todo eso, me parece, es más una experiencia mental que física; por lo tanto, algo que se corresponde con los humanos y su mente, pero no con un simple objeto de madera y metal… Tú crees que en ese instrumento se ha producido una broma, o que es el objeto de una broma… Si así fuera, te aseguro que desconozco por completo los secretos de una ilusión semejante… Jamás he oído hablar, por otra parte, de cualquier compuesto químico que reduzca a ese estado en unos pocos meses lo que antes fue una sólida pieza de madera… Y puedo dar fe de que nadie ha intentado algo parecido en el curso del último año. Hace un año, en efecto, podían extraerse de este banjo exquisitas notas… Al menos, cuando me lo regalaste… Sólo veinticuatro horas después, y juro que te digo la verdad, apareció tal y como lo ves ahora.

La seriedad, la sinceridad con que me decía todo aquello, eran evidentes. Creía cada una de sus palabras, precisamente porque eran ciertas. Yo no sabía qué pensar. Por supuesto, mi amigo podía haberse vuelto loco, aunque la verdad es que no mostraba el menor síntoma de insania. Pero allí estaba el banjo, silencioso testimonio de la verdad. Cuanto más pensaba en todo eso más increíble me parecía el momento. Doscientos años transcurridos en apenas veinticuatro horas; tales eran los términos de la ecuación que la evidencia ofrecía.

Tanto Ken como el propio banjo la habían establecido, en contra de toda experiencia y de todo conocimiento, pero no podía sino tomar dicha ecuación por un imposible, sin embargo… ¿Qué explicación dar a todo aquello? ¿Qué es el tiempo? ¿Qué es la vida?

Me vi por un instante dudando de la realidad inherente a las cosas. Pero ahí estaba el misterio al que me obligaba a enfrentarme mi amigo, un misterio añadido a todos los que lo envolvían desde que regresara de su viaje al extranjero. Había cambiado, estaba claro. Pero lo más terrible era que quizá ya no pudiese cambiar.

—¿Por qué no me lo cuentas todo? —acabé por preguntarle.

Ken sorbió un poco más de su copa de *whisky* con agua y se pasó una mano por sus finas cejas francamente apesadumbrado.

—Nunca he hablado con nadie de esto —comenzó a decir—, y nunca hubiera querido hacerlo… Pero intentaré ofrecerte al menos una idea… Al fin y al cabo me conoces mejor que cualquier otro, por lo que podrás entenderme y quizá comprender el alcance del asunto que voy a referirte; así, de paso, puede que me libere de algo que me oprime y desasosiega… Sí, puede que sea mejor contártelo y no seguir guardándomelo.

Sin mayores preámbulos, Ken pasó a relatarme la historia que aquí ofrezco. Era, cosa que ya había observado tiempo antes, un excelente narrador de historias. Tenía además una voz profunda, grave y bien timbrada en sus matices, y sabía reforzar perfectamente con ella los aspectos dramáticos o patéticos a veces mediante la entonación de una sola sílaba. Sus expresiones, igualmente, eran susceptibles de mostrar humor, solemnidad o pánico, dependiendo de lo que la historia que contaba requiriese, y sus ojos podían demostrar una variedad increíble de emociones, siempre, también, en tanto que fuera necesario para hacer más vivido su relato.

Ahora, sin embargo, su aspecto melancólico ofrecía la sensación de que sólo una cosa le enternecía y afectaba casi por igual; adelanto que cuando Ken pasó a contarme su historia, que era en parte la de aquel gran enigma del banjo, todo en él era melancolía y dolor; no había intención alguna por su parte de adornar el relato ni de hacerlo aún más fantástico, lo que seguramente me impresionó aún más, al punto de que aún hoy sigue ejerciendo sobre mí un influjo indudable.

—Salí de Nueva York —comenzó a decir— en un barco de la Inman Line, como recordarás… Atracamos en Le Havre, hice después los viajes habituales de los turistas por el continente y en julio partí hacia Londres, en pleno verano… Llevaba conmigo excelentes referencias y direcciones de gente muy conocida y agradable. Entre esas gentes se contaba una joven dama bellísima, una chica de mi estilo, ya sabes a qué me refiero, que naturalmente, además de ser de aquí, no pudo por menos que interesarme mucho desde el primer momento que la vi; antes de que su familia abandonara Londres ya nos habíamos comprometido. Nos marchamos de Londres al tiempo, ella para viajar por el continente y yo para visitar el norte de Inglaterra y después Irlanda… Llegué a Dublín el primero de octubre y, tras un periplo por el país de dos semanas, me vi en el condado de Cork.

»Es una región hermosa, un lugar en el que los ojos pueden solazarse en la contemplación de los paisajes más adorables, además mucho menos conocida por los turistas que otros muchos lugares menos hermosos y pintorescos como hay por esos mundos… Una región muy poco habitada, además; puedo asegurarte que mientras la recorría no vi a ningún otro extranjero y sólo me crucé con un puñado de lugareños. Parece increíble que un lugar así esté tan escasamente habitado. Allí, tras caminar docenas de millas acabas encontrándote con no más que un pequeño número de casas

de labranza, a muchas de las cuales, por lo demás, prácticamente se les ha volado el tejado y muestran inequívocos síntomas de ruina. Los pocos lugareños con los que te encuentras, sin embargo, son muy cálidos y amables, muy hospitalarios, sobre todo cuando comprueban que vienes de este país, que para muchos de sus amigos y parientes es algo así como la tierra prometida. Son muy sencillos, incluso algo primitivos, al menos a primera vista, pero en realidad lo que son es extraños e incomprensibles, como no podía ser menos en una raza única y apartada del mundo. Son muy supersticiosos y creen en los milagros y en toda clase de maravillas, así como en las hadas, los magos, los augurios… Son muy fieles a San Patricio, pero a la vez se muestran escépticos y sensibles a partes iguales y, si lo creen necesario, mentirosos y despiadados… Puedo asegurarte que nunca, a lo largo de mi viaje, disfruté con los naturales de otra nación tanto como con los naturales de Irlanda, que me inspiraban a partes iguales amistad, curiosidad y a veces repugnancia…

»Llegué a un pequeño pueblo costero, que no está muy lejos de Ballymacheen, en la costa sur. Ya había estado en Venecia y en Nápoles, ya había recorrido Cornice Road[7] y nuestro Mount Desert[8], y puedo asegurarte que todas esas maravillas juntas no son tan hermosas y encantadoras como las calas, pequeños puertos, montañas y colinas de este condado de Cork en cuyas costas las aguas del mar son las más transparentes. Es una región realmente antigua y llena de historia desde el comienzo de las edades. En todo el condado no hay más de doscientos mil habitantes, trescientos mil a lo sumo; la mitad de sus casas están en ruinas o han desaparecido, sin más; ves por allí un sinfín de antiguas granjas hoy abandonadas. Todo el mundo es muy pobre; muchos no tienen calzado ni algo con lo que cubrirse la cabeza; las mujeres suelen vestir de negro o de azul oscuro, los hombres van casi en harapos y los niños andan por ahí medio desnudos… Sólo viven confortablemente los curas y los monjes, y los soldados del cuartel que domina la región, un cuartel levantado sobre las ruinas del castillo de Eduardo, el Príncipe Negro[9], dominando la costa sobre los acantilados. La guarnición no tiene más de doce hombres, mandados por dos o tres oficiales, ninguno de los cuales tiene el título de Comisionado. Supongo que de vez en cuando se relevará dicha guarnición, pero cuando los ves hacer sus rondas siempre parecen los mismos.

»Me alojé en un pequeño hostal, muy agradable, por cierto, el único que hay en aquella parte de la costa, con un comedor muy acogedor aunque extremadamente pequeño, presidido por un retrato de Jorge I[10]. La segunda noche de mi estancia allí, poco después de cenar yo, entró un joven caballero que pidió algo de pan, queso y una botella de cerveza de Dublín. Pronto entablamos conversación; se me presentó como el teniente O'Connor, del cuartel, y era todo un magnífico espécimen de soldado irlandés. Tras dar respuesta a todas mis preguntas sobre aquel pueblo, la costa, y sobre el condado entero, así como tras hablar él de sus amigos, sus parientes, y de sí mismo, y tras contarle yo igualmente cosas de mí mismo y de mis viajes, nos hicimos muy amigos. Bebimos juntos *whisky* de Kinahan y el teniente se expresó en

términos muy elogiosos acerca de mi país, de mí mismo, y de los excelentes cigarros que llevaba y con los que le convidé… Cuando llegó la hora de que partiera, lo acompañé dando un paseo bajo la luz de la luna, espléndida, blanca, hasta la misma entrada del cuartel, prometiéndole que acudiría allí otro día, como me había sugerido, para que me presentara al resto de los oficiales y a los soldados.

«—Vuelva ahora con cuidado, mire bien por dónde pisa, amigo —me recomendó cuando nos despedíamos—. Está en una tierra de fe, una tierra que es como un cementerio de cuyas tumbas puede salir en cualquier momento la dama negra…

»El cementerio estaba en realidad al pie de una colina por la que había que descender para bajar del cuartel, en un lugar absolutamente desamparado. Sólo unas treinta o cuarenta lápidas mostraban cierto buen estado de conservación en el terreno irregular sobre el que se alineaban; las demás se caían a pedazos. No tenía la menor idea de quién podía ser aquella dama negra a la que había aludido con una sonrisa de burla el teniente, y la verdad es que no se me había ocurrido preguntarle, ni tenía entonces a quién preguntárselo. Nunca he sentido la menor aprensión ni temor por los fantasmas, y lo cierto es que llegué sin novedades dignas de contar al hostal, salvo que fui por un camino pedregoso y difícil, y que crucé un puente prácticamente en ruinas sobre un arroyo relativamente caudaloso.

»Al día siguiente me dirigí al cuartel, donde hallé recompensa más que cumplida a los amistosos sentimientos con que me dirigí allí, gracias, sobre todo, precisamente al banjo, que llevé conmigo y con el que animé la reunión, lo que me hizo muy popular entre los soldados. El personaje más interesante de aquel pequeño círculo social en el que me introdujo mi amigo el teniente era el Mayor Molloy, comandante del cuartel y hombre juicioso además de buen soldado veterano. También el doctor Dudeen, un hombre alto, de humor inteligente y un tanto seco, que refería, igual que su comandante, un montón de anécdotas increíbles, cosas que nunca se me hubieran pasado por la cabeza. Fue, como digo, una reunión excelente, que se repetiría con bastante frecuencia y siempre en los mismos términos… Octubre se fue al cabo y tuve que decirme que era un viajero por Europa y no un residente en Irlanda. El Mayor, el doctor y el teniente protestaron cordialmente por mi decisión de seguir el viaje, pero no obstante me ofrecieron una cena de despedida la noche de Halloween.

»Me gustaría que hubieras asistido conmigo a aquella cena. Fue la mejor demostración de la hospitalidad y el sentido de la amistad de los irlandeses. El doctor Dudeen mostró lo mejor de su ingenio; el Mayor Molloy fue como un auténtico personaje de novela, mucho mejor que los personajes de las novelas de Lever[11]. El teniente, por su parte, siempre con un magnífico humor, muy ingenioso además, habló como si interpretase una rapsodia sentimental de unas cuantas muchachas hermosas del condado. Yo, la verdad sea dicha, pulsé las cuerdas de mi banjo mucho mejor que en cualquier ocasión anterior, y todos cantaron a coro conmigo mientras dábamos cuenta de unas viandas excelentes que sólo podrás degustar en Irlanda.

»Entre las historias y anécdotas que contó el doctor Dudeen me llamó

especialmente la atención la del Conde de Querin[12] y su esposa, Ethelind Fionguala, apellido que en la lengua de los irlandeses significa *la de los hombros blancos*… La dama, por lo que parece, se había comprometido en matrimonio con un tal O'Connor (aquí el teniente silbó y sonrió pícaro), pero fue raptada la noche anterior a la boda por una banda de vampiros, algo que, según se dice, pasaba en tiempos con bastante frecuencia en Irlanda. Ocurrió, sin embargo, que cuando se la llevaban —ella estaba inconsciente— a esas cenas que hacen los vampiros, en las que comen más que dar de comer, el joven Conde de Querin, que era diestro en el manejo de las armas, se percató de lo que ocurría y alcanzó a la partida de vampiros y disparó contra ellos. Huyeron los raptores y el joven Conde tomó en sus brazos a la novia desvanecida y así la llevó a su propia casa.

»—Sepa usted, señor Kaningale —me dijo el doctor Dudeen golpeando su pipa para vaciarla de ceniza—, que para venir hasta aquí ha tenido que pasar por aquella casa… Es una que tiene arcos ennegrecidos por el tiempo y una gran ventana con celosía, se habrá fijado usted, como si…

«—Vamos, olvídese de la casa, querido doctor Dudeen —dijo entonces el teniente O'Connor— y cuéntenos qué pasó con la dulce señorita Fionguala, Dios haya sido clemente con ella, cuyos aposentos visitaba yo, o el que se llamaba como yo…

»—Tenga calma, señor O'Connor —dijo el Mayor mientras servía otra ronda de *whisky* a los que allí estábamos—, que nos hallamos ante una situación digna de ser considerada bajo el prisma de los principios generales, como dijo el coronel O'Halloran cuando se le preguntó qué haría si fuese el Duque de Wellington… Sea paciente, pues le diré que…

«—Vamos, Mayor, no interrumpa al doctor —dijo el teniente—, que el señor Keningale también quiere oír el final de esa historia y no soporta esperar con el vaso vacío… ¡Que el Señor nos asista! ¡Se nos ha acabado el *whisky*!

»La conmoción que aquello produjo fue tal que todo el mundo se olvidó de lo que contaba el doctor Dudeen, y cuando quiso volver a su historia ya se cernía la noche, por lo que tuve que levantarme para regresar a mi hospedaje. Me llevó bastante tiempo, sin embargo, convencerles de que ya era hora de que regresara, pero al cabo me vi caminando al aire frío de la noche mientras aún resonaban en mis oídos las muy sentidas palabras de despedida que me habían dedicado mis buenos amigos.

»A pesar de lo mucho que habíamos bebido, digamos que mi estado era bastante bueno; por eso debo achacar lo que me pasó a lo abrupto del camino, pues lo cierto es que apenas me había distanciado del cuartel cuanto di un traspiés y caí. Mientras me levantaba oí una risa y supuse que era el teniente, que me había acompañado hasta el portón, quien se reía, pero me volví y comprobé que estaba cerrado y que no había nadie allí. La risa siguió, acercándose, oyéndola cada vez más próxima, y me pareció que era más de mujer que de hombre. Por supuesto que estaba extrañado; no veía a nadie por allí, mucho menos a una mujer, y aquella risa no cesaba; temí incluso que fuera una broma que me jugara la imaginación a causa del alcohol, y hasta supuse

que alguien que celebraba Halloween se burlaba de mí. No se me ocurrió pensar entonces más que en eso, en una suerte de celebración poética de la festividad, y no en que para los irlandeses es una superstición repleta de augurios diabólicos… Total, sólo escuchaba una risa… En resumen, que como no había sufrido daño alguno al caer, pude seguir pronto mi camino.

»Sin embargo, me resultó imposible encontrar el sendero por el que había ido antes al cuartel; hallé otro, pero desde luego no era el que buscaba. No lo reconocí, me había perdido, parecía evidente…

Podría haber jurado que nunca antes pisé por allí. Brillaba la luna, aun oscurecida por las nubes, y cuanto veía a medida que proseguía mi camino no me recordaba nada de lo que ya me era familiar. Todo estaba en silencio, la oscuridad era creciente, caminaba entre las faldas de las colinas, y el camino era en pendiente, como si me condujese hacia el centro de la tierra. Entre el silencio, sin embargo, percibía de cuando en cuando algún eco; y no hubo de transcurrir mucho tiempo para que me sintiese rodeado de voces y de suspiros misteriosos; y menos hubo de transcurrir aún antes de que escuchase de nuevo aquella risa, que se hacía más audible aún en aquel paso entre las colinas. El frío también era más crudo y lo sentía en mi rostro como si me lo tocaran dedos de aire. Claro está, no logré sustraerme a un cierto sentimiento de inseguridad, de ansiedad, sin que supiera bien a qué achacarlo, salvo a mi deseo de llegar cuanto antes a mi hospedaje. Con ese sentimiento acuciado de los que se han perdido, apreté el paso, pero a cada poco me veía impelido a mirar atrás pues tenía la sensación terrible de que me perseguían, aunque no viera a criatura alguna de cualquier especie. La luna, empero, brillaba ahora más intensamente, despejadas las nubes por el viento, que las llevaba como sombras que adquiriesen en ocasiones las formas de una figura humana gigantesca.

»Había perdido la noción del tiempo que llevaba caminando cuando, no sin bastante aprensión, y asustado por lo imprevisto de aquello, pues tuve la sensación de caminar mucho rato para no avanzar apenas, me vi de nuevo frente al cementerio. No había muro ni vallado que lo protegiese, lo que ahora no me hizo tanta gracia como la primera vez que lo había visto, cuando me dije que alguien podría llevarse un buen susto al verse caminando de repente entre las tumbas. Era, desde luego, el mismo cementerio que había visto la primera vez que me dirigí al cuartel, y que sólo estaba de allí a unos pocos cientos de yardas… Yo, estaba seguro, había caminado ya alguna milla. A medida que me acercaba, sin embargo, observé que las lápidas no parecían tan antiguas y decrépitas como las había visto antes… pero lo que más atrajo mi atención fue la figura que descubrí en una de las tumbas. Era una figura femenina completamente vestida de negro; una observación detenida de ella —para lo que hube de acercarme bastante— me hizo comprobar que se cubría con el calla, esa larga capa con capucha, tradicional de las mujeres irlandesas y de indudable origen español.

«Naturalmente, me sorprendió, e incluso paralizó, aquella aparición inesperada y extraña; no podía creer que una criatura humana estuviese allí a aquella hora, en un

lugar tan siniestro como desolador. Casi sin quererlo, paralizado aún, la miré intensamente; tenía la luna a sus espaldas, sin embargo, y el leve resplandor blanco hacía imposible que le viera la cara, sólo pude fijarme en sus ojos brillantes, que parecían devolverme la mirada con idéntica intensidad a la mía.

»—Parece que se encuentra usted aquí como en su casa —dije al fin—. ¿Podría decirme dónde estoy?

»Tan misterioso personaje me respondió con una risa leve, la cual no tenía nada de siniestro, sino todo lo contrario, era grata y musical, con un timbre y un tono tan exquisitos que noté cómo me latía el corazón, mucho más que a lo largo de mi pedestre y vano periplo de antes. Supe enseguida, además, que era la misma risa que había oído (salvo que me traicionara mi imaginación) hacía una o dos horas. Por lo demás, era la risa de una mujer joven; y la risa propia de una mujer hermosa, aunque hubiera en ella algo salvaje, burlón… pero definitivamente humano, una risa libre de afectación… Puede, sin embargo, que esas impresiones mías no se debieran más que al lugar en el que se producía aquel encuentro.

»—Claro que sé dónde está, señor —me dijo al fin—. Está usted ante la tumba de Ethelind Fionguala.

»Se levantó mientras hablaba, lentamente, se volvió hacia la tumba y señaló con un dedo la inscripción de la lápida. Sin mayor dificultad, y aun hallándome a unos pasos, pude leer el nombre y la fecha que indicaba, ciertamente, que la ocupante de la tumba yacía allí desde hacía casi tres siglos.

»—¿Y quién es usted? —fue mi siguiente pregunta.

»—Me llamo Elsie —respondió—. ¿Qué hace usted por aquí en la noche de Halloween?

»Le dije que me dirigía al hospedaje y le pedí que me indicara por dónde podría seguir mi camino.

»—¡Qué casualidad! —dijo Elsie—. Yo también voy en esa dirección; si quiere, le acompaño; y si gusta, toque algo con su bonito instrumento mientras caminamos, así se nos hará más corto el camino.

«Señalaba a mi banjo, que llevaba a la espalda. No sé cómo supo que aquello era un instrumento musical; quizá me hubiera visto tocarlo cuando me dirigía al cuartel desde el pueblo, o acaso en el mismo pueblo, en uno de mis paseos… Aunque estaba sorprendido, no me opuse a su petición; comencé a tocar el banjo mientras andábamos; ella reía de nuevo y hacía un gesto muy gracioso con las manos sobre su cabeza. Tocaba yo una música muy alegre, de baile, deslizando mis dedos sobre las cuerdas con una agilidad que me sorprendía, yendo Elsie siempre unos pasos delante de mí y haciendo de vez en vez los gestos propios de la danza. Era increíblemente ligera y grácil, elástica, ondulante; era la suya, me lo sugerían sus movimientos, la ligereza de los espíritus. Me llamaba poderosamente la atención la extrema blancura de sus pies y me maravillaba que —pues iba descalza— tuvieran una calidad propia de la seda, un brillo como el del oro. En realidad llevaba unas medias inconcebibles.

»—Elsie —le dije acelerando un poco el paso para ponerme a su altura—, ¿dónde vives y a qué te dedicas?

»—Si quieres saber a qué me dedico, sígueme y lo verás por ti mismo —me respondió.

«—¿Sueles andar de noche entre las colinas y descalza, pisando sólo con esas medias?

»—¿Y qué tiene eso de particular? —me preguntó a su vez—. ¿De dónde sacaste ese precioso anillo de oro que llevas?

»Mi anillo, que no era precisamente valioso, me lo había comprado en una tienda de Cork porque me gustó, sin más. Era antiguo, nada a la moda, y según el que me lo vendió había pertenecido a un rey, o quizá a una reina, de Irlanda.

»—¿Te gusta? —pregunté.

»—¿Le harías a Elsie el honor de regalárselo? —dijo con un tono increíblemente insinuante, volviéndose para mirarme de frente.

«—Quizá te lo regale, Elsie —respondí—, pero con una condición… Soy artista, hago retratos… Si me prometes venir a mi estudio para que te haga un retrato, te daré el anillo… y algo de dinero…

»—Lo haré si me das el anillo ahora —dijo.

»—De acuerdo, prométemelo…

»—¿Y harás música para mí? —siguió preguntando.

»—Tantas veces como me pidas.

«—Bueno, puede que no sea tan bella como para que me hagas un retrato —dijo mirándome con sus ojos profundamente negros.

«—Estoy dispuesto a correr ese riesgo —respondí riéndome—; en cualquier caso, me gustaría verte; así, en caso de que no haya trato, podré recordarte —y diciendo esto traté de quitarle la capucha, pero Elsie me eludió, no sé bien cómo, pues no hizo ningún gesto de violencia.

»—Primero dame el anillo —dijo riéndose burlona de nuevo—; después podrás verme —añadió engatusándome.

»—Bien, extiende tus manos —dije olvidándome de las cuerdas del banjo y quitándome el anillo—. Será fácil hacer el trato, Elsie, no desconfíes de mí.

»Me alargó una mano fina y delicada, y le puse en el dedo anular aquel anillo. Tras hacerlo, se quitó la capa negra con capucha que la cubría, descubriendo unos hombros maravillosamente blancos. Vestía un traje riquísimo y escotado, hecho con un primor y calidades indescriptibles, destacando las piedras preciosas que llevaba engastadas.

«—¡Cuidado, mira bien dónde pisas! —me dijo Elsie de repente.

»Miré en derredor mío y me di cuenta entonces de que estábamos cruzando un puente de piedra medio derruido, sobre el curso de un arroyo de profundidad considerable. Uno de los muros del puente se había derrumbado por completo y, en efecto, me había quedado a menos de un paso de caer. Di entonces unos pasos hacia

atrás y me volví hacia Elsie… Pero ya no estaba. ¿Dónde se habría metido aquella criatura? La llamé, pero no me respondió. Miré a un lado y a otro, y no la vi… No podía haber caído al agua, pero tampoco podía haberse desvanecido en el aire… Sin embargo, ésa fue la sensación que tuve, que se había desvanecido, que había desaparecido en el aire. Y tuve la completa certeza de que lo había hecho voluntariamente, acaso para burlarme. Eso fue lo que me hizo pensar que por mucho que lo intentase jamás la encontraría, salvo que ella quisiera que nos viésemos de nuevo… Bien, al fin y al cabo, ya había visto su cara. El resto dependía de mí. Quizá había merecido la pena perder el anillo.

»En resumen, que al cabo de un rato comprendí que el puente en el que estaba no era sino el que ya conocía, y del que he hablado antes, así que me hallaba a poco menos de una milla del pueblo. Ahora se había despejado el cielo de nubes y lucía la luna con un brillo esplendoroso. A pesar de todo, Elsie había sido una guía excelente; me había sacado de aquel sendero propio de una tierra de duendes por el que me adentré inadvertidamente para llevarme de nuevo al mundo real. Había sido la mía, ciertamente, una aventura singular; y mientras seguía caminando en dirección al pueblo pensaba en ello con sentimientos mezclados, con una sensación placentera y a la vez misteriosa. Tanto es así, que tomé aire, abracé de nuevo mi banjo y tañí de nuevo sus cuerdas… ¡Oh! ¿Y esa luz blanca, ese resplandor fugaz que de repente noté a mis espaldas? ¿Y esos pasos leves que oí? Parecían los de Elsie, pero no; me volví y Elsie no estaba… Había sido una alucinación que de manera más o menos parecida me asaltó varias veces más mientras seguía mi camino hasta el hostal… Sí, tantas veces creí sentir sus pasos a mis espaldas o a mi lado… Pero aquellas impresiones no alteraron mis nervios ni me hicieron sentir temor; por el contrario, estaba encantado con esa especie de persecución por parte de Elsie que sentía mi imaginación; me sentía devoto de mi propio romanticismo.

»Después de pasar frente a un par de casas sin tejados y cubiertas de musgo seguí por un camino empedrado, estrecho y largo, que llevaba directamente al pueblo. Un poco más abajo se ensanchaba el camino y donde más amplio se hacía avisté una antigua casa solariega orientada al norte. Era una casa de piedra construida según los más nobles cánones de la arquitectura. Me recordaba alguno de esos palacetes de la vieja Italia nobiliaria que había admirado en mi viaje por el continente; seguro que había sido levantada por uno de aquellos antiguos inmigrantes italianos o españoles que llegaron a Irlanda en los siglos XVI y XVII. Las molduras de los arcos y de las ventanas habían sido exquisitamente labradas en la piedra, y en el frontispicio tenía la casa solariega un escudo de armas imponente ante el que no pude por menos que detenerme para admirarlo. Su relieve era impresionante y la luna parecía agrandarlo aún más, realzando su belleza; sugería, sin embargo, una visión que se desvanecería en cuanto la luz de la luna dejara de bañarlo. Supuse que tenía que haber visto antes aquella casa, pues no era un camino que me resultara extraño, pero lo cierto es que no había reparado antes en ella. Apoyado en el muro de piedras que cerraba el camino

por el lado contrario al que se levantaba aquella casona, me deleité largo rato en su contemplación. Había en un extremo de la casa una ventana ciertamente admirable, que proyectaba una larga sombra sobre el empedrado del camino. La celosía era realmente fantástica, con su tono diamantino… No podía uno sino preguntarse cuántas veces habría sido abierta en otro tiempo por una mano gentil y delicada para recibir al amante que aguardaba a su enamorada a la luz de la luna… Seguro que ocurrió en tiempos heroicos. En tiempos ya largamente idos… La casa solariega, desde luego, tenía todo el aspecto de estar deshabitada desde hacía muchos años, a saber cuántos; sólo habría en su interior murciélagos y termitas. ¿En dónde yacerían los restos mortales de aquellos que la construyeron? ¿Quiénes fueron? Seguro que nadie recordaba ya sus nombres.

»Seguía apoyado en el muro de piedra cuando me asaltó una conjetura que apenas en nada se convirtió en certeza… ¿No sería aquélla la casa de la que había hablado el doctor Dudeen aquella misma noche, la casa del Conde de Kern, el de la misteriosa novia raptada? Allí estaba la ventana con su celosía, allí estaban los arcos insólitos en Irlanda. No había duda, era la casa… No pude evitar que se me fuera una exclamación de renovada admiración y de placer, ni pude evitar que creciera en mí el interés por la casa… Mis especulaciones eran quizá puramente imaginativas, pero no por ello podía dejarlas pasar sin más.

»¿Qué suerte habría corrido aquella dama encantadora después de que el Conde de Kern la condujese hasta aquí en sus brazos, desmayada? ¿Se recobró y contrajeron matrimonio y fueron felices? ¿Hubo alguna trágica secuela del rapto?

«Recordé entonces haber leído que las víctimas de los vampiros devienen en vampiros sin remisión posible… Mis pensamientos, pues, no pudieron sino volar hasta la tumba de aquel siniestro cementerio entre las colinas… Seguro que era una tumba sin consagrar… Pero ¿por qué la habrían enterrado allí, si es que así lo hicieron? ¡La bella Ethelind, la de los blancos hombros! ¡Ah! ¡Lástima no haber vivido en aquel tiempo! ¿O por qué no revivían aquellos tiempos, merced a una suerte mágica, para mí? Entonces podría apostarme bajo la celosía de la ventana y rasgar para ella las cuerdas de mi instrumento, y esperar así a que me abriese la celosía para entrar a sus aposentos…

¿Qué impedía que así fuera? Estaba claro, era cosa de un par de siglos… ¿Por qué vivimos en un tiempo en el que los filósofos y los poetas se burlan de la imaginación y la fe, y se muestran tan rígidos en su exigencia de la demostración real de las cosas? Daba igual. A pesar de todo, abracé de nuevo mi banjo y comencé a tocar en memoria de la amorosa Fionguala.

«Comencé a tocar y a cantar, así las cosas, una antigua canción española de amor que había encontrado en una vieja biblioteca durante mi viaje y a la que yo mismo puse música… Canté despacio, en tono emocionado; el camino empedrado parecía devolverme el eco de mi canción y yo sólo quería que me oyese la dama de la que me sentía enamorado. Brotaban de mis labios aquellos versos con una pasión propia de la

antigua caballería andante española para expresar bien la pasión de los amantes a los que aludía aquel romance, que era también la mía. Seguro que Fionguala, la de los blancos hombros, me oiría; seguro que despertaría así de un sueño de siglos, saldría a la ventana, miraría al camino empedrado… y abriría para mí la celosía. ¡Oh! ¡Mira! ¿Y esa luz en la ventana? ¿Y esa sombra que flota por la habitación y parece acercarse a la ventana? ¿Acaso engaña a mis ojos la luz de la luna? No, no es una ilusión, no es que yerren mis sentidos… Es una mujer… Una hermosa mujer joven, ricamente vestida… Se asoma a la ventana y en silencio me hace una seña para que me acerque…

»Demasiado encantado como para ser consciente de mi encantamiento, di unos pasos en dirección a la ventana, hasta que estuve justo bajo la celosía. Era tan bella como ningún hombre habrá visto jamás a una mujer bella, era tan bella que nunca podría ver a otra que se le pareciese… Sonreía besándose la punta de los dedos; algo brillaba en su mano derecha; algo que voló lentamente de la ventana a mis pies… Después cerró la celosía y se metió en la habitación.

»Tomé del suelo lo que ella había dejado caer; era un pañuelo delicado que ataba una llave de bronce. Evidentemente, se trataba de la llave de la casa, así que me invitaba a entrar… El pañuelo que la ataba estaba deliciosamente perfumado, como las más delicadas flores de los jardines de antaño… No me sentía un intruso, ni un extranjero. Estaba pasando justo lo que yo había querido que pasara; la Edad Media revivía y yo mismo me veía con una capa de terciopelo sobre los hombros y una daga en la cintura. Ya ante la puerta, introduje la llave, la hice girar y tuve franco el paso. Aparentemente no había nadie. Estaba en el gran vestíbulo, después de cerrar la puerta a mis espaldas. Estaba solo y en una oscuridad absoluta.

»Pero no, no estaba solo… Alargué mi mano para no tropezar y encontré otra mano, fina, suave, delicada y fría, que pareció guiarme. Me dejé llevar a través de aquella oscuridad impenetrable, pero oía a mi lado el suave murmullo de un vestido de seda y olí el mismo perfume maravilloso del pañuelo, y sentía su mano que tomaba cada vez con más fuerza la mía, y que me la acariciaba con aquellos finísimos dedos fríos… Me llevó a través de lo que supuse era un largo pasillo y al final comenzamos a subir una escalera. Después, otro largo pasillo; y nos detuvimos ante una puerta abierta en la que había una luz muy tenue. Entramos sin soltarnos la mano. Ya no había oscuridad, ya no había dudas.

»La habitación era de dimensiones increíbles y estaba decorada en el estilo propio de los antiguos esplendores. De las paredes pendían delicados tapices y en los candelabros de plata lucían algunas velas que se reflejaban en los espejos que había sobre trípodes en las cuatro esquinas de la habitación. El artesonado del techo en escayola demostraba haber sido laboriosamente trabajado; las cortinas y el tapizado de las sillas y de las butacas eran damasquinados.

»En un extremo de la habitación había una magnífica otomana ante una mesa sobre la que había bellísimos platillos de plata con deliciosas viandas y hermosísimas

frascas de cristal repletas de vino. A un lado, una chimenea inmensa; tanto como para que ardiesen en ella troncos de árboles. El fuego estaba apagado, sin embargo, sólo había cenizas. Pero la habitación, aunque era magnífica, estaba fría como una tumba, fría como la mano de mi amada. No importaba, pues me crepitaba el corazón.

»¡Cuán fantástica y deliciosa era mi amada! Miré a mi alrededor tratando de que se quedara en mi mente cuanto allí había, pero no tenía ojos ni pensamientos más que para ella. Vestía de blanco como una novia; su adorable carita y sus labios eran pálidos; sus ojos, sin embargo, profundamente negros, brillaban como diamantes iluminando sus blancos hombros sobre los que caía su cabello, también muy negro. Me miraba con una sonrisa extraña, elusiva, pero a mí me parecía familiar como una canción tantas veces oída y siempre amada. Algo me decía que la conocía de antes; en realidad, que la había conocido siempre. Era la mujer con la que había soñado, la mujer que se me aparecía tantas veces en los pensamientos, la mujer cuyo rostro y cuya voz me cautivaron desde que dejé de ser niño. No podía decir, sin embargo, cuándo nos habíamos conocido, porque seguramente no nos habíamos conocido hasta entonces…

Quizá llevara esperándome en su espléndida habitación tantos años mientras yo la buscaba por todo el mundo… Y al fin estábamos en su habitación, helada su sangre en las venas de tanto esperarme, aguardando paciente a que mi amor la entibiase.

»—Creo que no te acuerdas de mí —me dijo mientras asentía como si adivinara mis pensamientos—. La noche es larga, nuestra única noche del año… ¡Cuánto se alegró mi corazón al oírte cantar esa canción que tan bien conozco! Bésame, tengo los labios fríos…

»Aun fríos, fríos como los labios de la muerte, besé sus labios y los sentí calientes, como si se los hubiera revivido mi pasión. Sus labios y sus mejillas se tiñeron de un delicado rosa y suspiró profundamente, como quien se recupera de un largo letargo. ¿Era mi vida lo que le devolvía la suya? Pues si era así, dispuesto estaba a entregársela. Ante la mesa, me sirvió vino y viandas.

»—Come y bebe —me dijo—, has hecho un viaje muy largo y necesitas reponerte.

»—¿Comerás y beberás conmigo? —dije sirviendo el vino.

»—Eres el único alimento que necesito —fue su respuesta—. Este vino es suave y frío… Dame el rojo vino de tu sangre, que es tibio, y lo apuraré hasta las heces, hasta vaciarte.

»No sé por qué, pero con esas palabras, en mitad de mi encantamiento, sentí un temblor… Ella parecía aumentar su vitalidad por momentos, pero yo me sobrecogía cada vez más en aquella habitación, el frío me calaba hasta los huesos.

»Después bailó y dio palmadas frente a mí, como una niña…

¿Quién era? ¿Y quién era yo? ¿Por qué se reía de mí diciendo que ya éramos igual de viejos? Dejó de bailar, se plantó ante mí, se cruzó de brazos y vi en su mano derecha un antiquísimo anillo.

»—¿De dónde has sacado ese anillo? —pregunté.

»Agitó la cabeza y se echó a reír.

»—¿Es que no lo recuerdas? —dijo—. Es el anillo que me diste al enamorarte de mí, el anillo que nos ha unido para siempre. Es el anillo de Kern, el anillo fantástico… Y yo soy tu Ethelind, tu Ethelind Fionguala.

»—Que así sea —dije apartando de mí dudas y temores, hundiéndome en sus inescrutables ojos y en sus labios—. Eres mía y soy tuyo; seamos felices por el resto de las horas.

»—Eres mío y soy tuya —repitió ella sonriendo como un elfo—. Acércate y canta para mí esa canción tan hermosa y antigua… ¡Ah, podré vivir al fin cien años más!

»En la otomana los dos, recostada lujuriosa ella, pulsé las cuerdas de mi banjo y comencé a cantar… Mi voz y la música resonaban en la habitación haciendo eco. Ante mí, mientras cantaba, tenía para mi deleite a Ethelind Fionguala con su traje de novia, mirándome con ojos ardientes… Ya no estaba pálida, sino luminosa, con las mejillas encendidas, tibia y llena de vida. Era yo quien sentía frío, quien me sentía exangüe, pero estaba dispuesto a seguir cantando para ella hasta que me llegara la muerte. No mucho después se me nubló la vista y caí en la más absoluta oscuridad. Indistintamente, Ethelind brillaba y se oscurecía ante mí como las últimas llamas de un fuego que se apaga. Intenté acercarme a ella y sentí que perdía la consciencia mientras mi cabeza buscaba sus blancos hombros.

Aquí, Keningale hizo una pausa, echó un leño al fuego y prosiguió:

—Desperté… No sé cuánto tiempo después… Estaba en una habitación enorme y vacía, una habitación de una casa en ruinas. De las paredes colgaban deshilachados tapices que acaso un día fueron preciosos, confundiéndose con innumerables telarañas y un polvo gris que también cubría las ventanas cuyos postigos estaban carcomidos hasta la mayor podredumbre. Por allí penetraban leves rayos de luz y un poco de aire. Un murciélago, molesto por esos leves rayos de luz, y seguramente por mi presencia y por mis movimientos, revoloteaba sobre mi cabeza hasta que encontró un rincón lo suficientemente oscuro en el que buscar amparo. Mientras me levantaba dificultosamente del raído y desvencijado sillón en el que estaba, vi que había algo muy viejo en mis rodillas, algo que cayó al suelo estrepitosamente. Lo tomé y era mi banjo… tal como lo ves ahora.

»No tengo más que contarte. Mi salud se vio seriamente dañada; parecía como si me hubiera desaparecido la sangre de las venas; empalidecí y me volví hosco y malhumorado… ¡Ah, mi desaliento! —murmuró Keningale acercándose al fuego y alargando las manos para calentarse—. Nunca podré quitármelo de encima, me acompañará hasta la tumba.

Concesión de libertad

Mary Cholmondeley

(1859 - 1925)

Mary Cholmondeley pasó los primeros treinta años de su vida muy unida a su madre, una mujer de salud frágil a la que tuvo que cuidar desde los años de adolescencia. Para Mary, pues, la literatura fue un poderoso instrumento intelectual y emocional para escapar de la monotonía de su vida cotidiana, un instrumento que denota la influencia de su tío, Reginald Cholmondeley, escritor y ensayista victoriano, gran amigo del novelista estadounidense Mark Twain.

A la edad de 18 años, Mary Cholmondeley escribió en su diario íntimo que posiblemente jamás se casaría, pues estaba convencida de que carecía de los necesarios atractivos para intimar con un hombre. ¿Es por esta razón que la obra de Mary tiene un acusado acento feminista? No en vano, algunos críticos literarios de la época se referían a ella como *New Woman novelist*; y fue precisamente una novelista, Rhoda Broughton (1840 - 1920), quien le presentó a George Bentley, de la empresa Richard Bentley & Son —editores de las primeras obras de Charles Dickens—, a fin de que publicara sus textos. Tras un par de novelas que apenas tuvieron eco, *Red Pottage* (1899), obra satírica donde Mary Cholmondeley ponía en la picota la hipocresía y el machismo imperante en la clase media británica —lo que levantó gran revuelo—, despertó por primera vez, y de manera estruendosa, la atención de crítica y público hacia la nueva escritora. Mary era la hija del reverendo Henry Cholmondeley de Hodnet, Stafford, y descendiente directa de un popular autor de himnos religiosos, el obispo Heber, un detalle que ofendió profundamente a quienes se sintieron retratados en *Red Pottage*, ya que se sintieron insultados por una de los «suyos». No contenta con eso, la escritora denunció las restrictivas condiciones de vida que debían padecer las mujeres victorianas, ya fueran de clase alta o baja, en el ámbito de la familia, la educación, el trabajo o la sexualidad, en sus subsiguientes obras, *Prisioners* (1906), *Lowest Rung* (1908) o *Under One Roof* (1918). Debido a los feroces ataques de la prensa, Mary vivía en un estado de semi-reclusión en un pequeño cottage en Suffolk.

«*Concesión de libertad*» es un interesantísimo cuento de vampiros donde Mary Cholmondeley aporta una serie de notables variantes dramáticas al mito. A la idea de la posesión de un vivo por el alma de un muerto o metempsicosis se suma el hecho de que el alma del muerto va succionando la fuerza vital o la personalidad de su huésped con el fin de devolverle su envoltorio carnal. Ambientada en un pueblecito de

Yorkshire —similar a Whitley Beaumont, lugar donde Mary y su madre habían veraneado en numerosas ocasiones—, «*Concesión de libertad*» se inspira en una leyenda local que debieron de contarle durante alguna de sus visitas a la localidad. Por esta razón, cuando el cuento vio la luz en 1890 en el semanario Temple Bar, alguno de los múltiples enemigos «masculinos» de Mary la acusó de plagio, a lo que la autora respondió: «El concepto general de mi cuento lo tomé prestado de una narración oral muy popular en la zona, probablemente inspirada en una fuente escrita anónima, la cual, a pesar de mis esfuerzos, jamás he llegado a localizar». Empero, tiempo después se comprobó que a principios de ese mismo año, en la misma publicación, *Temple Bar*, un oscuro escritor llamado Frederick George Loring firmaba *The Tomb of Sarah*, con la que «*Concesión de libertad*» —aparecida en otoño, es decir, siete meses después— guarda sospechosas similitudes; sin embargo, es presumible que Loring se inspirase en la misma leyenda. De todas maneras, las represalias «masculinas» contra Mary Cholmondeley por su «plagio» se extendieron a la publicación en Inglaterra de su antología de cuentos *Moth & Rust* (1902), que suprimió «*Concesión de libertad*» de la selección, aunque permaneció en la edición norteamericana.

Concesión de libertad

(Let loose)

Mary Cholmondeley

Hace algunos años, tras concluir la carrera de Arquitectura, emprendí un viaje por Holanda a fin de estudiar los edificios de ese interesante país. Me acompañaba en aquel viaje alguien que, con el paso del tiempo, se ha convertido en uno de los arquitectos más importantes de nuestros días. Era un hombre grave y alto, de hablar pausado, absorto siempre en su trabajo; un hombre, además, con la virtud de salvar cualquier obstáculo de los muchos que por aquel tiempo veía yo en casi todo. Era el hombre más cuidadoso de sus maneras y de su forma de vestir que jamás he conocido. Pero en mitad de aquel mes de julio holandés me sorprendió observar en él, una vez más, el cuello de su camisa, muy extraño, como siempre; ni apropiado para aquellas alturas del año, ni precisamente a la moda.

A menudo, sin embargo, le elogiaba los cuellos que lucía, diciendo que eran espléndidos, pero sólo para preguntarle dónde se los compraba. Invariablemente evitaba responderme. Una noche, mientras paseábamos en dirección a nuestro hospedaje en Middleberg, lo ataqué no sé si por decimotercera vez con la misma pregunta.

—¿Por qué demonios lleva ese cuello? —dije en aquella ocasión.

—Me parece que me ha hecho esa pregunta varias veces —respondió con su voz pausada y profunda, inalterable—. Bien, en otras ocasiones he estado demasiado ocupado para responderle, pero como ahora estoy ocioso, lo haré.

Y lo hizo.

Escribo a continuación lo que me dijo. Y con sus mismas palabras, hasta donde logro recordarlas.

Hace diez años me invitaron a dar una conferencia sobre los frescos de la pintura inglesa en el Instituto de Arquitectura Británica. Me dije que debía escribir aquella conferencia tan bien como me fuera posible, sin dejarme un solo detalle o sin olvidarme de la menor precisión. Claro está, hube de consultar un sinfín de volúmenes al respecto, así como estudiar minuciosamente todos y cada uno de los frescos ingleses que me fue posible encontrar. Mi padre, que también fue arquitecto, me legó a su muerte gran cantidad de notas a propósito de la Arquitectura, todos sus cuadernos de apuntes… Como es natural, acudí a consultarlos de inmediato. En uno de ellos encontré una nota inconclusa, tomada unos cuarenta años atrás; una nota ilustrada con un boceto, igualmente inconcluso. Eso me interesó especialmente. Al pie de todo aquello había escrito mi padre con su letra pequeña y clara: Frescos de la pared oeste de la cripta. Iglesia parroquial. *Wet-Waste-on-the-Wolds*[13]. *Yorkshire* (en el camino de *Pickering*).

El boceto inacabado me fascinó a tal extremo que no pude por menos que decidir ponerme en camino de inmediato para contemplar ese fresco con mis propios ojos. Tenía una vaga idea de dónde estaba aquel lugar, pero había depositado toda mi fe en la nota y en el boceto de mi padre. Hacía calor en Londres, a pesar de lo cual inicié alegre el largo viaje, experimentando un cierto grado de placer, en la sola compañía

de mi perro Brian, una criatura tan fiel como indescriptible.

Llegué a Pickering, en Yorkshire, bien avanzada la tarde; de inmediato di inicio a una serie de viajes, por no decir experimentos, en distintas líneas locales de tren, que dieron conmigo al fin, y no sin que hubiesen transcurrido varias horas, en un lugar bastante apartado del mundo, a unas nueve o diez millas de Wet Waste. Como no hallé más medios de transporte, cargué sobre mi espalda el pequeño equipaje que llevaba y eché a andar por un camino largo y baldío, sin árboles, amarillento. Creo que anduve durante unas cuantas horas por aquel lugar devastado, por aquel camino inhóspito que parecía no tener fin, cuando un médico me adelantó en su coche, se detuvo, y al llegar yo a su altura me invitó a subir, llevándome a menos de una milla de mi destino. Aquella apenas milla, en cualquier caso, se me hizo igualmente larga; fue mucho el tiempo que anduve en medio de la oscuridad, hasta que al fin avisté luces tintineantes frente a mí. Supe así que estaba a punto de llegar a Wet Waste. Una vez allí, fui incapaz de obtener el alojamiento que pedí a varias personas, hasta que al fin me encontré al propietario de una pequeña posada, que me dio cama. Agotado, me acosté tan pronto como pude, temeroso de que aquel hombre cambiara de opinión y me echase de allí. No fue sí. Pronto me dormí, arrullado por el rumor de la corriente de un arroyo que pasaba a poca distancia de la ventana de mi cuarto.

A la mañana siguiente me levanté temprano y tras desayunar pregunté por la casa del clérigo, que por cierto estaba muy cerca. En Wet Waste todo estaba muy cerca. El villorrio entero parecía una sola casa, pues las pocas que había estaban muy próximas y eran idénticas, de piedra gris; como gris parecía el leve espacio que había entre una casa y otra, como gris era el pequeño puente sobre el arroyo, como gris era igualmente la calle más ancha y larga de Wet Waste. Todo era gris allí. La iglesia, una baja torre que parecía hecha con la misma piedra que las casas… Supe que era todo un personaje cuando, al empezar a caminar en dirección a la iglesia, me vi seguido a cierta distancia por una silente multitud de chiquillos que nos miraban a Brian y a mí con una cierta curiosidad desafiante.

El clérigo estaba en casa; tras una duda evidente pero corta, su criado me invitó a pasar. Dejé a Brian al cuidado de mi material de dibujo y seguí al criado hasta una pequeña habitación con las paredes forradas de libros, ante cuya ventana se hallaba sentado un hombre realmente viejo. La luz de la mañana caía sobre su blanca cabeza y desde allí parecía expandirse sobre un montón de libros y papeles.

—¿Cómo se llama usted? —me preguntó alzando la mirada lentamente, poniendo un dedo en la página del libro que leía.

—Blake.

—Blake —repitió y se hizo un silencio.

Le dije que era arquitecto; le confesé que había llegado hasta allí decidido a estudiar el fresco de la cripta de su parroquia. Y le pedí las llaves.

—La cripta —repitió el anciano clérigo poniéndose los lentes y mirándome con dureza—. Esa cripta está cerrada desde hace treinta años. Desde entonces… —y se

interrumpió.

—Le agradecería mucho, no obstante, que me diese las llaves —insistí.

Movió la cabeza lentamente.

—No —dijo—. Nadie más bajará a la cripta.

—Se lo ruego —le pedí—; he venido desde muy lejos para contemplar el fresco de la cripta —y le hablé entonces de la conferencia que tenía que escribir y ofrecer, y de los problemas que ese encargo me acarreaba.

Pareció interesarse por lo que le contaba.

—¡Ah! —exclamó, dejando a un lado la pluma y apartando el dedo de la página que leía—. Créame que lo entiendo a usted. Yo también fui joven, yo también fui ardientemente ambicioso… Pero el tiempo fue cayendo despacio sobre mis hombros; desde hace cuarenta años no soy otra cosa que el pastor de las almas de este pueblo; desde hace cuarenta años apenas he visto nada, y apenas sé nada del mundo, aunque reconozco que no estoy tan ayuno de conocimientos en lo que se refiere a los senderos por donde transita la literatura… Seguro que conoce usted un opúsculo, del que soy autor, sobre la versión siria de las Tres Auténticas Epístolas de Ignacio[14].

—Señor —respondí—, lamento confesar que apenas dispongo de tiempo para leer los libros más afamados… Lo único que me importa en esta vida es mi arte. *Ars longa, vita brevis*, ya sabe usted…

—Tiene usted razón, hijo mío —dijo el anciano, evidentemente contrariado pero mirándome con dulzura—. El hombre puede recibir muchos dones, y si el Señor le ha dado a usted ese talento, adelante, no lo desperdicie.

Le respondí que, para no hacerlo, era preciso en parte que me diese las llaves de la cripta. Pareció sorprendido por mi añagaza y me miró indeciso.

—¿Por qué no? —dijo en voz muy baja, como para sí—. Este joven parece un buen muchacho… Y no puedo consentir en la superstición, que desagrada profundamente a Dios.

Se levantó lentamente y, tomando un manojo de llaves que sacó de uno de sus bolsillos, abrió con una de ellas una pequeña puerta que había en aquel pequeño cuarto.

—Tienen que estar aquí —oí que decía—, pero el polvo de tantos años me impide ver… Mire usted, hijo mío, si entre ese montón de cosas hay dos llaves… Una es de hierro y muy grande; la otra es de acero, larga y fina…

Me dispuse raudo a hacer lo que me pedía. En un viejo escritorio cubierto de polvo había, en efecto, dos llaves como las que me había descrito. Se las mostré. Las reconoció al instante.

—Ésas son —dijo—. La grande abre la primera puerta que hay al final de la escalera de bajada. La segunda abre, aunque es muy difícil hacerlo, la cerradura es muy dura, la puerta de hierro que da acceso a la cripta… Hijo mío, ¿es de verdad tan necesario para usted entrar en esa cripta?

Le dije que era absolutamente necesario.

—Bien, pues hágalo entonces —dijo—. Y vuelva a verme por la tarde.

Le dije que quizá empleara varios días en el estudio de aquel fresco, por lo que acaso fuera preciso dejar abiertas las puertas de acceso a la cripta, a fin de facilitarme la empresa que me ocupaba. Pero se mostró firme en este punto.

—Nada de eso —dijo—. Cierre usted la puerta que hay al final de la escalera, una vez la haya atravesado y antes de abrir la segunda. Y cierre también ésa, cuando haya entrado. Después, al salir, vuelva a cerrarlas del mismo modo. Asegúrese de que la puerta de hierro queda tan bien cerrada como la de madera.

Le prometí que así lo haría; después de darle las gracias salí de allí, celebrando para mí el éxito obtenido al conseguir las llaves. Como había dejado a Brian en la entrada, al cuidado de mis cosas de dibujo, y como los niños le observaban a distancia, eludí la vigilancia de aquella escolta y fui aprisa hasta la iglesia a través del breve sendero que la comunicaba con la casa del clérigo.

La iglesia tenía cierto interés. Supuse que había sido levantada sobre las ruinas de otra edificación, a juzgar por el tipo de piedra, por los arcos superiores y por las figuras hechas en las hornacinas talladas en la pared. Había cruces igualmente talladas en la pared, aquí y allá; una de ellas me atrajo especialmente, pues se veía flanqueada por una gran espada. Fue mientras la contemplaba cuando, al bajar la vista, vi una escalera estrecha en cuyos peldaños de piedra crecía el musgo. Evidentemente, era la entrada a la cripta. Comencé a bajar, cuidando de no resbalarme; era muy peligroso hacerlo. Brian estaba conmigo ya, pues había decidido abandonar la tarea encomendada de cuidar mi material de dibujo, no sé bien por qué razón, yo no le había llamado. Cuando bajé la escalera me vi en una absoluta oscuridad, por lo que encendí una vela para poder ver la cerradura e introducir la llave. La puerta de madera se abrió más fácilmente de lo que esperaba; el musgo que había en el piso daba cuenta de que, en efecto, llevaba mucho tiempo sin ser abierta. Por ello; si abrirla, haciendo girar la llave en la cerradura, había sido tarea fácil, no lo fue menos empujar la puerta; apenas conseguí una apertura mayor de dieciocho pulgadas, tal era la dificultad que ofrecían el musgo y la humedad del suelo. Logré pasar, no obstante, procediendo a cerrar la puerta a mis espaldas, tal y como me había recomendado el clérigo —debo reconocer, sin embargo, que cierto sobrecogimiento me sugería dejarla abierta—, no sin una opresión en el pecho, no sin que algunos pensamientos indefinidos pero nada tranquilizadores, y un sentimiento de angustia, me sugiriesen que habría de experimentar una fuerte sensación de terror en caso de que tuviera que irme de allí a toda prisa.

A duras penas lograba mantener viva la llama de la vela, y así, cuidando de que no se apagara, fui por un pasadizo muy estrecho, húmedo y de techo bajo, al final del cual vi la otra puerta. Era de hierro, efectivamente, y mostraba una gran cerradura parcialmente cuarteada. Sin pausa metí la llave, consiguiendo abrir aquella pesada puerta al cabo de un rato y con bastante dificultad. Nada más hacerlo noté en mi cara el gélido aliento de la cripta. Aunque me desagradaba profundamente hacerlo, volví a

seguir las instrucciones del clérigo y cerré, también con bastante dificultad, la segunda puerta. Me había comprometido a ello y soy hombre de palabra. No obstante, dejé la llave en la cerradura, traté de avivar la llama de la vela y eché un vistazo a mi alrededor. Estaba en una cámara de techo abovedado muy bajo y rezumante, excavada mucho tiempo atrás en la misma dura roca. Era difícil ver dónde acababa la cripta, pues a la luz de mi vela apenas veía algo más que pequeños arcos que daban paso, probablemente, a otras estancias también excavadas en la roca. La cripta de Wet Waste tenía una peculiaridad, algo que nunca antes había observado en las criptas que conocía, como lo era la belleza de las ornamentaciones hechas con calaveras y huesos que había en la pared. Varios esqueletos, perfecta y simétricamente puestos a pocas pulgadas del suelo, pendientes de las bajas arcadas que había a mi izquierda, y a mi derecha, filas de calaveras armónicamente dispuestas, procuraban una sensación no tan desagradable como podría suponerse. ¡Pero ni rastro del fresco! Lo busqué en vano. Observé entonces que la cripta concluía en un arco muy bajo del que no pendía hueso alguno, por lo que me agaché para entrar, haciéndolo en una cámara muy reducida. Intentaba mantener la vela sobre mi cabeza, para iluminar mejor aquella estancia, y así vi al fin el fresco.

Un primer vistazo me hizo saber que estaba ante algo realmente único. Asombrado, me acuclillé para contemplarlo mejor, y al cabo me di cuenta de que estaba sentado en el suelo resbaladizo. Extraje la conclusión de que había sido pintado sobre un pequeño altar, acaso en el tiempo en que los sacerdotes eran perseguidos, allá por los comienzos del siglo XV. Mostraba un estado de conservación notable. Era una alegoría de la Ascensión, gloriosamente tratada, y excuso señalar cuán feliz me sentía de poder comunicar al mundo el hallazgo de aquel magnífico fresco inglés del que sólo había tenido noticia gracias a las notas y al boceto de mi padre. Aún conmocionado por el hallazgo, pero decidido ya a poner manos a la obra, extraje de uno de mis bolsillos una pequeña libreta y, encendiendo las otras velas que había llevado conmigo, empecé a trabajar.

Brian daba vueltas a mi alrededor y, aunque me agradaba tenerlo a mi lado, como siempre, pensé que acaso hubiera sido mejor dejarlo en el exterior, esperándome, pues no quería distraerme. Parecía cansado; la visión de tantos huesos como por allí había no lo excitaba como hubiera supuesto antes de bajar a la cripta. Finalmente, y no sin que tuviese que ordenárselo varias veces, decidió echarse en el húmedo suelo de piedra, aunque atento a todo, sin abandonar su vigilancia.

Creo que trabajé varias horas, al cabo de las cuales hice una pausa para restregarme los ojos y frotarme las manos, un tanto ateridas. Fue entonces cuando me di cuenta del intenso y profundo silencio que me rodeaba, algo en lo que hasta entonces, quizá inmerso en mis reflexiones sobre el fresco, no había reparado. Ni un solo sonido del mundo exterior me llegaba. Recordé haber experimentado ya esa sensación a medida que descendía por las escaleras que conducían a la cripta, pero no le había dado mayor importancia; sólo entonces, mientras hacía un alto en mi tarea,

parecía hablarme la silente lengua de hierro de la pequeña cámara en la que me hallaba. Todo era silencio en aquella tumba. Porque recordé entonces que, en realidad, estaba en una tumba. Bajar a un sitio así suponía ir al corazón mismo del silencio. Bajar al corazón del silencio. Repetí estas palabras en mis pensamientos, o acaso fueron éstos los que me las repitieron.

Bajar al corazón del silencio.

Pero entonces me sacó de aquella abstracción en la que había caído un sonido lánguido. Seguí allí sentado, pero atento. Los murciélagos suelen frecuentar los arcos y los lugares bajo tierra.

Persistía aquel sonido lánguido, que al cabo de un rato se me reveló molesto, nada placentero. No sabía ni sé qué sonido emiten los murciélagos, si es que emiten alguno.

Era un sonido que sugería algo cayendo lentamente y deteniéndose un instante para luego semejar el ruido de una llave a la que se hace girar muy despacio en la cerradura.

Había dejado la llave en la cerradura, cosa de la que me arrepentí en aquel momento. Me puse de pie rápidamente, tomé una de las velas e hice el camino a la inversa recomendándome no perder los nervios ante algo que a buen seguro no tenía la menor importancia, algo que ni siquiera podía identificar y mucho menos definir. Pero a medida que iba llegando a la puerta de hierro percibí otro sonido, que sí puedo calificar como más desagradable y nítido. Un sonido que se me antojó verdaderamente odioso. Cuando alcancé la puerta, y al acercar la vela a la cerradura para ver la llave y extraerla, volví a sentir el primer sonido, que ahora identifiqué con el de la cuerda de un instrumento, un sonido vibrátil. Era, sin embargo, la consecuencia del leve roce que hacía la otra llave, de la otra puerta, que pendía de la cuerda finísima que las unía. Sinceramente, hubiera preferido no sentir aquella leve vibración, pero tampoco era cosa de darle mayor importancia, así que extraje la llave de la cerradura y me guardé las dos en el bolsillo, dirigiéndome de nuevo a la pequeña cámara donde estaba el fresco para seguir con mi trabajo. Entonces se dejó sentir otro ruido, cuyo origen, sin embargo, descubrí al instante: la calavera de un esqueleto que pendía de un arco había caído al suelo tras desprenderse, rodando hasta mis pies. Miré a un lado y vi que uno de los esqueletos estaba decapitado. Estuve a punto de agacharme, de recoger la calavera y echarla en un montón de calaveras que había a un lado, pero al final no lo hice; me dije que mejor no entretenerme en cosas así; no quería que nada me distrajera del objeto que me ocupaba, mi trabajo acerca de aquel fresco único. Pronto volví a abstraerme de todo, entregado a mi tarea. Así estuve mucho más tiempo, a tal punto que las velas fueron consumiéndose una tras otra.

Casi a oscuras, y lamentando no haber podido ir más allá en mi trabajo, decidí levantarme y salir de allí. El pobre Brian, al que no le gustaba nada estar allí, era evidente, se levantó contento al comprender que nos íbamos. Apenas abrí la puerta de

hierro me adelantó aprisa y no había terminado yo de cerrarla cuando le oí arañar la otra puerta, la de madera. Giré la llave en la cerradura, asegurándome de que la puerta de hierro quedaba bien cerrada, y me dirigí a la puerta de madera. La abrí. Brian subió como una exhalación las escaleras, ansioso por salir al aire libre de una vez por todas. Me cercioré igualmente de que la puerta de madera también quedaba perfectamente cerrada, subí y al fin me vi bañado por la luz diurna, lo que me confortó especialmente. Tuve una sensación de libertad exultante.

Avanzaba la tarde hacia el ocaso cuando, después de devolver las llaves, me dirigí a la posada donde me habían dado cama y pedí a quienes allí estaban algo de comer, pues tenía hambre. Es más, les pedí que me permitieran comer con ellos en la cocina familiar.

Los naturales de Wet Waste eran gente primitiva, con esas maneras francas pero muy rudas, comunes en los pueblos pequeños y aislados, sobre todo en los de la campiña de Yorkshire. Pero no tenía yo la menor idea de que en nuestros días de correo y periódicos pudiera encontrarme aún gente tan ignorante en algún lugar, tan ajena al mundo, en plena Gran Bretaña y por muy remoto que fuese aquel lugar.

Tomé a una de las niñas que allí estaban y la senté en mis rodillas; era una hermosa criatura sonrosada y rubia para la que comencé a dibujar flores y pájaros y animales de otras regiones del mundo. Entonces me rodeó una auténtica multitud de niños salidos de no sé dónde, pues había muchos más de los que había contado en un principio, asombrados todos ellos por lo que estaba dibujando. Pero no paró ahí la cosa. Comenzaron a acercarse también las gentes de la casa, y hasta vecinos del hostal, hablando todos ellos muy bajo, con ese acento gutural de Yorkshire, para expresar la sorpresa y admiración que sentían ante mis dibujos.

A la mañana siguiente, apenas salí de mi habitación, supe que algo extraño pasaba en aquel villorrio. Me llegó un rumor de voces nada más salir del hostal y escuché lamentos a través de la ventana de una de las casas próximas.

Volví al hostal para desayunar; la mujer que me atendía lloraba desconsoladamente, y respondió a la natural pregunta que le hice diciéndome que la niña a la que había sentado en mis rodillas, y para la que hice aquellos dibujos, había muerto por la noche, mientras dormía. Aquella mujer que me atendía era la madre de la pequeña.

El llanto de aquella mujer ante la muerte de su hija, el hecho en sí de la muerte de una criatura tan pequeña y adorable, me impresionaron profundamente, haciéndome perder el apetito.

No obstante, y con una sensación trágica, volví al trabajo que me ocupaba, acompañado por Brian. Bajamos de nuevo a la cripta, tras hacerme con las llaves, y estuve tomando notas y elaborando bocetos mucho tiempo, absorto en mi trabajo, sumido en el profundo silencio que me rodeaba. Ni un solo sonido, real o imaginario, me llegó entonces. Brian, por su parte, parecía más tranquilo que el día anterior, incluso contento de estar allí tumbado, pues dormitaba de vez en cuando a mi lado, en

el húmedo suelo de piedra. Cuando trabajé todo el tiempo que creí necesario, cerré mi cuaderno, guardé todos los útiles de dibujo que había llevado conmigo esta vez, y me di por satisfecho, aunque aún no había concluido mi tarea. Tendría que volver a bajar a la cripta al día siguiente, y me hice el propósito de ir allí aún más temprano. Cuando fui a devolver las llaves, el viejo clérigo estaba ya aguardándome en la puerta de su casa y me invitó a pasar y a tomar el té.

—¿Avanza usted en su trabajo? —me preguntó mientras me acomodaba en un sillón de su pequeño cuarto con las paredes forradas de libros.

Le dije que sí, que avanzaba, y le mostré mis bocetos.

—Usted habrá visto el fresco muchas veces, supongo —dije.

—Sólo una vez —respondió bajando la mirada; no parecía querer hablar del fresco, así que le pregunté por la antigüedad de su iglesia.

—Aquí todo es muy antiguo, muy viejo —dijo—. Cuando todavía era joven, hace cuarenta años, y llegué a esta parroquia, pues era la única en la que podía ser párroco, lo que, pensaba yo, podía hacer que me casara al fin, ya que ansiaba contraer matrimonio, pronto sentí la opresión terrible que me causaba comprobar que todo era muy viejo; incluso lamenté en más de una ocasión haber nacido para encontrarme con esta sola posibilidad de ejercer como párroco… No obstante, eso era lo que deseaba y debía esforzarme en estar contento… Hijo mío, casarse cuando uno es joven lo aparta del estudio; si además tienes hijos, acabas sepultando tus ambiciones…

Pero tampoco es bueno contraer matrimonio cuando se tiene una edad mediana, cuando la voz de la mujer resulta ya fastidiosa… Se lo aconsejo, no se case usted cuando vaya acercándose a la vejez.

Le pregunté si el vecindario era tan antiguo como la iglesia.

—Sí, aquí todo es viejo, muy viejo —repitió—. El empedrado del camino que lleva a Dyke Fens[15] data del tiempo de los romanos… Dyke Fens, que está muy cerca de aquí, a unas cuatro o cinco millas, es también un pueblo muy viejo, olvidado del mundo. Allí jamás llegó la Reforma. Se detuvo aquí. Por eso tienen sacerdote católico e iglesia con campanario… Aún se arrodillan ante las imágenes de los santos… Una auténtica herejía, créame… Hasta no hace mucho yo iba allí una vez a la semana para predicar la fe verdadera, aunque el sacerdote, un auténtico demonio, me criticara diciendo que la condena que me hacía era la auténtica palabra de Dios. Nunca le hice caso; ni presté atención a sus opúsculos de exaltación de las homilías *Clementinas*[16].

El viejo clérigo parecía fuera de sí, absorto en lo que a todas luces era su tema favorito de conversación. En cuanto pude, me levanté para salir de allí, pero me siguió. Pude escaparme porque el anciano era cojo, lo que me procuró ventaja.

A la mañana siguiente fui a buscar las llaves por tercera vez y última. Había decidido marcharme al día siguiente, como muy tarde. Ya estaba aburrido, hastiado de Wet Waste; un cierto aunque ignoto sentimiento de angustia me impelía a largarme cuanto antes. Había algo extraño en el ambiente, algo sobrecogedor, aunque los días

eran muy claros… Pero tenía la sensación de que se cernía la tormenta, algo difícil de explicar.

Aquella mañana, para mi asombro, me fueron negadas las llaves. No cedí a la negativa del criado y fui a la habitación donde hacía su vida el viejo clérigo… Curiosamente, no estaba sentado. Caminaba por allí con las manos a la espalda.

—Hijo mío —comenzó a decir vehementemente—, sé bien para qué ha venido aquí. Pero no puedo darle de nuevo esas llaves.

Le dije que confiaba en que cambiase de opinión, a la mayor brevedad posible.

—No será así —me replicó—. Cometí un grave error al dárselas. No volveré a repetirlo.

—¿Por qué no quiere dármelas esta vez?

Suspiró profundamente.

—Un anciano clérigo, Abraham Kelly, murió anoche —comenzó a contarme—. Hace apenas un rato vino hasta aquí el médico para darme la triste nueva. Dice que esa muerte constituye todo un misterio para él. Me ha contado algo que le confío a usted, aunque no quiero que se sepa entre mi parroquia, la gente podría asustarse…

En el cuello del buen clérigo había, como las había en el cuello de esa pobre criatura que murió ayer, señales de estrangulamiento. Nadie, salvo el médico, ha reparado en ello, hasta ahora… No se lo explica, pero yo sí podría… yo sí podría hacerlo…

No acertaba a comprender qué relación podía darse entre esas dos muertes y la cripta, y mi estudio del fresco, por lo que, como es natural, le pedí que se explicara.

—Es una larga historia, seguramente difícil de comprender para un forastero… Le parecería a usted una tontería, si no una locura…

Bien, no obstante se la contaré, para que vea que no le niego las llaves por simple capricho.

«Recordará que, cuando me habló por primera vez de la cripta, le dije que llevaba cerrada treinta años… Bien, hace treinta años, un cierto Roger Despard, Lord de Wet Waste y Dyke Fens, el último de su linaje, gracias a Dios extinguido… En fin, era un hombre diabólico, de existencia absolutamente envilecida, borracho y lujurioso, conocedor de todas las maneras del vicio. Un hombre poseído por todos los demonios, la raíz de muchos males que azotaron esta región.

»Cuando le llegó la hora de la muerte, acudí a la cabecera de su cama para exhortarle al arrepentimiento de sus pecados. Pronto, sin embargo, me di cuenta de que la mía sería tarea vana, pues no sólo no se arrepintió, sino que me insultó gravemente llamándome supersticioso. Era imposible, pues, que lo acompañara la presencia de Dios, la presencia de los ángeles. Todo a su alrededor parecía tan maldito como él lo fuera en vida. Al día siguiente, cuando anochecía, murió entre terribles dolores mientras clamaba para que le fueran quitadas del cuello las manos del demonio que decía lo estaba estrangulando… En realidad, era su propia mano derecha la que hacía eso. En la mesa baja que había junto a su cama tenía el cuchillo

de caza, que tomó desesperado en su querer desasirse de las manos del demonio. Y con la mano izquierda se cortó la mano derecha que tenía en el cuello, diciendo que sólo así, derramándose la sangre del demonio, quedaría libre de su garra. Nadie pudo evitarlo. Y corrió la sangre por el suelo de su habitación, filtrándose hasta caer a la planta baja. Y al fin murió entre estertores horribles.

»Fui avisado poco después. Cuando me contaron lo sucedido pedí a quienes habían presenciado el terrible final del Lord que nada dijeran. Como nadie se atrevía a hacerlo, tomé la mano que aquel hombre diabólico se había cortado con su cuchillo de caza y la puse en el ataúd, a su lado… Supuse que sería piadoso hacerlo, pues creo que un hombre debe ser enterrado con todos sus miembros. Y acaso, en el último instante, Dios quisiera salvarle tomándolo precisamente de su mano derecha. A pesar de mi recomendación de guardar silencio, alguien contó lo sucedido y la terrible historia corrió de boca en boca. Así, cuando fue enterrado donde reposaban sus padres, en la cripta, y como ésta ya no podía acoger más restos, decidí cerrarla definitivamente y guardarme las llaves… Comprenderá usted que, pasados ya treinta años, apenas se recuerde la historia. Pero cuando llegó usted para pedirme esas llaves recordé todo aquello. No obstante, diciéndome que no hay que ceder a las supersticiones, se las di; comprendo además que su trabajo es delicado y debe hacerlo en las mejores condiciones… Es usted un hombre de talento, estoy seguro…

Aquí se detuvo el anciano. Yo permanecí en silencio, pensando en cómo convencerlo para que me diese otra vez las llaves.

—Me parece extraño, señor —le dije al fin—, que alguien como usted, un hombre cultivado e inteligente, dé importancia a lo que a todas luces es una superstición, como bien lo sabe usted mismo…

—Puede que ya no esté tan seguro de que lo sea —replicó—. No deja de parecerme extraño que, una vez abierta la cripta después de tanto tiempo, hayan muerto dos personas… Y que sus cuerpos muestren señales de estrangulamiento… Dos muertes sin derramamiento de sangre, pero con ese maldito estigma… No puedo consentir que haya una tercera vez…

—Una superstición como ésa —dije con gran autoridad entonces—, por fuerza ha de desagradar a Dios… Usted lo sabe bien.

Me sentía muy contento de haber utilizado un tono solemne y de gran autoridad, ese tono grave que hace mella en la gente bienpensante.

El anciano clérigo se mostró entonces de acuerdo conmigo, lamentando haber estado a punto de ceder a una superstición que, como yo le había dicho, y como bien lo sabía él, por fuerza habría de desagradar a Dios. Gané la pugna. Al fin y al cabo, él era viejo y yo joven. Y supongo que temió que yo fuese contando por ahí que el pastor de aquel rebaño era un hombre lleno de creencias supersticiosas que nada decían a favor de la fe que predicaba. Así que me hice de nuevo con las llaves.

No quiero ocultar, sin embargo, que aquel día bajé las escaleras que me llevaban a la cripta con una vaga, con una indefinida repugnancia, que se acentuó

definitivamente cuando quedaron cerradas a mi espalda las dos puertas. Recordé entonces aquel leve sonido vibrátil de la llave en la cerradura del primer día; y otros sonidos, otras sensaciones de entonces en las que no había vuelto a reparar. Y cómo cayó hasta mis pies una de las calaveras. Allí estaba, en el mismo lugar. Me fijé en la disposición de los esqueletos que pendían de los arcos; habían sido dispuestos armónicamente, a la misma altura, con idéntica separación entre uno y otro. Y me dirigí al esqueleto decapitado. Justo donde estuvo la calavera, en aquel arco, se veía ahora en la pared un agujero en el que me hubiera cabido la mano, y al lado, si bien apenas legible, el nombre de Despard. Estaba claro: allí habían enterrado a Despard. No pude resistir colarme entre los esqueletos que pendían, apartándolos, y alzar mi vela cuanto me fue posible para, a través del agujero que había dejado la calavera, echar un vistazo en el interior de aquella cámara mortuoria. Estaba llena de ataúdes apilados, uno encima de otro. Eran ataúdes antiguos, varios de ellos resquebrajados por el paso del tiempo y por la humedad. Había también huesos, más huesos en el suelo. Pensé que, cuando muriese, sería mejor que me enterraran en la tierra, no en una cámara mortuoria de una cripta como aquélla. El ataúd más próximo al arco del que pendía el esqueleto decapitado estaba intacto, al igual que la cruz que lo adornaba. Aunque la luz de mi vela era escasa para observar si había en ese ataúd algún signo distintivo, no me cupo duda, en vista de que parecía nuevo en comparación con los otros, de que se trataba de aquél en el que había sido enterrado el malvado Sir Roger. Coloqué más o menos los esqueletos que había apartado donde estaban antes y me fui a trabajar frente al fresco. No estuve aquel día más de una hora. Me sentí muy aliviado al irme.

Quise marcharme de allí aquel mismo día, y si no lo hice no fue porque yo sea un hombre irracional, o un irresponsable; pero recordé que sólo había un tren de vuelta desde aquella lejana estación a la que había llegado antes de ponerme a caminar para dirigirme a Wet Waste, tren al que ya no podría llegar a tiempo ese día.

Me resigné a lo inevitable y vagué por ahí, acompañado de Brian en todo momento, fumando y tomando apuntes del natural en mi libreta de dibujo hasta que comenzó a oscurecer. El día había sido excepcionalmente caluroso, e incluso cuando se puso el sol apenas refrescó. Nada de esa agradable brisa de las noches de verano. Cansado ya, me dirigí a la posada, subí a mi habitación y, tras echar un vistazo a mis apuntes del fresco, comencé a redactar la conferencia encargada. Por lo general me cuesta escribir; aquella noche, sin embargo, las palabras me llegaban a una velocidad tan vertiginosa como exactas lo eran por su capacidad descriptiva. Me dije que era así por sentirme urgido a concluir mi trabajo cuanto antes; el caso fue que escribí y escribí, hasta que se agostaron mis velas y prácticamente hube de acabar a la luz de la luna, que, la verdad sea dicha, de tan brillante me brindaba una claridad casi diurna.

Al acabar, dejé a un lado mis cosas de trabajo; el reloj de la iglesia acababa de dar las diez y, como era pronto aún para irme a la cama, salí por la ventana, a fin de evitarme atravesar la posada, con la intención de respirar un poco de aire fresco. La

noche era espléndida, de tan luminosa, por lo que decidí quedarme allí un rato para sacar de mí los nervios que en cierto modo me atenazaban, o el hastío que me causaba tener que permanecer aún una noche más en aquel villorrio. Imperaba en un cielo despejado y en calma una luna hermosa que todo lo llenaba con su luz, árboles, caminos, matorrales y hasta la baldía lontananza. Una luna que parecía orgullosa de su hermosura.

Aquel arroyo que pasaba muy cerca de mi ventana, en realidad no era propiamente lo que conocemos por un arroyo. Era algo más, por lo general serpenteante y agitado durante el día, de tal modo que, aunque carecía de profundidad como para resultar peligroso, nadie lo cruzaba, prefiriendo dirigirse al pequeño puente de piedra. Pero de noche parecía inofensivo, aplacado, sugería transparencia. Bajo la luz de la luna sí parecía un arroyo plácido y rumoroso, como deben ser los arroyos, como los conocemos.

Pasé un buen rato contemplándolo, apoyada mi espalda contra la ventana de mi cuarto en la posada. También contemplaba la hermosa luna, que se me antojaba cada vez más intensa, más llena de luz. No soy un hombre que ceda fácilmente a la tristeza ni al desasosiego, pero muy poco tiempo después, en plena noche, en aquel villorrio lamentable y solitario, con la cabeza de Brian pegada a mis rodillas, comencé a sentirme muy deprimido.

Inevitablemente, mi mente iba una y otra vez hasta la cripta y hasta los huesos que albergaba. Una cripta. La meta indefectible hacia la que se dirige la vida humana con toda su vitalidad y belleza, paso a paso en un viaje inexorable hasta el fin de la existencia. Nunca antes había ocupado mis pensamientos una sensación como la que sentía: próximo a la muerte.

Qué había de bueno, me pregunté, en el trabajo y el gozo consustancial al trabajo, en derrochar pródigamente la juventud en mil afanes y aventuras, en debatirse en esfuerzos… para acabar en una tumba con todo tu talento, con todos tus ideales… y para ser olvidado, las más de las veces, tan pronto como te dan tierra… El trabajo, en ese momento, con el corazón sobrecogido como lo tenía, me pareció una estupidez. ¿Cómo considerar recompensa el éxito, si al final te vas a la tumba con todos tus triunfos? Allí estaba la única recompensa cierta que encontrarían, al cabo, mis esfuerzos, mi trabajo: la tumba. Igual que quien nada de mérito hace en esta vida. Idéntica recompensa. Yo no había triunfado aún, pero, de hacerlo, ¿cuánto quedaría de mi éxito una vez sucedida mi muerte? La tumba. Sólo eso. No importa si tarde o temprano. La tumba.

Al final, cuando hasta la luz de la luna me pareció opresiva, salté por la ventana a mi cuarto y me metí en la cama.

Me dormí muy pronto, pero no creo que llevara mucho tiempo dormido cuando me despertó Brian. Lloriqueaba en tono bajo, como solía hacerlo al dormir enroscado sobre sí mismo y con la cara oculta. Le pedí que se callara, pero como no lo hizo busqué algo, la caja de cerillas, por ejemplo, que arrojarle para despertarlo. La luz de

la luna llenaba la habitación; así pude ver que, tras arrojarle la caja de cerillas, alzaba la cabeza y me miraba, evidentemente despierto. Lo reñí y traté de conciliar el sueño de nuevo. Estaba a punto de conseguirlo cuando volvió a lloriquear, ahora de manera aún más audible. Pero no me dio tiempo a tirarle nada más, ni a reñirlo, porque entonces despertó y comenzó a dar vueltas por la habitación, como si estuviese desasosegado. Me incorporé en la cama y lo llamé, pero no me hizo caso.

Entonces lo vi claramente a la luz de la luna. Ahora gruñía y enseñaba los dientes mientras sus ojos parecían seguir algo que se movía en el aire. Aquello me horrorizó. ¿Estaba rabioso? Sus ojos iban de un lado a otro, y su cabeza se movía en la misma dirección, como si se dispusiera a repeler el ataque de un enemigo. Y lo vi saltar en dirección a mi cama, y caer rodando por el suelo, y chocarse contra los muebles de la habitación, sin dejar de gruñir, lanzando terribles mordiscos al aire. Pensé que mi buen perro estaba en verdad rabioso. Salté de la cama y me fui hacia él, agarrándole por el cuello con la intención de calmarlo. La luna se había ocultado ahora tras unas nubes, pero así y todo había luz suficiente como para que me percatase de que se había convertido en un animal salvaje, mucho más cuando me lanzó una dentellada en el cuello. Me sentí a punto de morir estrangulado. Con toda la fuerza que da la desesperación seguí forcejeando con él, sin soltarle el cuello, para arrastrarlo hasta mi cama e intentar golpear su cabeza contra los barrotes del cabecero o contra las patas de hierro. Era mi única salvación. Sentí cómo me corría la sangre por el cuello. Me notaba desfallecer por momentos. Finalmente, y no sin verme obligado a luchar hasta la extenuación, conseguí golpear su cabeza contra una de las patas de hierro de la cama, poco antes de desmayarme. Oí que gemía, sentí su cuerpo junto al mío, y entonces perdí el sentido.

Cuando recuperé el conocimiento me vi tendido en el suelo, rodeado por la gente de la posada y con mis manos aferradas aún al cuello de Brian. Alguien acercó una vela a mi cara y un viento que entró en ese instante por la ventana hizo que temblase la llama. Miré a Brian. Estaba muerto como una piedra. La sangre que manaba por su cabeza había entintado mis manos. Su mandíbula poderosa parecía aprisionar algo que, sin embargo, acaso por culpa de aquella luz incierta, no vi.

Aquella gente encendió más velas.

—¡Dios mío! —grité—. ¡Miren allí, allí!

—Ha perdido la cabeza —dijo alguien, y volví a desmayarme.

Estuve así toda la noche. Todo un tiempo del que, aunque nada recuerdo, sólo puedo pensar con repugnancia y tristeza. Cuando al fin recuperé el conocimiento me vi cuidadosamente atendido por el viejo clérigo y el servicio de su casa. A menudo oigo decir que quien nada da, nada recibe, pero puedo asegurar, con honestidad absoluta, que yo recibí entonces mucho más de lo que había dado. La gente del pueblo se muestra especialmente atenta con los forasteros que enferman. Puedo dar fe de ello.

No quedé tranquilo, en cualquier caso, hasta que me vio el médico, dijo que

estaba fuera de peligro y me aseguró que podría dar mi conferencia en la fecha prevista. Ansioso, le hablé de mis impresiones en la cripta, de lo que había ocurrido aquella noche en mi habitación de la posada… Me escuchó atentamente, y luego me aseguró, en un tonto con el que pretendía hacer que saliera de mi abstracción, que todo eso no era más que la alucinación sufrida al ver que mi perro se había vuelto rabioso.

—¿Pero no vio usted al perro muerto? —le pregunté.

Respondió que sí. El pobre Brian tenía las mandíbulas ensangrentadas y sus dientes parecían haber hecho presa en algo…

Pero, según el médico, no se trataba más que de la manifestación virulenta de un caso de hidrofobia, por lo que habían enterrado de inmediato al animal.

Mi compañero de viaje se calló en ese momento. Recogimos nuestro equipaje y subimos la escalera. Una vez arriba, se despojó del cuello de su camisa, grande, extraño, anticuado.

—Vea, aún tengo las marcas —me dijo—. Pero no temo morir de hidrofobia. La verdad es que estas señales que me dejó aquel ataque no son precisamente las que harían los dientes de un perro. Si se fija bien verá que se trata de la presión de cinco dedos. Por eso llevo estos cuellos tan altos.

Historia verdadera de un vampiro

Conde Stanislaus Eric Stenbock

(1859 - 1895)

Eric Magnus Andreas Stanislaus von Stenbock, conde de Stenbock, fue una de las más populares y escandalosas figuras de los ambientes literarios y decadentes frecuentados por la burguesía londinense de finales del siglo XIX. Según sus contemporáneos, su aspecto era frágil y enfermizo; su pose, lánguida; su cabello, lacio y vaporoso; su vestimenta, deliberadamente *demodé*, se completaba siempre por una amplia capa negra… Las escasas fotografías que de él se conservan muestran a un joven de rostro ovalado y de piel blanca, sin arrugas, como tallado en alabastro, que enmarca unos ojos pequeños y tristes… Al contemplar el semblante del conde de Stenbock, al leer los testimonios de aquellos que le conocieron, acude rauda a la memoria la descripción que John William Polidori (1795— 1821) hizo de Lord Ruthwen en su célebre novela *El vampiro* (1819): «Su vista se paseaba por la alegría general que se desplegaba a su alrededor, con una indiferencia que denotaba que no estaba en su mano compartirla». Tan «vampírica» actitud se veía enfatizada por la excentricidad más contingente: en ocasiones, recibía a quienes le visitaban en su residencia en Londres dentro de un ataúd adelantándose así, casi medio siglo, a un marchito Bela Lugosi al final de su carrera y de su vida; tenía como mascotas a una enorme serpiente, además de varios lagartos y salamandras que personalmente alimentaba en presencia de sus amistades; únicamente vivía de noche, jamás abandonaba su hogar mientras fuese de día, alumbraba las principales estancias de su mansión con velas negras y, por si esto fuera poco, se rumoreaba que practicaba la magia negra (¡).

En consecuencia, no es de extrañar que el poeta irlandés W. B. Yeats escribiera a propósito de tan singular personaje: … «es, a un mismo tiempo, erudito, «*connoisseur*», borracho, poeta, pervertido y el más encantador de los hombres». Por el contrario, un crítico literario de la época dijo que la obra del conde Stenbock era «una elaborada y chirriante parodia de sí misma (…) producto de una juventud decadente, aquejada de preciosismo, de un falso misticismo, de un esteticismo y de una ridícula mezcla de neopaganismo y neocatolicismo».

Nacido en Estonia, en el seno de una antigua y noble familia de origen alemán cuyas raíces se remontan al siglo XVI, Eric Magnus Andreas Stanislaus von Stenbock en realidad, conde de Bogesund, cuyas posesiones se hallaban en el condado de Kolga, en Estonia, se quedó huérfano de padre a muy temprana edad. Su madre,

casada en segundas nupcias con el inglés Frank Mowatt, se trasladó en 1874 junto a su esposo y su hijo a sus tierras en Withdeane Hall, cerca de Brighton, hecho que marcará para siempre la vida del joven Eric. Ya en Inglaterra, éste empezó a sentirse atraído por la literatura y la poesía, e ingresó en el Balliol College de Oxford para completar sus estudios en ambas materias. Pero su vida disipada y sus insólitas costumbres provocaron su expulsión de la universidad, tras lo cual renunció a su entorno familiar. Eric detestaba a su padrastro y a sus seis hermanastros, quienes lo trataron siempre de manera cordial, disculpándole todos sus excesos, «exiliándose» a su cómoda casa en Londres, que mantenía gracias a una generosa renta. Allí se convirtió en el «personaje» que escribió libros de poesía como *Love, Sleep and Dreams* (Shrimpton & Son/Simpkin Marshall & Co., 1881) o *The Shadow of Death* (The Leadenhall Press, 1893), conjuntamente con antologías de relatos cortos, como *Studies of Death: Romantic Tales* (David Nutt, 1894), y novelas, como *La Mazurka Des Revenants: A Serious Extravaganza In Six Parts* (¿?). Acorde con su leyenda y su temperamento, murió a causa de una cirrosis y de su adicción al opio y, antes de ser enterrado en el cementerio católico de Brighton respetando así las últimas voluntades del finado, su corazón fue extraído del cadáver y enviado a Estonia para ser conservado en formol junto a otras reliquias de los von Stenbock.

«*Historia verdadera de un vampiro*», titulado en algunas reediciones como *The True Story of a Vampire*, se publicó por primera vez en 1894, dentro de la antología *Studies of Death: Romantic Tales*. El interés de su autor por el vampirismo era notorio y conocido, ya que solía decir de sí mismo que estaba más muerto que vivo, y dejando a un lado su personalidad «vampírica» que Bram Stoker conocía muy bien a través del círculo teatral de Henry Irving y de sus esporádicos contactos literarios con W. B. Yeats, el conde Stenbock escribió el poema «*The Lunatic Lover*» en el que un no-muerto asalta a su víctima a través de sus sueños, igualmente que los relatos *A Dream* y *The Other Side: A Breton Legend*. Pero será en «*Historia verdadera de un vampiro*» donde el conde Stenbock llevará a extremos sorprendentes su visión desmitificadora del vampiro, articulado poco a poco alrededor de la narrativa gótica tradicional —cf. *Carmilla* (1872) de J. Sheridan Le Fanu, y de los sensacionalistas y deliciosos *Penny Dreadfuls* en especial, el serial *Varney the Vampire; or, The Feast of Blood* (1847), de Thomas Preskett Prest—. Por último, recalquemos su gusto por una evocación del horror tan sutil como venenosa, tan romántica como mórbida, no exenta de un curioso sentido del humor, matices que convierten a «*Historia verdadera de un vampiro*» en una auténtica rareza.

Historia verdadera de un vampiro

(A True Story of a Vampire)

Conde Stanislaus Eric Stenbock

Las historias de vampiros se localizan por lo general en Estiria[17]; la mía también. Estiria es uno de esos lugares reputados como románticos por quienes jamás han estado allí. Es una gran región[18] nada interesante, celebrada por sus pavos, sus capones y la estupidez de sus habitantes.

Los vampiros suelen llegar de noche, en carruajes tirados por dos caballos negros.

Nuestro vampiro, sin embargo, llegó por un medio menos habitual, cual lo es el ferrocarril, y además lo hizo por la tarde. Creerá el lector que bromeo, o acaso que, al decir vampiro, me refiero a un *vampiro* de las finanzas… No, nada de eso. Hablo en serio, completamente en serio. El vampiro al que aludo, uno de esos vampiros que devastan nuestro corazón y nuestro hogar, era un vampiro verdadero.

Generalmente se habla de los vampiros como seres extraños, siniestros, oscuros y singularmente hermosos. Nuestro vampiro, por el contrario, apenas coincidía con todo eso; no tenía un aspecto particularmente siniestro y, aunque no carecía de cierto atractivo, de ninguna manera se le puede considerar hermoso.

Sí, devastó nuestro hogar, mató a mi hermano —la única persona a la que yo adoraba— y a mi querido padre. Pero al tiempo debo decir que me rendí a él, fascinada; y que, a pesar de todo, no lo recuerdo con amargura ni desprecio.

Habrán leído ustedes, sin duda, lo que se ha escrito de mí en los periódicos, todo eso acerca de la *Baronesa y sus bestias*… Bien, pues de eso y de cómo he gastado mi fortuna recogiendo animales perdidos voy a hablar aquí.

Ahora soy vieja; todo aquello ocurrió cuando era una niña de trece años… Empezaré por hablar de mi casa… Éramos polacos y nos apellidábamos Wronski; vivíamos en Estiria, en un castillo demasiado grande para los pocos que éramos: descontando la servidumbre, mi padre, nuestra institutriz —una excelente dama belga llamada Mademoiselle Vonnaert—, mi hermano y yo… Permítaseme que empiece por mi padre: era anciano; tanto mi hermano como yo nacimos cuando ya era viejo. Nada recuerdo de mi madre: murió al dar a luz a mi hermano, un año menor que yo… Nuestro padre fue un hombre estudioso, siempre rodeado de libros y versado en los asuntos más extraños y en las lenguas más raras. Tenía una larga barba blanca y lucía una magnífica capa de terciopelo negro.

¡Cuánto nos amaba! Mi padre nos quería mucho más de lo que soy capaz de expresar, y lo digo a pesar de que no fuese yo su favorita. Todo su corazón era para Gabriel —Gabryel, como se escribe en polaco—, al que llamábamos, en ruso, Gavril. Hablo, claro está, de mi hermano, el más parecido a mi madre por lo que pude observar en el único retrato que había de ella en nuestro hogar, en el despacho de mi padre. Pero no se crea que estaba celosa. Yo le adoraba. Fue el único amor de mi vida. En su memoria levanté mi refugio para perros y gatos callejeros, en Westbourne Park.

Era yo por aquel tiempo, como he dicho, una niña. Me llamaba Carmela. Mi hermosa melena flotaba por todas las estancias del castillo, que recorría saltarina de continuo, aunque no me gustaba que me la peinasen. Debo decir que no era una niña

precisamente guapa, pues los retratos no mienten y cuando contemplo los que se me hicieron entonces no puedo sino observar que en efecto no lo era. Sin embargo, aún hoy, cuando sonrío al fotógrafo, pienso en que acaso mi rostro, precisamente por su carencia de rasgos armónicos, por mi gran boca y por mis grandes ojos que poseen un brillo salvaje, resulte atractivo a alguien.

De niña fui bastante díscola, aunque no tanto como Gabriel, según decía Mademoiselle Vonnaert… Debo hablar de ella. Era una persona excelente, una dama de mediana edad que se expresaba en un francés límpido y culto aunque fuese belga, y que además hablaba alemán, lengua que, como sabrán ustedes, o deberían saberlo, se habla en Estiria.

Me cuesta mucho, sin embargo, describir a mi hermano Gabriel como merece; había en él algo extraño, sobrenatural, o acaso deba decir protohumano; algo, en última instancia, a medias entre lo animal y lo divino. Puede que la idealización griega del fauno sirva para ilustrar lo que pretendo decir. O puede que no. Tenía los ojos grandes de las gacelas; su cabello, como el mío, siempre despeinado… Algo que sin duda heredamos de nuestra madre, un cabello hermoso y libre, pues era gitana; algo, en suma, que acaso sirva para explicar nuestra naturaleza salvaje. Ya he dicho que era díscola. Pero Gabriel lo era mucho más. Por nada del mundo aceptaba ponerse medias y zapatos, salvo los domingos, el único día en que se dejaba peinar, aunque sólo por mí… En cuanto a su boca… Quizá sólo pueda describirla diciendo que su forma era la de un arc d’amour… Cuando recuerdo su boca sólo me viene a la mente ese Salmo que dice: «La Gracia vive en tus labios, que Dios te los bendiga eternamente». Los labios de mi hermano Gabriel exhalaban el hálito de la vida. Porque eran hermosos, dulces, bestialmente vivos, maleables.

Gabriel era inquieto y vivaz, corría como un ciervo, trepaba hasta las más altas ramas de los árboles; era en sí mismo la imagen y el símbolo de la vitalidad. Por lo general apenas prestaba atención a lo que le explicaba Mademoiselle Vonnaert, pero cuando lo hacía aprendía con rapidez extraordinaria y se sabía las lecciones palabra por palabra. Tocado por un talento musical extraordinario, aprendía fácilmente cualquier instrumento, aunque, como el violín, los tocaba a su manera, sin sujetarse a las normas; e incluso manufacturaba sus propios instrumentos, con raíces, ramas y hasta simples palos. Mademoiselle Vonnaert, sin embargo, fue incapaz de hacer que se interesara en el piano. Supongo que fue así porque Gabriel era lo que se dice un niño mimado y calamitoso, en el sentido más superficial de la palabra. Nuestro padre, eso es cierto, atendía al instante cualquier capricho que tuviese.

Recuerdo bien una de sus peculiaridades. Desde muy niño tuvo horror a la carne; jamás consintió en probarla, no lo hubiera hecho por nada del mundo. Otra de sus peculiaridades era el influjo que tenía sobre los animales. Cualquier animal acudía a él en cuanto le tendía su mano. Los pájaros se posaban en sus hombros. Cuando salíamos a dar un paseo por el bosque, siempre se apartaba de nosotras; y cuando Mademoiselle Vonnaert y yo volvíamos a reunirnos con él, lo encontrábamos rodeado

de conejos, puercoespines, pequeños zorros, marmotas, ardillas… A muchos de ellos se los llevaba a casa, lo que horrorizaba a la pobre Mademoiselle Vonnaert. Aunque puede que, en realidad, la horrorizase aquel magnetismo que Gabriel poseía sobre las pequeñas bestias. Había optado por tomar como habitación la parte más alta de una de las torretas del castillo, a la que subía, no por las escaleras, sino trepando a un castaño próximo para entrar por la ventana. Pero, aunque parezca una contradicción, los domingos acudía devoto a la parroquia para oír misa, con su impecable casaca roja, calzado y bien peinado. Entonces parecía un ser absolutamente angelical, una criatura tocada con todo lo que adorna a las deidades. Nunca podré olvidar aquella expresión extática de sus ojos.

Bien, aún no he hablado del vampiro… Hagámoslo ya de una vez… Tuvo que dirigirse mi padre un día a una ciudad próxima, cosa que hacía con relativa frecuencia. Volvió en la compañía de un desconocido. Aquel caballero, nos dijo mi padre, había perdido el tren y como no tenía la posibilidad de tomar otro ese día, pues eran pocas las líneas que cubrían la región, pasaría la noche con nosotros. Había coincidido con mi padre en el viaje desde la ciudad a la pequeña estación del pueblo a cuyas afueras estaba nuestro castillo y pronto entablaron conversación. Mi padre, un hombre cortés y generoso, sabedor de las circunstancias de aquel hombre, lo invitó a nuestro hogar. Mi padre siempre decía que la hospitalidad es una característica de nuestro linaje.

Se presentó como el Conde Vardalek, húngaro. Pero hablaba muy bien alemán, no con ese acento monótono de los húngaros, sino con una melodiosa entonación eslava. Tenía una voz particularmente dulce e insinuante. Pronto sabríamos, además, que hablaba también polaco, y Mademoiselle Vonnaert elogió su excelente francés. En realidad hablaba un sinfín de idiomas… Pero, antes de continuar, daré mi impresión primera. Era alto, muy delgado, con el cabello ondulado cayéndole sobre los hombros, lo que contribuía a que su rostro pareciera velado, como si el movimiento armónico de su cabello levantase a su alrededor una cortina de humo. Había algo en su figura —aún no sé decir qué era— que te sugería estar ante la presencia de una serpiente. Todo en él era refinamiento, especialmente sus manos, de largos dedos, unas manos que emanaban magnetismo. Su nariz era grande y sinuosa; su boca, sensual y expresiva, como lo era su sonrisa. Todo ello, empero, contrastaba con la profunda tristeza que se percibía en su mirada. Cuando lo vi entrar en nuestra casa creí que tenía los ojos entornados, de tan caídos como eran sus párpados. Era imposible, por ello, saber de qué color los tenía. Parecía muy cansado, o abatido. No puedo decir la edad que aparentaba.

De repente entró Gabriel en el salón con una mariposa amarilla revoloteando alrededor de su cabello. Abrazaba contra su pecho a una ardilla e iba descalzo, como de costumbre. El extraño le miró intensamente, vi esa intensidad en sus ojos. Y vi entonces que eran verdes, además de grandes, con las pupilas dilatadas. Gabriel se detuvo y lo miró como un pajarillo hipnotizado por una serpiente, mientras le tendía

su mano. Vardalek, estrechándosela —y no sé por qué reparé en algo tan trivial, pero es verdad que lo hice—, le tomó el pulso con el dedo pulgar. Gabriel salió entonces aprisa del salón y no menos veloz subió las escaleras en dirección a su cuarto en la torreta, olvidándose en esta ocasión del árbol. Me aterrorizó pensar en lo que a su vez estaría pensando el Conde Vardalek de mi hermano. Y no pude por menos que sorprenderme cuando lo vi bajar poco después vestido de domingo, calzado y con sus medias. No obstante, lo peiné como hacía los domingos. Gabriel parecía sentirse muy bien.

Cuando bajó el extraño para cenar, luego de haber dejado sus cosas en la habitación que le asignó mi padre, su aspecto era distinto, me pareció mucho más joven. Había en su piel una cierta cualidad elástica que antes no le había percibido, cualidad que acentuaba la delicadeza de su figura, algo muy raro en un hombre, pensé… Antes, por el contrario, su presencia me había sugerido enfermedad, acaso debido a esa especie de veladura de su rostro que me hizo sospechar que era muy pálido.

Bien, digamos que durante la cena nos encantó a todos, y muy especialmente a mi padre. Pareció compartir con mi buen padre intereses y *hobbies*. En una de sus conversaciones, cuando mi padre relataba algunas de sus experiencias militares de otro tiempo, dijo algo acerca de un joven tamborilero herido en combate. Los ojos de nuestro huésped, al oír aquello, se abrieron desmesuradamente y observé que sus pupilas estaban aún más dilatadas que antes. Su mirada, entonces, me pareció desagradable, aunque puede que fuese por la expresión, ciertamente extraña, de su rostro, algo a medias entre el embotamiento y la muerte, y a la vez animado por una excitación horrible, a duras penas controlable. Pero sólo fue un momento.

Lo que más tiempo ocupó su conversación con mi padre fue lo referente a ciertos libros místicos que había descubierto poco tiempo atrás y de los cuales apenas acertaba a colegir algo, pero Vardalek parecía saberlo todo al respecto. Ya en los postres, mi padre le sugirió que, si eso no le suponía mayor inconveniente, podría retrasar unos días su viaje y seguir siendo nuestro huésped por un tiempo. Mi padre le dijo que, como en nuestro castillo había pocas distracciones, bien podría gozar de su biblioteca, que ponía a su entera disposición.

—No me resulta inconveniente quedarme unos días —dijo Vardalek—; no tengo mayor necesidad ni interés concreto en seguir mi viaje mañana, y si puedo serle útil ayudándole a descifrar esos libros de los que ha hablado, estaré encantado de hacerlo. —y añadió con una sonrisa amarga, muy amarga—: Soy un hombre cosmopolita, un viajero que pisa sin descanso la superficie terrestre.

Después de cenar, mi padre le preguntó si tocaba el piano.

—Un poco —dijo el Conde mientras tomaba asiento ante el piano.

E interpretó maravillosamente varias *csardas*[19] y rapsodias húngaras.

Una música que hace enloquecer a los hombres. Él mismo parecía arrebatado mientras la interpretaba.

Gabriel estaba muy cerca del piano, mirándole con los ojos fijos, ahora con las pupilas dilatadas, absolutamente inmóvil. Cuando finalizó su interpretación nuestro invitado, mi hermano, acaso fascinado por la maravilla de las csardas, dijo humildemente, con voz muy baja y dulce:

—Creo que puedo tocar eso.

Y fue raudo a buscar su violín, y un xilofón que él mismo se había hecho, y alternando uno y otro instrumento tocó muy bien aquello que acababa de interpretar el Conde Vardalek al piano.

Vardalek lo miraba con embeleso. Cuando acabó Gabriel de deleitarnos con su breve concierto, el Conde le dijo con voz muy triste:

—¡Pobre niño! Tu alma es la de la música…

No pude entender entonces por qué, en vez de felicitar a Gabriel por su talento, lamentaba que lo tuviese.

Gabriel se volvió reservado, tímido. Incluso se olvidó de los animalitos que tanto amaba. Ocurrió súbitamente. Es cierto que nunca habíamos albergado en nuestra casa a un extraño, pero me parecía que eso no era motivo suficiente como para que Gabriel no saliera de su torreta, de modo que yo misma tuve que subirle la comida al día siguiente, pues se negaba a salir de allí. ¡Cuál no sería mi sorpresa, sin embargo, cuando un día después, a hora temprana, lo vi paseando de la mano de Vardalek por nuestro jardín! Hablaban animadamente.

Gabriel le iba mostrando todos los animalitos que había recogido en el bosque y que habían hecho de nuestro jardín algo parecido a un pequeño zoológico. Me asusté, porque parecía absolutamente dominado por el Conde. Pero lo que más nos sorprendió a todos (y debo decir que el extraño mostraba a diario una corrección exquisita por lo que estábamos encantados con su presencia y con su actitud deferente hacia mi hermano), aunque quizá no tanto a mí, que le observaba continuamente, fue que gradualmente, aunque bastante aprisa, Gabriel perdiera su vitalidad, su salud… No es que perdiese de golpe su buen color y se tornara pálido; era que había en sus movimientos una languidez extraña, una extenuación imposible de imaginar hacía tan poco en un niño así de vivaz y activo como siempre lo fuera.

Mi padre, por su parte, se volvía más devoto del Conde Vardalek a medida que pasaban los días. Nuestro huésped, bien es cierto, le ayudaba mucho en sus estudios. Tan devoto del Conde se había vuelto mi padre, que un día, lleno de júbilo, le pidió que lo acompañase a Trieste, donde solía ir de vez en cuando. Volvería, dijo mi padre, lleno de regalos para nosotros: siempre nos traía de allí joyas orientales espléndidas y ropas de exquisita textura.

He conocido a mucha gente a la que le gusta ir a Trieste, orientales incluidos… Pero siempre he pensado que esas cosas deslumbrantes con las que regresan no pueden ser de allí, de Trieste, un lugar que evoco especialmente por sus tiendas de corbatas.

Cuando Vardalek abandonó el castillo junto a mi padre, Gabriel se pasaba los días

preguntando por él y hablando de él. Y al tiempo pareció recuperar su vitalidad, su salud. Vardalek, a su regreso, pareció un anciano, un hombre abatido. Gabriel corrió a darle la bienvenida y lo besó en la boca. Después le ofreció una rebanada de pan: poco después volvía a tener el aspecto saludable de antes.

Las cosas siguieron así por un tiempo. Mi padre no quería ni oír hablar de que Vardalek se marchara, siguiendo su camino. Era ya, para él, como uno más de la casa. Tanto Mademoiselle Vonnaert como yo nos dábamos cuenta del estado de Gabriel, pero mi padre parecía totalmente ciego.

Una noche subí las escaleras en busca de algo que me había dejado en el salón principal. Una vez arriba pasé ante la habitación que ocupaba Vardalek. Tocaba al piano —mi padre había hecho que se lo subieran allí— uno de los nocturnos de Chopin, muy hermoso. Me detuve para escuchar aquello.

De repente, algo blanco comenzó a bajar por la escalera, desde la planta superior… Todos creemos en los fantasmas, de una u otra manera. Quedé petrificada de terror, sin poder moverme, agarrada al balaustre. Pero lo que más me aterrorizó fue ver a Gabriel caminando lentamente hacia la habitación del Conde, con los ojos abiertos y en trance… Eso me asustó mucho más que ver a un fantasma.

Seguía sin poder moverme. Gabriel, vestido con su blanco camisón, abrió la puerta. Vi entonces a Vardalek tocando el piano, pero ahora hablaba mientras lo hacía.

—*Nie Umien wyrazic jak ciechi kocham* (mi querido niño, no quiero acabar contigo) —decía ahora en polaco—, pero tu vida es mi vida, y debo vivir, yo que preferiría estar muerto para siempre. ¿Es que Dios no se apiadará nunca de mí? ¡Ah, la vida! ¡La terrible tortura de vivir! —aquí calló mientras atacaba el piano con una violencia agónica; después, cuando la música volvía a ser dulce, prosiguió—: ¡Oh, Gabriel, amado mío! Pido tu vida. Sólo tú, con tu abundancia de vida, puedes dármela a mí, que en realidad estoy muerto… Pero…

¡No! ¡Espera! —gritó.

Gabriel seguía en el umbral de la puerta. Vi que tenía la misma mirada inexpresiva de antes. Estaba profundamente dormido, desde luego. Vardalek volvió a tocar el piano. Entonces dijo con un tono de voz triste, agónico y a la vez gentil:

—Vuelve, Gabriel… Ya es suficiente.

Y Gabriel volvió lentamente hacia la escalera que conducía a la planta de arriba y a su torreta mientras Vardalek seguía tocando el piano con tal violencia que supuse que se romperían las cuerdas de un momento a otro. Será imposible que alguien oiga una música tan extraña como la que oí en ese momento, una música que era el pálpito de un corazón atribulado.

A la mañana siguiente encontré a Mademoiselle Vonnaert muerta al pie de la escalera, en la planta baja. ¿Lo que vi fue un sueño, después de todo? Creo que no, aunque muchas veces haya preferido pensar que sí lo fue. Es la primera vez que hablo de todo esto, jamás he dicho una palabra a nadie. Además, ¿qué podría decir?

Bien, abreviemos… No es preciso alargar en exceso esta historia lamentable… Gabriel, que nunca había requerido los cuidados de un médico, amaneció al día siguiente muy enfermo. Tuvimos que avisar a un médico de Gratz, que tras reconocer a mi hermano fue incapaz de decirnos qué tenía… Sólo nos aseguró que Gabriel estaba muy mal, que su salud era una ruina, pero no acertaba a decir a causa de qué, pues no había visto en él ninguna alteración orgánica. ¿Qué podía significar aquello?

Mi padre se dio cuenta al fin de que Gabriel estaba muy enfermo. Su ansiedad era infinita. Los últimos cabellos grises que le quedaban se volvieron blancos. Llegaron doctores desde Viena. Todo fue en vano.

Gabriel pasaba mucho tiempo inconsciente y cuando volvía en sí sólo parecía reconocer a Vardalek, que permanecía siempre a su lado, cuidándole con mucha ternura.

Un día, cuando entré en la habitación de mi hermano, Vardalek gritó enloquecido:

—¡Ve a buscar un sacerdote antes de que sea tarde!

Gabriel agitaba sus brazos espasmódicamente, luego se abrazó a Vardalek. Era la primera vez que lo vi moverse desde hacía mucho tiempo. Y sería la última. Vardalek lo besó en los labios y Gabriel pareció calmarse. Salí corriendo, en busca del sacerdote. Cuando volví, Vardalek ya no estaba. El sacerdote administró la extrema unción a mi hermano. Todos sabíamos que Gabriel ya estaba muerto, pero no queríamos admitirlo.

Vardalek había desaparecido. Cuando salimos a buscarlo por los alrededores fue en vano. No he vuelto a verlo, ni a oír hablar de él, desde aquel día.

Mi padre murió poco después. Envejeció de golpe aún mucho más; se fue envuelto en una tristeza insoportable. Y así heredé todos los bienes de los Wronski. Y aquí estoy, vieja y sola, siendo el hazmerreír de todo el mundo por haber levantado un refugio para animales callejeros. Y la gente, como suele ser norma, sigue sin creer en los vampiros.

Grettir en la granja de Thorhall

Frank Norris

(1870 - 1902)

Frank Norris está considerado como uno de los grandes escritores norteamericanos naturalistas del siglo XIX —junto a Stephen Crane (1871 - 1900) y Hamlin Garland (1860 - 1940)—, cuyas bases estéticas e ideológicas consisten en renunciar voluntariamente a la relación de fuerzas conocimiento/diversión, para hacer pasar todo el conocimiento por el cedazo de lo real, profundizando así en la psicología y en la entraña espiritual de los personajes. Durante mucho tiempo, y en especial a través de su obra más emblemática, *McTeague* (1899), Norris ha sido equiparado con el áspero naturalismo literario francés, sin prestar demasiada atención a su tendencia al simbolismo y a cierta truculencia al estilo *american gothic*. Por ejemplo, los impulsos bestiales de McTeague, concentrados en el oro y el deseo sexual, son descritos como un animal con los morros retorcidos, los colmillos brillantes, horrible, monstruoso, irresistible, impulsos que empujarán al protagonista a cometer dos asesinatos, uno de ellos el de Trina, su esposa. La muerte del pérfido McTeague tendrá lugar en un espacio tan fatídico y, al mismo tiempo, tan norteamericano, tan ligado al *western*, como el Valle de la Muerte: después de golpear a su compinche hasta arrebatarle prácticamente la vida, éste, en su último aliento, se encadena a McTeague, condenando al asesino a una muerte agónica junto al cadáver de su víctima. Con un material así no es extraño que el genial realizador austríaco Erich von Stroheim (1885 - 1957), en 1924, adaptara a la gran pantalla la novela de Frank Norris en una de las grandes obras maestras del cine de todos los tiempos, *Avaricia (Greed)*.

A pesar de su tendencia al naturalismo —¿al realismo?—, Frank Norris publicó en el *Everybody's Magazine*, en el número de abril de 1903, una de las historias de vampiros más fascinantes de la literatura estadounidense. «*Grettir en la granja de Thorhall*» se inspira abiertamente en «*La Saga de Grettir el Fuerte*», un poema anónimo escrito a principios del siglo XIV, que se erige, por su incuestionable belleza épica, en una de las joyas de la tradición literaria nórdico-medieval. A pesar de su redacción en tiempos de una Islandia cristiana, «*La Saga de Grettir*» alude a un fondo de tradiciones bárbaras y fábulas fantásticas más primitivo, palpable en su atmósfera y contexto paganos difícilmente ignorables. Norris se basa principalmente en el combate entre el héroe Grettir y el no-muerto Glámr, un pérfido pastor que se negó a ayunar en la víspera de Navidad. Al día siguiente encontraron su cuerpo sin vida en las montañas hinchado como un buey y azul como la muerte —los no-muertos

nórdicos, conocidos como Haugbuio o Draugr, están tiznados de «azul oscuro como la muerte» (*hel-blar*) o son tremendamente pálidos (*na-folr*)—; no se sabe quién o qué lo mató, pero convertido en un Draugr, Glámr empezó a atormentar a sus vecinos tras el crepúsculo y a matar su ganado rompiéndoles el cuello y todos y cada uno de los huesos de su cuerpo. Una noche, Grettir lo esperó y combatió con él, empuñando un *Sax*, una espada corta de un solo filo extraída de la tumba de Kárr, después de luchar contra el desencarnado espectro de Kárr… Tras un espantoso enfrentamiento, Grettir mató al Draugr Glámr, no sin que antes un rayo de luna iluminara los terribles ojos del no-muerto; Grettir los vio y desde entonces tuvo miedo a la oscuridad…

Las desoladas, fantasmagóricas y hostiles estepas heladas de Islandia son el telúrico y atmosférico marco donde se desarrolla «*Grettir en la granja de Thorhall*» —calificada por el estudioso Sam Moskowitz (1920 - 1997) como una obra maestra del arte de lo sobrenatural—, en cuyo tramo final evoca, no casualmente, el desenlace de *Frankenstein* (1819), de Mary W. Shelley, novela que figuraba entre las predilectas de Frank Norris. A pesar de no ser un escritor vinculado al género fantástico, aparte de «*Grettir en la granja de Thorhall*» también escribió «*El barco que vio un fantasma*» (*The Ship That Saw a Ghost*) y *The Ghost in the Crosstrees*, ambas publicadas en el libro de relatos *A Deal in Wheat and Other Stories of the New and Old West* (1903).

Hijo de un comerciante en joyas y una célebre actriz, en 1887 Frank Norris se trasladó a París para estudiar arte. Allí inició su carrera literaria con novelas románticas, pero abandonó este género al descubrir el naturalismo francés cultivado y definido por Émile Zola. De regreso a los Estados Unidos en 1889, frecuentó las universidades de California (1890 - 94) y Harvard (1894 - 95), donde bajo la dirección del profesor L. E. Gates escribió *Vandover and the Brute* —novela que no se publicó hasta 1914, doce años después de la muerte del autor— y sobre la cual la prominente escritora y ensayista texana Emily Dorothy Scarborough (1878 - 1935) dijo en su libro *The Supernatural in Modern English Fiction* (1917) que era «la más revolucionaria historia de licantropía; un estudio sobre un alma degenerada…». Al terminar sus estudios, Norris trabajó varios años como corresponsal en el extranjero. En 1899 apareció *McTeague*, novela iniciada en Harvard, que le distinguió como uno de los primeros naturalistas norteamericanos. Todavía mayor éxito alcanzaron *The Octopus* (1901) y *The Pit* (1903), que formaban parte de una incompleta trilogía que, con el título genérico de *The Epic of the Wheat*, narraba la confrontación de intereses de los cultivadores de trigo de California y del incipiente ferrocarril. A su muerte, a los 32 años de edad, estaba considerado como uno de los autores norteamericanos más importantes de su generación.

Grettir en la granja de Thorhall

(Grettir at Thorhall-Stead)

Frank Norris

I

Glamr

Thorhall volvía de la celebración del Thingvalla, festividad anual de Islandia, a la que había acudido para hacerse con los servicios de un pastor de ovejas. Fueron, los de su regreso, dos excelentes días de viaje hechos a lomos de su caballo islandés.

Gran parte de las tres horas de la noche en que transcurrió su segunda jornada de viaje hubo de ir con cuidado, sin embargo, sobre y a través de los grandes bloques de piedra de basalto negro por los que discurría el camino. Al final, en lo alto de una leve colina, dio descanso a su pequeño caballo y dirigió la mirada hacia el norte, con una sonrisa amplia y satisfecha que hacía más soberbio su rostro.

Ya había traspasado el límite señalado con una gran piedra blanca, la frontera de sus dominios. Ante él se abría el pequeño valle llamado De las Sombras, en cuyo pleno centro, alrededor de un gran pino de Noruega, se alzaba la granja que poseía, el hogar de Thorhall.

Sólo un islandés puede sentirse a gusto en un paisaje semejante. Todo parece helado, desecado. Salvo algún pino con las ramas torturadas por su constante lucha para resistir a los vientos, nada altera la monotonía del paisaje. Hacia el oeste, nada más que un horizonte de montañas —montañas volcánicas de cumbres afiladas, peñascos negros, basalto por doquier, todo ennegrecido, como nacido de un fuego primigenio, todo desnudo de vegetación—, un horizonte sombrío y solitario, vacío de vida. Hacia el este, bajas dunas de arena que parecían rodar hacia el mar a impulsos del viento. La escasa visión que desde allí alcanzaba Thorhall le mostraba un mar gris, amenazante y triste, habitado por la neblina, por esa lobreguez que ampara las borrascas. Apenas se avistaba la orilla. El viento llevaba incesante el estruendoso tronar de las olas y lo llenaba todo con una pestífera mezcla de sal, algas marinas putrefactas, peces muertos y, en fin, todos los acres efluvios del mar.

Las negras gaviotas, filosas en su contraste con el cielo, volaban sin tregua entre el mar y la tierra. A veces se oían los gritos de alerta de los cazadores de focas, pero a pesar de eso la sensación era de suspensión de la vida. Cortinas de fina lluvia, masas de neblina muy espesa a veces, velaban la escena entre el mar y las montañas. Soplaba el viento del mar, incesante, con su triste y sobrecogedor alarido.

Tras la breve pausa, Thorhall volvió a montar en su caballo, inclinando la cabeza como si deseara saborear el viento que le venía de cara. Pronto llegaría a su granja.

Los criados condujeron su caballo al establo y Thorhall abrazó a su esposa, que le aguardaba en la entrada de la casa. Dieron gracias a Dios —era gente muy pía— por el feliz regreso del esposo, y luego, ante el fuego del hogar, Thorhall refirió a su

mujer los pormenores del viaje y del Thingvalla.

—¿Has encontrado a ese pastor que buscabas? —preguntó ella.

—Sí, un muchacho excelente, con los dientes muy blancos y el cabello negro, más fuerte que un troll. Se llama Glamr y ha prometido venir la primera noche del invierno.

Pero pasó el verano, se hundió el sol tras la línea del horizonte, para no volver a salir en seis largos meses, soplaron los crudos vientos del invierno, la nieve cubrió el valle y las montañas, los huracanes batieron el Valle de las Sombras, los aullidos de los lobos despertaron muchas noches a Thorhall… Y Glamr no aparecía.

Lo hizo al fin, mucho más tarde de lo prometido a quien le había contratado. Thorhall, cierta noche, encontrándoselo en mitad de la cocina de su casa, le reprochó con dureza su retraso. El pastor, gigantesco y temible, aceptó la reprimenda con gesto contrito, alzando sus grandes cejas, con la boca abierta que dejaba ver su blanca dentadura.

Cuando cesó Thorhall en su reprimenda, se limitó el gigante a abrir más su gran boca, y con una voz que parecía el rugido de un oso pidió de comer y de beber.

Tras eso, y a pesar del retraso con que se había incorporado a la granja, Glamr pasó al servicio de Thorhall. El gigante parecía hallarse a gusto en la granja. Salía con las ovejas muy pronto, por las mañanas, y regresaba de noche para irse a dormir en los establos. Los demás criados le tenían miedo, pero sólo por sus trazas, pues apenas les dirigía la palabra y a nadie importunaba. Su aspecto era realmente fiero y tampoco parecía amable, pero nada más… La aversión que sentían hacia él los criados de la granja puede comprenderse por las peculiaridades del pastor: gigantesco, solitario, silencioso… Y por el mero hecho de que un mes después de su llegada al Valle de las Sombras nadie le había visto rezar.

El pastor no era creyente. Nadie le había visto entrar en la iglesia; en nada parecía conmoverlo el toque de la campana llamando a maitines o a vísperas y no mostraba la menor reverencia ante una cruz. Era evidente, además, que aborrecía al sacerdote, del que huía nada más verlo como si se tratase de la peste. Los días festivos se iba de la granja, con uno u otro pretexto, para dirigirse a las colinas, de las que sólo regresaba cuando ya había anochecido.

Así pasaban los largos meses del invierno.

Llegó el día de Navidad. Y la noche de Navidad. Hacía mucho frío; había caído la nieve sin tregua desde que cantó el gallo el día antes y la noche fue tan cerrada como no lo fuera antes, ni siquiera cuando llegaban al Valle de las Sombras las duras borrascas y las tempestades del Mar del Norte.

Glamr había pasado el día entero en las colinas, con las ovejas; a pesar de la distancia, en la granja oían su voz como el gruñido de un oso, conduciendo a su ganado.

Nadie podía reprocharle que no atendiera como es debido al rebaño. Pero encendieron las velas en la casa, con la noche, y seguía sin regresar a la granja.

Thorhall y su familia, sin prestar mayor atención a que el gigante no hubiese vuelto, salieron a oír misa.

Estuvieron de vuelta dos horas después. Había cesado la violencia del viento, pero una brisa gélida se expandía por todo el valle. Mientras caminaban de vuelta a su hogar, se abrieron las nubes en el cielo para mostrar las estrellas, que parecían pedazos de hielo suspendidos.

Llegaba ya a la granja la familia en pleno, y los criados salieron a su paso con hachones encendidos, acompañándoles hasta la casa en un silencio absoluto sólo alterado por el lejano trueno de las olas que llevaba aquella brisa helada.

Ya iban a entrar, cuando la esposa de Thorhall, dando unas palmadas, alertó a su marido.

—¡Escucha! ¿Qué es eso?

—¿A qué te refieres? —preguntó él a su vez.

Entonces se dejó sentir con mayor claridad lo que ella había oído. ¿Se trataba del eco de las olas, de los truenos de una tormenta que acabara de reventar en las montañas, de los aullidos de una manada de lobos, del chillido de un halcón, o era más bien el grito agónico o furioso de un humano, algo, en fin, poco familiar a todos ellos? Los amos de la casa, y sus criados, se volvieron hacia el lugar de donde provenía aquello.

—¡Glamr! ¿Dónde está Glamr? —preguntó Thorhall mientras indicaba con gestos que entraran en la casa.

Los criados que habían salido a recibirles dijeron que no sabían nada de él, que aún no había regresado a la granja.

Pasó la noche y nada se supo de Glamr. A la mañana siguiente organizaron una partida para buscarlo en las colinas. Apenas habían comenzado a subir una colina cuando encontraron a parte del rebaño muerto y despedazado; también hallaron muerto al perro pastor, helado y tieso como una rama caída.

Asustados y prevenidos continuaron subiendo un poco más, hasta que vieron a lo lejos un bulto en la nieve, algo que no tomaron por un cuerpo humano, sino, en todo caso, por un oso, o por un lobo. Un muchacho de la partida se acercó a identificar aquello y gritó aterrorizado.

Era el cuerpo de Glamr. El pastor yacía de espaldas, rígido y amoratado, con los ojos abiertos y translúcidos. Le caía la lengua por un lado de la boca. Nadie se atrevía a mover o a tocar siquiera el gigantesco cuerpo sin vida del pastor, pero al examinarlo más de cerca comprobaron que no había en él ni una herida, de garra o de mano. Tampoco vieron entre sus huellas en la nieve nada extraño, una marca difícil de reconocer.

Los más jóvenes de la partida se decidieron al fin a cargar con el cuerpo del pastor para trasladarlo al cementerio de la parroquia. Aunque Glamr no había ido nunca a misa, el sacerdote aceptaría enterrarlo en sagrado, todos estaban seguros de eso. Pero de tan pesado como era el cuerpo, los muchachos hubieron de hacer un alto

para descansar; siguieron un poco más tarde, pero cada vez con mayor dificultad, hundiéndose en la nieve, apenas sin poder llenarse los pulmones de aire, pues el gélido viento les impedía respirar bien. Cada vez se les hacía más pesado el cuerpo, por lo que decidieron dejarlo en tierra e ir a la granja en busca de unas parihuelas, para trasladarlo mejor.

Ya avanzada la tarde regresaron con parihuelas y una soga. Cuando llegaron al lugar en donde habían dejado el cuerpo sin vida del pastor, se miraron pálidos, temblorosos. Sobre la nieve no se veía más que la huella del cuerpo del gigante. Sólo eso. El cuerpo había desaparecido. Tampoco se apreciaban alrededor otras huellas que no fueran las de quienes formaban parte de la partida de rescate.

Dejaron un montón de piedras en el lugar donde habían encontrado muerto al pastor, como si allí estuviese su tumba, y regresaron a la granja.

Sólo se habló en la región, durante muchos días, de la muerte del gigante. Pero un mes después de la muerte del pastor del Valle de las Sombras se comenzó a dejar sentir entre los criados de la granja un gran desánimo, una especie de inquietud que terminó por extenderse también a la familia de Thorhall, y al cabo a él mismo.

Nadie, empero, hablaba de ello. Era algo imposible de reducir a palabras; y todos creían que se trataba de un malestar que sólo le afectaba a él, o a ella, como si se tratase de una enfermedad imposible de contagiar. Cada uno se dijo que era cosa de los nervios, nada más que eso.

Nadie era ajeno a aquella perplejidad, a ese malestar indefinible que flotaba en el aire.

Una noche, Thorhall y su esposa se cruzaron en el pasillo de la casa por el que se iba hasta la lechería. Se quedaron mirándose el uno al otro unos segundos, sin saber qué decirse.

—Bueno —dijo Thorhall—, ¿qué ocurre?

—¡Ay! —exclamó su esposa—. Eso me gustaría saber, qué ocurre…

—Creo que en realidad no pasa nada —dijo Thorhall.

—Nada —respondió ella como si fuese el eco de su marido.

Ambos se rieron nerviosamente, sin dejar de mirarse a los ojos, hasta que se fueron a dormir.

—Creo —dijo Thorhall a la mañana siguiente— que estoy enfermo, no me siento bien… Pero no tengo dolor, ni fiebre, ni…

—A mí me ocurre lo mismo —confesó su esposa—. No estoy enferma, pero me siento enferma… No sé de qué se trata, tampoco puedo decir qué siento, pero sé que no estoy bien… A veces pienso que es sólo miedo…

Una semana después, cierta noche, cuando ya se habían ido a dormir, la familia se despertó al unísono, alertados todos por un grito de espanto. Thorhall y su esposa corrieron hasta la lechería de la granja, de donde había salido el grito, y vieron a una de las sirvientas en el suelo.

Cuando recobró el sentido dijo haber visto, pegada al cristal de una de las

ventanas, la cara de Glamr.

II

Grettir

El fresco y luminoso verano de Islandia inundó al fin la granja de Thorhall y el Valle de las Sombras. No había una sola nube en el cielo. El mar era azul. Pero el paisaje seguía siendo inhóspito. No se veían más que unas pocas y pálidas flores, nacidas tristemente en las dunas de arena, y en las bajas colinas y en el valle no había más que una muy tenue capa de verde, y aquí y allá, en las laderas de las colinas, arándanos, y en las dunas las zancudas fringas picoteando, mientras el viento, incesante pero ahora más suave, soplaba desde el mar, y los pinos mecían sus ramas con una suavidad inimaginable en el invierno.

La arena de las dunas, suave y leve como la nieve, alcanzaba sin embargo los pocos espacios cultivables que había alrededor de la granja. Y constantemente las olas, una tras otra, se estrellaban sobre la orilla con ese incesante clamor que alude a los naufragios.

Siempre y por siempre la misma monotonía. Los vacíos y brutales espacios abiertos entre el mar y el cielo, y entre el cielo y la tierra, llenaban cruelmente los ojos de quienes moraban en aquella región. Sólo a intervalos la figura de uno de los sirvientes de la casa, o de algún criado de la granja, o del mismo Thorhall, o de un caballo salvaje, ponía algo de movimiento en aquel paisaje pétreo, un punto de negrura moviéndose en aquel espacio en el que imperaba el gris.

Sólo de vez en cuando llegaba desde el este algún barco con las velas desplegadas, un *snekr* con un dragón por mascarón de proa, en el que el capitán vigilaba la maniobra de fondeo a corta distancia de la orilla, como los antiguos capitanes vikingos a los que el salitre enmohecía la armadura.

Con la llegada del verano se esfumó el misterio que envolvía la granja del Valle de las Sombras desde la muerte del pastor. Pero con el otoño las noches se hicieron de nuevo más largas, y sopló el viento más frío y duro, siendo muy pocas las horas de luz diurna de cada jornada. El sol se ponía apenas se había dejado ver.

Así, en cuanto se cernía la oscuridad sobre la granja, volvían las angustias entre quienes allí vivían. Todos creían oír pasos durante la noche. Todos creían oír dedos tratando de abrir las cerraduras de las puertas de sus habitaciones. Todos creían sentir la violencia de unos brazos formidables que trataban de derribar las paredes de la casa.

Durante el día, todo les parecía hostil en los alrededores de la granja; todo lo que les era, por otra parte, tan familiar. Durante la noche, el descanso les resultaba imposible, pues la oscuridad les resultaba no menos hostil. Nadie se aventuraba a

dejar el lecho. Temblaban los moradores de la granja bajo la piel de oso con la que se protegían del frío.

Thorhall tenía ya un nuevo pastor, Thorgaut, un joven muy bien dispuesto que además de cuidar del rebaño ayudaba en otras faenas de la granja. Era tan querido por todos como nunca hubiera podido serlo Glamr. Las criadas lo adoraban y él les prestaba ayuda en la elaboración de la mantequilla. Jugaba con los niños, subiéndoselos a los hombros. Y decía que no deseaba más que encontrarse de una vez por todas con un vampiro, para darle su merecido.

Una gran nevisca, acompañada de vientos aún más fuertes y de una gran borrasca marina, hizo que las focas salieran del mar y buscasen refugio en la costa. También rompió ventanas de la granja y arrancó los tejados de los establos, matando gran cantidad de ovejas y de caballos.

Pero ocurrirían cosas aún peores. Una noche comenzaron a relinchar los caballos y a mugir las vacas con un lamento estremecedor. Thorhall y sus criados salieron a ver qué sucedía. Se encontraron con que la puerta de uno de los establos había sido reventada. La manada estaba intranquila, arremetían unos animales contra los otros. Y vieron en el suelo el cuerpo sin vida de Thorgaut, el pastor, con la cabeza separada del cuerpo, los pies igualmente seccionados y la espina dorsal partida por la mitad.

Se dio la circunstancia de que por aquel tiempo, Grettir, el bien amado a lo largo y ancho de Islandia, llegó a esa región, acercándose un día a la granja de Thorhall. Fue antes de que Grettir, acosado por el implacable Thorbjorn, a quien llamaban El Garfio, tuviera que abandonar la isla para sufrir cautiverio en la fortaleza de la roca de Drangey.

Pero en aquel tiempo estaba en la flor de su juventud y era noble y poderoso. Tenía ancha la espalda y fuertes los hombros, largos y poderosos los brazos, unos ojos brillantes y azules, larga melena de vikingo. Se cubría con una piel de oso a modo de capa y llevaba por arma una corta espada.

Thorhall, como es fácil comprender, recibió alborozado al legendario forajido, pero lo previno a propósito de Glamr.

Grettir, no obstante, decidió pasar la noche en la granja de quien le había dado tan afectuosa bienvenida.

—Vampiro o *troll, troll* o vampiro, aquí me quedaré hasta que amanezca —dijo el héroe.

A pesar de los temores del granjero Thorhall, la noche transcurrió en calma. Ni un solo ruido alteró el descanso de quienes allí dormían; ni siquiera se dejaba sentir el estruendo de las olas, ni unos pasos alarmantes se oyeron alrededor de la casa o en la cercanía de los establos; nadie supuso que unos dedos trataban de abrir la puerta de su habitación.

—Nunca había dormido tan bien —dijo Grettir a la mañana siguiente.

—¡Magnífico! Doy gracias al cielo por ello —respondió el granjero, muy

honrado por las palabras de su huésped.

Juntos se dirigieron a los establos, mientras Thorhall hablaba a Grettir de las labores que le aguardaban aquel día. Una vez llegaron, Grettir preguntó por su caballo, pero nadie pudo darle respuesta.

—¿Qué ocurre? —inquirió extrañado.

Thorhall y el forajido entraron en el establo de los caballos; Grettir, que iba delante del granjero, se detuvo de golpe y lanzó una maldición.

Su caballo estaba tirado en el suelo, con los ojos desmesuradamente abiertos y los belfos llenos de una gruesa saliva sanguinolenta. Estaba muerto. Grettir, dominando su indignación, se acercó para examinarlo. El caballo tenía el cuello roto.

—No te preocupes —dijo el granjero al héroe—, tengo un buen caballo que ofrecerte, un caballo noruego, una bestia ideal para tu estatura y peso… Ahí lo tienes. Móntalo y que tengas un buen viaje.

—¡No! ¡Nada de eso! —gritó Grettir, lanzando sus ojos azules una llamarada de ira—. Aquí me quedaré hasta que vea a ese tal Glamr cara a cara. Ningún hombre ha sido capaz de hacerme algo semejante y a nadie consiento ultrajes. También dormiré en tu casa esta noche.

Oscura como una boca de lobo, y sin que se dejara sentir su llegada, se cerró la noche. Fue una noche sin luna en la que, sin embargo, brillaba el cielo. Hiriente como el sonido de un cuerno llamando a la guerra, soplaba el viento del nordeste. Se deslizaba la arena sobre las dunas y las bajas colinas próximas a la orilla, lanzándola el viento contra las ventanas de la casa de Thorhall, en cuyos cristales golpeaba. En el pino de Noruega que había junto a la casa exhalaba un búho las notas prolongadas de su canto. Poco a poco arreciaba el frío y la tierra comenzaba a helarse. En el interior de la casa, en el salón principal, cubierto con su piel de oso, Grettir se había tumbado junto al fuego, despierto y vigilante. Descansaba en el suelo de tal manera —con el brazo a modo de almohada— que podía ver en todo momento la puerta de la casa. En la otra chimenea, al fondo del salón, empezaba a extinguirse el fuego. Muy cerca, en la habitación contigua, el granjero intentaba conciliar el sueño, sin conseguirlo.

Pasaba el tiempo pesada, lentamente. Hasta la casa llegaba envuelto en el viento el ruido que hacía el rebaño.

Poco después se oyó ladrar y aullar al perro, y el granjero, nervioso, salió de su habitación para dirigirse al salón donde vigilaba el forajido.

—¿No oyes algo? —le preguntó.

—Oigo balar a las ovejas —dijo Grettir—, y el canto del búho, y el crujido de las ramas que se rompen y caen… Nada más.

—No. Son pasos… ¡Escucha!

Se dejaban sentir pasos en la nieve, en efecto. Pasos alrededor de la casa, junto a la puerta de entrada. De repente un gran golpe destrozó una de las ventanas. Eso quería decir que la casa sufría un ataque desde el exterior.

—Tiene un brazo muy fuerte, desde luego —dijo Grettir.

Se oyeron de nuevo pasos alrededor de la casa. Más que pasos parecían zancadas.

—Da pasos muy largos —observó Grettir.

Cesó el ruido de los pasos. Durante un buen espacio de tiempo todo quedó en silencio; volvía a oírse cómo la arena llevada por el viento se estrellaba contra los cristales de las ventanas. Poco después, sin embargo, oyeron claramente cómo una mano arrancaba el alero de una esquina del tejado para dejarlo caer después al suelo.

—Es muy alto —dijo Grettir.

Durante casi un cuarto de hora siguieron produciéndose innumerables sonidos, ahora confusos, ahora distantes, ahora claros, ahora cercanos. Hasta que se dejó sentir un sonido inconfundible en el techo, que se resquebrajó, cayendo cal en la cara de Grettir.

El vampiro estaba en el tejado. Pero saltó a tierra estruendosamente y volvieron a escucharse sus pasos cerca de la puerta de la casa. La puerta se abrió unos segundos después, violentamente, como si alguien hubiera descargado contra ella una patada colosal. En el marco vieron una gran mano negra. A la mano seguía un brazo. Mano y brazo se armaron con una de las barras de hierro que atrancaban la puerta, que habían caído al suelo por la patada. Al fin vieron la silueta gigantesca del vampiro, a la luz que arrojaban las llamas de la chimenea contra la puerta.

El vampiro había entrado en la casa, la tenue luz de los leños iluminaba su cara.

El rostro de Glamr estaba lívido. Tenía blancas las pupilas, revuelto el cabello. Su aspecto era monstruoso; pendían a lo largo de su cuerpo sus largos brazos.

Ya en la casa, se quedó unos instantes mirando a uno y otro lado; luego dio unos pasos lentos, dubitativos, extendiendo sus brazos al frente como si temiese tropezar.

Grettir, observándole, en alerta, ni se movía; continuaba tumbado, pero no quitaba los ojos del monstruo.

Glamr descubrió al fin su presencia; con su andar pesado se dirigió entonces hacia donde estaba Grettir y trató de quitarle la piel de oso con que se cubría, aunque el forajido, raudo, trabó con sus piernas las del gigante y lo derribó usando su gran fuerza. Pero Glamr manoteó, caído en el suelo; manoteó brutalmente en el aire, como una fiera herida, y alcanzó así a su oponente, derribándolo. Cuando tuvo a Grettir en el suelo, lo apretó con sus grandes manos por el cuello y lo miró al cabo con expresión estúpida y sorprendida. Era la del monstruo una expresión humillada, pero no por ello menos terrible, al contrario.

Entonces, el granjero Thorhall, que había reculado, aterrorizado, hasta la puerta destrozada de su casa, observó los ojos agónicos del héroe Grettir, debatiéndose en la feroz lucha que mantenía para liberarse de la presa que había hecho en su cuello el monstruo. Y vio su melena agitándose como una llamarada, y observó que su cuerpo estaba rígido como el hierro, y que se tensaba para contrarrestar el ataque al que se veía sometido por el vampiro.

Parecía que los brazos del héroe iban a rendirse al fin, como los de cualquier hombre a punto de entregarse a la muerte. El propio Grettir se sabía en el mayor de

los peligros, en el peligro de muerte más cierto en el que se había visto hasta entonces. Ningún hombre le había infligido jamás aquel inhumano abrazo al que lo sometía Glamr, ni en el más duro combate de los muchos que había tenido que librar. Por primera vez en sus días sintió que estaba a punto de ser vencido. El monstruo, poniéndose en pie, sin dejar de asirle por el cuello, lo golpeó contra las paredes y lo lanzó contra la gran mesa de madera, que se partió como si fuese de papel por la violencia del golpe. Tembló la casa después, cuando el monstruo, dejándose caer de rodillas, golpeó la espalda del héroe contra el suelo. Grettir, no obstante, resistía como le era posible, tratando de soltarse del agarre que el monstruo había hecho en su cuello, y le golpeaba en la cara, y en las manos y en los brazos, golpes a los que respondía el vampiro ahora con una agilidad impropia de su corpulencia.

Pero el miedo no era algo con lo que viviese Grettir. Nunca había tenido miedo. Ensoberbecido por la ferocidad de su oponente, que intentaba ahora clavarle sus dientes, a lo que respondía el héroe lanzándole golpes en la cara, sacó fuerzas de donde no le quedaban para acabar de una vez por todas con el vampiro.

—¡Que Dios te ayude, Grettir! —lo animó entonces el granjero— ¡Que Dios te ayude, valiente! ¡Jamás se vio en Islandia un combate como éste! ¿Crees que podrás derrotarlo?

—¡Eso espero, de lo contrario estaré perdido! —respondió el héroe mientras golpeaba ahora a la criatura infernal en las costillas.

Tras aquellas palabras, se dejó caer de rodillas arrastrando al monstruo; arremetió contra él entonces, poniéndolo de espaldas.

El vampiro trató de rehacerse, pero Grettir, que ya había logrado quitarse del cuello sus manos, se dejó caer de rodillas, con toda la violencia de la que era capaz, sobre su pecho, impidiéndoselo. Entonces fue él quien comenzó a apretar con sus manos el cuello de la criatura maldita. Y observó Grettir que a pesar de la fuerza bestial con que aún trataba de resistirse el monstruo, su cara era la de un muerto.

En el cielo brillaba la luna. Junto a la entrada de la casa, así, bajo aquella luz del cielo, Grettir pudo ver bien, al fin, el rostro del vampiro.

Sucedió entonces que, ante aquella visión espectral, Grettir el héroe se estremeció de terror como nunca antes le había ocurrido y supo que si cedía y el monstruo volvía a asirle por el cuello, ya no tendría escapatoria posible. Por ello, acrecentada su fuerza por el miedo, apretó aún con mayor dureza sus manos en torno al cuello del vampiro, quien no obstante comenzó a decir:

—No desaproveches esta oportunidad única que tienes de vencerme, valiente Grettir. Nunca habrás sido ni volverás a ser tan fuerte y poderoso como esta noche, así que no consientas mi victoria. Si lo haces, ya nunca podrás vencerme. No permitas que mis ojos llenen de terror una noche más, libérame de este suplicio, de esta soledad en la que vago y peno.

Grettir supo que el vampiro hablaba sinceramente. Decidido, lo agarró del pelo con una mano mientras con la otra desenvainaba su espada. Y le cortó la cabeza.

La sinceridad con que le había hablado el monstruo no podía dejar impávido al héroe, quien, contemplando el gigantesco cuerpo decapitado de su enemigo, meditó entonces acerca de su pasado y de los días que le quedaban por vivir, días de batallas, de persecuciones a muerte, preguntándose con angustia si lograría salir indemne en adelante, o si acabaría como el propio monstruo, decapitado y yerto, definitivamente caído.

Thorhall dio entonces gracias al cielo por la derrota de la criatura infernal. Grettir y él arrastraron el cuerpo del gigante hasta muy cerca del establo de las ovejas, donde lo quemaron hasta que el viento se llevó las cenizas.

A la mañana siguiente, Thorhall ofreció a Grettir el magnífico caballo noruego, le dio ropas y lo acompañó durante una milla en su camino. Cabalgaron juntos a través del Valle de las Sombras y allí se despidieron besándose.

Después se abrieron las nubes y comenzó a llover, y comenzó a soplar el viento inclemente. Thorhall estuvo mucho rato viendo alejarse a Grettir, hasta que se perdió su silueta hacia el norte, bajo la cortina de agua de la lluvia incesante. Cuando ya no vio más al héroe regresó a su granja.

Grettir se dirigía a Biarg, donde vivía su madre, para aguardar allí a que pasara el invierno.

El país del tiempo de las sanguijuelas

Gustav Meyrink

(1868 - 1932)

En su selección de artículos *Textos cautivos* (1938), el escritor y ensayista argentino Jorge Luis Borges (1899 - 1986) apuntó, con respecto al autor de *El Golem*: «Los hechos de la vida de Gustav Meyrink son menos problemáticos que su obra. Nació en 1868, en Viena. Su madre fue una actriz —es demasiado fácil comprobar que su obra literaria es histriónica—. Munich, Praga y Hamburgo se reparten sus años de juventud. Sabemos que fue empleado de banco, y que abominó de ese trabajo. También sabemos que ensayó dos desquites o dos maneras de evasión: el estudio confuso de las confusas ciencias ocultas y la composición de escritos satíricos. Atacó en ellos al ejército, a las universidades, a la banca, al arte regional (Arte —escribió— de donde está ausente lo artístico y donde lo regional es falsificado). Desde 1899, la famosa revista *Simplicissimus* publica sus escritos. De esa época data su traducción de ciertas novelas de Dickens y de ciertos relatos de Poe. Hacia 1910 reunió una cincuentena de cuentos bajo el título paródico *El cuerno mágico del burgués alemán*, y en 1915 publicó *El Golem*. (…) *El Golem* es una novela fantástica. Novalis anheló alguna vez crear narraciones oníricas, narraciones inconsecuentes, regidas por asociaciones, como los sueños. Tan fácil es componer narraciones de ésas como imposible es componerlas de modo que no sean ilegibles. (…) *El Golem* —increíblemente— es onírica y es lo contrario de ilegible. Es la vertiginosa historia de un sueño. En los primeros capítulos (los mejores) el estilo es admirablemente visual; en los últimos arrecian los milagros del folletín, el influjo de Baedeker es más fuerte que el de Edgar Allan Poe y penetramos sin placer en un mundo de excitada tipografía, habitado de vanos asteriscos y de incontinentes mayúsculas. (…) No sé si *El Golem* es un libro importante; sé que es un libro único. Inútilmente tratan de parecérsele las otras novelas de Meyrink: *La noche de Walpurgis* (*Walpurgisnacht*, 1917), *El rostro verde* (*Das grüne Gesicht*, 1916) y *El ángel de la ventana de occidente* (*Der Engel vom westlichen Fenster*, 1927)».

Sin embargo, no todo en la vida de Gustav Meyrink es tan simple. Su verdadero apellido, Meyer, era el de su madre, pues Gustav era hijo ilegítimo de Marie Meyer, célebre actriz de la corte del teatro de Munich, y del barón Karl Freiherr Von Varnbühler, ministro de Estado. De su traumática relación con sus progenitores desarrollaría dos actitudes que marcarían su trayectoria vital: el odio hacia la burguesía y su fascinación por el ocultismo. Ello explicaría la pertenencia de Gustav

Meyrink a todo tipo de sectas místicas y esotéricas como, por ejemplo, la Logia Teosófica de la Estrella Azul, la Societas Rosacruciana, la Orden de los Illuminati o la Fundación Acuario. Meyrink intentó suicidarse en 1891 y se convirtió al budismo en 1927, tras erigirse en un experto conocedor de la magia blanca, el yoga, la alquimia y las drogas alucinógenas, bajo el efecto de las cuales, se comenta, escribió algunos pasajes de sus obras más célebres.

Su mejor novela, *El Golem*, que ha eclipsado, lamentable pero lógicamente, el resto de los textos de Gustav Meyrink, es la poderosa traslación literaria de un mito judío centroeuropeo, según el cual era posible animar una figura de barro, el Golem, colocando bajo su lengua ciertas palabras mágicas. Esto se halla directamente relacionado con la Cábala, un sistema filosófico que explica el universo como emanaciones de la deidad, e implica la existencia de extraños reinos espirituales aparte del mundo visible, de los que pueden conseguirse fugaces visiones mediante ciertos sortilegios secretos que provienen de la Palabra. En consecuencia, en el siglo XII un grupo de rabinos determinó las 221 combinaciones de signos alfabéticos mediante los cuales era posible insuflar vida a una figura humana moldeada con arcilla roja.

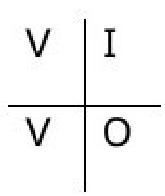
Tales mitos y leyendas se perciben en el trasfondo terrorífico de «*El país del tiempo de las sanguijuelas*», relato que fue publicado por primera vez en julio de 1920, en inglés, por la revista estadounidense *The Quest*, órgano oficial de *The Theosophical Society of America* —fundada en Nueva York, en 1875, por Helena Petrovna Blavatsky (1831 - 1891), espiritista y médium, promotora del movimiento teosófico (teosofía) junto a Henry Steel Olcott (1832 - 1907), prominente abogado y periodista que se convirtió en el primer presidente de dicha sociedad—. Se desconocen los motivos por los cuales Gustav Meyrink no editó primero este cuento en alemán, su lengua materna; por ejemplo, en 1913, sacó a la venta un volumen con treinta y dos relatos fantásticos y de terror titulado *Des deutschen Spießers Wunderhorn*, siete de ellos traducidos al castellano por Marga Miller en la antología *Murciélagos* (Ediciones Need, Buenos Aires, 1998), pero con toda probabilidad se debió al interés de la Theosophical Society, con quienes el escritor austriaco mantenía buenas relaciones. «*El país del tiempo de las sanguijuelas*» es una pequeña gran obra maestra de la literatura fantástica sobre unas criaturas que absorben de sus víctimas el tiempo, la esencia de la vida. No están lejos tampoco las principales obsesiones artísticas y filosóficas de Gustav Meyrink: el tema de la historia invisible —la que se esconde tras el alocado devenir de los hombres, y que está sistematizada por ciclos inmutables—, y cierta visión simultánea del tiempo pasado, presente y futuro, que marca a fuego nuestro destino.

El país del tiempo de las sanguijuelas

(The Land of the Time-Leeches)

Gustav Meyrink

En el cementerio de la parroquia del pequeño pueblo de Runkel, un lugar apartado, como fuera del mundo, descansaba para toda la eternidad el cuerpo de mi abuelo. Su tumba de piedra estaba prácticamente cubierta de musgo y apenas se leía el epitafio. Pero bajo dicho epitafio, tan reciente como si hubiera sido hecho ayer mismo, se ven con absoluta claridad cuatro letras alrededor de una cruz:



VIVO[20]. Eso quiere decir *estoy vivo*. Ése fue el significado del que recibí noticia cuando leí por primera vez la inscripción, siendo apenas un niño. Una palabra que impresionó tan hondamente mi alma como si el muerto hubiera abandonado su tumba.

VIVO. *Estoy vivo*. Algo extraño, algo muy raro de ver en una tumba de piedra. Algo que aún hoy, al recordarlo, me provoca un vuelco del corazón. Y siempre, cuando rememoro aquel lejano día de mi infancia, experimento la sensación de que caí en un pozo interminable la primera vez que estuve ante la tumba de mi abuelo. La imaginación me hace ver a mi abuelo —al que no conocí vivo— yaciendo en su tumba, incorrupto a pesar del paso del tiempo, con las manos caídas a lo largo del cuerpo, con sus ojos abiertos y translúcidos como el cristal, inmóviles; alguien que ha escapado de la putrefacción y espera paciente y silencioso el momento de resucitar.

He visitado los cementerios de las parroquias de muchos pueblos, guiados mis pasos por un deseo vago, extraño, del que no puedo dar cuenta exacta, sólo para leer los epitafios de las tumbas. Únicamente dos veces vi el anagrama de la cruz con la palabra VIVO, una en Danzig y otra en Nuremberg. En ambos casos el nombre del muerto había sido casi borrado por el dedo del tiempo; en amboscasos la palabra VIVO brillaba con toda la fuerza del instinto indomable de la vida.

De joven oí contar que mi abuelo no dejó escrita ni una sola línea. Por eso lo más apasionante, para mí, fue descubrir en el cajón de un viejo escritorio —un recuerdo de familia— cierta cantidad de notas escritas por él y encuadernadas como si de un libro se tratasen. En una de ellas leí esta extraña sentencia:

¿Cómo puede escapar un hombre de la muerte, si no es cesando en su espera y renunciando a toda ilusión?

Eso me hizo atisbar alguna interpretación posible, más allá de su significado, de la palabra VIVO, que acompañaba continuamente mis pensamientos desde aquella edad tan temprana en que la vi y me dijeron qué significaba; una palabra que se me antojaba fantástica, casi un conjuro a repetir miles de veces, tanto como yo me la repetía en mis pensamientos, en sueños, en los momentos más insospechados de la vigilia. Si alguna vez había pensado que fue una mano extraña la que acaso escribiera

VIVO en la tumba de mi abuelo, bajo su ya irreconocible epitafio, tras leer aquello que él mismo había escrito en las notas ya no me cupo duda alguna de que para él VIVO tuvo un significado mucho más profundo del que se me dijo cuando era niño y del que yo mismo había supuesto antes de hallar sus escritos. Y como consecuencia de esta intuición comencé a interesarme por la vida del padre de mi padre. Y en tanto lo hice, y en tanto leí y estudié a lo largo de mucho tiempo todas y cada una de las líneas de aquellas notas, hoja tras hoja, confirmé que mi intuición primera contenía un razonamiento verosímil.

Muchas de esas notas, sin embargo, tienen un carácter tan privado que no sería propio darlas a conocer a otros ojos. Eso justifica que no entre yo en detalles, salvo en el caso de alguien que aparece ahí citado muchas veces, Johann Hermann Obereit.

Lo que sí parece evidente a través de sus notas, a las que bien podríamos llamar sucintas memorias, es que mi abuelo fue miembro de una sociedad secreta llamada Los de Philae[211], una orden que hundía sus raíces en el antiguo Egipto y que había sido fundada, al parecer, por el legendario Hermes Trismegistus[22]. Mi abuelo había anotado incluso ciertos rituales secretos y los signos para que los miembros se reconocieran entre sí. El nombre de Johann Hermann Obereit, como he dicho, aparecía frecuentemente citado. Fue químico y gran amigo de mi abuelo, por lo que pude entrever; tengo la impresión de que incluso vivieron juntos en Runkel.

Como es lógico, sentí deseos de saber muchas más cosas acerca de un antepasado tan notorio como lo fue mi abuelo, y acerca también de su renuncia del mundo para entregarse al estudio de una antigua filosofía que cultivaba el espíritu y sólo el espíritu, por lo que entendí a través de la lectura de sus notas. Decidí entonces dirigirme a Runkel en busca de algún descendiente de Obereit, por si conservaba recuerdos familiares o cualquier escrito.

Runkel es un pueblo pequeño y lejano, al margen del tiempo; un pueblo que parece nacido de un sueño o de un clamor ancestral, una especie de reliquia legada por la Edad Media. Sus callejas y pasajes son estrechos como no puede suponerse, y silenciosos como la misma muerte. Impera allí el castillo de Runkelstein, señorío de los antiguos Príncipes de Wied, levantado sobre la pura roca.

A la mañana siguiente a mi llegada me dirigí pronto al cementerio de la parroquia, llevado por un impulso irresistible. Despertaron de golpe los días de mi niñez y de mi primera juventud, para llenarme la memoria a medida que recorría las tumbas y leía mecánicamente sus epitafios y los nombres de quienes allí reposaban eternamente, mientras pisaba la hierba y las hojas caídas de los árboles. No tardé mucho en verme ante la tumba de mi abuelo, leyendo la mística inscripción. Y no pasó mucho tiempo hasta que me di cuenta de que, en contra de lo que había supuesto, no estaba solo.

Un anciano de cabello blanco y surcos muy pronunciados en el rostro, se hallaba sentado en una tumba algo más allá, con la barbilla apoyada en la empuñadura de marfil de su bastón. Me miró con curiosidad a medida que me dirigía hacia él; vi que sus ojos eran brillantes, muy vivos; los ojos de alguien que, al mirar, recuerda. Vestía

ropas muy anticuadas, las propias de los retratos del tiempo de Luis Felipe[23], o de los comienzos de la era victoriana. Estaba atónito, no tanto por su presencia como por la intuición que me hacía temblar conmocionado mientras avanzaba lentamente hacia donde se encontraba aquel hombre. Y sin parar le pregunté sin más si era Obereit.

—Sí, yo soy Johann Hermann Obereit —dijo el anciano sin dar muestras de sorpresa ante mi pregunta.

Me faltó el aliento al oírle hablar. No disminuyeron ni mi sorpresa ni mi emoción durante todo el tiempo que estuvimos hablando.

No es común una experiencia como la que tuve, la de hablar cara a cara con un hombre de aspecto mucho más viejo que el mío entonces, yo que tantos años de vida tenía cuando nos encontramos. Me dijo que contaba con un siglo y medio de años a sus espaldas, por lo que no pude por menos que sentirme un niño ante él, a pesar de mis canas, cuando hablaba de Napoleón y de otros personajes históricos a los que había conocido, como quien habla de amigos que murieron ayer.

—En Runkel —dijo sonriendo—, creen que soy en realidad mi nieto… —y señaló una tumba por la que pasábamos, pues habíamos comenzado a caminar entre las sepulturas, en la que se veía con claridad el año de 1798—. Lo cierto es que soy yo quien debería yacer de verdad ahí —siguió diciendo—, y como no quiero que la gente de por aquí me tome por una especie de Matusalén, por eso digo que soy mi nieto y por eso está ahí mi sepultura vacía. La palabra VIVO —dijo como si me adivinara el pensamiento— sólo aparecerá en esa tumba si alguna vez muero realmente.

Nos hicimos muy amigos e insistió en que me quedara allí. Estuve un mes entero en Runkel; noche tras noche nos entregábamos a profundas reflexiones y debates sobre un sinfín de cosas. Pero siempre que le preguntaba por el significado de aquella sentencia leída entre las notas de mi abuelo, cambiaba de conversación.

—*¿Cómo puede escapar un hombre de la muerte, si no es cesando en su espera y renunciando a toda ilusión? ¿Qué quiere decir eso?* —le preguntaba yo.

Una noche, la última que pasaría en Runkel, hablamos de los antiguos procesos contra las brujas. Dije que aquellas pobres mujeres no eran más que histéricas bárbaramente sacrificadas, cuando me replicó con una pregunta:

—¿Así que no cree usted que un hombre pueda abandonar su cuerpo y vivir a través de las edades? —dijo mirándome intensamente.

Negué con la cabeza.

—Eso me parece delirante —respondí, echándome a reír—. En cuanto a las brujas, creo que está suficientemente probado que accedían al trance mediante la ingestión de narcóticos, eso es lo que las llevaba a creer que abandonaban su cuerpo y volaban en escobas.

Pareció sumirse en una profunda reflexión.

—Puede que usted crea que yo mismo viajo a través de las edades sólo con mi imaginación —dijo al fin y volvió a sumirse en una especie de meditación.

Tras un largo silencio, que no interrumpí, se levantó lentamente para dirigirse a su escritorio. Volvió con un pequeño volumen entre las manos.

—Quizá pueda interesarle algo que escribí a raíz de una experiencia vivida hace muchos años —señaló—. Debo decirle, sin embargo, que en aquel tiempo era yo muy joven y aún estaba lleno de esperanza.

Comprendí por la expresión de sus ojos, tristes entonces, que en efecto aquello lo había escrito muchos años atrás.

—Siempre he creído —comenzó a decir— en eso a lo que los hombres llaman vida. A pesar de todo lo que me ha ocurrido con el paso del tiempo… Perdí cuanto más quería, mi esposa, mis hijos… todo… Entonces, cuando más solo me hallaba en este mundo, tuve la ventura de conocer a su abuelo… Fue él quien me ayudó a comprender que nuestros deseos y aspiraciones sólo son expectativas, ilusiones, una larga espera… Y me ayudó a comprender igualmente cómo se enraciman, cómo se devoran entre sí las esperanzas, las expectativas, la espera, para quitarnos del rostro la máscara y que rueden las lágrimas propias del llanto de esos fantasmagóricos vampiros que penan eternamente. Llamamos a ese proceso el tiempo de las sanguijuelas, pues son las sanguijuelas las que succionan la sangre de nuestro corazón, henchido de tiempo, para quitarnos la savia de la vida. El tiempo, amigo mío, es una sanguijuela. En esta misma habitación en la que nos encontramos decidí hace muchos años emprender la conquista de la muerte mediante el estrangulamiento de todas las esperanzas, tan devastadoras como ese tiempo que indefectiblemente deviene en una sanguijuela. Y entonces… —hizo una pausa y respiró profundamente para hallar de nuevo el resuello que le faltaba—, y entonces me convertí en una especie de leño que no diferencia si lo acarician o si lo golpean con el hacha, si lo arrojan al agua o lo echan al fuego… Desde aquel día, al menos eso quiero creer, me he desprovisto del sufrimiento consustancial a la esperanza. Ya no necesito buscar consuelo; en realidad, ya no preciso de nada. Además, ¿dónde podría hallar lo que necesitara? Sé qué soy, naturalmente; sé también quién soy… Sé que vivo… Pero hay una diferencia fundamental entre vivir y *estar vivo*.

—Lo que dice parece muy simple, pero es terrible —lo interrumpí profundamente conmovido por sus palabras.

—No crea. Las cosas son simplemente lo que parecen —dijo sonriendo tristemente—; el problema radica en que albergamos esperanzas. Al margen de este sentimiento, de este dolor de corazón, le aseguro que se ve uno imbuido de una suerte de beatitud que acaso comprenda usted si le digo que es muy parecida a un sueño confortador. Es una especie de dulce melodía que calma los nervios. Y en esa calma puedo saber quién soy realmente. Cuando nace en el corazón esa melodía, ya no muere. Ni durante el sueño, ni cuando el mundo exterior nos llama y agita con sus oleadas, ni cuando llega la hora de la muerte cesa esa melodía.

»Le diré por qué mueren los hombres tan pronto, por qué no viven esos miles de años que dicen las escrituras de los antiguas patriarcas que debe vivir el hombre…

Son como las primeras hojas del árbol, pero olvidan que pertenecen al tronco; por eso mueren los hombres en el primer otoño… Ahora le diré cómo he logrado preservar mi cuerpo de esa devastación.

»Hay una doctrina antigua, muy antigua, tanto como la misma humanidad, que se ha transmitido oralmente hasta nuestros días, aunque son muy pocos los que la conocen. Esa doctrina nos enseña a mantenernos en pie ante el umbral de la muerte, y a traspasarlo incluso sin perder la conciencia de que lo hacemos; sólo el que ha muerto en su primer otoño lo traspasa inconscientemente. Quien logra traspasar incólume ese umbral deviene en un maestro de sí mismo, en un hacedor de su propia existencia. Así gana un nuevo ser, en sí mismo, sin dejar de ser… Y ese nuevo ser que refuerza el sí mismo es la herramienta que nos da la facultad de convertir nuestras manos y nuestros pies en los órganos imprescindibles.

»El latido del corazón y nuestro hálito insuflan la vida al espíritu, capaz así de ir en pos del tiempo, a través de las edades, como fueron los israelitas tras salir de Egipto, como las aguas del Mar Rojo se hicieron a un lado para permitirles el paso.

»Así he ido yo, a través del tiempo, a despecho de las torturas sufridas, preservando siempre a mi espíritu de los sinsabores para fortalecer el cuerpo y hacer que sólo obedezca a mi espíritu. Muy pronto me sentí libre de ataduras, como nos sentimos al soñar que volamos… Pero también es cierto que alguna vez sentí que caía irremediablemente hasta verme arrastrado por una corriente negra que parecía ir del sur al norte. En nuestro lenguaje gnóstico llamamos a eso cruzar el Jordán. Vadear peligrosamente la existencia, no tanto con el agua al cuello como con la sangre a la altura de nuestras orejas. Cuando hice ese tránsito oí voces que me alertaban, que me llamaban a volver atrás. Estuve a punto de hacerlo, asustado, temeroso ante aquellas voces que me invitaban a desistir como tantos lo habían hecho. Pero entonces vi unas piedras que sobresalían del agua y a las que me así, resistiendo al torrente hasta que pude nadar y alcanzar la orilla. Allí me vi, en mitad de la noche, desnudo como un niño recién nacido. Habían desaparecido de mí los caracteres de mi sexo, pero poseía ahora un tercer ojo, que era como el ojo de Polifemo. Un ojo que me guiaba en la oscuridad y me llevaba de tierra en tierra y de isla en isla.

»Fui a lo largo de un camino bañado por la luna, pero no sentía el suelo bajo mis pies. Cuando intentaba tocar los árboles o los arbustos, no los sentía en mis manos. Era como si hubiese entre lo que me rodeaba y yo una cortina de aire que me impidiera el contacto. La fosforescencia de las hojas y de las ramas caídas todo lo cubría, imposibilitando la visión. Pero el perfil de las cosas semejaba vagamente la existencia de algo blando y húmedo como los moluscos y todo parecía extraordinariamente sobredimensionado. Pájaros de grandes plumas, pájaros de ojos redondos y enormes… Animales como perros gigantescos que se deslizaban lentamente sobre el musgo para acercarse a mí y observarme…

»Había una viscosidad indescriptible en todos aquellos extraños seres que me rodeaban.

»Eso me hizo cobrar consciencia de quién era realmente, y de lo que era: algo tan real como lo que me rodeaba; algo, a la vez, tan deletéreo como lo que me rodeaba; algo, en fin, que habitaba las sombras a medias entre lo terrenal y lo imposible; a medias entre lo real y lo que parecía soñado, como esas sombras que se devoran a sí mismas en la muy larga espera de la felicidad. Como el hambre que mata a los cachorros de los animales del bosque, cuando sus madres salen en busca de alimento y tardan en volver, así crecen los espectros en esa región de los espíritus, y así los espectros, para no morir definitivamente, absorben la sangre de las criaturas de este mundo, como las sanguijuelas y como las arañas. Los poderes de la vida no son nada, pues ante ese ansia de sangre se desvanece toda esperanza; todo es voracidad en ese país del tiempo de las sanguijuelas; y sólo la voracidad impera mientras alguien aguarda en vano la culminación de sus esperanzas.

»Tras salir milagrosamente indemne de ese tránsito, llegué a una ciudad habitada por mucha gente… A unos los había conocido en la tierra. Traté de preservarme, cuanto me fue posible, de sus vanas esperanzas; más aún, traté de abortar sus propias esperanzas. Vi que cuanto más erraban a la espera de la concreción de sus esperanzas, más caían en la devastación que los tornaba vampiros, esos seres demoníacos que habían devorado sus corazones sin que pudieran darse cuenta, precisamente porque los vampiros también albergan la esperanza de vivir a través de las edades para redimirse y así van devorando el tiempo y la vida de los píos. Y así vi cómo también los píos se convierten en monstruos de grandes garras y ojos encendidos, en busca de sangre con la que hinchar sus mejillas.

»En aquella ciudad vi también un banco con un letrero que anunciaba en sus ventanas:

Fortuna

Despacho de Lotería

Todos los boletos

son ganadores

del Primer Premio.

»De aquel banco salía gente arrastrando sacos llenos de oro, mostrando grandes sonrisas triunfales en sus rostros de labios tumefactos: eran fantasmas que se habían dejado la existencia en la tierra buscando la suerte, insaciables de ganancias.

»Entré en el gran *hall* del banco, que semejaba un templo colosal, con columnas que parecían llegar al cielo. Allí, en su trono hecho con sangre coagulada, reinaba un

monstruo con cuatro brazos. Su cuerpo era humano, pero tenía la cabeza de una hiena y reía abriendo sus grandes mandíbulas. Era el dios de la guerra, aquel a quien las naciones más salvajes y supersticiosas elevan sus preces para pedir la victoria sobre el enemigo.

»Lleno de horror salí corriendo, angustiado por aquella atmósfera de corrupción y decadencia. Me perdí en las calles, pero sólo para desembocar ante un palacio esplendoroso como nunca me había sido dado contemplar palacio alguno. Todo, las piedras, la ornamentación, el esplendor, en fin, me resultaba familiar. Era como si yo mismo lo hubiera construido, o soñado. Comencé a subir la escalinata de mármol. En la gran puerta que había ante mí pude leer… mi nombre: JOHANN H. OBEREIT. Entré. Una vez en el interior me vi con un manto de púrpura y sentado a una mesa en la que había viandas propias de un festín. Miles de esclavas bellísimas servían ese festín. De inmediato reconocí en ellas a todas las mujeres que dieron placer a mis sentidos a lo largo de mi vida, incluso aquéllas con las que sólo pasé un momento.

»Un sentimiento de odio indescriptible me invadió cuando reparé en que todas ellas no me habían hecho sino caer en la perversión vestida con todos los lujos que había sido mi vida; fue así como yo mismo hice un llamamiento a mi salvación acudiendo a mi propio ser, el único que podía liberarme de las vanas esperanzas y de las expectativas que aún anidaban en mi alma.

»Con auténtico pavor contemplé entonces el discurrir de mi vida entera, una vida desperdiciada en la espera, en la constante espera que sólo conduce a la muerte. En ese sentimiento pasé unas pocas horas.

»Como una burbuja había transcurrido mi vida. Le aseguro que lo último que vemos en esta tierra es precisamente lo que genera nuevas esperanzas, una nueva espera. El mundo entero viene a ser preservado de sus miserias, así, por el pestífero hálito de lo decadente. ¿Quién no ha experimentado esa enervante debilidad que se apodera de uno cuando está sentado en la sala de espera de un médico o de un abogado? Pues eso a lo que llamamos vida no es más que la sala de espera de la muerte.

»Repentinamente había comprendido al fin qué es el tiempo. Nosotros mismos estamos hechos al margen del tiempo. Los cuerpos parecen algo en sí mismos, pero no son más que tiempo coagulado. Nuestro diario peregrinar sólo nos conduce a la tumba, que es una forma de regresar al tiempo, y de esperar en vano la consecución final de las esperanzas, pero los síntomas de ese proceso no son distintos de los que se producen con el hielo, cuando vuelve a ser agua.

»Ahora lo comprendo todo, al fin; este conocimiento hierve en mi mente y me llena de dudas que se acrecientan de continuo y hacen que el conocimiento muestre un gesto de horror en el rostro con que me alumbra. Hace años que supe qué tenía que hacer: luchar contra la muerte con todas las armas disponibles; luchar contra esos fantasmas que succionan nuestra sangre como los vampiros.

»Sí, los vampiros saben perfectamente cómo hacerse invisibles a los hombres,

cómo ocultarse a nuestras miradas, pues nuestros ojos son los parásitos de nuestra existencia. Ésa es la mayor y más diabólica treta de los vampiros: hacernos creer que no existen. Pero desde que adquirí ese conocimiento del que le he hablado, mi vida gira en torno a dos ideas: expulsar la idea de la ilusión y la idea de la espera.

—Creo —intervine entonces, aprovechando un silencio del anciano— que yo no sería capaz de dar ese primer paso necesario para emprender el viaje del que usted me ha hablado. Y lo creo así porque estoy seguro de que mi alma, como la de todos los hombres, se alimenta de la ilusión y de la espera, y sólo contraviniendo esos anhelos del alma podrá llegar al estado de placidez que usted propone. Mi alma vive de la esperanza… Pero…

—Sí, pues contravenga usted a su alma —me interrumpió—. La esperanza vive en usted mismo, en su propia vida. Bien, sea usted el eje sobre el cual tenga que girar su alma, no permita que el proceso siga produciéndose a la inversa. Conviértase en un autómata, conviértase en un muerto viviente, eso es lo que le sugiero… No se deje tentar por las frutas más sabrosas y así acabará con la esperanza del deleite. No alargue usted jamás una mano, para que nadie se la tome. Al principio parecerá usted un vagabundo penando en busca de consuelo por los desiertos, pero lentamente su soledad le hará descubrir el brillo real de las cosas, por lo que podrá contemplarlas en su verdad —tanto las más bellas como las más feas—; y comprenderá entonces que la verdad de las cosas es su único esplendor. Todo, así, carecerá para usted de importancia, y le dará a la vez lo mismo que las cosas no la tengan… Todo evento, todo cuanto suceda ante sus ojos, será importante en la misma medida en que carecerá de toda importancia. Será como matar al dragón y beber su sangre; podrá decirse entonces: navegué a través de un mar sin orillas y de una vida sin fin, con velas de nieve.

Todo lo anterior fueron las últimas palabras que me dijo Johann Hermann Obereit. No he vuelto a verlo.

Han pasado muchos años desde aquel día, pero he tratado de seguir, tan bien como me ha sido posible hacerlo, su doctrina. No obstante, ni la ilusión ni la espera son ajenas a mi corazón.

Soy quizá demasiado débil como para arrancar de mí esas palabras, por lo que seguramente jamás adornará mi tumba esta leyenda:

V	I
V	O

Yo, el vampiro

Henry Kuttner

(1914 - 1958)

De todas las revistas *pulp* estadounidenses que surgieron entre 1920 y 1940 *Strange Tales, Dime Mystery, Horror Stories, Strange Stories, Famous Fantastic Mysteries*…, ninguna como *Weird Tales* le dedicó tantas páginas al mito del vampiro. Por ejemplo, Seabury Quinn (1889 - 1969), el más popular autor de la publicación durante sus años de esplendor, escribió más relatos acerca de las sangrientas andanzas de los no-muertos que aventuras sobre su célebre *ghostfinder*, Jules de Grandin. Así pues, aparte de reeditar clásicos de la literatura fantástica como *El vampiro*, de John W. Polidori, o «*Vampirismo*» (1828), de E.T.A. Hoffmann (1776 - 1822), literatos como Robert E. Howard, Robert Bloch, August Derleth, Clark Ashton Smith y Manly Wade Wellman, entre otros, pronto convirtieron al vampiro en protagonista de alguna de sus ficciones para *Weird Tales*. Por ello, no es nada extraño que el tercer cuento que el californiano Henry Kuttner publicara en dicha revista, en el número de febrero de 1937, fuera una historia de vampiros, «*Yo, el vampiro*», donde aportaría una nueva visión del personaje. Para empezar, lo despojó de gran parte de la parafernalia gótica que, en aquella época, era tan popular especialmente, a raíz del triunfo en las taquillas de *Drácula* (id. Tod Browning, 1931) interpretado por Bela Lugosi, transformando al vampiro en un ser relativamente simpático, víctima de su peculiar naturaleza, capaz del autosacrificio. Además de ofrecer una particular mirada sobre las bambalinas del negocio cinematográfico en lo tocante al género de horror…

El talento de Henry Kuttner para la literatura de terror quedó de manifiesto inmediatamente en su debut como escritor profesional, con el cuento «*Las ratas del cementerio*» (*The Graveyard Rats*), publicado por *Weird Tales* en su número de marzo de 1936. La maestría del relato, tanto por su prodigioso desarrollo narrativo como por la fascinante progresión *in crescendo* de sus artificios terroríficos, llevó al especialista británico Mike Ashley a escribir en su libro *Who's Who in Horror and Fantasy Fiction* (*Elm Tree Books*, Londres, 1977) lo siguiente: «Es, sin duda, una de las más estremecedoras historias jamás escritas». Lo cual ha convertido en un misterio el hecho de que Kuttner cambiara pronto de orientación creativa, dedicándose con notable ahínco a la ciencia ficción.

Muy probablemente, en tal decisión influyó su esposa, la también excelente escritora Catherine Lucille Moore (1911 - 1987), con quien Kuttner contrajo matrimonio en 1940. Ambos se conocerían a través de *Weird Tales*; a partir de ese

momento, la mayor parte de su trabajo lo realizó en colaboración con Catherine. Según se rumorea, ambos se repartían el trabajo de la siguiente manera: Kuttner ideaba los argumentos y desarrollaba la acción, mientras que Catherine, más amiga de la descripción detallada, se detenía en la ambientación. Fuera cual fuese el método, puede afirmarse con seguridad que el fruto de su colaboración fue algo más que la suma de dos individualidades. Hasta entonces ambos habían escrito buenos relatos fantásticos dentro de la ortodoxia del *pulp* norteamericano: a Catherine L. Moore se le debe, principalmente, la invención de la *Space Opera* con nítidos elementos aventureros y terroríficos, como prueba su inolvidable cuento *Shambleau* (1933). Por el contrario, los relatos firmados por el matrimonio Kuttner-Moore estaban cargados de humor, son de estilo en apariencia fácil, aunque equilibrados con notable precisión y construidos sobre ideas absolutamente rompedoras. Historias como *The Twonky* (1942) o el homenaje a Lewis Carroll con *Mimsy Were the Borogoves* (1943), impresas bajo el pseudónimo de Lewis Padgett, son piezas antológicas de la mejor ciencia ficción de los años cuarenta.

No por ello Henry Kuttner dejó de escribir en solitario. Su más importante aportación a la literatura de ciencia ficción fue la colección de cinco relatos largos recopilados después bajo el título común de *Mutant* (1953). En ellos se nos describe la conflictiva existencia de una minoría de mutantes telépatas, a los que se puede distinguir por su alopecia, inmersos en una sociedad humana que los margina y acosa. Los relatos se publicaron previamente en *Astounding Science Fiction* y sus títulos son *The Piper's Son, Three Blind Mice, The Lion and the Unicorn* y *Beggars in Velvet*, todos ellos de 1945, más *Humpty Dumpty*, de 1953, que cierra el ciclo.

A partir de los años cincuenta, sus trabajos fantásticos fueron decreciendo. Pese a su notable capacidad de trabajo, en aquellos años la ciencia ficción difícilmente permitía la subsistencia de sus autores. Las revistas profesionales no pagaban lo suficiente y la edición de libros del género se efectuaba bajo criterios de literatura barata por la que recibían unos exiguos honorarios. Los Kuttner, pues, decidieron explorar otros caminos. Para empezar, volvieron a la universidad y, tras obtener la licenciatura, Henry lo hizo en 1954 y Catherine en 1956, se dedicaron a impartir clases de literatura mientras preparaban sus tesis.

Henry Kuttner también probó suerte en la literatura policíaca, que ofrecía un mercado más amplio. Si echamos un vistazo a su bibliografía podemos comprobar cómo pertenecen a este género los primeros libros que consiguió publicar: *The Brass Ring* (1946) y *The Day he Died* (1947), firmados con el pseudónimo de Lewis Padgett —aunque se sospecha que Kuttner llegó a emplear unos dieciséis alias, entre ellos, Keith Hammond y Lawrence O'Donnell—. Ante su progresiva dedicación, probablemente su obra de misterio habría acabado siendo más cuantiosa que la de ciencia ficción, si el 3 de febrero de 1958 una trombosis coronaria no hubiese segado su vida. Tenía sólo cuarenta y tres años.

Yo, el vampiro

(I, The Vampire)

Henry Kuttner

I

El Caballero Futaine

La fiesta era aburrida. Yo había llegado demasiado pronto. Hubo antes un pase privado en el Grauman's Chinese, y varios de los invitados más importantes del *party* llegaron cuando ya casi se acababa. Para colmo, Jack Hardy, director de cine de la productora Summit Pictures, con quien yo había trabajado como ayudante, aún no había aparecido por allí, y eso que era el anfitrión. Pero Hardy nunca se hacía notar por su puntualidad.

Salí al porche y me apoyé en una columna, sorbiendo lentamente mi *cocktail* y contemplando desde allí las tintineantes luces de Hollywood. La mansión de Hardy se alzaba en la cumbre de una baja colina que dominaba la capital del cine, cerca de Falcon Lair, la famosa villa, por no decir castillo, de Valentino.

Sentí un escalofrío. Desde Santa Mónica ascendía la neblina, velando las luces por el oeste.

Jean Hubbard, una muchacha algo ingenua que trabajaba en la Summit, se acercó hasta mí y me quitó la copa de la mano.

—Hola, Mart —me dijo y tomó un sorbo de mi copa—, ¿dónde te has metido últimamente?

—Ando por ahí, con el equipo de *Murder Desert*, haciendo localizaciones en Mojave —le respondí—. ¿Me echabas de menos, cariño?

La apreté contra mí. Me sonrió alzando sus finas cejas, que ponían un delicioso toque de diablesa en su carita adorable. Alguna vez había pensado en casarme con ella, pero nunca supe cuándo hacerlo.

—Te he echado de menos un montón —dijo aproximando sus labios a los míos y se los besé.

—¿Y qué hay de ese vampiro? —le pregunté después.

—¡Ah, el Caballero Futaine! —dijo sonriendo burlona—. ¿No has leído el guión de Lolly Parsons para *Script*? Jack Hardy contrató a ese tipo el mes pasado en Europa y se lo trajo enseguida… Dicen que será una buena publicidad.

—¡Pues tres hurras por la publicidad! —dije—. Recuerda lo que hicieron con *El nacimiento de una nación*… Aunque ahí, la verdad, no había sitio para un vampiro, desde ningún punto de vista.

—El Caballero Futaine es un hombre realmente misterioso. Nadie ha podido fotografiarle; la verdad es que nadie le ha visto…

Sólo *Weird Tales* ha hablado de su vida en París. Por eso se han inventado lo de que es un vampiro de verdad, para dar publicidad a la película… Trabajará también

en *Sed roja*, dirigida y producida por Jack… Quieren hacer con él lo que la Universal hizo con Karloff gracias a *Frankenstein*. El Caballero Futaine —añadió Jean con tono zumbón— para mí que es el camarero de cualquier café cantante de París; yo tampoco le conozco, pero estoy segura de no equivocarme… Mart, la verdad es que quiero pedirte que hagas algo por mí… Bueno, y por Deming…

—¿Hess Deming? —levanté las cejas extrañado.

Hess Deming era el actor más importante de la Summit, su gran estrella, y su esposa, Sandra Colter, acababa de morir dos días antes. También era actriz, aunque no tan famosa como su marido. Hess la adoraba, todos lo sabíamos. No me imaginaba qué podía hacer yo por él.

—He oído decir que está muy afectado, que anda por ahí dando tumbos como una peonza —apostillé.

—Creo que quiere matarse —dijo Jean muy triste—. Yo… me siento responsable de lo que le pueda pasar, me preocupa mucho, Mart. Después de todo, fue él quien me llevó a la Summit. Ahora está realmente afectado.

—Bueno, veré qué puedo hacer —le dije—. Pero no creo que el trato sea justo; llevarte a la Summit fue lo mejor que pudo hacer Hess, desde luego, pero no sé si ahí empecé a perderte, Jean…

Me callé. No quería hablar más de eso.

Jean asintió.

—Intenta ayudarle, de todas formas —me dijo—. La muerte de Sandra ha sido un golpe muy duro para él.

—¿Cómo ocurrió? Estaba fuera, leí algo, pero…

—Murió, sin más —respondió Jean—. De anemia perniciosa, dicen. Pero, según Hess, en realidad los médicos no saben qué le ocurrió a Sandra… Comenzó a adelgazar y a debilitarse, hasta que murió en poco tiempo.

Asentí, besé a Jean y entré de nuevo en la casa. Antes de salir había visto deambulando por allí a Hess Deming con una copa en la mano.

Se volvió al sentir mi palmadita en la espalda.

—¡Hola, Mart! —me dijo con voz de borracho.

Aunque podía sostener en su mano una copa, me pareció, por sus ojos enrojecidos, que pendía de una cuerda. Era un capullo bien guapo, de acuerdo, grande y fuerte, vale, con unos ojos grises más que azules y una boca perfecta y siempre sonriente, muy bien… Pero la verdad es que ahora no sonreía. Estaba hecho una pena, tenía una cara horrible, bañado en sudor.

—¿Sabes lo de Sandra? —me preguntó.

—Sí —respondí—. Lo siento muchísimo, Hess.

Vació de un trago lo que le quedaba en la copa e hizo un gesto de desagrado, mientras repasaba sus labios con la lengua.

—Estoy borracho, Mart —me confió—. Tengo que estarlo, y cuanto más lo esté, mejor… He pasado unos días terribles. Y ahora, incinerar a Sandra, eso me resulta

espantoso…

No dije una palabra.

—Sí, Mart, tengo que incinerarla, ¡Dios mío! —siguió lamentándose—. Un cuerpo tan hermoso como el suyo, reducido a cenizas… Antes de morir me hizo prometerle que la haría incinerar.

—La cremación es el mejor final, Hess, lo más limpio —le dije—. Sandra fue una chica preciosa y limpia, además de una gran actriz.

Acercó mucho su cara sudorosa a la mía.

—Sí —dijo—, pero es que no quiero incinerarla… Antes, me mato, Mart… ¡Dios mío! —y dejó su copa en una mesa, y comenzó a mirar a su alrededor, dando vueltas como una peonza que empieza a perder fuerza.

Me pregunté por qué razón habría dispuesto Sandra que la incinerasen… Había leído una entrevista que le hicieron tiempo atrás, en la que manifestaba su horror al fuego y decía que por nada del mundo querría ser incinerada cuando muriese… Las estrellas dicen muchas tonterías en las entrevistas, pero aquello no lo parecía. Debía de saber por qué tenía Sandra tanto miedo al fuego. Una vez la vi en el plato sufrir un ataque de histeria, porque en un descanso del rodaje su compañero de escena encendió una pipa cerca de ella.

—Disculpa, Mart —me dijo Hess, deteniéndose—. Voy a buscar otra copa.

—Espera —dije tomándole por el brazo—. Mira cómo estás, Hess, creo que has bebido demasiado.

—Sí, estoy un poco tocado —respondió—, pero aún debo estarlo mucho más —y siguió, aunque se detuvo tras dar unos pasos vacilantes, para volverse hacia mí con sus ojos de borracho y decirme—: Limpio. Eso es lo que Sandra dijo. La incineración es algo limpio… Sí, eso fue lo que Sandra me dijo, Mart. Dijo que la cremación es una muerte definitiva y limpia… Pero ¡Dios mío! Ese cuerpo tan blanco y tan hermoso… ¡No puedo hacerlo, Mart, no puedo, me voy a volver loco! Dame un trago, por favor te lo pido, sé buen amigo.

—Espera, Hess, te traeré una copa —le dije, pero no que me disponía a llevársela llena de agua. Se dejó caer en una silla, dándome las gracias en un susurro. Mientras me alejaba de él me sentí mal. Había visto a muchos actores despeñarse como lo estaba haciendo Hess. Tuve la sensación de que su carrera comenzaba a irse al garete. Empezaría a sufrir largos tiempos de espera entre una película y otra; su desastrosa apariencia personal lo iría apartando del cine, y al final, para combatir la pobreza, no tendría más remedio que aceptar papeles de poca monta y mal pagados en seriales. El final más probable para Hess quizá fuera el de tantos: hallado muerto en el dormitorio de un modesto apartamento de Main Street, con la espita del gas abierta.

Había un montón de gente en el bar.

—¡Hombre, aquí está Mart! —oí decir a alguien—. Ven a conocer al vampiro.

Me quedé mudo. Vi a Jack Hardy, el anfitrión, mi jefe, el director con el que había trabajado, apoyado en la barra del bar con toda la pinta de ser un cadáver que

aún se sostuviera en pie. Recordaba haberle visto mucho peor cara alguna vez, si bien nunca me había causado tan mala impresión, ni en la peor de sus borracheras… Un tipo bien borracho, o bien colocado de marihuana, no podía tener un aspecto tan desastroso como el suyo. Nunca le había visto con aquella pinta de cadáver. Parecía haber perdido toda tensión nerviosa, como si no le circulara la sangre.

La última vez que lo vi parecía incluso saludable, con sus buenos bíceps, con su mata de cabello amarillo, por no decir muy rubio, con su cara fea pero natural. Ahora, la verdad, parecía un esqueleto al que aún le colgaran algunos pellejos, sobre todo en la cara, con aquellas bolsas negras alrededor de los ojos, tan negras como el pañuelo de seda que llevaba al cuello, tan negras como la pequeña cicatriz que asomaba por el pañuelo.

—¡Por Dios, Jack! —exclamé—. ¿Qué demonios te pasa?

Levantó los ojos y me miró.

—Tranquilo, hombre, estoy bien —dijo—. Quiero que conozcas al Caballero Futaine… Le presento a Mart Prescott.

—Hola, soy Pierre, nada más —me dijo una vocecilla—. Creo que no es Hollywood un lugar en el que valgan los títulos, así que llámeme Pierre, sólo Pierre… Señor Mart Prescott, el placer es mío —concluyó alargándome su mano.

Miré de arriba abajo al Caballero Futaine.

Estrechamos nuestras manos. Mi primera impresión fue la de hallarme ante un tipo seco, frío como el hielo; quizá solté su mano rápidamente, sin estrechársela el tiempo necesario como para ser correcto y educado. El Caballero Futaine seguía sonriéndome, sin embargo.

Un tipo encantador, el Caballero. O eso me pareció, a pesar de todo. Blando, más bien bajo y de poco peso, su cara se me antojó extrañamente juvenil, incongruentemente juvenil, más bien…

Llevaba el cabello rubio muy repeinado, aplastado. Me fijé especialmente en sus mejillas sonrosadas, acaso excesivamente sonrosadas, lo que me hizo suponer que iba maquillado. Pero bajo aquel tono sonrosado acerté a ver, gracias a que lo examinaba con mucha atención, una palidez propia de quien está enfermo, algo así…

O puede que fuese que no tenía un buen cutis. No llevaba pintados los labios, sin embargo. Los tenía tan rojos como la sangre.

Iba perfectamente afeitado, eso sí, y vestía un *smoking* impecable. Tenía los ojos negros como una piscina llena de tinta.

—Encantado de conocerle —le dije—. Usted es el vampiro, ¿no?

Sonrió.

—Bueno, de alguna manera hemos de rendir tributo al gran dios de la publicidad, ya sabe, señor Prescott… Su nombre es Mart, ¿no?

—Sí —respondí sin dejar de mirarle con atención.

Vi entonces que también él me miraba con atención, que pasaban sus ojos sobre mí mientras se le iluminaba la cara extraordinariamente, con expresión a la vez

amable y descreída, distante; como si me examinara con gran agudeza.

Me volví al observar que se acercaba hasta nosotros Jean.

—¿Es el Caballero? —preguntó.

Pierre Futaine estaba ante ella, con una sonrisa en los labios.

—Hola, Sonya —dijo el Caballero.

—¿Sonya? —se extrañó Jean.

Los presenté como era debido.

—Ya ve usted, no me llamo Sonya —dijo Jean.

El Caballero movió la cabeza contrariado, con una extraña expresión en sus ojos negros.

—Perdone —se disculpó con la vocecilla aún más blanda—. Es que conozco a una chica exactamente igual a usted… Exactamente igual a usted… ¡Qué extraño!

—¿Me disculpa? —dije al darme cuenta de que Jack Hardy se alejaba del bar.

Salí tras él. Antes de que alcanzara el porche le di un golpecito en el hombro y se volvió con su cara tan pálida que parecía una máscara.

—¡No me toques, Mart, maldito seas! ¡Me has asustado! —me soltó malhumorado.

No le hice caso y lo abracé.

—¿Qué demonios te pasa? —le pregunté—. Mira, Jack, a mí no me engañas, no puedes mentirme, lo sabes bien… Ya te he ayudado alguna vez y estoy dispuesto a hacerlo de nuevo, si es necesario…

Permite que lo haga.

Su rostro pareció aún más arruinado, pero ahora por la tristeza. Se le fue la cólera y me tomó las manos. Las suyas estaban tan frías como las del Caballero Futaine.

—No puedes hacer nada, Mart —me dijo—. Además, ¿por qué? Estoy bien, de veras. Lo pasé estupendamente en París.

Estábamos contra una pared muy blanca. De repente, y de manera involuntaria, me vino a la mente algo que me salió de inmediato por la boca sin pararme a meditar.

—¿Qué tienes en el cuello? —le pregunté abruptamente.

No respondió. Se limitó a negar con la cabeza.

—He tenido una pequeña infección de garganta —me dijo tras la pausa—. Por eso llevo puesto el pañuelo, hay mucha neblina…

Se tocó la garganta. Se tocó la pequeña cicatriz negra.

Sentí entonces a mi espalda un rumor, algo así como lo que harían los sapos en una charca respirando al unísono, un ruido no precisamente humano… Me volví y era Hess Deming. Sollozaba un poco más allá, junto a la puerta. Le caía la saliva por la barbilla y tenía los ojos aún más rojos que antes.

—Sandra también murió de una infección en la garganta, Hardy, estoy seguro —dijo con una voz que, de tan inexpresiva, me pareció venir de ultratumba.

Jack siguió en silencio. Dio un paso atrás, hasta apoyarse en la pared.

—Empezó a ponerse blanca y se murió —siguió lamentándose Hess—. El médico

dijo que no tenía ni idea de lo que le pasaba, pero luego puso en el certificado de defunción que había muerto de anemia perniciosa… ¿Tú tienes alguna enfermedad que hubieras podido contagiarle a Sandra, Jack? Porque, si es así, te mataré…

—¿Cómo? —dije—. ¿Una infección de garganta? No comprendo nada…

—Sandra tenía también dos pequeñas marcas en el cuello, a la altura de la garganta —siguió diciendo Hess—. Dos marcas pequeñitas, muy juntas… Pero eso no pudo matarla, sólo una enfermedad contagiosa… podría…

—Estás loco, Hess —le dije—. Estás muy borracho… Escucha: Jack no tuvo nada que ver con… eso…

Hess no me miraba. Miraba a Jack Hardy con los ojos ahora inyectados en sangre. Volvió a dirigirse a él en su monótono y amenazante tono de ultratumba:

—¿Crees que Mart tiene razón, Jack? Dime si lo crees…

Los labios de Jack permanecieron agónicamente sellados.

—¡Vamos, Jack, dile que no tiene razón, díselo! —lo animé a que hablara.

Hardy hizo un gran esfuerzo para que le saliese la voz.

—No veía a tu mujer desde hace mucho tiempo, Hess —dijo apesadumbrado.

—Ésa no es la respuesta que quiero oír —murmuró Hess y se abalanzó sobre el otro.

Hess estaba muy borracho y Jack muy débil, por lo que era difícil que pudieran pelearse como es debido. Se enzarzaron, en cualquier caso, lo que me obligó a intervenir.

Hess, sin embargo, alcanzó a Jack con un manotazo cuando estaba a punto de separarlos. Le dio de lleno en la pequeña cicatriz del cuello, haciendo que le sangrara un poco.

Vi entonces las marcas que tenía Jack Hardy en el cuello. La leve línea negra se había transformado en dos pequeños puntos rojos a la altura de la yugular.

II

La cremación de Sandra

Al día siguiente Jean me llamó por teléfono.

—Mart —me dijo—, a la caída de la tarde vamos a rodar en el estudio una escena de *Sed roja*, en el plato 6… Han decidido que seas el nuevo asistente de dirección, no sé por qué no te lo anunció el propio Jack anoche… Últimamente anda bastante despistado…

—Gracias, encanto —respondí—. No sabía que estuvieses en el equipo de rodaje.

—Es que no lo estaba —me dijo—; alguien ha decidido que trabaje en esto hoy mismo, creo que ha sido el Caballero Futaine. El jefe me llamó hace un rato para decírmelo y para pedirme que te llamara, ya ves… La verdad es que estoy hecha polvo, he pasado una noche horrible y hubiera preferido descansar…

—Lo siento —le dije—. Estabas muy bien cuando me largué de la fiesta…

—He tenido una pesadilla horrible —comenzó a contarme lentamente, con voz pastosa—. Una cosa muy rara, y a la vez divertida, o al menos eso me parece ahora, aunque no puedo recordar muy bien de qué se trataba, sólo guardo imágenes confusas… En fin… ¿Vas a estar en casa? Si quieres paso luego a recogerte.

Dije que sí, pero no pude mantener mi promesa porque Hess Deming me telefoneó para pedirme que le fuera a recoger a su casa de Malibú para llevarlo al crematorio. Dijo que no tendría fuerzas para sostener entre sus manos el volante del coche y conducirlo hasta donde se haría la incineración de Sandra.

En veinte minutos estuve en la casa de playa de Deming.

Me abrió el criado, que me hizo una respetuosa reverencia para darme la bienvenida.

—El señor Deming está muy mal —me dijo—. Se ha pasado la mañana bebiendo ginebra.

Oí la voz de Hess desde la segunda planta.

—¿Eres tú, Mart? Vale, enseguida estaré listo. ¡Sube, Jim!

El criado japonés me miró como si me pidiera permiso y se fue escaleras arriba.

Me acerqué a una mesa llena de revistas para echarles un vistazo. Por la ventana entornada entraba una brisa suave y agradable. De entre el montón de revistas cayó un papel, al que eché también un vistazo. Lo que leí, sin embargo, llamó poderosamente mi atención. Era una nota dirigida a Hess y decía:

> *Querido Hess, estoy segura de que voy a morir muy pronto y quiero que hagas algo muy importante por mí. Sé que puede parecer que he perdido la*

cabeza por lo que voy a pedirte, pero no me incineres, Hess. Creo que, aun muerta, sentiría el fuego y eso me aterroriza. Entiérrame en el cementerio de Forest Lawn, sin embalsamarme. Ya habré muerto cuando leas esta nota; estoy segura de que harás cumplir mi última voluntad, cariño. Viva o muerta, siempre te amaré.

Firmaba la nota Sandra Colter, la esposa de Hess. Era extraño. Muy extraño. Me preguntaba si Hess había leído aquello.

Sentí unos leves pasos a mis espaldas. Era Jim, el criado japonés de Hess.

—Señor Prescott —me dijo—, vi esa nota anoche. El señor Hess aún no la ha leído. Está escrita por la señora Colter.

Estaba nervioso, leí el miedo en sus ojos, un miedo incontrolable. Señaló con un dedo la nota.

—Vea eso, señor Prescott.

Apuntaba a un pequeño borrón que oscurecía un tanto la firma.

—¿Y bien? —dije.

—Fui yo, señor Prescott, lo hice sin querer cuando encontré la nota… Aún no se había secado la tinta.

Lo miré, supongo que inquisitivamente. Noté que se ponía extremadamente nervioso al oír los pasos de Hess Deming en los peldaños, que bajaba un tanto convulso.

Cada vez me impresionaba más el descubrimiento de la horrible verdad que acababa de hacer. No podía creer apenas lo que había leído. Parecía demasiado fantasioso, increíble, aunque aquella verdad se iba imponiendo poco a poco en mi mente, no había más explicación posible que eso que se colegía de la lectura de la nota y del momento en que la había encontrado Jim.

—¿Qué tienes ahí, Mart? —me preguntó Hess.

—Nada —respondí tranquilamente, doblando la nota y guardándomela en un bolsillo—. ¿Nos vamos?

Asintió y salimos. Observé que Jim nos miraba… No sé cómo definir aquella extraña mirada que tenía.

La cremación se haría en Pasadena, y allí llevé a Hess. Hubiera querido quedarme a su lado, pero sabía que él no lo deseaba, que no permitiría a nadie asistir a la ceremonia de cremación de Sandra. Me pareció normal que deseara estar solo. Salí, tomé un atajo para llegar cuanto antes a Hollywood, y allí empezaron los problemas.

Sufrí una avería. Las últimas lluvias habían dejado en muy mal estado las carreteras y no fui capaz de esquivar un socavón. Tuve que andar varias millas hasta encontrar el teléfono más próximo, y hube de esperar después un buen rato hasta que llegara el taxi que iba a buscarme. Eran casi las ocho de la tarde cuando llegué al estudio.

El vigilante me abrió y me dirigí raudo al plato 6. Todo estaba a oscuras. Sin resuello volví sobre mis pasos y de tan aprisa como iba a punto estuve de chocar con un hombre bajito. Era Forrest, un cámara. Soltó un par de palabrotas y me tomó por el brazo.

—¡Vaya, Mart, por poco me arrollas! Oye, ¿me harías un favor? Quiero que veas un plano que he tomado…

—Ahora no puedo —me disculpé—. ¿Has visto a Jean? Tengo que…

—De eso quería hablarte —me dijo Forrest, un tipo con cara de mono pero un magnífico cámara—. Se han largado… Jean, Hardy y el Caballero ese… Es un tipo que me da mucha risa…

—¿Te parece gracioso? Bien, telefonearé a Jean… Veré mañana ese plano que quieres mostrarme.

—No creo que encuentres a Jean en su casa —me dijo Forrest—. Se fue con el Caballero al Grove, eso oí decir… Escucha, Mart, tienes que ver ese plano… O yo no he sabido enfocar con una cámara en mi vida, y tendré que ponerme a trabajar como molinero, o ese francés es el tipo más raro al que jamás he tenido que filmar… Ven a la sala de proyección, Mart, ya tengo la cinta puesta… Quiero que veas lo que he filmado.

—De acuerdo —dije, y le seguí a la sala de proyección.

Me senté en una butaca de la pequeña sala de proyección mientras oía a Forrest preparar el proyector en la cabina.

—A Hardy no le gustaron las tomas que hicimos —me dijo a través del interfono —, pero tengo otras que el jefe me ordenó que hiciera con la cámara automática, que dejé conectada aunque sin sonido… Quería ver cómo daba ese francés en cámara sin que supiese que lo filmábamos, mientras ensayaba la escena… Aquí lo tienes, Mart.

Oí el *clic* que cerraba la comunicación por el interfono. La luz blanca se estrelló contra la pantalla. Desapareció la luz y empezó la película. El plato 6. El decorado me pareció un tanto incongruente, a medias un salón Victoriano con sillas barrocas y cuadros modernos. Jack Hardy entraba en cámara dando órdenes. Su cara, en la pantalla, me pareció realmente la de un muerto que mantuviese los ojos abiertos. Tenía la piel macilenta. Entró en cámara también, siguiéndole, Jean. Vestía un elegante traje sastre. Tras ella…

Pestañeé repetidamente, creyendo que mis ojos me engañaban. Algo parecido a una espesa neblina —oval y con el volumen de un hombre— se movía por allí… ¿Han visto ese nimbo de luz en la pantalla, que se produce cuando un foco da directamente en el objetivo de la cámara? Bien, pues era algo así, es lo único con lo que puedo comparar lo que vi. Pero se movía como lo haría un hombre.

Oí de nuevo el *clic* del interfono.

—Cuando vi el negativo —me dijo Forrest— pensé que había metido la pata, Mart, pero al revelar la película comprobé que todo estaba en orden, que no había ningún foco mal puesto en el plato.

Aquella especie de neblina oval y con la talla y movimientos de un hombre iba detrás de Jean. Ella se volvía y le dirigía una amplia sonrisa.

—Cuando se filmó eso, te juro, Mart, que Jean hablaba tranquilamente con ese francés —añadió Forrest.

—Para la imagen, ¡ahí! —pedí a Forrest.

Cesó el movimiento en la pantalla. Jean ofrecía su flanco izquierdo a la cámara. Miré atentamente. Había observado antes algo en su cuello… Ahora lo veía con mayor claridad. Una leve marca sobre la yugular. La misma marca que había visto en el cuello de Hardy la noche anterior. No había duda.

Oí de nuevo el clic del interfono, cerrando la comunicación. Después se hizo un fundido en negro y la sala quedó a oscuras.

Esperé unos instantes, pero no oí nada más en la cabina.

—¡Forrest! —lo llamé—. ¿Ocurre algo?

No recibí respuesta. No oí absolutamente nada. Era como si al proyector se le hubiese muerto el motor. Me levanté raudo y fui hasta la salida. Había dos puertas en la sala; una daba a los peldaños que subían hasta la cabina de proyección y la otra era la de salida y entrada. Subí a la cabina, con una opresión ominosa en el pecho.

Forrest estaba allí. Muerto. Yacía en el suelo boca arriba, con los ojos abiertos en su cara de mono que ahora tenía un rictus trágico, con el cuello doblado de manera imposible. Parecía haber muerto de inmediato, apenas le troncharon el pescuezo.

Miré al proyector y vi que se habían llevado la película. La puerta que comunicaba la cabina con el exterior estaba entreabierta. Me precipité hacia ella, aun sabiendo que no vería a nadie. El pasillo que comunicaba los platos 6 y 4 estaba vacío, alumbrado por su leve luz blanca. Todo en silencio.

Oí unos pasos al fondo y vi después a un hombre. Era uno de los publicitarios y lo llamé.

—Perdone, señor Prescott, no puedo atenderle ahora —me dijo, aunque deteniéndose.

—¿Has visto a alguien por aquí, ahora mismo? ¿Quizá al Caballero Futaine? —le pregunté casi en un grito.

Negó con la cabeza.

—No, pero… —me di cuenta de que estaba pálido y nervioso— Hess Deming se ha vuelto loco… Tengo que ponerme ahora mismo en contacto con la prensa…

Se me heló el corazón. Corrí hacia él y lo tomé de los brazos casi con violencia.

—¿Qué quieres decir, qué ha pasado? —inquirí con el corazón en un puño—. Hess estaba bien cuando lo dejé en Pasadena, un poco bebido, nada más…

Aquel hombre sudaba profusamente.

—Esto es una locura —me dijo—. Aún no sé bien qué ha ocurrido… Dicen que su mujer, Sandra Colter, revivió cuando la estaban incinerando… Al parecer la vieron a través de la ventana del crematorio, ya sabe… Dicen que gritaba y golpeaba el

cristal mientras la quemaban viva… Hess no pudo hacer nada, aunque lo intentó, según me han contado… Se volvió loco, como un perro rabioso. Y por lo que acaban de contarme, está como muerto, sin reaccionar… Perdone, señor Prescott, tengo que telefonear de inmediato a los periódicos…

Se fue en dirección a los despachos de la administración del estudio.

Metí la mano en el bolsillo y saqué la maldita nota. Las palabras allí escritas parecían estremecerse ante mis ojos.

«No puede ser verdad, esto no está ocurriendo, esas cosas no pasan», decía una y otra vez para mis adentros.

No pensaba, desde luego, en que Sandra Colter hubiera vuelto a la vida. Puede que sufriera un episodio de catalepsia, nada más; era la única explicación plausible que se me ocurría. Pero, a la vez, chocaba aquello, o se conjugaba, más bien, con unas cuantas cosas más, todas realmente extrañas, que habían ido pasando en apenas unas horas. Mis conjeturas no me ofrecían una conclusión, sin embargo, pero ahí estaban. No podía volverles la espalda.

¿Qué me había dicho el pobre Forrest? ¿Que el Caballero Futaine se había ido con Jean al Coconut Grove? Bien…

Había un taxi en la parada.

—Al Ambassador —dije al taxista—. Veinte *pavos* si me llevas en un minuto…

III

El ataúd negro

Me pasé la noche recorriendo Hollywood en vano. No encontré en el Grove al Caballero Futaine ni a Jean. Nadie sabía dónde se hospedaba el Caballero. Llamé al estudio, pero no supieron decirme nada. Me contaron de nuevo la desgracia de Hess y me hablaron de la muerte del pobre Forrest.

Recorrí todos los antros de Hollywood, incluidos The Trocadero, Sardi’s y los tres locales del Brown Derbies, así como los más famosos y mejores sitios del Sunset, para nada. Llamé a Jack Hardy una docena de veces, sin que alguien descolgara el teléfono.

Ya avanzaba la mañana cuando al fin, en un club privado del Culver City, pareció que me asistía la suerte.

—El señor Hardy está en la planta superior —me dijo el propietario, que me pareció nervioso—. ¿Algo va mal, señor Prescott? He oído lo de Deming…

—No pasa nada, habladurías —respondí cortante—. Lléveme junto a Hardy.

—Es que está durmiendo —me dijo aquel hombre—. Bebió hasta caerse y tuvimos que subirlo a la planta superior.

—Supongo que no será la primera vez que lo hacen —dije—. Bueno, pues démosle café hasta que reviente. Supongo que también tendrá usted café, ¿no? Café bien cargado, por supuesto… Tengo que hablar con él como sea…

Pasó media hora hasta que Hardy pudo entender más o menos lo que le decía. Al fin se incorporó y, frotándose los ojos, me dijo:

—Prescott, ¿podrías dejarme en paz un rato?

Me acerqué a él cuanto pude y le dije pronunciando bien cada palabra, lentamente, para que me entendiese:

—Sé bien qué demonios es ese Caballero Futaine.

Esperé por una confirmación de mis temores, o porque me hiciera ver que me había vuelto loco. Pero se limitó a mirarme confiado.

—¿Cómo lo has sabido? —me preguntó al fin.

Un escalofrío me recorrió de la cabeza a los pies. Hasta ese preciso momento no había creído realmente lo que se me pasaba por la cabeza, a pesar de las evidencias que iba acumulando. Hardy acababa de ratificar mis sospechas.

No respondí a su pregunta, sin embargo.

—¿Sabes lo de Hess? —le dije.

Asintió en silencio, con un gesto de tanta pesadumbre y dolor que sentí compasión por él. No pude por menos que pensar en Jean.

—¿Sabes dónde está ahora mismo ese Caballero Futaine? —le solté abruptamente.

—No. ¿A qué te refieres? —me dijo sorprendido entonces—. ¿Acaso te has vuelto loco, Mart?

—No estoy loco. Hess Deming es quien se ha vuelto loco.

Me miró con ojos de perro acobardado.

—Dime la verdad de una maldita vez —le conminé con tono agrio—. Anda, dime también por qué te salieron esas dos marcas en el cuello… ¿Cómo conociste a esa… criatura? ¿Dónde crees que puede haberse llevado a Jean?

—¡Jean! —se estremeció entonces, como si entrara en razón—. ¿Acaso él…? ¡No lo sé, Mart, no lo sé! ¡No sé dónde están! Aunque puede que… me temo que… Eres un buen amigo, Mart, siempre has sido un buen amigo y tengo que decirte la verdad… Por tu bien y por el de Jean… Lamentablemente puede que sea muy tarde para ella…

»Le conocí en París. Yo iba por ahí en busca de sensaciones nuevas, ya sabes… Pero no esperaba encontrar algo como aquello, un club satánico… Adoradores del demonio, Mart… Ya sabes lo que hacen en esos sitios, copular, blasfemar… todo eso… Allí le conocí…

»Puede ser fascinante cuando se lo propone. Pronto me cautivó y empezó a preguntarme cosas acerca de Hollywood, acerca de las mujeres de aquí, todo eso, las estrellas, ya sabes… Yo estaba encantado respondiendo a sus preguntas, hablándole de las chicas, diciéndole que sí, que eran tan hermosas como en las películas. Me escuchaba mirándome con los ojos hambrientos, Mart…

»Una noche tuve una pesadilla espantosa. Una especie de monstruo negro, que no puedo recordar bien, entraba por la ventana de mi habitación y me atacaba… Soñé que me mordía en el cuello y que no podía hacer nada para defenderme… Después quedaba en su poder.

»El Caballero, al día siguiente, me dijo la verdad de lo que había sucedido, me dijo quién era. Me había convertido en su esclavo, sin remisión posible… Sus poderes no son humanos.

Tenía secos mis labios y la garganta. Hardy prosiguió:

—Me obligó a traerlo aquí, a presentarlo a todos como mi gran descubrimiento para *Sed roja*. Yo le había hablado de la película antes de que ocurriese todo, antes de saber quién era en realidad…

¡Cuánto se ha reído de mí, Mart! ¡Cuánto me ha vejado desde entonces! No puedes imaginarte las cosas que me ha obligado a hacer… Y como no quería fotógrafos, ni cámaras, ni espejos, me hizo urdir esa estratagema publicitaria para presentarlo como un vampiro que se convierte en actor… A cambio, me permite seguir vivo.

Me apenaba Hardy, sabía que me estaba diciendo la verdad, pero algo en mi

mente se resistía a aceptar todo aquello.

—¿De veras no sabes dónde esta Jean? —le pregunté con toda la frialdad que pude—. ¿Dónde vive ese tal Caballero Futaine?

—No puedes hacer nada, Mart, olvídalo —me dijo con gran abatimiento—. Se hizo construir una cripta bajo su casa, a la que puso una puerta especial que sólo se abre con una llave de plata que guarda él mismo… Según él, no podría derribarse esa puerta ni con una carga de dinamita.

—Bueno, si es de verdad una de esas malditas criaturas, se le puede matar —dije.

—No es tan fácil —replicó Jack Hardy—. Sandra Colter fue una de sus víctimas. Después de morir se convirtió en vampiro, durmiendo de día y vagando por ahí de noche… El fuego la destruyó, sí… Pero te aseguro que nadie podrá entrar en la cripta de la casa de Futaine y reducirlo a cenizas.

—No estoy pensando en el fuego —dije—. Podría bastar un cuchillo…

—¡Clavarle un cuchillo en el corazón! —exclamó Hardy, súbitamente recobrado —. Sí, eso es… Y decapitarle después… Me gustaría hacerlo con mis propias manos, pero no puedo, Mart… Soy su esclavo.

No respondí; toqué el timbre de aquella habitación y poco después se hacía presente el propietario del club.

—¿Podría conseguirme un cuchillo de carnicero? —dije señalando con mis manos el tamaño de cómo lo quería.

Aquel hombre, acostumbrado a las más insólitas peticiones de sus clientes, asintió.

—Claro —dijo—, enseguida se lo consigo, señor Prescott.

Salí tras él.

—Mart —me dijo Hardy con voz temblorosa.

—¿Qué?

—Buena suerte —añadió con una mirada que parecía tratar de superar su *pathos*.

—Gracias —le dije un tanto forzadamente—. No te culpo por todo lo que ha pasado… Yo… yo hubiera hecho lo mismo.

Allí lo dejé, postrado, mirándome con ojos que parecían clamar por su salvación desde el infierno.

Empezaba a caer la tarde cuando salí de Culver City en mi coche, con el cuchillo de carnicero bajo mi abrigo. El día había pasado rápidamente. La llamé varias veces por teléfono, pero Jean no estaba en casa. Me llevó más de una hora dar con cierto tipo, un hombre que había trabajado para el estudio haciendo algunos trabajos delicados. Había pocas cosas que no supiera sobre las cerraduras, según admitía, aunque a regañadientes, la propia policía.

Se llamaba Alex Ferguson y era un sueco grande, muy fuerte, bien parecido; tenía unos dedos tan enormes, que más parecía dedicarse a cavar con una pala que a trastear en los mecanismos de las cerraduras. En tiempos fue ilusionista profesional,

por lo que poseía la habilidad del mismísimo Houdini.

La puerta de la verja que aislaba la residencia del francés no ofreció resistencia a los hábiles dedos de Ferguson ni a la especie de fina lámina de acero que utilizó para abrirla. La residencia, una casa moderna de dos plantas, parecía desierta. Pero ya me había avisado Hardy de que el Caballero vivía en la *cripta*.

Bajamos, tras abrir Ferguson la puerta principal sin problemas, por la escalera que conducía a dicho sótano, o *cripta*. Llegamos así a un largo pasillo muy estrecho que concluía en una formidable pieza de acero.

Era la puerta. Una puerta acerada en la que no se percibía un resquicio, salvo el mínimo necesario para introducir la llave.

Ferguson se puso a trabajar de inmediato. Al principio respiraba agitadamente; luego, más sosegada su respiración, le vi el rostro bañado en sudor. Yo también sudaba, pero de impaciencia.

Un rato después, la luz de la lámpara portátil que llevaba consigo empezó a apagarse. Rápidamente insertó en la caja una nueva batería, la luz se hizo de nuevo, y me dio la lámpara para que la sostuviese mientras él echaba mano de otro artilugio que llevaba, un soplete del que salió una llama azul intensa y brillante que aplicó a la puerta.

No sirvió de nada. Acabó Ferguson por descartar el uso del soplete y volvió a utilizar las finas herramientas de acero que llevaba. Usó también un estetoscopio, con el que parecía auscultar la puerta. Pero todo fue en vano.

—No puedo abrirla —me dijo al cabo de un largo espacio de tiempo, con el rostro desencajado—. Y si yo no puedo, nadie será capaz de abrir esta puerta… Ni Houdini podría hacerlo… Sólo podrá abrirse con la maldita llave…

—Está bien, Axel, déjalo —le dije, sin más—. Aquí tienes tu dinero.

Suspiró nerviosamente, mirándome con angustia.

—¿Se va a quedar aquí, señor Prescott? —me preguntó.

—Sí —respondí—. Me quedaré un rato más…

—Bueno, pues le dejo la lámpara, ya me la dará cuando nos veamos, ¿de acuerdo?

Esperó un poco, pero como no le respondí nada, agitó la cabeza y se fue bastante contrariado.

Me impresionó el silencio en el que me sentí apenas se hubo ido Ferguson. Saqué el cuchillo de mi abrigo y probé su filo pasando mi dedo pulgar por la hoja. Lo volví a guardar.

No había pasado media hora cuando, silenciosamente, la puerta se abrió por sí sola unas pulgadas. Sorprendido, me levanté del suelo, donde me había sentado con la espalda apoyada en la pared, y con bastante cautela me aproximé hasta el resquicio que ofrecía a la vista aquella apertura. Vi una habitación desnuda, perfectamente acorazada, con las paredes cubiertas por láminas de acero que se me antojaron muy gruesas… Y en el medio de la misma, en el suelo, algo negro y largo. Era un ataúd.

Miré con más atención, procurando guardarme, y vi una figura leve vestida con un blanco camisón de seda. Era Jean. Tenía los ojos muy abiertos, fijos en algún punto. Parecía una sonámbula.

Lentamente se le acercaba un hombre, impecablemente vestido de etiqueta y perfectamente peinado, que se limpiaba los labios delicadamente con un pañuelo.

Había una leve mancha carmesí en la línea que separaba sus labios.

IV

Yo, el vampiro

Jean pasó muy cerca de donde yo observaba la escena, sin reparar en mí, a pesar de que me asomaba entonces más descuidadamente. El Caballero Futaine sí me vio, alzando las cejas con una sonrisa sarcástica y clavándome sus ojos negros.

Bajo el abrigo, sentí muy caliente en mi mano la empuñadura del cuchillo. Me dejé ver completamente, entrando en la cripta para ponerme frente al vampiro. De soslayo vi entonces que Jean, en un rincón, parecía reparar en mi presencia.

El Caballero Futaine seguía sonriéndome burlón mientras jugueteaba con su pañuelo.

—Vaya, pero si es Mart, Mart Prescott —dijo lentamente.

Saqué el cuchillo, empuñándolo con fuerza, y se rió al verlo.

—Sabe a qué he venido, ¿verdad? —le dije.

—Sí, claro que lo sé; hace ya un buen rato que supe de su presencia, pero descuide, no me ha molestado ni interrumpido… Lamento que hayan sido vanos sus intentos de abrir esa puerta, pero sólo una cosa podría hacerlo…

Y sacó de su bolsillo una fina llave de plata que me mostró sin dejar de sonreír.

—Sólo esto, señor Prescott, puede abrir esa puerta, pero observe que he tenido el detalle de abrírsela yo mismo para que no desesperase… Por lo demás, señor Mart Prescott, permítame decirle que su cuchillo no sirve de nada.

—Quizá sí —dije blandiéndolo ante él—. ¿Qué le ha hecho usted a Jean?

Una expresión curiosa, acaso de dolor, veló entonces sus ojos sonrientes.

—Es mía —dijo con rabia—. Usted no puede hacer nada, porque… yo…

Me abalancé sobre él… o al menos quise hacerlo. Pero la verdad es que el cuchillo acabó en el suelo, sin que yo pretendiera soltarlo. El Caballero no se había movido, sin embargo. Sentí sus ojos clavándose terriblemente en los míos y sentí a la vez que perdía mis fuerzas, mi energía, la violencia con que había intentado atacarle. Estaba paralizado, rendido aunque no quisiera rendirme. Rígido ante su presencia. Me agaché a duras penas para recoger el cuchillo del suelo; lo hice pero no pude levantarlo amenazante contra él. Me sentí inmóvil, como una estatua.

El Caballero pasó entonces a mi lado.

—Sígame —me dijo.

Lo seguí como un autómata, saliendo al pasillo donde antes había aguardado. ¿Qué poder hipnótico me impedía defenderme, a pesar de que intentaba hacerlo?

Futaine comenzó a subir los peldaños que llevaban a la casa. Lo seguí hasta el salón y a un gesto suyo, sin poder resistirme, caí sentado en una silla. Aún no había

oscurecido por completo, pero el sol se ponía por el oeste. Había a mi lado una mesa baja. El Caballero Futaine me tocó suavemente un brazo y tuve la sensación no del todo desagradable de que una fuerte descarga eléctrica me recorría el cuerpo. Cayó de nuevo el cuchillo de mis manos, yendo a parar a la mesa baja.

Jean nos había seguido, me di cuenta entonces porque la vi rígida en el salón, con los ojos inexpresivos de antes. Futaine dio unos pasos hacia ella y enlazó con un brazo su cintura. Quise hablar, pero sentí como si tuviera la boca llena de barro. Tuve que hacer un gran esfuerzo para mascullar unas palabras.

—¡Maldito sea, Futaine! ¡Déjela libre!

Se separó de ella y avanzó unos pasos hacia mí, mirándome con un profundo desprecio.

—¡Es usted un imbécil! Podría matarle fácilmente, ¿es que no se da cuenta? Podría hacer que se fuese de aquí, que anduviera hasta el callejón más sucio de Hollywood y que allí, con sus propias manos, hundiera ese cuchillo en su cuello… Tengo el poder de hacerlo, si me viene en gana… Y usted lo sabe… Lo acaba de descubrir todo. Lo sabe todo acerca de mis poderes…

—Sí —dije con gran dificultad—. Sé bien quién es usted, un maldito endemoniado… ¡Suelte a Jean de una vez!

El rostro de la bestia se contrajo dolorosamente.

—No es suya, es mía… ¡No es Jean, es Sonya! —dijo ahora con una voz mucho más grave y gutural.

Recordé entonces la noche en que el Caballero Futaine conoció a Jean, en el *party* de Jack.

Leyó bien la interrogación que había en mis ojos.

—Hace muchos años conocí a una muchacha preciosa —comenzó a decir—. Era Sonya. La mataron clavándole una estaca en el pecho… Ha pasado mucho tiempo desde aquello, y ahora que he conocido a esta mujer, que es la reencarnación de Sonya, no puedo perderla… Nadie hará que me separe de ella.

—La ha convertido en un ser demoníaco, como usted mismo —logré decir aunque sentía paralizados mis labios—. Quizá tenga que matarla también…

Futaine miró entonces a Jean con angustia.

—No, usted no la matará —me respondió—. Es mía, ya tiene los estigmas de nuestra estirpe… Aunque… aún está viva… No será un vampiro hasta que haya muerto… o hasta que haya probado la sangre… cosa que es preciso que haga esta misma noche.

Lo insulté con todas las palabrotas que me vinieron a la boca. Pero tocó mis labios y no pude emitir ni un sonido más, ni un lamento. Entonces se fueron. Oí la puerta al cerrarse.

Corría la noche. Todos mis fútiles esfuerzos por levantarme de aquella silla me convencieron de que no tenía escapatoria. Ni siquiera podía gritar, nada me salía de

entre los labios… Más de un vez pensé con terror que acabaría volviéndome loco, irremisiblemente loco…

Pensaba en Jean y recordaba las ominosas palabras de Futaine. La desesperación agónica que sentía, al no poder siquiera gritar, me hizo caer en un estado parecido al coma, del que aún no sé cuánto tiempo pasó hasta que logré recuperar la consciencia. Sólo sé que transcurrieron varias horas hasta que sentí pasos.

Abrí los ojos entonces y vi a Jean. La miré ardientemente, tratando de adivinar en ella los rasgos de la siniestra metamorfosis, pero nada aprecié, salvo las marcas en su cuello. Estaba tan hermosa como siempre. Se tumbó tranquilamente en un sofá y cerró los ojos.

El Caballero Futaine pasó ante mí y se sentó en el borde del sofá donde dormía Jean. La miraba con absoluta admiración. Ya he hablado de su rostro incongruentemente juvenil… Bien, pues ahora parecía viejo, muy viejo. Inconcebiblemente viejo.

Así estuvo, contemplando a Jean con absoluto embeleso, mucho rato. Al fin levantó los ojos para mirarme. Fue hasta mí y tocó mis labios con sus dedos. Pude hablar. Sentí que la sangre corría de nuevo por mis venas, que recuperaba mi vitalidad, que la vida volvía a mí con toda su intensidad. Moví un brazo para cerciorarme de que había cesado mi parálisis.

—Aún está… inmaculada —me dijo el Caballero Futaine con mucha emoción—. No he podido hacerlo…

Me miraba comprensivo, aunque no le creí, seguí sin fiarme, esperando cualquier artimaña de su parte.

Futaine me sonrió entonces amargamente.

—Le digo la verdad, créame… Puedo convertirla en un muerto viviente, como yo mismo… Estuve a punto de hacerlo… Pero en el último instante decidí que sería injusto, que ella no se lo merece —miró entonces a la ventana y dijo tristemente—: Amanecerá muy pronto.

Intenté alcanzar el cuchillo, que seguía en la mesa. El Caballero Futaine se adelantó, apartándolo.

—Espere —me rogó—. Tengo que contarle algo, señor Prescott… Usted sabe qué y quién soy…

Asentí.

—Eso no quiere decir —prosiguió— que me conozca; sabe quién soy, sabe qué soy, pero no tiene ni idea del porqué, lo desconoce todo acerca de mí… Bueno, al fin y al cabo usted es un hombre, un humano, y yo… yo soy un muerto viviente. Hace mucho tiempo fui víctima de un vampiro, y como vampiro yo mismo he vivido a través de las edades, sumido constantemente en el mismo y amargo suplicio de Tántalo… Así ha sido, señor Prescott, a través de los siglos… He conocido a Ricardo, a Enrique y a Isabel de Inglaterra… Allí por donde fui sembré el terror y la destrucción apenas caía la noche…

Soy un ser ajeno a la vida. Soy un muerto viviente.

Su vocecilla parecía más apagada y meliflua según iba haciéndome aquella confesión.

—Yo, el vampiro —siguió diciendo el Caballero Futaine—; yo, el que acecha en las sombras; yo, la criatura demoníaca; yo, quien hace de su existencia *negotium perambulans in tenebris*.

»Pero créame si le digo que no siempre fui así… En tiempos, en Turena, antes de que fuese convertido en una criatura de las sombras, amé a una dama, una joven deliciosa… Sonya… Y cuando más enamorado estaba fui víctima de un vampiro. Enfermé hasta morir. Y reviví. Ya era un vampiro. Seguía amando a Sonya, sin embargo, como aman los vampiros, por lo que la visitaba todas las noches para hacer de ella otro vampiro. Sonya, igualmente, enfermó hasta morir… Y durante un tiempo fuimos juntos a través de las noches, como vagamos los vampiros: ni vivos ni muertos. Sabía bien que Sonya no era mi Sonya, sin embargo. Tenía su cuerpo, pero Sonya era malvada. Comprendí entonces que había destruido su alma.

»Un día, abrieron su tumba y un sacerdote le clavó una estaca en el pecho, atravesándole el corazón. Luego la redujeron a cenizas. A mí no me encontraron, no hallaron dónde estaba mi ataúd. Comprendí entonces que el amor no era para mí, que el amor es algo de lo que no puede gozar un vampiro.

»Pero renació en mi corazón la esperanza cuando conocí a…

Jean… Habían pasado cientos de años desde que Sonya fue reducida a cenizas, pero creí haberla encontrado de nuevo… Y la tomé para mí con una fuerza que hubiera resistido cualquier empeño humano por impedírmelo.

Al Caballero Futaine le caían pesadamente los párpados sobre los ojos. Parecía infinitamente anciano.

—Ningún empeño humano hubiera podido apartarme de ella… Pero comprendí —siguió diciendo tras una pausa— que no podía condenarla a la misma existencia infernal que yo sufro. Tenía que olvidar mi amor por ella, tenía que evitarle lo que le hice a Sonya precisamente a causa del amor que la tenía… Recordé que la había destruido. Y no quise destruir también a esta encantadora muchacha.

Miré con bastante melancolía a Jean, que dormía en el sofá. El Caballero la miró también, asintiendo con un gesto lleno de ternura.

—Sí, tiene los estigmas del vampiro —dijo—. Morirá, salvo que yo… salvo que yo sea destruido —añadió haciéndome un gesto significativo—… Si usted me hubiera clavado ese cuchillo en el corazón, ella sería libre —miró de nuevo a la ventana—: Muy pronto saldrá el sol…

Volvió a mirar a Jean con una dulzura extraordinaria.

—Es bellísima —dijo—. Demasiado bella para convertirse en una criatura infernal…

El Caballero Futaine se dirigió a la puerta. Al pasar a mi lado depositó cuidadosamente algo sobre la mesa. Ya en la puerta, se volvió para sonreírme

tristemente con sus labios escarlata. Me miraba confiado, sin miedo; creo que incluso feliz. Abatió sus brazos en un gesto que podía parecer teatral, pero que no tenía nada de eso.

—Ha llegado el momento de despedirnos, amigo… Ha llegado la hora de mi muerte.

Oí sus pasos dirigiéndose a la cripta. Oí también la puerta de acero cerrándose. Ya me había abandonado por completo la parálisis. Temblaba, pues sabía que tenía que hacer lo que era debido muy pronto. No podía fallar.

Miré a la mesa baja que había junto a la silla donde seguía sentado. Junto al cuchillo vi una pequeña llave de plata…

Tan cerca de la oscuridad

Theodore Sturgeon

(1918 - 1985)

«Yo no soy un escritor… un escritor es alguien que tiene que escribir. La única razón por la que escribo es porque es la única manera que puedo justificar todas las otras cosas que no hice». Así se definió en un momento de su fecunda y extraordinaria carrera Edward Hamilton Waldo, más conocido por los amantes de la literatura fantástica, en especial de la ciencia ficción, como Theodore Sturgeon. Su aportación al género fue, básicamente, una cuestión de estilo, pues éste predominaba sobre el argumento de sus relatos; Sturgeon privilegió la técnica literaria por encima de la idea, que adquiría fuerza, precisamente, por la manera de explicarla, de narrarla. Por otra parte, su gran tema fue siempre el ser humano en toda su compleja dimensión, aunque hablara de una Medusa galáctica, como en la novela *Violación cósmica* (*The Cosmic Rape*, 1953) o de niños con graves deficiencias mentales, en otra de sus más populares ficciones, *Más que humano* (*More Than Human*, 1952).

En sus más ambiciosos trabajos de ciencia ficción, la acción dramática pierde protagonismo a favor de sus peculiares obsesiones filosóficas y éticas. Un claro ejemplo lo encontramos en el cuento «*Si todos los hombres fueran hermanos, ¿permitirías que alguno se casara con tu hermana*?» (*If All Men Were Brothers, Would You Let One Marry Your Sister*?, 1967), donde plantea el tema de una sociedad humana, moradora de un distante planeta, en el cual no existe el tabú del incesto. Un humano, proveniente de un planeta «convencional», se enfrenta al impacto psicológico de tener que aceptar esta forma de vivir. Sturgeon, a través de extensos diálogos entre los personajes, al estilo socrático, explora con detenimiento la espinosa cuestión de por qué resulta o no inmoral que miembros de una misma familia tengan relaciones sexuales. De hecho, Sturgeon fue un transgresor en una época muy poco receptiva a tales planteamientos, como demuestra su controvertida novela *Venus más X* (*Venus plus X*, 1960), centrada en una sociedad compuesta por seres hermafroditas. A Sturgeon le fascinaba el tema de la culpa y sus infinitos recursos a la hora de obstaculizar la vida de los hombres. No es extraño, pues, que el relato «Si todos los hombres fueran hermanos, ¿permitirías que alguno se casara con tu hermana?» concluya con el siguiente pensamiento: Espero que la historia, ficticia como es, genere, sin embargo, algunas fructíferas discusiones.

Sin embargo, a Theodore Sturgeon le encantaban asimismo los relatos de horror, como demuestra su inolvidable antología de cuentos *La fuente del Unicornio* (*E*

Pluribus Unicorn, 1953), en la que hallamos dos sobresalientes cuentos de vampiros, «*El osito de felpa del profesor*» (*The Professor's Teddy Bear*, 1948) —donde la mórbida relación entre un no-muerto y su víctima, un niño, está narrada como un cuento infantil con final *gore*— y «*La música*» (*The Music*, 1953) —un brevísimo relato contado muy subjetivamente por un vampiro que se escapa, irónicamente, de un hospital—. Su pasión por los no-muertos le empujó a escribir una novela, *Some of Your Blood* (1961), que no ha logrado el merecido reconocimiento a causa, principalmente, de su original mezcla de vampirismo, psiquiatría y áspero realismo, que se aparta de las convenciones más rancias del género, profundizando, por el contrario, en las típicas obsesiones libidinosas de Sturgeon, tocadas por un leve matiz de provocación, de transgresión: de ahí que el protagonista/vampiro/enfermo mental George Smith —cuyo nombre auténtico es Bela—, beba sangre menstrual… En «*Tan cerca de la oscuridad*» —publicada en el número de noviembre de 1955 de la revista *Fantastic Universe*—, el literato estadounidense renueva el arquetipo del vampiro convirtiéndolo en una especie aparte al hombre, cuyos orígenes extraterrestres le confieren la peculiaridad de alimentarse de la energía psíquica de sus víctimas. Curiosamente, ciertos elementos de «*Tan cerca de la oscuridad*» —cf. el carácter alienígena de los chupasangres—, aparecen en la novela de Brian W. Aldiss *Drácula desencadenado* (*Dracula Unbound*, 1991).

Cuando era niño Theodore Sturgeon quería ser gimnasta, pero una larga enfermedad afectó su corazón y le impidió llevar a cabo su sueño. De adulto fue vendedor a domicilio de congeladores y de revistas durante la primera mitad de los años treinta, marino mercante (1935 - 1938), administrador de un hotel en la India Oriental (1940 - 1941), director de una agencia de publicidad (1944), editor de la revista *Tales of Tomorrow* (1950), crítico literario para *Venture Magazine* (1957 - 58), editor para *Worlds of If* (1961 - 64), articulista de *The National Review* (1961 - 73) y guionista de televisión, entre 1966 y 1969, para series como *La conquista del espacio* (*Star Trek*, temporadas 1966 - 1969), *Los Invasores* (*The Invaders*, temporadas 1967 - 1968) y *Jim West* (*Wild, Wild West*, temporadas 1965 - 1969), sin olvidarnos de su etapa como crítico literario para la revista *Galaxy* (1972 - 74) y como columnista para *The New York Times Book Review* (1974 - 75). Le gustaba tocar una guitarra de doce cuerdas, cocinar y componer canciones obscenas.

Un escritor amigo suyo lo describió como un fenómeno surgido de Filadelfia, una criatura de ojos amarillos y barbita de chivo, una voz fúnebre y la sonrisa similar a la del dios Pan. Tuvo problemas en la escuela secundaria. Huyó hacia el mar. Se hizo nudista, se casó y se divorció, compuso música, redactó avisos comerciales y escribió fantasía de todo tipo.

Tan cerca de la oscuridad

(So Near The Darkness)

Theodore Sturgeon

1

Ésta es la historia de una pitillera china de plata, algo de brillantina para el cabello, una lámpara de mesa y dos chicas, una relativamente guapa y la otra muy guapa. La historia también concierne, en cierto modo, a una criatura llamada Arrara[24], debido tal nombre a su peculiar mal carácter.

La chica relativamente guapa había sido bautizada con el nombre de Organtina[25], pero cuando comprobó en el Greenwich Village que los melenudos se reían y bromeaban con su nombre, decidió eliminar las dos primeras sílabas del mismo. Tina era atractiva, de forma un tanto milagrosa; su cabello tenía una tonalidad perfectamente equilibrada entre el rubio y el castaño, de tal manera que podría describirse su pelo como delicado en la sombra y luminoso como para quitar el aliento bajo el sol.

Tina vendía conchas marinas en Chelsea, una ocupación que le resultaba difícil de describir cuando estaba emocionalmente alterada.

En su pequeña y colorista tienda del Village despachaba conchas marinas y tortugas, y máscaras teatrales y muñecas hechas también con trozos de conchas marinas.

También vendía objetos de arte y otras curiosidades, tales como artículos puramente decorativos, sin otra función que la del adorno, todo lo cual hacía que su negocio fuera muy provechoso. Adoraba esas cosas inútiles pero muy decorativas, que además vendía estupendamente, como pasteles recién horneados. Como los pasteles calientes de Eddy Southworth.

La verdad es que resulta muy fácil convertir una tontería en algo que se vende bien. Basta con que cojas una cosa cualquiera, sea de cemento, sea una concha, sea una caracola, le pones encima una valva de mejillón, por ejemplo, y lo espolvoreas todo con pintura verde de París en *spray*. El más enterado del lugar te preguntará: «¿Es un anillo para la servilleta?», o «¿es un pisapapeles?», o «¿es para sostener el tenedor de la ensaladera?». La respuesta correcta deberá ser: «Me encanta tratar con clientes de buen gusto, y claro que es lo que usted dice; esta mañana, una dama muy distinguida…».

Después te ríes mientras la clientela busca en sus *jeans* el dinero para satisfacer el precio desorbitado de esa nadería, pues en Chelsea abundan las damiselas en *jeans* que pululan por el Village tratando de ser *de rigeur*.

Tina vendía tan bien aquellas cosas, que se permitía el lujo de cambiar el escaparate de su tienda todas las semanas. Ahora tenía allí una pieza que consistía en un trozo de coral con pinzas de cangrejo pegadas. El título de la pieza era: *Esqueleto artístico* (no comestible). Y a la semana siguiente podía tener en el escaparate otra

cosa, algo más abstracto, una perla de bisutería, sin más, bajo el título *Arte sin concha*. Y no había una concha por ninguna parte, por supuesto.

En la tercera semana de un cálido marzo, Tina se empleaba concienzudamente con sus tenacillas, su cemento, su lima suiza y unas cuantas herramientas más. Trabajaba en la trastienda bajo la luz de una espléndida lámpara de mesa, de alto voltaje.

La puerta en arco que separaba la tienda de la trastienda era pequeña, aunque Tina también lo era, más bien menuda. Sabía cuándo entraba algún cliente de dos formas: una, por la célula fotoeléctrica que activaba un timbre apenas empujaba alguien la puerta; la otra, por el agujero que había en la pared que separaba la tienda de la trastienda. Un agujero que le quedaba a la altura de la vista mientras trabajaba sentada, aunque no era lo suficientemente grande como para que pudiera dominar en su totalidad el espacio de la tienda.

Imaginemos su sorpresa cuando al mirar por aquel agujero vio a un hombre en su tienda.

Eddy Southworth, que tenía por *hobby* la electrónica, le había asegurado la total imposibilidad de que alguien entrara por la puerta sin hacer que saltase la célula fotoeléctrica. El timbre no había sonado y quien estaba allí, en su tienda, era un hombre de cabello negro aplastado con brillantina y cejas muy finas.

Tina salió rápidamente de la trastienda mientras se arreglaba el pelo con los dedos.

—¿Sí? —inquirió tan abruptamente que aquel hombre dio un paso atrás.

—Sí, hola —dijo el hombre.

Era joven y tenía una voz de medio registro, como un oboe. La miró rápidamente y de inmediato bajó la vista para clavarla en el mostrador, como si meditase.

—¿Desea… algo? —le preguntó imperativa pero amable.

Esperó tras el mostrador, pero no hubo respuesta. El hombre se dio la vuelta, miró a su alrededor y calibró todo lo que había en la tienda.

—Ese viejo juego de conchas —dijo al fin, aparentemente satisfecho consigo mismo.

—Sólo he visto un juego como ése, y hace mucho tiempo; lo tenía mi abuelo, que fundó este negocio… ¿Hay algo… inanimado en esta tienda que le llame la atención como si fuese un ser vivo?

—¡Oh, sí! —dijo el hombre, decidiéndose al fin a mirarla de frente. Había algo irónico en sus cejas—. Pero en realidad quiero hacerle una pregunta… ¿Dónde estaba usted la noche del veinticinco de marzo de hace dos años?

—¿Lo dice en serio? —peguntó Tina mirándole asombrada.

—Sí, por supuesto —respondió el otro, muy serio—. Realmente me gustaría saberlo… Me resulta difícil explicarle por qué, pero tenga por seguro que es muy importante para mí.

—Pues no sé si podré… Espere un momento —Tina echó la cabeza hacia atrás y

cerró los ojos. Hace dos años… Claro… Había estado en Rochester—. ¡Ya lo recuerdo! —dijo—. Es muy extraño que me haya preguntado eso… Pasé aquella primavera en Rochester con una tía mía, con la que tuve una discusión bastante tonta que ahora me da vergüenza recordar. Yo era entonces como una *girlscout* y me dediqué a ir por ahí, por las colinas, completamente sola… No vi un alma en dos semanas.

—¿Seguro? —aquel hombre la miraba intensamente—. Haga memoria… ¿Nadie supo por dónde andaba?

—Nadie. Y repito que no vi un alma en dos semanas —afirmó Tina rotundamente —. ¿Y dónde estuvo usted aquella noche, si me permite preguntárselo? Sí, precisamente aquella noche por la que me pregunta.

El hombre sonrió con una sonrisa realmente blanca. Sus dientes parecían dominarlo todo.

—Lo siento —se disculpó—. Es un poco embarazoso para mí decirlo… ¿Le gustaría ganar algún dinero?

Tina asintió enérgicamente.

—Sí, vendiendo conchas marinas, precisamente —dijo.

—Hablo de dinero de verdad.

—¿Cómo? ¿Vendiendo conchas marinas y caracolas?

El hombre hizo un gesto de resignación.

—De una cosa sí estoy seguro —dijo—. Es usted una estúpida sin paliativos.

—Lo tomaré como un cumplido. —dijo Tina y añadió—: Lo que dice es mucho más de lo que podría esperar…

El hombre se echó a reír

—Tiene usted un gran sentido del humor, incluso ante las provocaciones —dijo —. He supuesto que tenía un excelente sentido del humor, observando su escaparate. Se ríe usted en la mismísima cara de la recesión económica… Seguro que eso la deja a salvo de cualquier amenaza.

—Póngame a prueba —dijo sin inflexiones notables en la voz—. Creo que se llevaría usted una buena sorpresa.

Las cejas del hombre se tensaron como las alas de un cuervo.

—Puede que sí —aceptó.

—Bien, ¿y qué tiene que ver mi sentido del humor con todo esto? —preguntó Tina mirándole desafiante.

—Más de lo que usted supone —respondió el otro—. Tengo un trabajo que concluir y necesito una chica como usted, que me ayude —hizo una pausa mostrando una forzada paciencia, con la cara muy larga—. ¿Un cigarrillo?

Sacó una pitillera de plata y se la ofreció a Tina, sin abrirla.

Ella dejó de mover la cabeza en sentido negativo y tomó la pitillera.

—¡Qué cosa tan bonita! —exclamó.

—¿Verdad que sí? —dijo el hombre.

—Sin la menor duda… ¡Qué dragón tan precioso!

—Hay siete dragones —apuntó el hombre.

—¿Siete? ¡Oh, es verdad! Dos aquí, en el borde… Los otros estarán alrededor… Quizá junto a la pagoda…

—Hay más pagodas, véalo…

—¡Sí! —y se echó a reír Tina—. Y hay más dragones… A ver… Sí, espere que los cuente… Hay dos dragones más aquí…

—Hay otros dos en el reverso —dijo el hombre en voz baja.

Tina dio la vuelta a la pitillera.

—Éstos no me gustan —dijo—. Parecen realmente feroces.

—Es que han estado luchando entre sí… Pero los dragones deben aparentar ferocidad —dijo el hombre.

Ella lo miró amoscada. La lentitud de las maneras de aquel hombre, y el hecho de que fuera tan bien parecido, daban un curioso tono sardónico a todo lo que decía.

Convencida de que era imposible ir más allá en cualquier conversación con él, clavó los ojos en la pitillera, como si la repasara atentamente.

—¿Dónde está el séptimo dragón? —preguntó.

«*Arrara, Arrara*», dijo entonces la pitillera con una voz blanda, tartamudeando como un niño que tuviera los labios untados, rojos de caramelo.

Tina parpadeó primero y cerró los ojos después. La pitillera se movía suavemente en sus manos, como si intentase escapar de ellas. Temblorosa, abrió los ojos de nuevo. Aquel joven trataba de quitársela y ella la soltó con bastante repulsión.

«*Arrara*», dijo la pitillera, indignada.

—¡Cállate! —le ordenó el hombre.

—No he dicho una palabra —se disculpó Tina.

—No era a usted —dijo el hombre—. Lo decía porque estaba absorto en cualquier cosa sin importancia… ¿Un cigarrillo?

—No, gracias —respondió Tina molesta, mirando con un profundo desagrado aquella pitillera que antes le había causado admiración, mientras el hombre la guardaba en un bolsillo—. El séptimo dragón está en el interior, ¿no es así?

—Así es —reconoció el hombre—. Pero hablemos ahora de ese trabajo que le decía… Le ofrezco compartirlo conmigo; ya le he dicho que busco una chica como usted. Sé que lo hará estupendamente.

—No lo dudo —dijo Tina humedeciéndose los labios—. Pero me gustaría saber antes de qué se trata, para así poder considerar la respuesta, no quisiera precipitarme antes de darle el no…

—Bien, he aquí de qué se trata… Un amigo mío quiere… casarse, es una manera de decirlo, y usted es la persona ideal… Oh, por favor, deje de mover la cabeza de esa forma…

—Creo que no puedo ayudarle… es una manera de decirlo… Adiós.

—Adiós… Me llamo Lee Brokaw y soy bailarín.

La miró de la cabeza a los pies y sonrió.

—Por supuesto —prosiguió—, no he dicho adiós porque no quiera volver a verla… Me gustaría pedirle perdón por mi torpe insistencia… ¿Qué tal si cenamos juntos esta noche?

Por toda respuesta, Tina se dirigió a la puerta y al abrirla la célula fotoeléctrica hizo que sonara el timbre. Funcionaba, como siempre.

—Adelante, caballero… Creo que ya ha pasado el tiempo en que debo atender a mi clientela… Adiós —dijo mostrándole la salida.

El hombre asintió resignado y salió por la puerta que Tina mantenía abierta.

—Hasta mañana —dijo a modo de despedida.

Tina agitó la cabeza, entró y cerró la puerta. Realmente se había cansado atendiendo a un tipo muy distinto de su clientela habitual, y encima para nada de provecho. Es verdad que a veces se cansaba también de soportar a aquellas damas que buscaban objetos inútiles con que decorar a cada poco las habitaciones de sus casas, pero aquel Lee Brokaw era tan raro como batir huevos en la cerveza… ¿Qué habría en el interior de aquella maldita pitillera?

2

Tina cenó aquella noche con Eddy Southworth. Era un artista que vivía y trabajaba en el Village, pero al contrario que gran parte de los artistas, tenía horario fijo. Era muy conocido y fácil de localizar. Sus trabajos destacaban por el excelente buen gusto con que estaban hechos y su calidad extraordinaria. Se exhibían en el escaparate de la Blue Tower Cafetería, y cualquiera que probase sus pasteles calientes, además de repetir, se convencía de que Eddy era realmente un gran artista. Cenar con él suponía oírle hablar de la clientela, escucharle frases en ocasiones no muy amables sobre los empleados y comentar románticamente la *spécialité* de la *maison* para el mes, mientras ordenaba: «¡Echa ahí más sirope de cereza!».

—¡Tina, alimento de los dioses! ¿Qué te trae por aquí, preciosa? —había preguntado al verla llegar, pero antes de que pudiera responderle ya la había sobrepasado, llenando el ambiente con el delicioso aroma de los *pancakes* que llevaba en una bandeja.

—Eddy, ¿qué tipo de hombre puede pasar por mi puerta sin que se active la célula fotoeléctrica y no suene el timbre? —consiguió preguntarle un poco después.

—Un fantasma —respondió Eddy solemnemente—. O un vampiro… ¿Ha entrado alguno a tu tienda?

Ella asintió.

—Eso es magnífico —dijo Eddy automáticamente mientras iba hasta el final de la barra y comenzaba a tirar algo al cubo—. ¿Cómo? —dijo entonces y volvió sobre sus pasos—. ¿Cómo era ese tipo? ¿Llevaba una capa negra? ¿Tenía colmillos y un demonio en el bolsillo?

—No… Bueno, sí… Tenía un dragón en su pitillera.

Llegaron los pasteles calientes que había pedido Tina. Eddy se marcó un *sprint* hasta la plancha para dar la vuelta a unas cuantas cosas que allí se hacían, tiró algo más al cubo de la basura, volvió a la plancha y vertió sobre ella un chorro de algo que después sería dulce y consistente, describiendo en el aire un arco que levantó aplausos de unos cuantos tipos que estaban en la barra. Eddy puso mantequilla en buena cantidad sobre todo aquello y volvió raudo junto a Tina.

—Te sentirías como una cabritilla, ¿no?

—Un poco paralizada, más bien —dijo Tina masticando un bocado.

—Como si estuvieses ante un lobo. No ante un licántropo.

—No, nada de eso —dijo suspirando—. No es nada de eso… O al menos no lo parece, quiero decir… Me quería para algo muy concreto…

Eddy asentía.

—Pero dices que no es un lobo, ni siquiera un licántropo… ¿Estás segura?

—Creo —pareció meditar ella mientras hablaba, como si le costara un gran

esfuerzo hablar—, que me quiere para algo mucho peor y más deshonroso que la muerte. Un lobo sólo me mataría…

Sonrió, abandonando su boca la tensión que mostraba hasta entonces. Eddy tomó un par de pasteles al tiempo, lo que significaba que estaba absorto en sus pensamientos.

—¿Y qué hay de ese dragón del que me hablaste? —preguntó al fin.

—Está en la más bella pitillera de plata que jamás hayas visto…

—¿Y cómo era?

—Creo que se llama Arrara, algo así…

Eddy la miró aterrado.

—No digas eso, por favor…

—Lo siento Eddy, lo siento mucho, no pretendía asustarte… Sólo te cuento lo que me dijo aquel tipo… Quiero un poco de café…

—¡Un café negro! —pidió Eddy—. ¿Pero dónde está esa linda manzanita que atendía la barra hace poco? Dime, Tina, ¿sabes dónde encontrarle?

—Es bailarín —respondió ella—. Cuando se iba de mi tienda señaló al Mello Club y me dijo que trabajaba allí… Luego me dio su tarjeta, mira: *Brokawy Rapunzel, adagio*.

—Me gustaría que me atendieses —dijo Eddy a la camarera—. Tina, creo que no me gusta nada ese tipo…

—Sí, Eddy.

—¿Crees que irá a verte mañana?

—Me temo que sí, Eddy.

—Bien, pero no vayas tú al Mello Club.

—Sí, Eddy.

Pero Tina fue al Mello Club nada más salir de la cafetería, para ver la actuación de Brokaw.

El Mello Club era un antro en el que el techo, de tan bajo, parecía haber aceptado el reto de un montón de clientes que le hubieran preguntado: «¿Puedes bajar un poco más?». La luz era tan escasa que el ojo humano tenía muchas dificultades para adaptarse, aun después de un largo rato allí. O quizá fuera, nada más, un caso generalizado de reluctancia a aceptar la atroz mezcla de colores de la decoración.

La decoración, por lo demás, era funcional en tanto que cada cosa parecía tener una función… Pero la más importante, al parecer, era que la clientela estuviese en la mayor oscuridad posible, de modo, quizá, que cada cliente pudiera pensar en su solo disgusto de verse allí, sin preocuparse de lo demás, lo que haría que no protestase. Nadie, por ejemplo, alzaba la voz para decir cualquier cosa malsonante cuando aparecía en escena el maestro de ceremonias y hacía las presentaciones. Lo que no necesitaba presentación alguna era el ambiente acre, la atmósfera arruinada del local: se presentaba solita… Era, en resumidas cuentas, un sitio de lo más saludable.

Tina bajó la escalera por la que se accedía a la sala, y al entrar tuvo la sensación

de que lo hacía en un trombón. Se defendió con los codos de aquella estrechez en la que estaba, y caminó como si tuviera los ojos cerrados. Era menuda, pero avanzaba como un destructor. Al final encontró una mesa prácticamente pegada al escenario y tomó asiento.

Apenas lo había hecho cuando la estruendosa cacofonía de la orquestina se dejó sentir y el maestro de ceremonias apareció en escena, haciendo entonces una brusca parada la música, una parada como un golpe.

Micrófono en mano, atildado y repeinado, allí estaba el maestro de ceremonias. Entre el techo y su cabeza apenas cabían un par de dedos, pero eso no parecía arredrarlo, pues comenzó a anunciar las actuaciones de aquella noche a voz en grito, con un entusiasmo tan notable como inconcebible.

Tina tenía los codos apoyados en la mesa, de modo que las manos le quedaran a la altura de las orejas para poder tapárselas a conveniencia, mientras miraba aquí y allá por ver si en algún lugar aparecía ante su vista Lee Brokaw. Sólo cuando el maestro de ceremonias decía alguna obscenidad pretendidamente graciosa, despegaba Tina las manos de sus orejas, como para cerciorarse de que había oído lo que en efecto había oído.

Hacía mucho calor. Alguien echaba el aliento en su cuello. Estaba tan pegada la concurrencia que temía ella, a su vez, echar el aliento a alguien que estuviese allí, en la mesa próxima. Y de golpe, el ambiente se oscureció aún más, pues quitaron la poca luz de la sala.

En el escenario, alguien que parecía golpear el cuero de un timbal con las alas de una mosca, más que con las manos y los brazos, se fue haciendo visible poco a poco, a medida que una luz muy tenue caía sobre él. Parecía haber gran expectación, pues de las mesas no se oía ni un ruido. Lentamente se hizo sobre el escenario una luz más, una luz a medias azul y a medias verde, que parecía sobrevolarlo. Se hizo aquella luz tan lentamente, que tardó Tina unos cuantos segundos en percatarse de que se veía un poco mejor, lo justo como para notar otra presencia en el escenario, la de una figura que se movía lentamente… ¿Sería el bailarín? Miró con atención, aguzando la vista cuanto le era posible… Era una figura bastante blanca, no le traía el recuerdo de Lee Brokaw. Se incrementó un poco más aquella luz a medias azul y a medias verde, y pudo ver entonces que se trataba de una chica completamente desnuda, espléndida, con un cuerpazo… No llevaba nada, salvo un sombrero de copa… ¿O sería una corona? Había luz, sí, pero no la suficiente como para poder percibir las cosas claramente.

La chica comenzó a danzar. Había cesado el suave golpeo del timbal y sólo se dejaba sentir una melodía tenue, los acordes de una guitarra. La chica se movía muy lentamente. Dio un par de pasitos al frente, se dejó caer de rodillas, inclinó el cuello y su espléndida mata de pelo se derramó sobre el escenario.

Cesaron los desnudos acordes de la guitarra y llenó el ambiente entonces el timbal, ahora golpeado con más ritmo y dureza por quien lo tocaba. Cayó sobre el

escenario otra luz, amarilla ahora, y comenzó a tocar la orquestina, a un lado del escenario, discordante, desafinada sobre todo en sus instrumentos metálicos, haciendo daño a los oídos.

Tina seguía contemplando, no sin admiración, a la bailarina, que continuaba de rodillas, con el cabello derramado sobre el escenario… Lo que llevaba no era ni un sombrero de copa ni una corona, sino un original peinado hecho con su propio cabello rubio como el oro, tan abundante y rico como para que aún le sobrase aquella cascada desvanecida en el suelo. Comenzó a levantar la cabeza muy despacio, armónicamente, sin mover nada más, aún de rodillas… Tenía los ojos azules, preciosos, grandes… Lentamente apareció tras ella otra figura, y empezó la chica entonces a mover los brazos, también con enorme armonía y lentitud, mientras levantaba el tronco. Sólo entonces vio Tina que quien estaba detrás de la chica era Lee Brokaw.

Estaba tras ella, de pie, impasible, mirándola; pero a medida que la muchacha levantaba el tronco, la tomaba por la cintura, agachándose lentamente, y con sus dedos parecía tirar de ella hacia arriba, alzándola muy despacio. Poco después, de pie ya ambos, se abrazaban para iniciar una danza muy delicada, que tenía como mayor virtud la de permitir que se intuyese el vuelo maravilloso del cabello de aquella mujer, que parecía fuego líquido. O humo dorado. Nunca había visto Tina un cabello como aquél… Y recordó entonces el anuncio que había hecho poco antes el maestro de ceremonias: «Rapunzel, Rapunzel… ¡Derrama tu cabello de oro sobre nosotros!».

La orquestina atacó entonces una especie de danza apache, y ambos, Lee Brokaw y Rapunzel, se movieron cual felinos… Brokaw, un tipo bien parecido, era absolutamente hermoso entonces. La bailarina, inenarrable, fieros sus ojos azules. Según la música, a veces hacían una pausa y en su extatismo parecían perfectas figuras de cera.

Tras una de aquellas pausas, el bailarín tomó una de las manos de la bailarina y la hizo girar sobre sí misma; luego, arqueó ella la espalda, echando la cabeza hacia atrás, derramando de nuevo la cascada de su cabello como fuego líquido, y Brokaw, con una sonrisa diabólica, mostraba sus dientes, en los que sobresalían dos colmillos aterradores. Lentamente se inclinaba sobre ella y parecía morderla en el cuello al tiempo que un estremecimiento de placer sacudía a Rapunzel. Siempre con una armónica lentitud en los movimientos, Brokaw se apartaba de ella y Rapunzel se erguía contoneándose con absoluta elegancia… Y resultaban perfectamente visibles dos pequeñas marcas en su cuello.

Ya erguida la bailarina, el bailarín iniciaba entonces una danza frenética por el escenario, rodeándola de continuo. Ella se llevaba las manos a los cabellos y se movía ondulando las caderas. El tempo de la música se hacía más acuciante; Brokaw se acercaba a Rapunzel, la tomaba de nuevo por la cintura, y giraban ambos al unísono mientras la música ascendía en busca del clímax. Él la frenaba en seco, en una pirueta final, y ambos quedaban como una estatua, fijos en el piso del escenario,

inmóviles en una suerte de abrazo.

Pero no concluía ahí el número. Volvía la orquestina a atacar a un ritmo bestial, un crescendo en el que la luz, por primera vez, iba a la par de la música, permitiendo contemplar a los bailarines con mayor nitidez, y en uno de los giros vertiginosos que acababan de iniciar, Brokaw levantaba el puño y golpeaba duramente con él el rostro bellísimo de Rapunzel. Ella caía al suelo, desmadejada como una muñeca de trapo, y cesaba de golpe la música para que sólo se oyese nuevamente el timbal tocado más con alas de mosca que con manos y brazos. Comenzó a menguar de nuevo la luz sobre el escenario, y al tiempo que se oían tres golpes de timbal, Brokaw se dejaba caer tres veces de rodillas sobre la cara de la bailarina tendida.

Después, en absoluto silencio, habiendo callado también el aleteo del timbal, Lee Brokaw se ponía lentamente de pie. Una mujer dio un grito de júbilo, seguido por aplausos que secundaron unos cuantos. Brokaw sonrió de nuevo, y se agachó ceremonioso para recoger el cuerpo desmadejado de la bailarina, levantarlo y echárselo sobre los hombros para salir del escenario. Mientras se iba, el montón de miembros inertes de Rapunzel desprendían una suerte de ráfaga de luz blanca, que se perdía tras la cortina. Sólo entonces se apreció que era un maniquí.

—¡Pero si parecía bailar realmente! —murmuró para sí Tina.

—¿Qué truco hace este tipo con las luces? —dijo un hombre sentado a su lado, tras su cogote, golpeando la mesa—. Ella, totalmente en blanco; él, totalmente en negro… Y no se notaba que la movía…

Atronó el ambiente pútrido de la sala el timbal, una vez más, y volvió a hacerse una oscuridad infecta. Entonces apareció de nuevo en el escenario Lee Brokaw, agradeciendo unos tibios aplausos que aún se oían, sonriente bajo la tenue luz que le daba en el rostro.

Se detuvo precisamente bajo aquel foco lánguido. Ahora parecía terriblemente pálido. Empezó a hurgarse en el pecho… Y se oyó tras él, o junto a él, o frente a él, era imposible saberlo aunque se percibió claramente, algo que sonó así:

«Arrara».

—Este hombre parece enfermo —dijo alguien.

—¡Es su corazón! —gritó una mujer levantándose de su asiento.

—¿Qué tiene en la mano derecha, un corazón? —preguntó a Tina el hombre que le echaba el aliento en el cogote.

—Tiene un dragón en la pitillera —dijo Tina claramente, en voz alta, pero como es lógico nadie la prestó atención.

Brokaw hizo una leve inclinación de cabeza y se perdió tras la cortina. El maestro de ceremonias, que había retocado su maquillaje luciendo ahora una tez plateada, volvió armado de micrófono y Tina se levantó rápidamente para alcanzar cuanto más aprisa mejor la puerta de salida, después de pagar lo que había pedido y dejar el diez por ciento de propina. Subió rápidamente la escalera que llevaba a la calle.

El aire de la noche le pareció delicioso. Aún estaba sobrecogida por el final del

número de Lee Brokaw. Caminó a buen paso en dirección a su casa, que estaba próxima, y poco a poco la curiosidad fue imponiéndose sobre la impresión tan desagradable que le había causado el espectáculo.

¿Qué clase de hombre era Lee Brokaw? ¿Por qué haciendo un número como aquél no estaba en un local de la calle 52, o incluso de Broadway? ¿Y por qué parecía tan afectado por hallarse en posesión de una pitillera como aquélla, de la que por otra parte parecía orgulloso, pues sin duda todo el mundo elogiaría su belleza tanto como lo había hecho ella?

¿Y por qué estaba tan seguro de que ella querría volver a verlo? ¿Acaso estaba convencido de que, picada por la curiosidad, iría a presenciar su actuación, como lo había hecho? Y por encima de todo, ¿qué deseaba de ella?

Ya en su apartamento, se acarició suavemente con los dedos las mejillas y la mandíbula… Quizá el bailarín buscase una nueva pareja de baile, dado que, de tanto golpearlas en el escenario, tuviera que reemplazarlas continuamente… La verdad es que el clímax de su número, aparte de extraño, era realmente espectacular… Quizá se sintiera atraído por un cabello como el suyo…

3

Tina se puso el pijama y se sintió mucho mejor. Llevó a su mesita de noche algún material de trabajo y un libro de diseño, además de un par de volúmenes de la *Enciclopedia Británica* en los que se hablaba de las conchas y de las caracolas marinas. No pudo leer mucho, pues pronto cayó rendida por el sueño.

No había dormido más de cuatro horas cuando se despertó. Abrió lentamente los ojos, sin moverse. Algo le dijo que no debía sobresaltarse, ni incorporarse de golpe, sino permanecer en calma y observar… La situación en sí se resumía en que allí estaba el rostro imperturbable y bellísimo de Lee Brokaw, mostrando deseo en su sonrisa, que parecía flotar entre ella y la pared… Su mirada era aún más profunda.

—¿Qué… qué? —empezó a decir ella, mientras su rostro pasaba del pálido al rosa y después al escarlata, o al sanguíneo, como si se la contemplase a través de unas gafas con los cristales rojos.

Pero entonces se esfumó el rostro de Brokaw.

Tina se escondió bajo las sábanas. Lentamente sacó un brazo en dirección a la mesita de noche, y tanteó buscando el interruptor de la lámpara… La encendió y escondió de nuevo el brazo bajo las sábanas. Muy despacio empezó a destaparse la cara y abrió los ojos.

No había nada que ver.

Respiró profundamente, se incorporó en el lecho, se levantó y cruzó la habitación para encender la luz del techo y tener más claridad.

Nada. Plantada en el centro de su habitación, giró lentamente sobre sí misma, mirando con atención… Por el rabillo del ojo atisbó un movimiento y gritó aterrada, pero se rehizo de inmediato: era su reflejo en el espejo del cuarto de baño, que tenía la puerta abierta.

—¡Sí que empiezo bien el día! —dijo aliviada, pero con las pupilas dilatadas y la respiración entrecortada—. ¡Un mal sueño, hermanita! —dijo viéndose en el espejo —. Deberías aceptar que no estás precisamente guapa, querida…

Se lavó la cara y volvió a la cama. Pero al poco se levantó de nuevo, fue al armario y sacó de allí un par de zapatos de golf, que puso en la mesita de noche, sobre los volúmenes de la enciclopedia. Después apagó la luz del techo, apagó también la luz del cuarto de baño, volvió a la cama, se acostó, se tapó bien y finalmente apagó la lámpara de la mesita.

A esas alturas de la noche estaba, más que aterrada, atónita. Hacía muchas lunas que no pasaba una noche tan horrible. El insomnio la ponía de mal humor, pero como quería reírse de sí misma, al menos, comenzó a imaginar una pesadilla en tecnicolor en la que un dragón volador se quería estampar contra su cabeza.

Sonrió en la oscuridad, se dio la vuelta y abrió los ojos, pero sólo para ver de

nuevo la cara de Lee Brokaw. Se había preparado bien, sin embargo, para algo así, de manera que no se asustó, alargó el brazo, tomó uno de los zapatos de golf y lo arrojó contra la aparición… El zapato se estrelló justo entre los ojos de aquella cara. Luego se oyó un ruido lejano y amortiguado. De la calle subía una voz que profería agrias imprecaciones.

Tina volvió a encender la lámpara de su mesita, se levantó de la cama y se acercó temerosa a la ventana. Lo comprendió todo al instante: el zapato había salido a través de la ventana abierta para caer en la cabeza del policía que hacía su ronda por la acera. Naturalmente, el policía miraba hacia arriba sin dejar de proferir imprecaciones y amenazas, furioso, rascándose la cabeza. Y se calló nada más verla. Había cometido Tina el error de asomarse a la ventana después de encender la luz, pero aún tardaría un poco en darse cuenta.

¡Un policía! Bueno, a pesar de haberle tirado un zapato, podía sentirse tranquila. El policía la protegería de Brokaw; no se atrevería el estúpido bailarín a importunarla, más que nada porque ya tenía muy claro Tina que el policía clavaba su vista en aquella ventana con luz y le daría la protección requerida, sólo con pedírsela. Incluso pondría entre rejas al imbécil de Brokaw, si osaba rondar por allí a esas horas para molestarla.

Su cerebro reaccionaba al fin. Nada más lógico, pues, que tratase de explicar al policía lo que había ocurrido.

—Es que había una cara flotando en mi habitación y le tiré un zapato para que se fuera… Por favor, le pido que se lleve a un tal Lee Brokaw, si aparece por aquí; no hace más que molestarme —dijo.

—¡Oh, no! —exclamó el policía, resignado.

Tina se giró como para dirigirse a alguien que estuviese en su habitación. El policía la oyó gritar:

—Ya te enseñaré yo a meterte en mi habitación a estas horas de la noche, ¡imbécil!

—Señorita —dijo el policía con la voz ahora en calma—, le ruego que hable más bajo con su amigo, o me veré obligado a intervenir…

—Lo siento, agente. —dijo asomándose de nuevo a la ventana. Y luego, volviéndose hacia el interior—: Ya ves lo que has hecho, ¡desgraciado!

Entonces oyó la voz triste y a la vez sarcástica del policía, diciendo:

—Pobre tipo, no me gustaría estar en sus zapatos…

A la mañana siguiente abrió la tienda unos minutos más tarde de lo habitual. No sólo se había despertado cansada por el trajín nocturno, sino que tuvo que dar explicaciones al encargado del edificio de apartamentos acerca de lo que había ocurrido la noche anterior y el consiguiente escándalo, que alertó a otros inquilinos. En realidad, estaba algo más que cansada… En su universo todo lo presidía ya Lee Brokaw.

Abrió la tienda y de inmediato se dirigió a la trastienda, con la idea de concluir lo

que había comenzado el día anterior. Antes, había activado la célula fotoeléctrica de la puerta.

Apenas había comenzado a trabajar cuando se percató de repente de que en la pared que daba a su derecha había escrito algo con un lápiz plateado, uno de los colores que utilizaba ella. Decía, simplemente: «Aquí estoy».

La letra era bonita, incluso artística. Podía ser una letra de mujer.

—Muy bien —murmuró Tina mirando a la pared—. Pues aquí estoy yo también.

Pero entonces descubrió otra mancha en el lado contrario. Era la cara que había visto flotar en su habitación, pintada con lápiz blanco. No hizo nada. Después de contemplar aquello durante unos segundos se limitó a cerrar los ojos, como si aguardase a que desapareciera.

Comenzó a decir para sí, hablando en voz muy baja:

—¿Qué puedo decir ahora, Tina? Dime, ¿qué puedo decir? —asintió antes de continuar—: Adelante, no te rindas… Te sentirás mucho mejor si no te rindes. —hizo una pausa y siguió diciéndose—: De acuerdo, no me rendiré… Pero debí hacer caso a Eddy y no ir a ver el espectáculo de ese demonio…

Tina se repitió una y otra vez que aquello no debía de haber ocurrido. Y que quizá debiera largarse de Chelsea, del mismo Nueva York… Cualquier cosa con tal de alejarse cuanto le fuera posible de Lee Brokaw.

Pero irse de allí presentaba unas cuantas dificultades, primero por su negocio. Y después por lo que suponía una rendición, intolerable desde un punto de vista ético… Así que seguiría donde estaba. Pero si continuaba allí, tendría que afrontar, seguramente, cosas aún más inquietantes que las sufridas hasta ese momento y apenas en un día. Tendría que aventar como fuese, como si fuera humo, el problema. Así, preparada para lo peor, podría hacer frente a lo que se le presentara. Y si todo resultaba a fin de cuentas no ser tan grave, pues mejor, eso era lo que más deseaba.

¿Qué hacer, pues?

Antes que nada, encontrarse con Lee Brokaw y tratar de conocer su historia. Obligarle a hablar como si fuese una concha cuya apertura había que forzar.

Sonó el timbre de la puerta, accionado por la célula fotoeléctrica. Salió rápidamente a la tienda.

—¡Eddy! —exclamó aliviada, esperando que no se percatase su amigo de que estaba al borde de las lágrimas.

—Hola, muñeca…

—Hola, pastelero —trató de sonreír ella.

Eddy tomó entre sus dedos una concha marina y comenzó a juguetear con ella, absorto.

—Dime, ¿has pensado algo más acerca de ese tal Lee Brokaw, has llegado a alguna conclusión?

—No, la verdad…

—Dijiste que era un vampiro…

—No, eso lo dijiste tú —le corrigió ella—. Todo lo que sé de él es que entró aquí para proponerme algo que no me interesó; es más, ni siquiera le permití que terminara de hacerme su proposición… Bueno, y sé que me mostró una pitillera preciosa, y que…

—Sigue…

—¡Bah!

Eddy supo que con aquella exclamación le decía que no deseaba seguir hablando de aquello, así que tomó él la palabra.

—Vale —dijo—, tomemos las cosas como son, sin hacer juicios… Todo lo que sabes es que ese tipo entró aquí sin que se activara la célula fotoeléctrica de la puerta… Bien… Y te hizo una proposición que te pareció inaceptable, no dejándole que se explicara del todo… Y no sabes, naturalmente, de qué se trataba en realidad…

—Sí lo sé, ahora lo sé —dijo Tina, a la defensiva—. Mira, Eddy; si de veras crees que Lee Brokaw es un rival sobrenatural, una especie de muerto viviente… pues será mejor que pienses otra cosa. Es otro tipo de demonio…

—No tendría inconveniente en hacerlo —respondió Eddy con voz y expresión de poco convencimiento.

—Eddy —siguió diciendo ella ahora en tono reflexivo—, ¿qué es lo que nos resulta tan fascinante de ese Lee Brokaw, al que tú no conoces y del que yo apenas tengo noticia? Nunca te había visto tan interesado en alguien…

—Es que nadie me había hablado así de alguien, jamás… Al menos de alguien a quien se puede ver y hasta tocar —respondió Eddy—. Te diré lo que sé, Tina… Quizá consigamos así aclarar un par de cosas… Anoche, una media hora antes de que cerrara la cafetería, entró Shaw… Ya le conoces… Es el *manager* de ese agujero podrido en el que trabaja Lee Brokaw. Estaba bastante alterado y buscaba a Brokaw. Se derrumbó en una silla y comenzó a preguntar a varios clientes si lo habían visto… El segundo pase del espectáculo comenzaría en breve y Brokaw no aparecía por ninguna parte.

—¿Alguien lo había visto? —preguntó Tina.

Eddy negó con la cabeza.

—Ninguno de los clientes de mi cafetería parecía saber algo —siguió diciendo—. Recordé lo que me habías contado y me llevé a Shaw a un aparte. Me confesó que temía algo raro, por no decir realmente lamentable, y que Brokaw había hecho una primera actuación que había asustado a muchos de sus clientes… Pero en realidad, me pareció que lo que temía de verdad es que algún competidor le hubiera arrebatado a Brokaw, ofreciéndole un contrato mejor, aunque pretendiese que se interesaba por el muchacho, por si le había ocurrido algo…

»Le pregunté entonces qué sabía acerca de Brokaw, por si eso servía para que pudiéramos orientarle acerca del lugar en el que podría hallarse. Shaw no sabía una palabra. Brokaw, en realidad, sólo llevaba dos días trabajando en el Mello Club… A Shaw, en realidad, no le gusta su número, pero…

—Es algo espantoso —dijo entonces Tina.

—Casi todos los números que presentan ahí son muy malos, la verdad… Bueno, da igual… Le dije… ¿Cómo? ¿Qué has dicho? ¿Cómo sabes que es un número espantoso?

—Fui a verlo, Eddy.

—De manera que fuiste a verlo… ¿No te dije que no te acercaras a ese lugar infecto?

—Sí, Eddy, me lo dijiste… ¿No me preguntas nada más? —dijo con un tono de voz amable.

—No… Ya veo… La pequeña Miss Musculitos se ha creído tan fuerte como para no hacer caso a los buenos consejos que recibe, ¿eh? Muy bien, Tina. De ahora en adelante procuraré no meterme en tus cosas, ni preocuparme por tus problemas. Sabes cuidar de ti misma, ¿no? Ya veremos cuando alguien te agarre por el cuello y…

—Lo sé, lo sé, ya vale… No tendré derecho a pedirte ayuda… Tranquilo, no lo haré.

Eddy se dirigió a la puerta.

—No iba a decir eso… Sólo quería decirte que no olvides lo que has visto hacer a ese tipo, es un degenerado.

Sonó el timbre activado por la célula fotoeléctrica en cuanto Eddy abrió la puerta para irse. Un sonido que realmente hería de muerte al silencio.

4

Tina se quedó mirando cómo se alejaba Eddy, contrariado, y se cruzó de brazos violentamente, preguntándose cómo era posible que todos los hombres, sin excepción, fueran tan estúpidos. ¿Por qué no había un solo hombre que mantuviese una amistad con una chica, sólo eso, sin pretender convertirse en su ángel guardián, o en su guardaespaldas, si no en el dueño de todos sus actos? Y eso que Eddy era un hombre que decía admirarla por su independencia, por su valentía, por su carácter autosuficiente… Apretó los labios enojada y soltó un suspiro, que era un lamento. Un lamento que pareció hallar réplica en otro igual, al fondo de la tienda.

Era un lamento que más bien parecía de dolor, sin embargo, no de contrariedad. Un lamento de desolación, carente de toda esperanza.

Eddy estaba a sólo medio bloque de distancia de su tienda. Era un tipo egocéntrico, una especie de dictador que se creía en condiciones de cuidar de las mujeres porque éstas, según él, no saben cuidar de sí mismas. Le había molestado que decidiera investigar por sí sola, metiéndose en el club. Tina se encogió de hombros y se fue a la trastienda.

Allí no había nada, salvo aquel lamento. Miró a su alrededor y nada. Ni siquiera podía ser el eco de su propio lamento, por la sencilla razón de que ya no se lamentaba… Después levantó el bonito bajel en miniatura que tenía sobre su mesa de trabajo, y nada. Con cierta dificultad, dado que rara vez lo abría, miró en el armario tirando con fuerza de las dos hojas de la puerta. Miró en el interior, a derecha y a izquierda. Nada. Pero seguía oyéndose aquel ruido, aquel lamento, aquella especie de respiración quejumbrosa. Decidió entonces levantar la trampilla del sótano, lo que también la obligó a un gran esfuerzo, pues llevaba igualmente mucho tiempo sin abrirse, y descendió los peldaños de la corta escalera. Justo al final de la misma estaba sentado Lee Brokaw.

—¿Señor Brokaw? —preguntó Tina, titubeante.

Brokaw se levantó raudo, violentamente incluso, y pegó la espalda contra la pared, muy asustado. Estaba sucio, muy desastrado; tenía su rostro antes bien parecido como cubierto de rastrojos, pero es que estaba sin afeitar. Nada de eso, sin embargo, pareció acabar con su gesto sardónico, una vez la vio.

—¡Ah, es usted! —dijo con la voz casi como de tenor.

No obstante, algo en él sugería que, en efecto, estaba muy asustado.

—¿Qué le ha ocurrido, se encuentra bien? —le preguntó Tina alarmada—. Venga, salgamos de aquí…

—¿Podría esconderme usted en algún lugar donde nadie me vea?

—Vamos, no le verá nadie —prometió ella.

Comenzó a caminar hacia ella, sin dejar de mirarla. Tenía ahora los ojos llenos de

agradecimiento y esperanza, pero seguía viéndose en ellos un gran miedo. Iba de puntillas. «Este hombre no deja de danzar ni un minuto», pensó Tina.

Ni un minuto.

Ya en la trastienda, revoloteó alrededor de ella como una pluma movida por el viento, y así se asomó a la tienda.

—Ciérrela —pidió a Tina.

—El timbre nos avisará si entra alguien.

—¿Está segura? —dijo él y sonrió burlón.

Tina recordó lo que pasaba con la célula fotoeléctrica cuando él, precisamente él, entraba en la tienda.

—¡Oh! —exclamó—. Puede estar tranquilo, aparte ese barquito y siéntese; yo puedo ver desde aquí si entra *algo* —dijo Tina cuando ya estaban de nuevo en la trastienda y de inmediato se preguntó por qué había dicho *algo* en vez de *alguien*—. ¿Tiene algún problema?

Dijo que sí con la cabeza mientras tomaba asiento lentamente.

Ella lo miró con mucha atención. Parecía muy joven y muy frágil. Parecía torturado por el miedo. Ya no mostraba su rostro aquella sonrisa cruel de antes. Por ejemplo, de cuando vio su cara por la noche, en su habitación, cuando le tiró el zapato de golf.

—Anoche lo vi —le confesó impulsivamente.

—Ya lo sé —dijo él mientras se llevaba la mano al bolsillo interior de la americana—, aunque yo no la vi a usted.

—¡Ah, la pitillera! —dijo ella—. No querrá decir que gruñía porque yo estaba allí…

—Pues sí —dijo él y sacó del bolsillo la pitillera, alargándosela cuidadosamente a través de la mesa.

Ella la miró sin atreverse a tocarla, ni siquiera se atrevía a rozarla… Pero estaba decidida a saber lo que hiciera falta saber. Así que apretó los dientes, se armó de valor y dijo:

—La voy a abrir.

—Adelante —la animó Brokaw como si pensara en otra cosa, como si tuviese cosas más importantes en las que pensar.

Tina lo miró entonces desconfiada. Brokaw tenía los ojos cerrados y fruncido el ceño, como si meditase profundamente. Ella respiró hondo y tomó la pitillera entre las manos. La pitillera se abrió.

De todo lo que esperaba encontrar en aquella pitillera de plata china —cualquier cosa espantosa, algún amuleto, unas runas—, lo que menos se imaginaba era aquella musiquilla electrónica que se oyó nada más abrirla. Es decir, lo único que en realidad contenía la pitillera de plata. Eso la sorprendió mucho más que cualquier otra cosa.

Sintió algo así como cuando en un sueño subes diez escalones de una escalera que sólo tiene nueve. Sí era verdad, no obstante, que había otro dragón allí, justo en el

medio del recipiente para los cigarrillos, pero no era más feo que los otros, incluso parecía que le hubieran grabado una sonrisa. Bueno, también había en la pitillera algunos cigarrillos.

—Me parece que ya estoy cansándome de este estúpido juego —dijo Tina, encarándose con el otro—. Lee Brokaw, dígame de una vez quién es usted y qué se propone, por qué ha querido asustarme. ¿Por qué hace cosas que sabe positivamente que no puedo creer y que incluso pueden hacer que experimente un gran resentimiento hacia usted?

Descansó la cabeza sobre la mano del codo que apoyaba en la mesa y la miró atentamente. Sus ojos volvían a ser burlones.

—Soy bailarín —dijo—; si usted me dice primero qué piensa, qué cree que hago, quizá pueda satisfacer su curiosidad… Necesito desesperadamente que haga algo por mí… He acudido a usted porque es la persona idónea para ello —y extendió sus manos abiertas como si dijese «¿puede haber algo más simple?», recostándose después en el respaldo de la silla.

—¿Pero qué quiere que haga? —preguntó ella.

—¿Eso quiere decir que lo hará? —preguntó Brokaw con un brillo de esperanza en los ojos.

Tina negó con la cabeza.

—No he dicho nada parecido.

—No se lo pediría —siguió Brokaw— si temiese una mínima posibilidad de que no fuera usted la persona idónea.

—Bien, dejémoslo estar —dijo Tina—. Tengo trabajo por hacer.

—Si no acepta, me verá en todas partes —dijo él—. En su casa, mientras trabaja…

—Sí, ya lo he comprobado un par de veces —dijo ella ácidamente—. Creo que podría acostumbrarme.

—No, no lo crea, siempre sería peor —replicó él no menos ácidamente, como si temiese que aquello se le fuera de las manos—. Vería mi cara en la de aquéllos con los que hablase. Y sentiría mis manos recorriéndole el rostro y el cuerpo… Y oiría mi voz cuando escuchase música; es más, acabaría no oyendo otra cosa en este mundo que no fuese mi voz. Y acabaría no viendo otra cara que no fuese la mía. Y acabaría no sintiendo otras manos que no fuesen las mías… Se volvería loca.

—Puedo mantenerme a salvo de usted —replicó ella retadora—. No creo que pueda traspasar las paredes tranquilamente.

—¿Y las vigas maestras?

Tina siguió enervándose.

—No me importa lo que haga o pueda hacer… Usted está loco… La verdad sea dicha, le miro y no creo que pudiera convencerme de que hiciese algo por usted…

«*Arrara…*».

—¡Oh, no, por favor! —exclamó Brokaw, levantándose de su silla para

arrodillarse a los pies de Tina, y tomar sus manos, y mirarla con ojos suplicantes y llenos de terror. Le temblaron los labios cuando comenzó a hablar dificultosamente.

—Eso ha sido el último aviso, ocurrirá hoy mismo, esta noche… Ayúdeme, Tina, se lo ruego… Sólo usted puede ayudarme —y hundió su rostro en el regazo de la mujer.

Ella contempló atónita sus hombros rendidos y recordó la calma sardónica con la que poco antes se había expresado aquel hombre que ahora suplicaba su ayuda, y que había perdido por completo la compostura, esa sensación de poder que irradiaba. No podía por menos que compadecerse ahora de aquel pobre muchacho arrojado a sus pies.

Tina le acarició el cabello tan negro.

—Pobrecillo —musitó—. Le ayudaré… No llore, Lee, por favor; le ayudaré, se lo prometo…

Se incorporó para abrazarla.

—¿De veras que me ayudará? ¿De verdad?

—Me especializo —dijo ella intentando evitar que asomaran lágrimas a sus ojos — en recuperar juguetes rotos…

—Es usted un ángel —dijo Brokaw arrebatado y la besó. Fue un beso tierno y limpio: en la mejilla, casi a la altura de uno de sus ojos.

—Ahora, tome asiento y tranquilícese, Lee… Le he hecho una promesa, ¿no? Creo que merezco que me lo cuente todo.

—He matado a un hombre —dijo Lee, y sin quitar los ojos de los de Tina tomó asiento lentamente en la silla de antes—. Lo maté mientras dormía. Le golpeé con un adorno de bronce y luego le rajé el cuello con un cuchillo. Su piel era muy dura —prosiguió— y el cuchillo era pequeño y apenas tenía filo… Creo que tardé horas en rajarle el cuello.

—Ya veo —dijo Tina tratando de mantener la calma; incluso intentó sonreír, pero desistió de inmediato, como si temiera que se le cuartease la piel al esforzarse—. Y aquello le dejó un gran trauma psíquico…

—Supongo… —dijo él muy serio, tratando de no parecer jactancioso—. Pero eso no sería nada en sí mismo… Creo que incluso me alegraría si sólo fuera eso… Pero, compréndalo; después de haber hecho algo así tengo que huir, y no puedo… La gente me conoce. Creo que incluso llegaría a ser noticia… Soy un hombre conocido.

—Así es…

—¿Se lo parece? Bueno, eso no importa ahora… Ya no soy el que era… He cambiado… He vendido mi alma…

—¿Pero qué tontería me está contando? —dijo Tina evidentemente alarmada.

—Adelante, no importa, diga lo que está pensando, diga que soy un psicópata… Pero si está decidida a ayudarme comprobará que no lo soy. ¿Acaso no sabe que en este mundo hay otras formas de vida muy distintas de esas que se estudian en los libros de biología? Usted trabaja con conchas y caracolas marinas, ¿no? Bien, pues

estará familiarizada con sus formas, sabe que no hay una igual a la otra, aunque se parezcan tanto… Usted sabe igualmente que no todo el marisco tiene el mismo sabor, seguro que conoce bien sus peculiaridades… ¿Sabe usted que hay conchas en los Grandes Lagos…

—¿… que carecen de estroncio carbonatado porque tienen carbonato cálcico? ¡Pues claro que lo sé! Seguro que leo más que usted acerca de todo eso…

—Escuche, por favor —dijo Lee—. No sé bien cuánto tiempo… Da igual… Mire, hay criaturas que se alimentan exclusivamente de celulosa, y otras que se alimentan de lo que excretan esas criaturas que viven de la celulosa.

—Pues por aquí tiene usted unas cuantas termitas —dijo Tina, que empezaba a sentirse mejor. Sabía bastante de la psicología anormal como para creerse capaz de manejar aquella situación.

Él la ignoraba, sin embargo.

—Hay criaturas —siguió diciendo Brokaw— que se alimentan de granito y hay líquenes que viven en el granito… ¿Por qué? El mundo está lleno de simbiosis semejantes, incluso entre los humanos… Hay microbios que viven en nosotros, sin los cuales moriríamos. E igual le digo que hay criaturas en la tierra, en las que no se desarrolla el alma más allá de lo que hace que una termita pueda digerir la celulosa…

Esas criaturas se alimentan del alma de las demás. Viven sólo en la medida que poseen el alma, la esencia de otros.

—Eso tiene cierta lógica —dijo Tina—. Incluso si no se producen así las cosas realmente, tiene lógica.

—Pero no podemos comprender sus motivaciones, ni sus métodos; sólo algunas cosas relacionadas con su microbiología intestinal, que es lo más evidente.

—Así es; un razonamiento muy inteligente, el suyo —admitió Tina intentando que no se le notaran sus reservas mentales—. ¿Pero cómo sabría usted que una criatura de las que habla quiere comerle el alma, según sus propias palabras, o poseerlo mentalmente, esencialmente?

—Mediante la promesa hecha, mediante mi palabra dada —dijo tristemente—. Habrá oído contar usted un montón de historias que hablan de la venta del alma al demonio y todo eso, ¿no? Son tonterías, créame… A lo que yo he prometido dar lo llamamos alma porque no tenemos otro nombre mejor que darle, nada más, es un lugar común. Pero las leyendas y los cuentos tienen esencialmente algo de cierto, precisamente porque se basan en lugares comunes. Sólo el cielo sabe cuánta gente ha perdido su esencia, su vitalidad… o como quiera llamarlo… Esos comedores de almas son criaturas psíquicas. La presión psíquica, o la ética, si prefiere llamarla así, o la promesa hecha, es lo que encadena realmente. Te dan lo que les pidas a cambio de tu alma, en resumen.

—Veo en eso un pequeño contrasentido —observó Tina algo infatuada—. Si tienen tan fácil acceso al alma de alguien, si tienen ese poder, ¿por qué no se la quitan sin más, sin ofrecer nada a cambio?

—¿Usted entra en la carnicería y le quita por las buenas un filete al carnicero, sólo porque lo tiene a mano, y se lo come allí mismo? No, primero lo paga, luego se lo lleva a casa, después lo mete en la nevera, por fin lo cocina, puede que muy hecho, o puede que poco hecho, y después se lo sirve en el plato… Quizá le pone un poco de sal, o de tabasco, o de cualquier cosa que le apetezca… Y al fin se lo come, tras ese largo proceso.

—¿Y cuáles son esas fuentes psíquicas de las que brota todo eso? Dígamelo, por favor, ardo en deseos de saberlo.

—Las emociones —respondió Lee—. El miedo. El humor. El terror. La piedad. El disgusto…

—Ya veo… Y teme usted que le ha llegado la hora de rendir cuentas por el trato hecho.

—Si usted no lo remedia —dijo él con gran tristeza.

—No me crea capaz de tanto —dijo ella con gran modestia.

—Sé bien que puede hacerlo —dijo él.

—Ahora —siguió Tina—, cuénteme los hechos y prescinda de la teoría. Usted ha matado a un tipo. Supongo que habría alguna razón para que lo hiciera…

—Claro que sí —respondió él con un énfasis tal que supuso ella que se le removía en el interior un gran caudal de odio—. Pero después de matarlo, ya no había nada más que hacer, no tenía un lugar al que marcharme impunemente. Podrían verme mientras huía… Alguien me reconocería en el aeropuerto… Tarde o temprano me echarían el guante. Asustado, busqué refugio en una biblioteca, un lugar tranquilo en el que pensar qué hacer. Allí estaba cuando oí una tos. Me volví y vi a un hombrecillo de pie en un rincón, sonriéndome mientras se frotaba las manos… Era un hombre de lo más común. Uno de esos hombres que vemos por miles todos los días y en los que nunca reparamos. Lo único que llamaba la atención en él era su cabello, aun siendo medio calvo. Allí, en aquel rincón, con tan poca luz, casi en la penumbra, le brillaba extraordinariamente con un fantasmagórico fulgor verde, aunque lo tuviese tan escaso.

»Aquel hombre me pidió que confiase en él, me dijo que no tuviera miedo. Sabía qué había hecho yo. Me confié a él. Estaba desesperado, dispuesto a creer lo que fuera y a quien fuese. Aquel hombre me aseguró que tenía la fórmula para quitarme el problema de encima, para que pudiera seguir sintiéndome libre… Dijo que nunca tendría que pagar con la cárcel por el crimen cometido.

Lee hizo una pausa para humedecerse los labios.

—Le rogué que me ayudara… Jugó conmigo un rato, esperando a ver qué le ofrecía a cambio. Por fin le dije que pusiera el precio. Lo hizo y me dio dos años… Dos años completos… Aquello me pareció una eternidad, un gran alivio, en la situación que vivía. Acepté. Me hizo prometérselo solemnemente. Lo hice, y créame que era sincero. Entonces comenzó a instruirme acerca de cómo habría de cambiar.

Tina esperó unos segundos mientras Lee guardaba silencio. Creyó que el otro

había acabado su relato.

—¿A qué cambio se refiere? —preguntó al fin.

—No quiero decírselo —respondió Lee—; no me creería… En cualquier caso, lo cierto, lo único que cuenta, es que cambié realmente… Y que aquel hombre cumplió su parte del trato. Pude llegar libremente a Nueva York… Después… Bien, ya sabe usted a qué me dedico. Nunca, por supuesto, he tentado a la suerte. Y es verdad que no he alcanzado un gran éxito, aunque puede que aún esté a tiempo de obtener ese reconocimiento artístico que busco…

Pero lo que cuenta ahora es que estoy en peligro, que necesito liberarme definitivamente de aquel hombre y de las propias leyes, para poder vivir en paz el resto de mi vida.

—Parece un cuento —dijo Tina—. Bien, dígame ahora qué papel juega en todo esto la pitillera.

—Es una especie de talismán que obtuve la noche en que hice mi promesa —respondió Lee—. No puedo bailar sin ella. Lo he intentado, pero nada; sin la pitillera encima soy un bailarín pésimo… Parece una simple pitillera, pero…

—Comprendo —dijo Tina—. No sé mucho de esas cosas, pero sí sé que muchos actores, por ejemplo, llevan amuletos y talismanes, una patita de conejo, qué sé yo… No importa, cuénteme esos fantásticos tratos a los que aludió hace unos momentos.

—Hubiera preferido no verme obligado a hacer algo así, créame… Verá… Esos comedores de almas no le arrebatan a uno su esencia por completo… Digamos que el cuerpo muere; y es verdad que lo único a que aspiran es a comerse el alma… Pero lo que cuenta es el trato, el acuerdo que se desprende de todo eso.

—Huesos y grasa, algo así —dijo ella.

—Algo así —aceptó Lee con una sonrisa en la que ella, sin embargo, pudo ver la desesperación del hombre—. Sí, eso es la vida, huesos y grasa. Pero hay tantas cosas horribles y diabólicas en la vida… No puedo dejar de pensar en esos comedores de almas, en esos cazadores de almas que pululan por ahí, por los lugares que les son propicios, que no suelen ser otros que aquéllos en los que sucedió algo realmente malo… O por esos lugares en donde un día fueron felices con todos sus huesos y con toda su grasa.

—¿Y qué sería yo, si usted me cazara mentalmente?

—Si se negara a ayudarme lo pasaría mal, muy mal.

—Bueno, Lee… Volvamos al comienzo de todo… ¿Qué debo hacer para ayudarle?

—Es muy sencillo. Sólo tendrá que estar conmigo cuando llegue el momento. Creo que usted no es consciente de su importancia, Tina… Usted irradia bondad, valor, buen humor… Quizá yo sea hipersensible —y sonrió— y exagere las cosas, pero siento en usted todo eso de manera muy vital… Necesito que me alimente usted con su vitalidad, sólo así podré recuperarme… Creo que si estuviese usted siempre conmigo, con su buen carácter y con su fortaleza psíquica, y si yo me abriera a usted

sin reservas, cosa a la que estoy dispuesto, conseguiría hacer frente al Gran Comedor de almas, que acabaría descartándome como pieza favorita.

—O sea, que mi tarea consiste en prepararle bien, ¿no? ¿Con mucha sal? ¿Eso es todo lo que me pide? ¿Que no me separe de usted?

—Eso es todo. Absolutamente todo. Si está usted a mi lado la ciudad me será leve. Nada de antros oscuros. Deberá acompañarme a la confluencia de las calles Bleecker y Commerce… Nada de música, nada de espectáculos de brujería, nada de covachuelas… Hace un rato ha oído usted de nuevo a esa maldita pitillera. Pues bien, el tiempo corre, se me acaba a las diez en punto de esta noche.

—Y quiere que esté a su lado…

—Sí, lo necesito… ¿A qué hora cierra la tienda?

—Los martes, sobre las nueve.

—Bien, pues esperaremos…

—No —dijo Tina entonces acordándose de Eddy, temiendo que, pues ya había comenzado a meter las narices en aquello, volviera a la tienda antes de que la cerrase para ver en qué andaba ella—. Mejor nos vemos en el *drug store* de la esquina.

—De acuerdo —dijo él.

Rápidamente se puso de pie y pareció a Tina aún más joven quizá a causa del terror que seguía percibiéndose en su rostro. Salió a la tienda. Ella lo siguió mirándole con ternura.

—¿Tiene miedo de estar solo el tiempo que resta hasta que nos encontremos? —le preguntó.

Lee negó con la cabeza.

—Ya no temo nada, gracias a usted.

Abrió la puerta y salió. Ella lo siguió y entonces sí se activó la célula fotoeléctrica. Desde la puerta le dijo adiós con la mano.

—He de ir primero a otro sitio —dijo ella en voz muy baja nada más irse el otro.

De nuevo, al pasar él por la puerta, la célula fotoeléctrica había permanecido muda. Tina sacudió la cabeza y entró en su tienda. Luego se fue a la trastienda, que entonces le pareció un lugar vacío, incómodo… Como si al irse, se hubiera llevado Lee lo que lo hacía un sitio acogedor.

5

—Creo que puedo. —dijo Eddy Southworth y llamó a otro artista del *pancake* que trabajaba para él—: Joe, encárgate de estos pasteles, que tengo que hablar con Tina.

—Vale —aceptó Joe—, pero no lo hago por ti, sino por Tina…

Tarda lo que quieras, Eddy.

Eddy tomó asiento junto a Tina en una mesa apartada.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Ella empezó con lo que parecía una disculpa.

—Eddy, lamento haber sido un poco grosera contigo esta mañana, pero si hay algo que no soporto es que un hombre se crea que soy incapaz de cuidar de mí misma.

—De acuerdo, Tina, yo también lo siento… Es que me preocupo por ti, y por tu cuello…

—¿Mi cuello?

—Sí, vamos, lo que tienes en la garganta y quieres soltar…

—¡Ah, bueno! Verás, no creo correr peligro alguno, ¿de acuerdo? En cuanto a ese tal Lee Brokaw, me parece que no debes preocuparte… Te voy a contar algo, desde el principio y sin dejarme nada. Comprenderás que es un tipo inofensivo y quizá dejes entonces de inmiscuirte en mis cosas.

—Vale, te escucho.

Tina le contó las cosas tal y como se habían producido, desde la aparición de la cara flotante en su cuarto hasta la despedida de ambos en la puerta de su tienda, poco antes. Eddy escuchó sin interrumpirla, pero mostrando gestos de evidente disgusto. A lo largo de su relato, más de una vez tuvo que hacerle Tina un gesto con la mano, para que no la interrumpiera, al ver la tensión que progresivamente se iba apoderando del rostro de Eddy. Fue todo un recital, pues su memoria era magnífica y muy vívida su manera de contar las cosas.

—Y estás dispuesta a hacer lo que te pide —pudo decir al fin Eddy.

—Exacto —respondió ella.

—¡Estás completamente loca, Tina! —protestó Eddy—. Ese tipo es un asesino confeso.

—Eso parece, y seguro que un tribunal le condenaría —dijo Tina—, pero a veces hay que ir más allá de las pruebas; no todo consiste en una huella en el polvo, hay que conocer las circunstancias de cada caso… No creo que sea un asesino.

—Vale, ¿y qué hay de esa historia fantástica de su cara flotando en tu habitación, y lo de la pitillera, todo eso?

—Esa cara flotante, sí… Bueno, Eddy, ya te dije que había visto su actuación en el Mello, ¿no? Ocurre que soy una mujer bastante impresionable, debo admitirlo, tú

mismo has tenido ocasión de comprobarlo… Estoy convencida de que vi eso por simple sugestión.

—Sí, es lo más probable… Pero, al margen de todo eso, ¿por qué te has implicado de esa forma en la historia de ese tipo? Sabes perfectamente que no tiene nada que ver contigo, tú misma has visto a lo que se dedica…

—Creo, Eddy, que cada persona tiene algo que decirnos, algo profundo… Lee es un bailarín, muy bueno, por cierto, aunque quizá su espectáculo no sea el que más me guste. Pero es un gran chico, muy sensible. Creo que no hay que condenarlo por algo que posiblemente hubiera hecho cualquiera en sus mismas circunstancias… No quiero que caiga sobre mi conciencia no haberle prestado la ayuda que me pedía para salvarse.

Eddy la miraba con gesto de gran tristeza.

—Hay otra cosa que me preocupa, Tina… ¿Por qué me cuentas todo esto?

—Eddy, desde niña he sabido tomar mis propias decisiones; en cierto modo he hecho siempre lo que me daba la gana; no he querido casarme porque jamás encontré al hombre con el que ir en una misma dirección y a la misma velocidad, pero manteniendo cada uno su independencia. Esta historia con Brokaw es la primera cosa interesante que me ocurre en mucho tiempo. Eso es lo que deseaba decirte.

La miró sorprendido.

—¡Menudo discurso, muchacha!

—Quiero decirte algo más, Eddy: si te veo dentro de un rato en la confluencia de la calles Bleecker y Commerce, nuestra amistad habrá acabado para siempre, no volveré a dirigirte la palabra durante el resto de mi vida.

—No temas —dijo él—. Son las nueve menos cuarto, ¿por qué no te pasas por aquí a las once?

—Claro, Eddy…

—Tina…

Ella esperó sonriente.

—Buena suerte —dijo Eddy.

Ella sonrió, besó la punta de sus dedos y los puso en los labios de Eddy.

Una vez hubo salido Tina de la cafetería, Eddy se fue a la barra.

—¡Joe! —llamó.

—¿Sí?

—Te doy cinco pavos si te quedas aquí solito un par de horas.

—No.

—Diez *pavos*, Joe. Es importante.

—No. Lo haré por nada, Eddy. Sé bien cuándo un tipo tiene problemas, así que ve tranquilo.

—Gracias, Joe, eres un buen amigo, si necesitas algo no tienes más que pedírmelo.

—Venga, lárgate —se echó a reír Joe.

Eddy salió metiéndose en el bolsillo el llavero de Tina, que le había quitado disimuladamente del bolso.

6

Tina y Lee Brokaw bajaban por Barrow Street. Habían estado casi una hora en un pequeño bar. Lee seguía sin estar afeitado, pero tenía mejor aspecto, parecía tranquilo. Hablaba con monosílabos, sin embargo. Tina se había colgado de su brazo.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó.

—Muy bien —respondió él.

Tina notó, sin embargo, que temblaba un poco. Lee caminaba despacio y ella iba a la misma velocidad. Lee lo observaba todo detenidamente, mirando con gran atención hacia las cuatro esquinas de las calles Commerce y Bleecker. Había mucha gente, pero nadie parecía esperar en una de las esquinas.

—Quizá se haya retrasado —dijo Tina.

—No creo, no sería propio en él —dijo Lee y miró su reloj—. Esperemos cuatro minutos más.

Invirtieron un minuto y medio de aquellos cuatro en alcanzar una de las esquinas. Tina se sentía como si arrastrase un ataúd.

—¿Ha oído ese chiste del nudista que acude a un fantástico baile de disfraces con un batidor de huevos a la espalda? —le preguntó.

—No —respondió Lee con una sonrisa forzada—. ¿Qué pretendía representar?

—Un fueraborda. —dijo Tina riendo y añadió—: Esto es como querer meterlo todo en una concha, una manera de resumir… La verdad es que mi cerebro anda a gatas esta noche…

—Tranquila, Tina, tranquila, no pasará nada; pronto… —se interrumpió Lee de repente, como si le faltara el aire. Ante él estaba un hombre bajito y medio calvo, un hombrecillo común, sin nada destacable, que los miraba con gran interés.

—¿Ésta es la chica de la que me habló? —preguntó suavemente.

—Ella es —y sin la menor consideración dio un empujón a Tina para que ocupase el primer plano.

—¡Lee! —se quejó ella de la descortesía.

El hombrecillo medio calvo adelantó una mano para detenerla, para agarrarla, para llevársela, cualquier cosa que no acertaba a comprender Tina.

Se apartó, esquivándole, y a punto estuvo de caerse. Justo en ese instante Lee Brokaw echaba a correr calle Commerce abajo. Ella lo miró alarmada.

Por encima del hombro vio que el hombrecillo medio calvo se dirigía a ella de nuevo, con expresión de grave ansiedad en su rostro lechoso. Tina echó a correr dando gracias a Dios por haberse puesto aquel día unos zapatos parecidos a las zapatillas de ballet, y lo hizo a tal velocidad que por un momento creyó que alcanzaría a Brokaw.

—¡Lee! —le gritaba.

De repente vio que algo grande y negro salía de un portal y placaba violentamente a Lee Brokaw por la cintura para golpearle después brutalmente contra una farola. Aquella especie de sombra grande y negra le ponía después a Lee las manos en la espalda para arrojarlo al suelo boca abajo.

Tina detuvo su carrera a duras penas. Brokaw, sometido a la presión que ejercía sobre él la sombra grande y negra que lo había placado, se revolvía en el suelo como un gato. De repente empezó a gritar como un poseso, aterrado.

El hombre que lo había placado puso su cabeza a los pies del hombrecillo medio calvo y dijo casi gruñendo:

—Aquí tiene al que buscaba.

El hombrecillo medio calvo hizo que el otro lo levantara. Después le puso las manos en los hombros, y antes de que pudiera decirle nada, Lee comenzó a gritar de nuevo, como si las manos de aquel hombrecillo fueran de metal candente. Gritó un par de veces más, prolongada, horrorosamente, y se tiró al suelo, donde se retorcía y golpeaba la acera violentamente con sus puños, hasta que fueron cada vez más débiles sus golpes y se quedó allí tirado, inmóvil.

Aquel hombre que parecía una sombra grande dijo entonces:

—¿Estás bien, Tina?

—¡Eddy! ¡Mi querido Eddy! —y se arrojó en sus brazos como un pajarillo que buscara refugio en las ramas de un gran árbol.

Él puso una de sus mejillas en el cabello de Tina y dijo:

—Eres tonta, ¿lo ves? Pero prometo no volver a decírtelo jamás.

El hombrecillo medio calvo dijo de manera apremiante:

—Tengo aquí una orden judicial para detener al sospechoso de asesinato en el caso de Homer Sykes.

—Nunca he oído hablar de ese hombre —dijo Eddy.

—Llévame a casa, Eddy —le rogó Tina.

—Lo siento mucho —intervino entonces el hombrecillo medio calvo—, pero deberá usted acompañarme a prestar declaración, señorita.

Entre la gente que se había arremolinado en torno a ellos para contemplar la escena, apareció un policía. El hombrecillo medio calvo le ordenó que pidiese un coche patrulla y una ambulancia. Por la esquina llegaba otro policía. El hombrecillo medio calvo le dio órdenes de que se quedase junto a Lee Brokaw hasta que llegara la ambulancia. Los dos policías se cuadraron ante él.

—Caminemos un poco, por favor —pidió el hombrecillo medio calvo gentilmente —, un paseo corto hasta algo más allá del bloque… Total… ese hombre está muerto…

Tina y Eddy se miraron sorprendidos.

—De acuerdo, usted es el doctor —dijo Eddy encogiéndose de hombros.

Así llegaron a la comisaría más próxima. En un escritorio estaba un sargento de rostro amigable y algo más allá tres policías de aspecto no tan amigable, y una

matrona de gesto mucho menos amigable todavía. Los tres policías y la matrona se ocuparon rápidamente de Tina, dando muestras de una eficacia extraordinaria. La tomaron las huellas, pero no a Eddy. A Eddy sólo le preguntaron unas cuantas cosas sobre sí mismo.

Finalmente los dejaron solos en un banco, pidiéndoles que esperasen.

—¿Hemos matado a ese tipo, Sykes? —preguntó Tina.

—No, cariño —respondió Eddy dándole una palmadita en la espalda—. Todo saldrá bien, ya lo verás. ¿Quieres que te cuente un cuento?

—Cuéntame un cuento.

—Érase una vez un tipo muy tirado que quería muchísimo a una chica metida en problemas, unos problemas realmente fantásticos, así que el tipo muy tirado le quitó las llaves y comenzó cierto peregrinaje…

—Sé breve, por favor.

—Vale. Bien, quizá no me sea tan sencillo ser breve y ofrecerte la conclusión de la historia rápidamente… Da igual. El caso es que lo de Brokaw y la célula fotoeléctrica de tu tienda me interesó mucho. Pensé un montón en eso, créeme, y se me encendió una bombilla…

Fui a tu tienda en cuanto saliste de la cafetería y comprobé que basta una luz de *flash* metida en una linterna pequeña para anular la célula fotoeléctrica y entrar allí sin que suene el timbre. Basta con dirigir la luz de *flash* de esa linterna al lugar desde donde se proyecta la célula, cosa que hay que descubrir primero, naturalmente. Pero es muy sencillo.

—¡Maldita sea mi vida!

—Pues no sé qué dirás cuando te haya contado el resto de la historia…

Eddy sacó algo de uno de sus bolsillos y se lo puso a Tina en la palma de la mano. Era un disco de plástico transparente con una hendidura en una de las caras, que tenía en el filo estrías que semejaban celuloide fundido.

—Esta pequeña joya —dijo Eddy— estaba en la cubeta de tu lámpara de mesita; salvo que me equivoque, que no creo, el disco contiene una fototransparencia en color, como otras de las que ya te hablaré… Se proyecta en la oscuridad durante unos minutos, lo que tarda en girar la cinta que contiene el disco, tras haberse cargado de luz. Encendiste la lámpara, tiempo en que la fototransparencia del film se activaba, y después la apagaste. La cortina blanca de la ventana ofrecía al proyector, tu propia lámpara, una pantalla perfecta. Ahí fue cuando viste la bonita cara de tu amiguito, que era lo que contenía la fototransparencia activada por la película al girar.

—¿Pero cómo pudo…?

—Las preguntas, después, querida… Escucha… Bueno, antes que nada, comprende que jamás hubiese entrado en tu casa a investigar, de no ser porque te suponía en peligro… Había imaginado algo así, una proyección… Dijiste que tiraste un zapato de golf contra esa cara, ¿no?

Tina asintió con la cabeza.

—Justo entre los ojos.

—¿Y qué pasó con el zapato?

—Creo que voló un rato…

—Ya… Claro, la cara se proyectaba en la cortina blanca… Mira, Tina, ese Brokaw… bueno, sí, ese Brokaw… era un genio… Después de hallar el disco en la cubeta de tu lámpara de mesita, supuse que tenía más ingenios semejantes, algún otro proyector que sirviera para lo mismo, o para otras películas… Fui corriendo al Mello Club y busqué a Shaw. Es un capullo, pero me atendió bien. Le dije que había descubierto algo bastante turbio acerca de Brokaw, y era necesario que echase un vistazo en su camerino para cerciorarme de algunas cosas antes de actuar…

»A Shaw no le gustó mucho la idea, pero no puso reparos; total, estaba tan ansioso por encontrar a Brokaw que hubiera dado la pierna izquierda de su madre a quien le dijese dónde estaba. Me abrió la puerta del camerino y en paz. Todo estaba muy ordenado. Tenías que haber visto qué magníficas cabezas de maniquíes hacía Brokaw para su muñeca de baile, qué cabelleras tan espléndidas…

Bueno, el caso es que me puse a rebuscar en sus cajones y encontré esta otra maravilla.

De uno de los bolsillos interiores de su amplia cazadora sacó otro juguete electrónico, un pequeño proyector de lentes.

—Mira, hay un juego completo de discos parecidos al que hallé en tu lámpara, que se introducen en el proyector para que la imagen salga ampliada por la lente. Proyecta incluso imágenes en color —y alargó a Tina uno de los discos, que era de cristal, negro en su totalidad, a excepción de una leve mancha blanca que tenía justo en el centro. Al levantar el disco hacia la luz del techo de la comisaría vieron que esa pequeña mancha era la preciosa cara de Lee Brokaw.

»La segunda proyección de su cara, la de la ventana, la hizo el proyector automático que se activó con la luz de tu lámpara —siguió diciendo Eddy—. Pero la primera la hizo con esto, desde la calle, apuntando a tu ventana… Seguro que te había estado espiando un buen rato…

—Es probable, sí.

—Shaw me contó algo muy interesante… Es un capullo, como ya te he dicho, y basta con que te lo quedes mirando un rato sin decir nada para que empiece a soltar por la boca. Cuando salí del camerino de Lee hizo eso, al preguntarme él si había encontrado algo interesante. Me limité a mostrarle lo que había encontrado, sin abrir la boca, y entonces me dijo que había descubierto algo… Empezó por contarme que tenía una especie de periscopio en su despacho, para espiar lo que ocurría en los camerinos, que están pegados a su despacho, a través de un agujero hecho en la pared, ¿te lo imaginas? No me lo enseñó, sin embargo, pero le creo. Descubrió así una cosa muy interesante sobre tu amigo Lee Brokaw… Y comprendí entonces por qué el vicioso de Shaw estaba tan ansioso… por encontrarle…

—¿Por qué?

—Creo que será mejor esperar a que el sargento venga y te diga que puedes irte, te lo contaré después… O seguro que te lo cuenta él, ya deben saberlo…

—¿Y cómo te permitió Shaw llevarte esas cosas del camerino?

—Bueno, le hablé del cuarto secreto… Todos esos antros tienen un cuarto secreto, ya sabes… A los encargados y a los dueños no suele gustarles que la policía se entere de eso…

—Eddy, no sabes cómo te agradezco lo que has hecho… Pero te has podido buscar algún problema…

Eddy se echó a reír.

—No, tú sí que te has buscado un problema —dijo—. Al fin y al cabo, tuve suerte de que Lee echara a correr por la calle en uno de cuyos portales me había escondido… No sé si le hubiera podido atrapar si se llega a ir por otra esquina… ¡Escucha! Suena el teléfono de la mesa del sargento.

El sargento descolgó el teléfono.

—¡Al habla! —dijo.

Después no se le oyó más que afirmar continuamente mientras tomaba notas en su libreta.

—Vale —dijo finalmente—, escribiré de inmediato el informe, sólo me quedan un par de cosas —colgó y siguió escribiendo.

—Sin duda Lee tenía una mente brillante —dijo Tina—. ¿Para qué diablos querría todos esos inventos? Porque no lo hizo sólo para molestarme…

—Creo que puedo responder a tu pregunta —dijo Eddy echándose hacia atrás en el banco, levantando una pierna y sujetándose la rodilla con las dos manos—. Lee Brokaw, un tipo realmente sensible, incluso enfermizamente sensible, era víctima de un gran engaño, el de la historia esa de los comedores de almas… Tú fuiste una sustituta.

—¿Yo? ¿Una sustituta?

—Sí, tú. Vio en ti valentía y buen humor. Apreció en ti las emociones necesarias: miedo, terror, disgusto, piedad. Eso, unido a tu carácter independiente, fue lo que le hizo optar por ti.

—Y si es lo que imagino, ¿por qué supuso que el comedor de almas me confundiría con él?

—Por la misma razón que supuso que la ley haría lo mismo… Lo planeó todo con cierta meticulosidad. El crimen, aparentemente, había sido perfecto. Pero no era tan tonto como para suponer que las investigaciones no seguirían su curso, estrechando cada vez más el cerco sobre el criminal. Así que llamó a la policía y dijo que quien había matado a ese Sykes estaría en la confluencia de las calles Bleecker y Commerce a las diez de la noche. Creo que en su locura pensó que el comedor de almas mantendría su trato de librarlo de la ley, pues aceptaría, por así decirlo, carne fresca, tú misma… Un alma noble… Tengo la impresión de que Lee se llevó una terrible sorpresa al ver allí al inspector…

—Bueno, puede que ese inspector sea también un comedor de almas —bromeó Tina—. Pero sigo sin entender por qué creyó que podría confundir al comedor de almas, o que éste se contentaría conmigo… El trato era con Lee…

—Sargento —dijo entonces Eddy—. ¿Cree que nos podremos largar de aquí pronto? Tengo que seguir trabajando en lo mío…

—Sí, lo comprendo —dijo el sargento amablemente—. Me doy toda la prisa que puedo, no se preocupe.

—¿Y no podría decirnos por qué se nos retiene aquí? —insistió Eddy.

—Créame que no lo sé, amigo… Parece ser que hace dos años ese tal Sykes se casó y se lo cargaron la misma noche de la boda… Nunca encontraron a la esposa, ni hallaron una huella en la habitación… Cuando llegó la policía todo estaba limpio, había pasado mucho tiempo… Sykes se había casado, por lo que parece, con una chica que no era de la ciudad. Nadie la conocía. Estaba claro que la asesina era ella, pero no había manera… Había falseado los datos de su licencia de matrimonio.

»Pero había algo que ella no sabía. Sykes le había hecho una foto, que remitió a su hermana para que conociera a la chica con la que iba a casarse; en la carta, además, le decía que esa chica tenía en la espalda un lunar muy feo, una cosa parecida a un bicho… Bien, ahora lo sabemos todo. Andaba por aquí desde hace un año. Ahora sabemos quién era: un actor, ventrílocuo y bailarín que se hacía llamar Lee Brokaw.

—¿Lee Brokaw es una chica?

—Lo era, señorita, lo era… Está muerta… El forense dice que aparentemente murió de un síncope al ser detenida… Lo que nos hace retenerla aquí, señorita, es que es usted la viva imagen de la señora Sykes, antes de que se cortara el pelo y cambiara su maquillaje, por lo que se aprecia en esa foto que la víctima envió a su hermana… En cuanto se aclare lo del lunar en la espalda, se podrá ir usted tranquilamente, no lo dude.

—¿Una chica? Pero… pero si estaba sin afeitar… —dijo Tina.

—Nada, simple maquillaje, señorita —dijo el sargento.

—¡Pobre criatura! —exclamó apenada Tina—. Totalmente loca, más loca que un somorgujo… ¿Y cómo se le pudo ocurrir esa pesadilla del comedor de almas?

—Lógica paranoide, supongo —dijo Eddy, que de vez en cuando leía algún libro—. Un delirio de persecución genialmente racionalizado…

Poco después caminaban calle abajo.

—La verdad es que me alivia mucho saber ya que esa hipótesis del comedor de almas no fue más que una racionalización de su locura… Parecía tan convincente… ¡Ay!

—¿Qué ocurre?

—Hay alguien en ese portal —dijo Tina, asustada.

Señaló a un portal oscuro donde en principio no se veía a nadie… Eddy dirigió allí el *flash* de la linterna de Brokaw, eso con lo que anulaba la célula fotoeléctrica de

la tienda, e iluminó el portal.

Había, en efecto, un hombrecillo medio calvo del que irradiaba una extraña luminosidad bajo la luz del *flash*. El hombrecillo los miraba frotándose las manos.

El cabello le brillaba extraordinariamente con un fantasmagórico fulgor verde, había dicho Lee Brokaw.

—Ya se van ustedes, me alegro mucho —dijo el inspector bajito y medio calvo—. Una experiencia realmente desagradable, ¿verdad? —añadió acercándose a ellos mientras Tina daba un paso atrás con bastante aprensión.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo Eddy sonriendo—. ¿Usted… usted se pone… brillantina en el pelo?

El hombrecillo pasó la mano por su cabello escaso.

—Pues… sí, ¿por qué?

—¡Ja, ja, ja! ¡Vaya historia! —exclamó Eddy, y sin decir nada más tomó del brazo a Tina y tiró de ella para caminar a buen paso—. Tranquila, Tina, no ocurre nada —dijo un poco después—. Todo está en orden… ¡Perfectamente en orden, ja, ja, ja! Mira, hay uno de esos discos negros en la linterna con *flash* de Brokaw. El disco es en realidad un filtro ultravioleta… Y la brillantina resulta fluorescente bajo una luz ultravioleta, eso es todo…

Lo que no dijo Eddy a Tina, sin embargo —y esperaba de todo corazón que jamás lo descubriese su amiga— es que la brillantina, bajo una luz ultravioleta, no desprende un fulgor verde, sino azul.

Primer aniversario

Richard Matheson

(1926 - 2009)

La literatura fantástica de Richard Matheson no se articula en torno a fábulas complacientes, no se dirige a quien busca en la lectura simple distracción. Su destinatario no es aquel que lee para ampliar conocimientos, como tampoco el genio del escritor estadounidense y de su obra se reduce al artificio del susto fácil, al impacto emocional provocado por un argumento ingenioso. Novelas como *El hombre menguante* (*The Shrinking Man*, 1956) o *El último escalón* (*A Stir of Echoes*, 1958), al igual que sus cuentos —cf. «*Nacido de hombre y mujer*» (*Born of Man and Woman*, 1950), «*Lázaro 2*» (*Lazarus II*, 1953) o «*La danza de los muertos*» (*Dance of the Dead*, 1954)—, están reservados para quienes todavía pretenden indagar en los misterios de la vida, para quienes aún tienen que tomar alguna decisión acerca de su actitud ante la humanidad, incluso frente a una cierta idea de cultura (¿popular?). Al asaltarnos semejantes inquietudes, el deseo de dar los primeros pasos hacia delante y la necesidad de un guía que nos oriente y consuele, pueden descubrirnos que la buena literatura fantástica es capaz de enderezar nuestras expectativas vitales; en especial, si tomamos como modelo la figura de Matheson, un creador que inspira a un mismo tiempo un profundo respeto y admiración.

Toda esta amalgama de elementos lógicos y de trazos puramente sensitivos, de destellos entre el sueño y la pesadilla, de proximidades con la más ramplona realidad y de torvas insinuaciones macabras, se dan cumplida cita en el cuento «*Primer aniversario*», publicado por primera vez en el número de julio de 1960 de la revista para adultos *Playboy*. Richard Matheson, una vez más, describe cómo lo fantástico irrumpe de manera violenta en el día a día de los personajes, de sus verosímiles protagonistas, nuestros familiares, nuestros amigos, nuestros vecinos o ¿nosotros mismos?, transformando su entorno, alterando su propia conducta hasta extremos que bordean el caos y la (aparente) demencia, mientras intentan comprender el porqué de lo que sucede e, incluso, prueban a luchar contra ello. Es el Matheson más pesimista, aquel del que emerge un mayor dramatismo. Ya con motivo de su novela *Soy leyenda* (*I am Legend*, 1954), auténtica obra maestra de la literatura fantástica de todos los tiempos y una de las mejores narraciones de vampiros del siglo XX, muy por encima de Anne Rice y otros temibles epígonos, el escritor explicaba: «¿Qué es un monstruo? A lo largo de las páginas de *Soy leyenda* podemos ver que conceptos como normalidad/anormalidad o valores morales como el Bien y el Mal no son más que

normas sociales, convenciones adoptadas por una sociedad humana a fin de sobrevivir, con todas las virtudes y carencias de los seres humanos». Algo de ello existe en «*Primer aniversario*», así como en los otros cuentos de vampiros del autor, «*Hijo de sangre*» (*Blood Son*, 1951), también conocido como *Drink My Bloody* aparecido en la antología *Las playas del espacio* (*The Shores of Space*, Edhasa, Barcelona, 1977), «*El vestido de seda blanca*» (*Dress of White Silk*, 1951), editado en el volumen *El tercero a partir del sol* (*Third From the Sun*, Edhasa, Barcelona, 1977), protagonizados ambos, curiosamente, por dos perturbadores niños, sin olvidar «*Los vampiros no existen*» (*No Such Thing as a Vampire*, 1964) dentro de la selección *Shock II* (id. Nova Dell/Organización Editorial Novaro S.A., México, 1970).

Nacido en Nueva Jersey (EEUU) el 20 de febrero de 1926, Richard Matheson empezó a escribir ficción a la edad de siete años. El periódico *Brooklyn Eagle* publicó por primera vez algunos de sus poemas y narraciones; más tarde, al trasladarse a California, Matheson se especializó en relatos de fantasía, terror y ciencia ficción. Uno de ellos, el relato «*Nacido de hombre y mujer*» (*Born of Man and Woman*, 1950), fue publicado con gran éxito por la revista *Magazine of Fantasy and Science Fiction*. A continuación, Matheson desarrolló su faceta de novelista en títulos tan sobresalientes como *Soy Leyenda* y *El increíble hombre menguante*, y firmó su famosa trilogía de cuentos *Shock I, II y III*, editados entre 1961 y 1966. Aunque pueda sorprendernos, Richard Matheson también ha escrito novelas del Oeste: *The Memoirs of Wild Bill Hickok* (1996); policíacas como *Someone Is Bleeding* (1953), llevada al cine por el actor Alain Delon y el realizador Georges Lautner bajo el título *Los senos de hielo* (*Les seins de glace*, 1973); y románticas *Somewhere in Time* (1975), también adaptada para la gran pantalla por el director Jeannot Szwarc, bajo el título *En algún lugar del tiempo* (*Somewhere in Time*, 1980), con Christopher Reeve y Jane Seymour en los principales papeles.

Sin embargo, la relación de Richard Matheson con el cine y la televisión es uno de los aspectos de su carrera más populares e intensos. Aparte de adaptar a la pantalla varias de sus propias obras, como fue el caso de *El increíble hombre menguante* (*The Incredible Shrinking Man*, Jack Arnold, 1957), *The Last Man on Earth* (Sidney Salkow, 1964), *El último hombre vivo* (*The Omega Man*, Boris Segal, 1971) y *La leyenda de la mansión del infierno* (*The Legend of Hell House*, John Hough, 1973), Matheson se labró una interesante carrera como guionista. *El péndulo de la muerte* (*The Pit and The Pendulum*, 1961), *Historias de terror* (*Tales of Terror*, 1962) y *El cuervo* (*The Raven*, 1963), *films* dirigidos por Roger Corman sobre relatos de Edgar Allan Poe; *The Night of the Eagle* (1962), de Sidney Hayers, basado en una novela de Fritz Leiber; *La comedia de los terrores* (*Comedy of Terrors*, 1963), de Jacques Tourneur; *The Devil Rides Out* (1968), de Terence Fisher, basada en otra conocida novela, esta vez de Dennis Weathley… son, entre otros, varios de sus trabajos más importantes. Sin olvidar sus contribuciones a series televisivas de reconocida calidad como *The Twilight Zone*, donde Richard Donner, futuro director de *La profecía* y

Superman, ilustró magistralmente en la temporada 1963-1964 el cuento de Matheson «*Pesadilla a 20.000 pies*» (*Nightmare at 20.000 Feet*, 1961) o a *telefilmes* como *El diablo sobre ruedas* (*Duel*, 1971), de Steven Spielberg, *The Night Stalker* (1972), de John L. Moxey, *The Night Strangler* (1973), de Dan Curtis, o su peculiar adaptación de Bram Stoker en *Drácula* (1973), de nuevo con Curtis en la realización.

Así pues, no es de extrañar que «*Primer aniversario*» se llevara a la pequeña pantalla por el realizador Brad Turner, con guión del propio Richard Matheson, Jon Cooksey y Allison Matheson, para la segunda temporada de la serie *The Outer Limits* (1995 - 2002), una propuesta que en España pudo verse en el circuito de canales autonómicos. Una destacada ilustración de una historia que, empero, en letra impresa sigue conservando un notable poder de fascinación.

Primer aniversario

(First Anniversary)

Richard Matheson

Justo antes de que él saliera de casa el jueves por la mañana, Adeline le preguntó:

—¿Por qué me dijiste que te sabía agria?

Norman la miró sorprendido ante su reproche.

—¿Lo dije?

Estrechó su cintura y la besó en el cuello.

—No me has respondido —dijo Adeline.

Norman la miró con sumisión.

—¿A qué viene eso, querida? —preguntó.

—Bueno, cariño, dijiste que te sabía agria… Y precisamente hoy, en nuestro primer aniversario…

Pegó su mejilla a la de ella.

—Así que dije eso —susurró—. ¿No me lo puedes perdonar?

—Sigues sin responder a mi pregunta.

—¿Que sabes agria? ¡Pues claro que no! —la estrechó fuertemente y sintió la fragancia de su cabello—. ¿Lo olvidamos?

Ella le besó la punta de la nariz, sonriéndole una vez más de aquella manera que lo hacía sentir afortunado por haberse casado con una mujer como ella, una magnífica esposa. Iniciaban su segundo año de matrimonio y parecían disfrutar aún de la luna de miel.

Norman la besó en los labios.

—Me siento mal —dijo.

—¿Y eso? ¿Qué te pasa? ¿Quizá te sigo sabiendo agria?

—No —dijo él, confundido—, no es que me sepas agria… Es que no puedo saborearte del todo, no me sabes como antes… Quizá no me sabes a nada…

—O sea, que su mujer no le sabe igual que antes —dijo el doctor Phillips.

Norman sonrió.

—La verdad es que, dicho así, suena ridículo —admitió.

—Bueno, es un caso único, me parece… —respondió Phillips.

—Más de lo que usted cree —dijo Norman, sonriendo amplia pero trabajosamente.

—¿Y eso?

—No tengo problemas cuando saboreo otras cosas…

El doctor Phillips lo interrumpió.

—¿Puede olerla? —preguntó.

—Sí.

—¿Está seguro?

—Sí, claro que lo estoy, ¿cómo no? —Norman hizo una pausa y prosiguió—: Usted quiere decir que los sentidos del gusto y el olor actúan a un tiempo…

Phillips asintió.

—Si usted puede olerla, también puede saborearla…

—Puede… —dijo Norman—. Pero lo cierto es que no la saboreo.

El doctor Phillips pareció emitir un gruñido.
—Estoy confundido —admitió.
—¿Ni una idea? —preguntó Norman.
—De momento, no —dijo Phillips—. Quizá sea alergia, algo así; una alergia, pero no sé de qué tipo.
Norman pareció molesto.
—Pues confío en que se me pase pronto —dijo.

Adeline estaba en la cocina cuando Norman llegó a casa.
—¿Qué te ha dicho el doctor Phillips?
—Que te tengo alergia…
—No ha podido decir eso —rió ella.
—De veras…
—Anda, no bromees.
—Me tengo que hacer pruebas para ver de qué alergia se trata…
—No creerá que se trata de algo grave, ¿no? —dijo Adeline.
—No.
—¡Menos mal!
Adeline pareció aliviada.
—Nada importante, seguro —trató de animarse él—. Tu sabor es para mí la cosa más placentera de este mundo.
—Anda, estate quieto —protestó ella entre risas apartando las manos de Norman, pero él siguió acariciándola, besándola en el cuello, pasándole la nariz por el cabello, por los hombros…
—Quiero saborearte, me encanta tu sabor —dijo.
Ella se volvió y unió su mejilla a la de Norman.
—Te quiero —le dijo.
Norman se contrajo en un espasmo, emitiendo un sonido extraño.
—¿Qué te ocurre? —dijo ella.
Norman olisqueó el aire.
—¿Qué es eso? —preguntó mirando a su alrededor—. ¿Has sacado la basura?
—Claro, Norman —respondió ella.
—Pues algo huele mal… Quizá sea… —se interrumpió al ver la expresión de su esposa, que tenía los labios apretados—. Cariño, no creas que pretendo decir…
—¿Seguro que no? —dijo ella, molesta.
—Claro que no, Adeline…
—Primero te supe agria, ahora…
Calló él su boca con un beso.
—Te amo —dijo Norman—. ¿De acuerdo? Te amo… No creerás que he querido ofenderte.
—Pues lo has hecho, me has herido —susurró apartándose de él.

Norman la apretó contra su pecho y olió sus cabellos. La besó con dulzura en los labios, en el cuello, en los ojos… Y le dijo una y otra vez que la amaba.

Trataba de olvidarse de aquel olor.

De pronto se dio cuenta de que tenía los ojos abiertos y de que oía. ¿Estaba despierto? Volvió la cabeza y se giró en la cama. Cuando la tocó, Adeline se movió entre sueños.

Norman se apretó contra ella. La abrazó para sentir más la tibieza de su cuerpo mientras deslizaba su mano hasta la cadera. Tenía la cara pegada a la espalda de Adeline e intentaba dormirse de nuevo.

De repente volvió a abrir los ojos. Espantado, pegó la nariz a la piel de su mujer y la olió. No sintió nada; una fría y absoluta sequedad le golpeó el cerebro. «Dios mío, pero ¿qué pasa?», se dijo. Volvió a intentar olerla, con mayor fuerza. Adeline se movió de nuevo y él abandonó el intento. Seguía junto a ella, sin moverse, procurando no asustarse.

Podría ser que tuviera atrofiados los sentidos del gusto y del olfato, cabía admitirlo. Pero le resultaba difícil aceptarlo, por la simple razón de que no era así. Incluso allí, en la cama, seguía sintiendo el sabor fuerte del café que había tomado aquella noche. Y olía perfectamente el acre hedor que desprendían las colillas y la ceniza de los cigarrillos en el cenicero que tenía sobre la mesita de noche. En un último intento por cerciorarse de que no le había abandonado el sentido del olfato, olió la lana de la manta con que se cubrían.

¿Qué sucedía entonces? Adeline era lo más importante de su vida. Por eso le torturaba, le golpeaba, le destrozaba que ella resultara repelente a sus sentidos.

Tenían un restaurante favorito desde los días de su noviazgo. Les gustaba la comida que servían allí, el ambiente tranquilo, la pequeña pista de baile. Norman había pensado que sería el mejor lugar donde discutir el problema… Pero estaba realmente atribulado. Aquel ambiente no pudo hacer que cediese la tensión que sentía. Y que no la expresara.

—¿Qué diablos será lo que me pasa? —se preguntó, apartando el plato que aún no había tocado—. No puede ser físico… Temo que sea cosa de mi mente…

—¿Por qué dices eso, Norman?

—Quizá porque sé lo que me pasa; quizá porque es lo que te he dicho.

Ella le tomó la mano.

—Por favor, no te preocupes —trató de tranquilizarle.

—¿Cómo podré superarlo? —se preguntó él—. Es una pesadilla… He perdido algo de ti, Adeline.

—No digas eso, cariño —le rogó ella—. Me duele mucho verte triste.

—Sí, estoy muy triste —reconoció Norman repasando el mantel con los dedos—. Creo que necesito ir a un analista que aclare mi mente —y miró al techo—. Estoy

seguro de que el mal está en mi mente, y lo siento, ¡maldita sea! Quiero arrancarme de raíz eso, sea lo que sea.

Al ver que los ojos de su mujer se llenaban de lágrimas, Norman trató de sonreír.

—¡Bah, al diablo con lo que sea! —dijo—. Iré a un analista y ya está… Él me curará… Vamos a bailar, cariño.

Ella se esforzó en devolverle la sonrisa.

—Jovencita, es usted maravillosa —dijo Norman a Adeline cuando empezaron a bailar.

—Te quiero mucho —le susurró ella.

Aún no había acabado la pieza que bailaban cuando notó el mismo hedor repugnante de la cocina. Norman la apretó contra sí aún con mayor fuerza y pegó su mejilla a la de Adeline para que no pudiera ver la expresión de asco que tenía.

—Así que no tiene tacto —dijo el doctor Bernstrom.

Norman expulsó una bocanada de humo mientras aplastaba la colilla del cigarrillo en el cenicero.

—En efecto —dijo triste.

—¿Cuándo lo notó?

—Esta mañana —respondió Norman, que mostraba un aspecto macilento—. No tengo gusto, tampoco tengo olfato —suspiró hondamente—. Y ahora no tengo tacto… ¿Qué me pasa, doctor? ¿Qué enfermedad tengo?

—Ninguna que no sea diagnosticable, seguro —dijo Bernstrom.

Norman lo miró ansioso.

—¿Entonces? —dijo—. Recuerde lo que le he dicho: sólo me ocurre con mi esposa. Al margen de ella…

—Ya lo sé —dijo Bernstrom.

—¿Entonces? —repitió Norman.

—¿Ha oído usted hablar de la ceguera de raíz histérica?

—Sí.

—Es un mal puramente histérico, sin raíz física.

—Sí, pero…

—Habrá alguna razón, igualmente, para que sufra usted un brote histérico relacionado con los otros sentidos.

—Bien, pero ¿por qué?

El doctor Bernstrom sonrió.

—Claro, supongo que esa pregunta es la que lo ha traído hasta aquí para consultarme…

Tarde o temprano volvería a pasarle. Ni siquiera el amor que sentía por ella lo evitaría. No podía dejar de pensar en ello mientras leía el periódico.

Recordó fríamente los hechos. El miércoles por la noche la había besado, después

de lo cual le dijo: «Sabes agria, cariño». Ella, sorprendida, se apartó de él, mirándole extrañada. Al tiempo, se mostró lógicamente molesta. Ahora trataba de recordar Norman el comportamiento de su esposa tras aquello.

El jueves por la mañana le pareció que Adeline no sabía a nada.

Norman se dirigió a la cocina con un fuerte sentimiento de culpa. La casa estaba en completo silencio, sólo se oían sus pasos.

Trataba de seguir analizando con calma los hechos. Se recostó en la silla y siguió repasándolos.

Fue el sábado cuando comenzó a sentir aquel hedor fétido. Ella pareció molesta cuando él le preguntó si había tirado la basura, como si creyera que le decía que olía mal. Pero no había dicho nada de eso, podía estar tranquilo.

Después, en la cama, cuando intentó oler su aroma de siempre, no lo consiguió.

Norman cerró los ojos. Se arrepentía, en el fondo, de pensar en todo aquello, pues eso no hacía más que recordarle que había ofendido a su esposa. Amaba a Adeline, la necesitaba… Por nada del mundo quería que se sintiera culpable de lo que le pasaba.

Después, en el restaurante, mientras bailaban, cuando él no pensaba en nada de aquello, la notó fría y distante. Como si temiera que no pudiese olvidar él la palabra *fétido*.

Y luego, aquella misma mañana…

Norman arrojó el periódico. «¡Basta!». Y se puso a dar vueltas por la habitación, tembloroso, enfadado, con los ojos llenos de rabia contra sí mismo. «¡Soy yo el que está mal, soy yo!», se repetía. No podía consentir que su mente enferma destruyese lo más hermoso de su vida. No estaba dispuesto a consentirlo…

Fue como si se hubiera vuelto de piedra, partidos sus labios, desmesurados sus ojos, completamente blanco… Entonces, lentamente —tanto que escuchó el leve ruido de los huesos de su cuello—, se volvió para mirar hacia la cocina. Vio que Adeline se dirigía allí.

Pero no había oído los pasos de su esposa.

Apenas tenía conciencia de su cuerpo, allí de pie. Caminó desde la sala de estar a la cocina, pasando por el comedor, deslizándose sobre la alfombra, sin oír en ningún momento sus propios pasos. Se detuvo ante la puerta de la cocina, luchando contra sus sensaciones y tratando de escuchar el ruido que sin duda Adeline hacía allí.

Todo era silencio. Abrió la puerta. Adeline estaba ante la nevera, que acababa de abrir. Se volvió y le sonrió.

—Ahora iba a llamarte —le dijo, deteniéndose en seco al verle— ¿Te ocurre algo, Norman?

No pudo responder. Seguía de pie en la puerta de la cocina, mirándola. Retrocedió unos pasos, aterrado.

—¿Qué pasa, Norman?

Se agitó violentamente, sollozando.

Adeline dejó en la mesa el platillo con el pudin de chocolate y corrió hacia él.

Seguía estremeciéndose y llorando violentamente, con las facciones contraídas.

—Norman, ¿qué te ocurre?

—No lo sé —murmuró él, apenas audible.

Ella trató de abrazarlo mientras seguía llorando. El gesto de Adeline se crispó entonces, como si intuyese algo que la disgustaba.

—Quiero saber qué te ocurre, de una vez por todas —le dijo.

Norman sólo podía mover la cabeza.

—¡Quiero saberlo todo, Norman!

—No —apenas musitó él, aterrado, estremecido.

Ella apretó los labios con rabia.

—Esto me parece insoportable, Norman, no puedo aguantarlo.

Él trató de sujetarla cuando pasó a su lado. La vio subir la escalera, horrorizándose al oír los sonidos de su cuerpo cuando se movió rauda sobre los peldaños. Se tapó entonces los oídos con las manos y empezó a gritar: «¡Soy yo, soy yo, el mal está en mí, sólo en mí!».

Escaleras arriba, la puerta del dormitorio se cerró violentamente. Norman dejó caer sus manos a ambos lados del cuerpo y comenzó a subir los peldaños. Adeline tenía que saber que la amaba, que todo era cosa de su mente, que el mal estaba en sí mismo, no en ella… Tenía que hacérselo comprender…

Abrió la puerta del dormitorio, dio unos pasos en la oscuridad y se detuvo junto a la cama. La oyó moverse y supo que le miraba.

—Lo siento, cariño —dijo Norman—. Estoy enfermo.

—No —replicó ella con la voz descorazonada, casi carente de vida.

—¿Qué? —dijo Norman.

—No hay problemas con los demás —dijo ella—, con nuestros amigos, con los tenderos… Claro que no me ven tanto como tú… Contigo es diferente. Estamos juntos mucho tiempo. La tensión que sufro por intentar que no te enteres de nada me está destrozando. Un año entero ha sido demasiado tiempo. He perdido el poder de controlar tu mente. Todo lo que puedo hacer ya es anular tus sentidos uno a uno.

—No querrás decir…

—¿No querré decir que esas cosas ocurren de verdad? Pues sí. Lo digo. Ocurren, son reales… El gusto, el olfato, el tacto… lo que has oído antes… Piensa en todo ello.

Permanecía inmóvil, frente a ella en la oscuridad.

—Debí despojarte de tus sentidos al principio, cuando nos conocimos —dijo Adeline—. Hubiera sido mucho más fácil para mí hacerlo entonces… Pero ahora ya es tarde.

—¿De qué hablas? —preguntó él, que ya podía expresarse mejor.

—No hablo de fantasías, créeme —dijo ella en un sollozo—. He sido una buena esposa para ti, ¿por qué tengo que irme? ¡No quiero irme! Volveré a conocer a alguien y no quiero cometer el mismo error la próxima vez.

Norman dio unos pasos en dirección a la pared, para encender la luz de la habitación.

—¡No enciendas la luz! —le ordenó Adeline.

No obedeció. La luz le hirió los ojos. Sobre la cama no había más que algo parecido a un montón de restos viscosos que desprendían un olor nauseabundo. Norman ni siquiera pudo gritar, como si el grito se le hubiera coagulado en la garganta al descubrir aquella hedionda podredumbre.

—¡De acuerdo! —sintió aquellas palabras como una explosión en su cerebro—. Pues si has encendido la luz, ahora me conocerás realmente.

Todos sus sentidos parecieron abandonarlo de golpe. El aire olía a ella. Norman lo supo, lo sintió, hizo balance del tiempo que habían pasado juntos. Vio aquella masa viscosa deslizarse desde la cama para dirigirse a él. Su mente parecía consumirse en una oscuridad absoluta, como si estuviese a punto de desmayarse, o de caer en una ciénaga tan negra como la noche, perseguido por aquella voz suplicante que le decía:

—No quiero irme, no quiero irme… Ninguno de los dos quiere que me vaya… Ámame, deja que siga a tu lado… Ámame, ámame, ámame…

Sanguinarius

Ray Russell

(1924 - 1999)

Dicen que la realidad, casi siempre, supera la ficción. Y así ha sido cuando, a lo largo de la historia criminal de la humanidad, vampirismo y asesinos en serie se han interrelacionado (cf. Gilles de Rais, Enriqueta Martí, Peter Kurten, John Haig…). Por ello, si no fuera porque las atrocidades perpetradas por la condesa Erzsébet Báthory ocurrieron de verdad, diríamos que «*Sanguinarius*», el notable cuento de vampiros que Ray Russell publicó en el número de marzo de 1962 de la revista *Playboy*, es uno de los más estremecedores de esta antología. Sin embargo, Russell, lejos de recrearse en los matices macabros y morbosos que jalonan las atrocidades de la Báthory, evoca la absoluta sinrazón de su mundo, mediante un estilo depurado, deliberadamente *demodé*, pero de una efectividad narrativa indudable, que construye, ante todo, una densa atmósfera de miedo, de angustia. En cierto sentido, y no sólo gracias a su peculiar estilo, como veremos ahora, «*Sanguinarius*» es una obra única.

Nacida en 1560 en el seno de una poderosa familia de la aristocracia centroeuropea —su tío era rey de Polonia—, Erzsébet Báthory ha pasado a la historia con el sobrenombre de «La Alimaña de Csejthe». La condesa Báthory —ése era su título nobiliario por nacimiento— mezclaba sus pasiones lésbicas con la excitación por la crueldad y la muerte. Mujer culta e interesada vivamente por el esoterismo —sabía escribir y leer en griego, latín, húngaro y alemán con tanta perfección y elocuencia como cualquiera de los grandes sabios de su tiempo, además de conocer extraños dialectos magiares, como la lengua *tót*, con la cual redactaba sus conjuros…—, su obsesión era conseguir la sangre necesaria para perpetuar su belleza y juventud. Recluida por voluntad propia en el apartado castillo de Csejthe —uno de los regalos de boda de su esposo, Ferencné Nádasny, imponente fortaleza cuyas ruinas todavía hoy se alzan, siniestras y orgullosas, en lo alto de los Cárpatos—, Erzsébet Báthory reclutaba a sus víctimas entre las muchachas del lugar bajo falsas promesas de trabajo. Una vez en el castillo, las jóvenes terminaban en los lúgubres sótanos del castillo, donde eran azotadas y desangradas. A continuación, la condesa se bañaba en su sangre, y acto seguido ordenaba a sus sirvientas que le lamiesen la piel; si no hacían ascos, las recompensaba, pero si mostraban cualquier asomo de repugnancia, las martirizaba hasta morir.

Muy pronto, los habitantes del condado de Csejthe empezaron a rumorear que el castillo estaba maldito y que en él habitaban vampiros. Advirtieron de sus sospechas

al mismísimo rey de Hungría, Mathias II, quien en 1610 envió un destacamento de soldados bajo las órdenes del propio primo de Erzsébet, Gyorgy Thruso, a investigar la denuncia. Los soldados, atónitos ante lo que descubrieron, localizaron a varias víctimas aún con vida, brutalmente torturadas por la condesa Báthory y sus esbirros. También encontraron un intrincado sistema de canalización para que la sangre de las muchachas viajara hasta la bañera de la condesa. Con ayuda de sus secuaces, Erzsébet Báthory llegó a asesinar a unas 650 doncellas. Fue juzgada por un tribunal de la Inquisición —las actas de su causa se conservan actualmente en los Archivos Nacionales de Budapest— y condenada a ser emparedada viva en sus aposentos de Csejthe, donde a través de una pequeña ranura le pasaban los desperdicios de la comida y algo de agua. Tras cuatro años más de encierro, sin haber pronunciado una sola palabra durante todo ese periodo, un día decidió no comer más y, a la edad de 54 años, en 1614, fallecía «La Alimaña de Csejthe».

A pesar de tan atractivo material dramático, los crímenes de Erzsébet Báthory han atraído poco el interés de la literatura y el cine. Dejando a un lado los ensayos y biografías sobre la condesa y sus fechorías —desde el amigo del ocultista Aleister Crowley, William B. Seabrook (1886 - 1945), quien le dedica un capítulo entero en su libro *Witchcraft, Its Power in the World Today* (1940), al pastor anglicano y erudito Sabine Baring-Gould (1834 - 1924), quien también le presta una especial atención en *El libro de los hombres-lobo. Información sobre una superstición terrible (1865)*, sin olvidar el excelente libro de la poetisa surrealista Valentine Penrose (1898 — 1978), *La condesa sangrienta* (1962)—, las obras de ficción sobre la Báthory no abundan. Aparte de una conocida obra teatral, *Erzsébet Báthory* (1840), del poeta y dramaturgo húngaro Janós Garay (1812 - 1853), sólo podemos dejar constancia de dos ignotas novelas históricas, *La tigresa de Csejthe*, de Karl P. Szátmary, así como *Eachtická paní* (1970), de Joûo Niûnánského. Quedan, por último, el poético texto de Alejandra Pizarnik (1936 - 1972), *La condesa sangrienta* (1971), donde la escritora argentina descubre que la criminal no fabrica con sus excesos la belleza; la criminal es la belleza. La condesa, que ha conocido el mal hasta sus recovecos más íntimos, le sirve a Pizarnik para hacer un estudio serio sobre la melancolía; en él explica cómo en la Edad Media ser melancólico significaba estar poseído por el demonio, es decir, por el mal mismo.

En cuanto al cine, la productora británica Hammer Films, junto al realizador Peter Sasdy y al productor Alexander Paal —ambos de origen húngaro—, llevaron por primera vez a la gran pantalla, bajo las convenciones del cine fantástico más tradicional, la leyenda de Erzsébet Báthory. *Countess Dracula* (1970) tergiversa profundamente la historia con la interpretación «mágica» que hace de la misma —una decrépita dama convertida, gracias a sus matanzas, en una joven frívola de senos turgentes, gentileza de Ingrid Pitt…—, sin ofrecer a cambio más que unos pocos y mal filmados asesinatos, así como la imagen, inolvidable, de la condesa cubierta de sangre, desnuda, en su señorial bañera de mármol. Mucho más interesante fue la

revisión del mito ofrecida por el cineasta catalán Jordi Grau en *Ceremonia sangrienta* (1972), fiel retrato del ambiente oscurantista que dominaba la vida de los moradores del castillo y a sus criminales actividades. Además, la condesa aparece como malvada sobrenatural en otras «terroríficas» cintas españolas, como *La noche de Walpurgis* (1970) y *La orgía nocturna de los vampiros* (1972), ambas dirigidas por León Klimovsky, así como *El retorno de Walpurgis* (1972), de Carlos Aured, y *El retorno del hombre-lobo* (1980), de Jacinto Molina.

Ray Russell, periodista, literato y guionista cinematográfico, fue editor asociado de la revista *Playboy* (1954) y, un año después, editor ejecutivo (1955 - 1960), donde publicaría numerosos relatos propios y ajenos que combinaban sexo y terror. Posteriormente, escribió diversas novelas como *The Case Against Satán* (1962), centrada en la lucha de una jovencita contra el Diablo, e *Incubus* (1976), historia sobre las pavorosas andanzas de un lúbrico demonio —y que el realizador inglés John Hough llevó al cine en 1981, con John Cassavettes como protagonista—. También se le recuerda por su colaboración con el realizador de películas de horror de «serie B» William Castle (1914 - 1977), para quien adaptó a la pantalla uno de sus cuentos fantásticos más populares, «*Mr. Sardonicus*» (1961), y firmó el guión de la comedia *Zotzl* (1962). Pero quizá los mejores trabajos de Russell en Hollywood sean los que efectuó para Roger Corman, adaptando a Edgar Allan Poe en *La obsesión* (*Premature Burial*, 1962) y escribiéndole el libreto original de la inquietante cinta de ciencia ficción *El hombre con rayos X en los ojos* (*X*, 1963). Como curiosidad, señalar que el título del presente cuento de vampiros, «*Sanguinarius*», da nombre a una página web de «vampiros reales» *goths* o siniestros, http://www.sanguinarius.org/vampire.html donde se abordan toda clase de temas relacionados con sus obsesiones.

Nota de la escaneadora para la edición digital: El enlace (url) a la página web no funciona tal cual está en el libro en papel, si bien www.sanguinarius.org sí existe y es un enlace válido.

Sanguinarius

(Sanguinarius)

Ray Russell

1

Una llave que abre lugares secretos

Señor:

Altivo sobre la misma elevación del terreno, sobrio e imponente, aún se alza el castillo Csejthe, oscuro y silencioso hoy, en el que sólo moran las ratas y las arañas, algunos pájaros que allí anidan y una bruja solitaria, Elisabeth, vuestra sierva. En mi desolado insomnio, pienso en esas grandes habitaciones y en esos salones de antaño que hoy se me prohíbe pisar y los cuales atravieso en el recuerdo como un fantasma, respirando el polvo que los habita en el presente y que todo lo llena cuando penetran los rayos de la luna o la brisa que llega de la villa cercana, de allí donde se habla de fantasmas, de aparecidos, de sombras que en el castillo habitan y que en tiempos fueron hombres y mujeres mortales, de carne y hueso. A veces un pájaro chilla y aletea entre las polvorientas paredes de esos salones abandonados, llenando el enorme vacío de los mismos con una reverberación que alude a las risas impías de otro tiempo, al recuerdo de las vejaciones, al lamento de la carne herida.

No muero de hambre, sino que perezco lentamente al recordar aquellos lamentos, al evocar aquellos gritos desgarradores. Los criados cuya tarea es la de darme la comida se muestran compasivos conmigo y hasta me hablan cuando les ruego que lo hagan; esas maravillosas gentes no me han abandonado.

Por ellos sé que en la villa, en cualquier casa, granja u hospedaje, incluso en la iglesia, sólo impera el color escarlata; incluso el sol se baña en una luz escarlata cuando se pone, y sé bien que las gentes se creen condenadas a no ver otro color que no sea el de la sangre.

Moriré pronto, Señor, y la rigidez de la muerte abatirá mis miembros para siempre; entonces habré de rendir cuentas ante tu presencia. La sola idea de la liberación a través de la muerte es lo que me sostiene en mi reclusión, lo que me da las fuerzas que preciso para afrontar en completa soledad ese día final; yaceré al fin bajo la piedra sellada, sin ver la luz del cielo azul, pero libre ya de la denigración, de los insultos… Yaceré al fin inaccesible, salvo para ti, Señor.

Todos los que me rodearon han muerto; con unos, la muerte fue caritativa; con otros, tortuosa. Y muchos fueron quemados vivos. Estoy sola, y cuán sola, Señor. Cautiva en una simple habitación del que fue mi castillo.

Quince años tenía cuando llegué al castillo de Csejthe, en mi condición de esposa de Ferencz Nadasdy, del que estaba profundamente enamorada. Mi carne atesoraba entonces la belleza de las perlas; mi piel era así de transparente como para que se apreciara a través de ella el fino trazo de mis venas; mi cabello era de un negro

brillante como la cola de un cuervo y me caía ondulado sobre los hombros; tenía los ojos grandes y luminosos; lucían mis labios frescos y sonrosados, sin precisar del carmín… Ahora sé que las mujeres de la villa han proscrito el color rojo de sus labios.

Ferencz Nadasdy y yo nos habíamos conocido pocos meses atrás en la casa de mi padre, donde el que sería mi esposo fue recibido como huésped de honor. Era bello e imponente, apenas seis años mayor que yo. Su dulce sonrisa, sus ojos encendidos como candiles, su risa melodiosa y tenue, sus brazos fuertes… Todo eso me atrajo de inmediato alterándome la circulación de la sangre. Ningún hombre me hizo disfrutar después como él lo hizo y sé que, aunque viviese mil años, nunca hallaría a un amador como Ferencz. Siempre estuvo a mi lado y siempre me llenó de flores y de regalos.

Recibí con gusto sus regalos aquel día, y en reciprocidad le di una caja de madera preciosa, hecha y labrada por un sabio ermitaño, imposible de abrir si no se conocía el intrincado secreto con que el ermitaño la había cerrado. Había pertenecido a mi madre.

—En esta caja hay una deliciosa confitura —le dije—, cuyo sabor no has conocido; podrás gozarlo si consigues abrirla.

Lo intentó sin éxito, aun usando de toda la fuerza de sus dedos.

—Si no eres capaz de abrir esta caja, Conde Ferencz —le dije—, ¿cómo podrías abrir mi corazón para gozar de su dulzura?

Se echó a reír y resolvió el problema de la manera más simple, tomando la caja entre sus manos y estrellándola contra el suelo hasta romperla. Después saboreó la extraordinaria confitura que había en su interior, con ojos victoriosos, deleitándose en su triunfo.

Me sentí vejada.

—No pareces poseer más que fuerza bruta —le dije fríamente—. Eso quizá agrade a las mujeres más tontas, pero…

—Pero no le gusta a Elisabeth Bathory —me interrumpió—, mujer a la que desearían obispos, cardenales, príncipes y reyes…

Preséntame cualquier otra prueba, mi joven Bathory, y yo, Ferencz de Nyitra, la resolveré a tu plena satisfacción.

—¿Estás seguro? Entonces —le dije— mira esto.

Y le mostré tres huevos en los que unos artesanos habían pintado diversos y muy delicados motivos.

—Unos huevos pintados —dijo Ferencz aguantándose la risa—. ¿Crees que no seré capaz de romperlos? Ya viste cómo rompí esa caja, mucho más dura su madera que la cáscara de huevo.

Alargó las manos para tomar los huevos, pero los aparté.

—Es un problema que habrás de resolver con tu mente, Conde Ferencz, no con tu fuerza. Cada uno de estos huevos es hermoso de contemplar, pero a la vez distinto a

los otros. Es difícil escoger uno entre los tres… Son preciosos, ¿verdad?

—Lo son… si a ti te lo parecen.

—Pero una de estas pequeñas joyas —seguí diciéndole— debe ser escogida entre las otras, porque es la que contiene un interior más sabroso.

—Sin duda… ¿Pero cuál es el tema de tu discurso?

—El que ahora te expongo. Estos huevos son como las mujeres —dije—. Por su apariencia son hermosos, pero distintos. Como nosotras, las mujeres… Pero cuando se nos rompe la cáscara, entonces…

Sonrió ampliamente mostrando su perfecta dentadura blanca.

—El ingenio de la joven Bathory es grande —admitió—, pero Nadasdy puede rebatirlo fácilmente. Mira eso —y señaló con un dedo tres frascas que había en la mesa de la casa de mi padre—. Aparentemente, son idénticas. Pero no lo creas… Una contiene el fuerte vino que se hace en casa de los Bathory —y se sirvió y bebió una copa de aquel vino—; otra contiene agua —y se sirvió y bebió una copa de agua—, y la otra está vacía —y dejó caer la frasca vacía sobre el suelo de piedra, deshaciéndose en mil pedazos; después se acercó a mí y me miró a los ojos—. Así ocurre con las mujeres —me dijo—. Elisabeth, bien sabe Dios que prefiero apagar mi sed con el vino fuerte de los Bathory en vez de hacerlo con el agua insípida.

—Pero en el caso de que… —no acertaba a encontrar las palabras con que rebatirle—. En el caso de que yo fuera una frasca vacía, ¿qué haría conmigo el Conde Ferencz?

—Mi amor te llenaría —respondió.

Aquella misma noche, mientras mi vieja criada, Ilona Joo, me ayudaba a desvestir, le pregunté:

—¿Qué te parece el joven Conde Nadasdy?

—Un caballero, un noble —respondió Ilona—. Y todos dicen que es fuerte, aguerrido… Que está tocado por la gracia de Dios.

—Y él, ¿qué te parece, Ilona? ¿Crees que es hermoso?

Ilona se echó a reír y dijo:

—Para mí ya pasó el tiempo de que me cautivaran los hombres… Aunque admito que el Conde Ferencz es muy hermoso, un hombre digno de ser contemplado.

—Ilona —dije cuando me metía en la cama—, ¿crees que yo podría ser una buena esposa para él?

—Aún eres muy joven —me respondió—, pero puede que ya estés preparada para casarte. Los Bathory son gente de noble sangre. Tu hermano busca esposa desde que le comenzó a apuntar la barba, pero jamás ha encontrado una que estuviese a su altura…

Varios tíos y tías tuyos murieron sin contraer matrimonio… Tu noble primo Zsigmond… en persona me dijo que renunciaba a casarse por no encontrar una mujer digna de él y creía que el matrimonio era un imposible…

—¿Crees entonces que el matrimonio me está negado? Respóndeme, querida

Ilona.

—El matrimonio, niña mía —respondió mientras me arropaba— es la llave que abre un cofre lleno de muchas cosas…

—¿Qué cosas? —pregunté.

—Cosas que no conocemos —dijo—. Maravillosas muchas de ellas; pero otras…

—¿Qué, Ilona?

—Nada más, niña, ya es hora de dormir —y apagó las velas—. Buenas noches, mi pequeña, que tengas dulces sueños.

Dormí. Y soñé con Ferencz. Aquella misma semana pidió mi mano, que recibió de mi padre.

El festín de la boda fue pródigo, se habló de aquel día a lo largo y ancho de todo el país. Asistieron los invitados por cientos, hubo abundantísimas viandas y corrió la bebida sin mesura. Estuvieron presentes el propio Rey y su primer ministro, primo mío. Otro noble pariente mío, el Príncipe de Transilvania, hizo llegar desde la mucha distancia en la que se hallaba regalos exquisitos. Hubo bailes y canciones delicadas; muchos hombres, mi buen hermano entre ellos, encendidos por el vino, se retaron, pelearon y después se abrazaron y rieron juntos, y estoy segura de ello, fueron a gozar con muchachas vírgenes al granero de la casa de mi padre.

Mientras todo aquello acontecía, miraba yo una y otra vez a mi dulce Ilona, pero ella nada me decía, incluso evitaba mis ojos. No pude soportar que no me dijera nada y que no me mirase, así que en un momento del festín dejé mi asiento para ir hasta donde estaba, silenciosa, quizá triste, tomándole las manos.

—Mi querida Ilona —le dije—. ¿Por qué no quieres mirarme? ¿Acaso he hecho algo que te haya molestado?

—No, mi señora —me respondió.

—Entonces, disfruta de mi felicidad, te lo ruego —le dije—. Es un día feliz. Aparta de tu rostro esa tristeza, o creeré que no te alegra verme feliz —y entonces comenzaron a caer lágrimas por sus mejillas—. Mi querida *nanny* —le dije—, ¿por qué lloras? Seca tus lágrimas y disfruta conmigo.

—Lloro por el tiempo ido —me respondió—. Durante quince años he tenido la dulce ventura de cuidar de ti, y ahora…

—Ilona —le dije—, ¿crees que soy una ingrata por apartarme de tu lado? Ven con nosotros y seguiremos juntas.

—Oh, mi señora… Esas palabras tuyas son una bendición para mis oídos.

Y así, el mismo día, mi esposo, mi nurse y yo partimos hacia Nyitra. El mismo día en que llegué al castillo de Csejthe.

El castillo era inmenso y se extendía sobre una considerable cantidad de tierra. Era, en verdad, un bastión, una ciudadela en la que desde antiguo habitaban señores feudales y propietarios por imperativo de su sangre, que debían ser defendidos. Y era también un bastión defensivo contra el invasor turco, que campaba por gran parte de nuestro país. En los meses que siguieron a nuestras nupcias, Ferencz me enseñó

pulgada a pulgada sus dominios, pero eso, precisamente eso, hizo que no estuviéramos solos entre los muros de Csejthe más de diez minutos, tiempo que él aprovechaba, sin embargo, para tomarme en sus brazos, subir entre risas las escaleras de piedra y llevarme a nuestros aposentos.

—Y ahora, Elisabeth, mi trémula y pálida Bathory —me susurraba cuando estábamos a solas—, haré lo que es debido que haga… Te llenaré de amor.

En aquellos días recordé las palabras de mi buena Ilona, a propósito de que el matrimonio era una llave que abría secretos lugares, que daba acceso a cosas desconocidas. Lo pude comprobar

2

Un correo en la noche

Al principio fue una llave que daba acceso al placer.

Y como en el antiguo cuento de la princesa que duerme, Nadasdy me despertaba con un beso y abría mis ojos para que disfrutasen de colores que jamás habían conocido. Yo estaba radiante, lujuriosa como las más bellas flores tropicales. Cada uno de mis sentidos se hacía más vivaz, el aire mismo me parecía más transparente y agudo, más perceptible; Ferencz me llevaba de continuo a las cumbres del gozo con la misma intensidad con que el viento sopla en lo alto de las montañas. Cada vez éramos más audaces en la búsqueda del placer; cada vez el uno buscaba en el otro con mayor audacia; cada vez éramos más luminosos, no había nube que pudiera oscurecernos.

Tan ardua, placentera y ardiente escalada hasta las cumbres del disfrute no era cosa de una sola noche; más bien lo era de las semanas enteras, de los meses continuos. Jamás hubiera sospechado que tenía las puertas del cielo tan al alcance de mi mano. Hasta entonces había estado completamente ciega, ahora lo comprendía. Y me sentía como una diosa, de tanta ternura apasionada como me regalaba pródigamente Ferencz. Su cuerpo joven y hermoso, fuerte y a la vez tierno y cálido, era para mí el santuario en el que refugiarme y hallar los deleites inconmensurables que me hacían sentir una divinidad. Yo le pagaba con absoluta entrega, con el total desprendimiento debido a la mágica transformación que había obrado en mí merced a su poder transfigurador.

También él tocaba el cielo con sus manos en aquellos momentos y no cesaba en su exclamación: «¡Dios, Dios mío, Dios!», como si Dios, en efecto, se le apareciese hecho carne de mujer apasionada cuando me recorría con sus manos.

Una vez, en la oscuridad de la noche, en mi inocencia, le pregunté:

—¿Por qué clamas a Dios cuando entras en mí?

Pareció asombrarse ante mi pregunta, y traté de salvar el momento imitándole tan bien como me fuera posible.

—¡Dios, Dios mío, Dios! —dije entonces simulando su voz y él se echó a reír, e insistí—: ¿Por qué siempre clamas a Dios cuando estamos juntos?

—No lo sé —me respondió y supe, sin verle, que sonreía en la oscuridad al decirlo, lo noté al acariciarle los labios mientras hablaba—; creo que no es cosa de mi fe… Supongo que es una más de las muchas expresiones de agradecimiento con que los hombres nos congratulamos ante algo que nos hace sentir el imperio de la divinidad, sólo eso.

Nos quedamos en silencio un buen rato y supe que Ferencz pensaba en lo que le había preguntado. Al fin me dijo:

—Quizá sea porque, porque… —y me abrazó fuertemente mientras seguía diciendo en voz muy baja, con sus labios pegados a mi cara—: Quizá sea porque este placer que nos damos es una joya, un regalo de valor tan incalculable que sólo Él puede hacernos, lo mejor que Él tiene para nosotros… Ese placer, ese regalo que nos hace Él, convierte el silencio en música, nos aleja del mundo para darnos un mundo propio. Agradezcámoselo amándonos.

Entendí bien lo que me decía. Por su sabiduría, por la pasión con que me amaba, Ferencz era mi dios. Y daba gracias a Dios por ello.

Nuestra vida era un idilio permanente. Poco a poco pudimos estar más tiempo juntos, disfrutando en mayor medida aún de nuestro universo de amor. Los trovadores, de vez en vez, venían hasta nosotros cuando paseábamos y nos dedicaban alguna hermosa canción recién compuesta para honrarnos. El reverendo sacerdote de la villa acudía al castillo para decir misa y elevaba sus preces pidiendo por nosotros. Atendía Ferencz a los emisarios con mensajes, que respondía al momento, para no perder tiempo que dedicarme. Los zíngaros que cogían hierbas y flores en el bosque nos saludaban felices, y los moradores de la villa acudían al castillo para llenar nuestras despensas con lo mejor que tenían. Eso era todo. El resto del tiempo nos amábamos.

Cuando el amor no nos reclamaba con urgencia, Ferencz y yo recorríamos los dominios de Csejthe, yendo muchas veces más allá del castillo para admirar desde la distancia lo imponente de sus murallas, de sus torretas defensivas. Ferencz se mantenía atento siempre a corregir cualquier posición de la guardia, a levantar nuevos parapetos y a cavar otros fosos. Y reíamos por cualquier cosa, y éramos inmensamente felices también en aquellos momentos.

Un día recorrimos las mazmorras del castillo, que en otro tiempo fueron lugar de ignominia, sangre y terror. Allí habían sido torturados y muertos pobres cautivos de un tiempo que, según mi buen esposo, no habría de volver jamás. En aquel lugar infernal vi por primera vez los potros de tortura, los hierros lacerantes, especialmente aquellos que penden del techo y reciben en francés el nombre de *peine forte et dure*. Allí, pobres mujeres acusadas de brujería habían sido obligadas a mentir, bajo tortura, haciendo aceptación de maldades inconcebibles que no habían cometido.

—He aquí el recuerdo de una tiranía que nunca más albergará este castillo —dijo mi buen Ferencz enseñándome todo aquello.

—Que así sea —dije yo.

Tenía mi esposo por norma que nada ni nadie nos molestase cuando hacíamos ofrenda de nuestros cuerpos a los dulces rituales de Venus. No había entonces mensajero que pudiera verle, por muy importantes que fueran las nuevas que le llevaba; ningún mortal interrumpía nuestro rapto de amor.

Pero una noche de tormenta, cuando nos amábamos aunque el relámpago y el

trueno todo lo llenaban, un mensajero llegó hasta el castillo bajo la fuerte lluvia. Llegaba a pie, calado por el agua, lleno de barro de los pies a la cabeza, de tantas veces como había caído a tierra a lo largo del camino tras perder su caballo. Al encontrar cerradas las puertas, bajadas las barreras defensivas, gritó desesperadamente pidiendo audiencia, pues decía que era de capital importancia que hablase con el Conde Nadasdy. Ferencz salió a la ventana con un candil y le gritó:

—¡Lárgate, ahora no puedo recibirte! —y volvió a nuestro lecho.

Pero el mensajero gritó con voz angustiada:

—Déjame entrar, Conde, tengo que hablar contigo, es importante que lo haga.

—El Conde Ferencz no puede recibirte ahora. ¡Lárgate! —le gritó un hombre de la guardia apuntándole con su arco.

—¡Maldita sea! —gritó el mensajero—. ¿Es así como se recibe a un emisario del Rey? ¡Traigo un correo importante!

—¿Un correo del Rey? —dijo el de la guardia—. ¡No me engañes, patán!

—¡Que me caiga muerto si miento! ¡Abre de una vez, en el nombre del Rey! —gritó el mensajero.

—¿Eres de verdad un correo del Rey? —preguntó de nuevo el de la guardia—. ¡Demuéstramelo!

—¡Llevo la insignia con las picas del Rey! ¡Abre de una vez, canalla, o rendirás cuentas!

Aquellos gritos ponían nervioso a mi buen Ferencz, y apartándose de mis brazos salió de nuevo a la ventana y dio la orden de que entrase el emisario real.

Con su estruendo de hierros se abrió el portón y poco después hombres de la guardia llevaban al correo del Rey a un salón, dándole vino caliente para que se confortase. Lo bebía ansioso cuando se hizo presente ante él Ferencz.

—Mi señor, he aquí el correo de Su Majestad que te traigo —le dijo el mensajero, alargándole ciertos documentos.

Ferencz había querido que yo le acompañara a recibir al emisario del Rey, y tras leer aquellos documentos me los alcanzó. Yo les eché un vistazo, pero no pude entender nada de sustancia, en cuanto allí se decía. Sólo palabras como *defensa y frontera*, así como *turcos* y *magiares leales a su Rey*…

—¿Qué quiere decir esto, Ferencz? —le pregunté entonces mirándole angustiada.

—Todo se resume en una palabra trágica. —dijo mirándome con infinita ternura—: Guerra.

No era necesario que me dijese más. Aquella sola palabra se clavó en mi mente, haciéndome comprender la tragedia del momento por el que se había interrumpido nuestro amor.

Pasamos el resto de la noche sumidos en una gran melancolía. Pregunté a Ferencz cuánto tiempo estaríamos separados, cuándo volvería, pero no podía responderme. Supe que sus pensamientos estaban muy lejos de Nyitra y de mí misma. Pero me pidió un beso y se lo di ardientemente.

—¡Tienes que salir victorioso por mí, Ferencz, tienes que seguir vivo mucho tiempo por mí! —no pude contenerme entonces y grité estas palabras entre sollozos.

Sonrió acariciándome el rostro bañado por las lágrimas.

—Mi pequeña Bathory —me dijo—, juega con cofres de madera y con huevos pintados, mientras aguardas mi regreso. Nada temas, pues Dios me protege tanto como tú misma me protegerás al evocarte. Triunfaré sobre nuestros enemigos y sobre la propia muerte.

No mucho después saldría a caballo, bajo la lluvia, los relámpagos y los truenos, en compañía del emisario.

Me quedé a las puertas del castillo, no sé por cuánto tiempo, medio desnuda y aterida, aún con mis ropas de cama que la lluvia helada me pegaba al cuerpo. Poco después corría hasta mí Ilona, que se había despertado cuando ya amanecía, para llevarme a mis aposentos y arroparme en la cama como cuando cuidaba de mí en la casa de mi padre.

3

Hirientes rescoldos

Desesperada cual si atravesara un desierto, desesperanzada como si se hubieran perdido para mí los caminos, con la piel fría y la carne ajena a todo lo que no fuera la cicatriz sangrante de mi alma…

Así me quedé tan pronto se hubo ido Ferencz.

Todo lo que Nadasdy había dispuesto que se me ofreciese, los más suculentos manjares servidos en una mesa maravillosamente dispuesta, las más sabrosas frutas africanas, todo ello, me resultaba insípido sin su presencia a mi lado.

Abatida por saberlo en una guerra despiadada, penaba como muerta en vida; las horas sin mi esposo eran, cada una, un diente de hierro de aquel instrumento de tortura, *el peine forte et dure*. Tenía el corazón roto por la angustia y mis días transcurrían amargamente, desolada. Pero de noche, entre las sábanas del lecho, mi carne se transformaba cálidamente y no hallaba reposo entre las sábanas, y mordía como una perra la almohada húmeda de mi sudor y mis lágrimas.

No hallaba descanso en la noche y me levantaba pálida, abatida, con grandes ojeras, con el espíritu sumido en la angustia. A veces, en ese estado de ánimo, reprendía a los criados, e incluso a mi fiel Ilona, por cosas que no tenían importancia pues todos ellos sin excepción trataban de hacerme los días gratos.

—¿Qué dolor te aflige, mi señora? —me preguntó un día mi buena Ilona.

—El del amor —le respondí—. Peno por la ausencia de mi esposo, peno por la carencia de su amor.

Ilona me tomó las manos con mucha dulzura.

—Temí que algo así podría pasar cuando me dijiste que te casabas —dijo asintiendo lentamente con su cabeza encanecida—. Te hieren con fiereza los rescoldos del amor que el Conde Ferencz dejó en ti. Ardes de angustia, pobre niña mía, por no poder calmar el ardiente amor que extrañas.

—¡Sí, Ilona mía, ardo de amor desesperado e insatisfecho! —grité entre sollozos —. Es como si candentes hierros se me clavaran en la carne hasta llegarme a los huesos; como si me empalaran profundamente hasta llegar a mi alma, como si sólo ese dolor imperase, distrayéndome de la propia vida.

Y como si estuviese sola y hablara para sí, murmuró Ilona:

—¿Y qué será de esta criatura, consumiéndose en su propia fiebre? —y alzando los ojos me dijo—: Sólo deseo tu fidelidad, mi niña, mi señora… Tienes, tienes… — y se calló, tomando de nuevo mis manos que ardían.

—Háblame, Ilona, sabes cuánto aprecio tu sabiduría, tus buenos consejos —dije

descansando mi cabeza en su regazo—. ¿Sabes de algún remedio que me dé alivio en esta penuria que siento?

—No lo hay, niña mía, más allá de la oración —me dijo—. Sólo puedo aconsejarte que reces, no conozco otro remedio.

—Sabe Dios que lo he intentado, que también he buscado el consuelo del sacerdote… Pero nada de eso me ha dado tranquilidad —respondí—. ¿No debería buscar alguna distracción, algo que me entretuviera mientras aguardo el regreso de mi amado Ferencz?

—No, mi señora, nada de eso te haría bien.

—¿Quieres decir que sería una vileza por mi parte tratar de hallar consuelo en algún pasatiempo que me distrajera? ¿Y no es vil mi vida presente? ¿No es eso una paradoja, querida Ilona?

—No he querido decir eso —me respondió—. Digo que, si rezar no te da consuelo, y como pasas los días desde que marchó tu esposo sólo en la compañía de criados, y del sacerdote, y como eres joven y estás llena de vida, quizá debieras buscar la compañía de quienes puedan darte una grata compañía, como los músicos, los artistas, los poetas…

—Mi dulce *nanny*, todos ellos han ido a la guerra acompañando a sus señores, para cantar sus gestas en la batalla. Todos los hombres de mérito están lejos, como mi propio esposo.

—¿Y las damas? —dijo Ilona.

Hice un gesto de repugnancia.

—Las damas que hay por aquí son fatuas y tontas, no creo que me hiciera bien su compañía —dije.

Así concluyó nuestra conversación y pasé el día como todos los anteriores, penando angustiada, deambulando sola por Nyitra. De tarde en tarde llegaba una carta de Ferencz en la que me declaraba su amor y me animaba a dejar de lado la tristeza. Yo besaba aquellas cartas y las ponía sobre mi pecho, como si fueran el propio Conde Nadasdy, y las metía bajo la almohada cuando me iba a dormir.

Una mañana, cuando salía de la bañera, Ilona, al tiempo que me alargaba la toalla, me comunicó que en la antecámara me aguardaba una dama, la cual, habiendo oído hablar de mis tristes días, corría a brindarme compañía.

—¿Quién es? —pregunté con algo de enfado.

—No lo sé —dijo Ilona ayudándome a secar mi cuerpo con la toalla—, y tampoco sé nada de su estado, ni si la conoces… No me parece, por su aspecto, que sea noble, pero sí creo que es buena y graciosa…

—Ilona, ve a preguntarle, con toda cortesía, naturalmente, quién es y de dónde viene.

—Me llamo Dorottya —oí entonces una voz a nuestras espaldas.

Me volví, asombrada de ver a aquella mujer bajo el arco de la entrada a mi cuarto de baño.

Era alta, robusta, de rostro muy bello. Vestía completamente de negro y era tan blanca como yo misma y tenía los labios rojos como el fuego. La había visto alguna vez desde la ventana de mis aposentos, recogiendo hierbas y flores.

—¿Puedo entrar, Condesa? —me preguntó con gran educación.

Dije que sí y caminó lentamente sin dejar de mirarme con sus ojos negros.

—¿Quiere mi señora que le dé un baño de aceites fragantes cuando ya se haya secado? —me preguntó.

Asentí una vez más e Ilona fue a buscar los aceites fragantes con que en otras ocasiones ella misma me había bañado la piel.

—Con el permiso de mi señora —dijo Dorottya—, ¿podría usar unos aceites que yo misma elaboro con las más aromáticas hierbas del bosque? —y extrajo de la bolsa que llevaba en bandolera una pequeña urna; al abrirla, el aire se llenó de la más exquisita fragancia que jamás había conocido—. Para una piel como la suya, Condesa, este aceite será como el beso de su amado —dijo.

Sonreí complacida. Ilona quiso tomar de las manos de aquella mujer la urna que contenía el aceite, en su afán de identificar las hierbas con que había sido hecho, pero la extraña se lo impidió.

—Sólo mis manos pueden extenderlo —dijo Dorottya—. Cuando mi señora quiera, estoy a su disposición —añadió.

Sonreí de nuevo, complacida por las maneras que mostraba aquella mujer, embriagada por el aroma delicioso que se desprendía de su aceite, y me ofrecí desnuda a ella para que comenzara a bañarme con su maravillosa unción.

Dorottya vertió un poco de aceite en sus manos.

—Déjanos solas —ordenó a Ilona.

4

La muchacha de la villa

No puedo ni decir cuán confortable y deliciosa me resultó aquella unción con el aceite de Dorottya, salvo que fue la mejor panacea que pude hallar en los días que siguieron, a fin de paliar las angustias de mi soledad.

Su voz, rica, profunda y oscura como la cebellina, ejercía sobre mí, igualmente, un influjo balsámico. Sus manos, fuertes y a la vez delicadas, eran las que mejor me habían prodigado cuidados hasta entonces. De todo podía hablar con ella, además: de mis angustias, de mis alegrías, de las cosas que excitaban mi curiosidad… Hablaba con ella incluso de aquello que no me atrevía a mencionar ante Ilona. Dorottya era como una vasija preciosa en la que se recogía cuanto le contaba. Me aliviaba con sus palabras cuando estaba triste, me incitaba a recordar los momentos de placer, se alegraba con mi dicha y me daba un consuelo que jamás hubiera podido hallar en un sacerdote.

De sí misma, empero, hablaba poco.

—Dorottya —le dije un día—, ¿de dónde vienes, dónde está tu gente?

—Soy una mujer del bosque, libre como el viento, Condesa —me respondió—. Algunos nos llaman zíngaros, otros dicen que somos magos… Y quienes temen nuestra sabiduría dicen que somos brujos…

—Eso no responde a mi pregunta, pero sea —dije echándome a reír—, dejémoslo así.

—No quisiera dejar a mi señora insatisfecha en su curiosidad —replicó ella.

—No importa —respondí—, pero dime sólo una cosa: ¿viven muchos de los tuyos en los alrededores?

—Más de los que podría suponer mi señora —respondió Dorottya.

—¿Y por qué no buscáis la compañía de los otros? ¿Acaso sólo queréis vivir según vuestras propias leyes? —seguí preguntando.

—Muchos no entienden nuestra manera de vivir, y además se han escrito infinitas falsedades, que hacen que se nos persiga a menudo y se nos maltrate.

—Yo creo que te entiendo, Dorottya, de lo contrario seria imposible que pasáramos tantas horas juntas, y tan gratas. ¿O acaso no crees que sea así?

—No, mi señora; tu afecto por mí es tan grande como el que yo siento por ti.

Al principio estábamos juntas una hora, poco más, al día. No pasó mucho tiempo hasta que ordené a Ilona que dispusiera una habitación próxima a la mía para Dorottya.

No debe suponerse, sin embargo, que las atenciones recibidas de Dorottya, y

nuestra amistad, desplazaban a Ferencz de mis pensamientos, ni que menguaba mi amor por él al no hallarme en la soledad de antes. Por el contrario, muchas de las cosas que compartía con mi nueva amiga, nuestras conversaciones, por ejemplo, hacían que mi amor por Ferencz se acrecentase, que sintiera a mi esposo más cerca de mí, que aceptara el sacrificio de nuestra separación forzosa.

De la sapiencia de Dorottya con las hierbas aprendí cuántos filtros pueden hacerse para incrementar los humores viriles en el hombre, con la artemisa y la berza; y cómo la artemisa, el poleo y la sabina benefician al útero; y cómo el azafrán produce tan maravillosos efectos, que los boticarios de Nuremberg solían diluirlo en sus remedios para potenciar el efecto benéfico de éstos. Con disertaciones sobre tales cosas, y con juegos muy graciosos y divertidos, Dorottya me ayudaba a pasar los días sin que me amustiase.

A Ilona no le pareció bien que nos hiciéramos tan amigas; constantemente mostraba en el gesto su desaprobación. Triste por eso, la llamé un día a solas y le dije:

—Bien, Ilona, dime por qué estas enfadada conmigo.

—Perdóname, mi señora —dijo fríamente.

—¿No eras tú, Ilona, quien decía querer mi felicidad por encima de todo? ¿A qué vienen esas malas caras entonces?

—Mi señora —dijo encarándose conmigo—, esa zíngara no es digna de tu amistad, no es noble.

—Tú no lo eres más —dije.

—Y pasáis demasiado tiempo juntas… Oigo cómo os echáis agua en la bañera, entre risas —siguió diciendo Ilona—, y oigo cómo habláis en voz baja, para que no se os oiga, y percibo también vuestros largos silencios y vuestros extraños gritos…

—¿Prefieres oír mi llanto, mis lamentos? ¿No crees que ya he sufrido bastante?

Mi fiel Ilona siguió hablando, sin prestar atención a lo que le había dicho.

—Esos largos silencios, esas risas, esos gritos de placer… son muy parecidos, niña mía, a los que te oía cuando estabas con el Conde.

—¡Ya está bien! —grité—. Me parece que con los años se te está reblandeciendo el cerebro; creo que estás emponzoñada por los celos, eso es todo… ¿Cómo puede aceptar la señora de un castillo que su anciana *nurse* le diga tales cosas? Si la señora de un castillo permitiera a sus criados la crítica, ese castillo sería un auténtico caos.

Tan generosa era Dorottya, que al hablarle yo de lo que me había dicho Ilona, sugirió:

—Mi gente hace cordiales y filtros que calman la cólera de los viejos.

—No voy a dar drogas a esta pobre anciana —dije.

—No tomará drogas que no le daría un médico para que tuviera paz. Te ruego, Condesa, que confíes en mí y en mis artes.

Y así, puso ciertos polvos en la cena de Ilona, que despertaron la risa en mi anciana criada mientras parecía mirar a lo lejos, con los ojos idos, como si viese algo

que a los demás nos pasaba inadvertido.

—Ahora está feliz y tranquila —me dijo Dorottya.

—Sí, es verdad —dije—. No me gusta ver enfadada a mi buena Ilona.

Así de complaciente me mostraba yo entonces con las revelaciones que me hacía Dorottya, la que me había rescatado del pozo en que me dejó sumida la ausencia de mi esposo.

—¿Qué diría mi señora si otras gentes vinieran a verla? ¿Las recibiría tan bien como me ha recibido a mí? —me preguntó una noche Dorottya.

—¿A qué otras gentes quieres que reciba aquí, querida Dorottya?

—A otros zíngaros como yo misma, mi señora; a jóvenes virginales llenas de alegría y temperamento, que cantarían y bailarían para ti.

Pensé durante un buen rato antes de responder.

—No sé si al Conde le parecería bien que vinieran al castillo —dije al fin.

—¿Al Conde? No veo aquí a ningún Conde, mi señora —y se echó a reír Dorottya—. Lo que quiero es saber si a la Condesa le gustaría recibir a mi gente.

No sabía qué decirle. ¿Llenar el castillo de mi esposo de muchachas que danzaban y bailaban y de zíngaros? ¿Recibir en su castillo tan respetable a gentes de mala fama en la villa y en todo el país? No me decidía a decirle sí o no. Dorottya pareció comprender mi turbación.

—Si eso te causa incomodo, no insistiré —dijo—. Sólo quería divertirte, pero no hablemos más de eso… Se hace tarde para el baño de mi señora.

Nunca había gozado tanto del baño y de la unción de aceites como con Dorottya. Encantada con el placer que me daba mientras me bañaba, comencé a pensar en lo que me había sugerido, en las virginales muchachas zíngaras que cantarían y bailarían para mí, en la música y el bullicio, en las maneras rudas pero graciosas de los zíngaros… Mientras Dorottya me aplicaba su aceite más fragante por todo el cuerpo, y mientras saboreaba un vino aromatizado y caliente que me había preparado con especias, se fueron mis prejuicios y con mi voz más dulce, como adormecida, le susurré que no me importaría que fuese al castillo con su gente cuando quisiera.

—No haré nada que no plazca a mi Condesa —dijo.

—No —respondí con los ojos cerrados—, trae aquí a tu gente, querida Dorottya, te lo ruego —y me quedé dormida, acunada por aquel vino caliente, desnuda y con mi cuerpo bañado en el aceite de aroma más exquisito del mundo.

No sé cuánto tiempo dormí, si una hora o más, pero cuando desperté vi a mi lado a una extraña, una joven, casi una niña, hermosa y sonriente, pero comedida. Me levanté sobresaltada, cubrí mi desnudez con una toalla y me encaré con ella.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? —grité.

—Por favor, mi señora —dijo la muchacha con ojos temerosos—, ha sido Dorottya quien me ha ordenado que me quede contigo y vele tu sueño.

Como la vi atemorizada, me acerqué a ella y la estreché contra mí. Entonces entró Dorottya.

—¿Y quién eres tú para dar órdenes? —me encaré también con ella—. ¿Quién da las órdenes aquí, querida zíngara?

—Es una buena muchacha, una simple chica de la villa —sonrió Dorottya—. La he traído para que te divierta, Condesa… Pero serás tú quien decida si se va o si se queda.

—Claro que seré yo quien lo decida —dije sintiendo que mi mente aún estaba adormilada—. ¿Pero por qué no me has despertado para presentármela, Dorottya?

—Ten fe en mí, mi señora —dijo Dorottya—. ¿Acaso no somos mujeres las tres, sea cual sea nuestra condición? Nada de lo que digamos o hagamos saldrá de estas cuatro paredes, puedes estar segura.

Las palabras de Dorottya calmaron mis nervios.

—Te doy la bienvenida —dije extendiendo mis manos a la joven para que las besara, pero ella se puso de rodillas y me besó los pies.

—¡No, tonta, yo no soy un pope, no tienes que arrodillarte ante mí! —le dije.

—Pero Dorottya me ha dicho…

—¡Cállate, imbécil! —le dijo Dorottya—. ¿Es que acaso pretendes ofender a la Condesa?

—No, no me ofende —dije, sorprendida por la cólera de Dorottya—. Levántate, muchacha, no te arrodilles como hacen los que rezan.

—Desde luego —dijo Dorottya—, nada hay más gracioso que una chica que no sabe comportarse… Esperemos que al menos te divierta esta tonta, Condesa.

Me conmovió mucho la ternura de aquella muchacha.

—¿Qué podemos hacer con nuestra nueva amiga? —le pregunté entonces a Dorottya.

—Nada —me respondió—, al menos hasta que se le haya quitado de encima la mugre de la villa.

Y la verdad es que la muchacha estaba bastante sucia.

—¿Entonces? —pregunté ajustándome la toalla al cuerpo.

—Bueno —dijo Dorottya—, podemos jugar a que es una muñeca y la bañamos, así le quitaremos toda la mugre que trae…

Sólo podremos disfrutar de ella si está limpia.

—Entonces, crees que…

—Sí, creo que deberíamos bañarla, antes que nada, si te parece bien, señora —me respondió Dorottya.

—Me parece bien —dije—. ¿Y después?

—Empecemos por bañarla —dijo Dorottya—. Seguro que esta muchacha es inocente… Y cristiana.

—¡Seguro que sí! —dije, echándome a reír.

Y así, entre risas, comenzamos a desnudar a la muchacha para llevarla después a mi bañera. Tiritó al sentir el agua y gimió cuando la cepillábamos. Me quité la toalla para sentirme más libre y bañarla mejor, y Dorottya se despojó rauda de su vestido,

igualmente.

Así estábamos cuando entró en mis aposentos Ilona y se dirigió al cuarto de baño.

No hizo más que vernos y se volvió sin decir una palabra. Nuestras risas, la alegría de las tres desnudas, debieron parecerle cosas más que elocuentes. Ya se iba cuando desde la puerta me anunció que un guardia del castillo había avistado a varios hombres a caballo.

—¿Hombres? —dije riéndome—. ¡No necesitamos a ningún hombre!

—Es el Conde Ferencz con su séquito —dijo mi criada mientras salía.

5

Pecados sin rostro

¡Ferencz! Fue oír ese nombre tan amado y volví a mi estar de antes.

—¡Dorottya! —dije muy asustada—. Hay que ocultar a esta muchacha, no debe ser vista aquí, llévala a un lugar donde no pueda verla mi esposo.

—Así lo haré —dijo Dorottya ordenando a la muchacha que saliera aprisa de la bañera.

—Querida Ilona —la llamé tras salir corriendo hasta la puerta de mis aposentos —, tráeme mi vestido de gala y tira el agua de la bañera.

Obedeció rápidamente, al tiempo que Dorottya, que había salido con la muchacha, regresó junto a mí ya vestida para decirme que estaba en lugar seguro, donde no podría verla el Conde.

—¿Quiere mi señora igualmente que también yo desaparezca de la vista del Conde? —me preguntó entonces.

—¡No, mi querida Dorottya! —dije—. Tú eres mi dama de mayor confianza. Quédate a mi lado, pues al Conde le encantará conocerte, estoy segura… Después te retirarás a tu habitación, pues seguro que el Conde desea que estemos a solas.

—¡Claro que sí, mi señora! —exclamó Dorottya de tal manera que sentí cómo el rubor me llenaba las mejillas.

Y así estaba, aún con las mejillas encendidas, cuando entró mi amado Ferencz, del que había estado separada mucho tiempo. Parecía cansado y dolorido; caminaba de una forma que demostraba que venía herido. Me arrojé a sus brazos y sentí con cuánta pasión me abrazaba. Lloré de alegría. Ninguno de los dos fuimos capaces de hablar en un largo rato.

Y después salió de nuestras voces, al unísono, un torrente de palabras de amor. ¡De qué manera tan fuerte reverdeció la pasión que sentíamos! Al fin vio Ferencz a Dorottya, que permanecía en silencio.

—¿Y quién es esta dama? —preguntó.

—Una gran amiga que se llama Dorottya —dije—. Me ha ayudado mucho a superar la tristeza que me embargó tras tu ausencia.

—Entonces debo darte las gracias —dijo el Conde a Dorottya.

—Cuidar de tu esposa ha sido un placer, mi señor —dijo Dorottya—. Ahora, debo retirarme, veo que estás muy cansado.

Ferencz asintió, evidentemente complacido por las maneras de Dorottya, que salió hacia su habitación, lo que sorprendió a mi esposo.

—¿Vive aquí? —preguntó alzando las cejas.

—Sí, mi dulce Ferencz, no te extrañes —le respondí—. Es una dama fiel y digna; sin su compañía, me temo que habría enloquecido de tristeza y angustia. Te ruego que la aceptes en tu castillo.

—¡Claro que sí! —dijo sonriéndome ampliamente—. Que se quede aquí todo el tiempo que desee.

Entonces me dediqué a quitar de mi esposo el cansancio de la batalla, lavé sus heridas, le dije las palabras más tiernas cuando ya estábamos en el lecho… Y nos amamos como antes, como en los días felices y sin guerra.

¡Cuán feliz fui entonces! ¡Cuán radiante volvía a sentirme! ¡Cuán viva!

Pero luego, Ferencz me miró y dijo:

—Elisabeth, veo en tus ojos algo oscuro, creo que ocultas un secreto… Dímelo.

—No tengo secretos para ti, Ferencz —le respondí—. Y si ves en mis ojos algo oscuro, será por lo mucho que he penado en tu ausencia, por las muchas lágrimas que he derramado.

—¿Y cómo es que esa sombra de tristeza no ha desaparecido con mi regreso?

—¡Ya no estoy triste, esposo amado!

Ferencz, no obstante, insistía:

—Esa Dorottya… ¿qué ha hecho contigo?

—Darme su amistad, nada más, querido Ferencz, sólo eso. Darme solaz en mis horas de tristeza. ¿Cómo hubiera podido resistir a la soledad sin compañía? ¿Es que no oías palpitar de gozo mi corazón cuando nos abrazábamos?

Me acarició el cabello, y lentamente, con voz profunda, comenzó a decirme:

—Elisabeth, hay cosas que no sabes de este mundo, cosas ante las que es preferible que sigas ciega y sorda.

—¿A qué cosas te refieres, querido Ferencz? —le pregunté con temor, pues había en su voz algo que me inquietaba.

—Cosas que tienen que ver con la noche más negra —dijo.

—Tus palabras me asustan, prefiero no saber de esas cosas —le dije.

—Mi pequeña, mi perla… En otro tiempo, antes de que Cristo derramara su sangre por nosotros, la gente se entregaba a impíos juegos…

—¿Por qué me hablas de eso, amado Ferencz, y con un tono de voz que me atemoriza como si fuese una niña?

—No te hablo de esas cosas, no te hablo de lo que no deben oír tus dulces oídos, amada mía… Sólo pido a Dios que te conserve como te he conocido, y que te iluminen las Sagradas Escrituras.

—Sabes que rezo. Y que el Libro Sagrado siempre me acompaña.

—Pues que el Libro Sagrado nos cuide y preserve en la noche, Elisabeth —dijo—, pues hay pecados sin rostro; pecados que, en su maldad, nublan la honestidad incluso a la luz del día y ciegan el alma. Reza y guía siempre tus pasos por la senda de las Sagradas Escrituras. Piensa siempre en aquel bendito Pablo de Tarso y en aquellos sobre los que escribió.

—¿Qué escribió, Ferencz?

—Acerca de aquellos que «cambian la gloria incorruptible de Dios por la imagen corrupta del hombre y adoran a las criaturas humanas más que a Dios».

—Ferencz, esas palabras no tienen nada que ver con nosotros, son como humo, me entristecen… Desiste, amado esposo, pues te he sido fiel… Y no hablemos de cosas tristes y oscuras.

Poco después Ferencz se quedaba profundamente dormido, a causa de la fatiga. Yo, aún temblando de felicidad por tenerlo otra vez a mi lado, aún ardiente gracias a sus besos, yací a su lado un largo rato sin poder conciliar el sueño, con los ojos abiertos. Y como seguía sin poder dormir, al cabo me levanté sigilosamente y fui hasta la habitación de Dorottya, para hablar con ella si aún seguía despierta.

Su cama estaba vacía. Eso me sorprendió mucho y salí a buscarla. Pasé a través de salones y antecámaras, miré en alcobas, y nada, no la vi. Entonces sentí un grito que venía de lejos.

Creí que sería un ave nocturna. Y cuando iba por un largo corredor, volví a oír aquel grito, más claramente, más cercano. Supe que era humano. Y más que un grito, me pareció un lamento.

Volví a oírlo, aún más próximo, más lacerante; era el grito de terror de alguien que ha sido despojado de su edad y condición, da igual si es hombre, mujer, niño.

Llevada por aquel grito me dirigí como sonámbula a las mazmorras del castillo, descendiendo a esos dominios de la oscuridad y el musgo por unos peldaños de piedra en los que estaba a punto de resbalar a cada paso que daba. Aquel grito de terror se dejaba sentir cada vez con mayor frecuencia, y ahora muy cerca de donde me encontraba. Comprendí al fin que provenía de una de las salas de tortura donde en tiempos habían sido horrorosamente despojados de la vida, tras largo sufrimiento, los infelices que allí fueron a parar.

Se me encogía el corazón y se me erizaba el vello a medida que seguía bajando por los resbaladizos peldaños de piedra, pero me armé de valor para dirigirme a la diabólica sala de tortura.

6

El olor del sufrimiento

La puerta de hierro de la sala de tortura estaba entreabierta y por aquella apertura tremolaba la luz amarilla de un hachón. Habían cesado los gritos de horror, pero entonces oí una voz que reconocí al instante, la de Dorottya.

—Te dejo descansar —oí que decía—; volveré y en esa hora estarás ya dispuesta a cumplir mis deseos, sin negarte a ninguno, y caerás entonces de rodillas ante mí para agradecerme el privilegio de servirme.

La puerta se abrió más y di un paso atrás para agazaparme en las sombras. Vi salir a Dorottya con el cabello revuelto, sudorosa, con los ojos desorbitados y fieros. Se volvió para cerrar la puerta, y entonces me adelanté y la llamé por su nombre, tratando de insuflar a mi voz un tono de autoridad que no dejara entrever el miedo que sentía. Se volvió sorprendida, y acercándose a mí murmuró lentamente:

—Mi señora, ¿qué haces aquí, despierta a esta hora de la noche?

—Eso es cosa mía —respondí.

—Me has sorprendido empeñada en algo que sólo tiene que ver con la necesaria disciplina —dijo y sonrió—. Nada tan importante como para que turbe tu descanso —y cerró la puerta de hierro con llave.

—Cualquier cosa que ocurra en este castillo me concierne —dije—. ¿Qué hacías ahí, Dorottya?

Sonrió de nuevo.

—Soy la causante de tu desvelo, y lo siento, mi señora… Ya te he dicho que se trata de un asunto relacionado con la necesaria disciplina —dijo—. Cuando me pediste que escondiera a la muchacha de la villa, para que no la viese el Conde, la conduje a estas mazmorras creyendo que sería el lugar más apropiado. Rogué a esta muchacha que permaneciera en silencio, diciéndole que muy pronto la sacaría de aquí. Pero ya cuando estaba en mi lecho, oí sus gritos pidiendo que la liberase, y me asusté pues con sus voces podría despertar al Conde. Bajé a toda prisa y hablándole con mucho cariño le dije que se tranquilizara y siguiera en silencio hasta que amaneciera, cuando yo misma la llevaría a la villa. No lo hizo. Se mostró como una maldita relapsa y volvió a gritar, urgiéndome a que la liberase. No tuve más remedio que castigarla hasta ahora, cuando ya se ha quedado en silencio… Eso es todo, mi señora.

—¿Y cómo la has castigado? —inquirí.

—No creo que eso importe, mi señora…

—¿Cómo la has castigado, Dorottya? —insistí enojada.

Calló por unos instantes, y luego, mirándome con ojos llenos de fuego, dijo:

—La he castigado según es tradición antigua hacerlo, mi señora… No sólo aquí sino en todas las tierras del mundo, y muy especialmente en los lugares que se rigen por el bendito canon de la Cristiandad —y abrió la puerta de nuevo, rápidamente—. ¿Quieres verla, mi señora? Seguro que apruebas el castigo a que ha sido sometida la relapsa.

Sentía una gran aprensión, me resistía a entrar en aquella sala de horrores en la que tantos inocentes habían perecido en tiempos, pero me decidí a hacerlo, para demostrar a Dorottya mi valor y determinación de que nada ocurriera a mis espaldas en el castillo. Bajo la incierta luz amarilla del hachón fui entre hierros, argollas y cadenas, entre instrumentos de tortura cuya simple visión me quitaba el aire… Así llegamos hasta el fondo de la sala, donde estaba el peine forte et dure. Y allí, para mi espanto, vi encadenada a la muchacha de la villa.

Completamente desnuda, permanecía en silencio y sin sentido. De toda ella se desprendía el olor del sufrimiento, el olor de las laceraciones.

Colgaban sus pies a muy poca distancia del suelo de piedra. Tenía las manos encadenadas por encima de la cabeza, pendiendo del instrumento de tortura, y mostraba en el vientre y en los pechos pequeños, en la espalda, en las nalgas y en los muslos, las heridas provocadas por el látigo con que la había azotado Dorottya. Aún manaba sangre de ellas, que caía serpenteante hasta el suelo después de bañarle el vientre, los muslos, los dedos de sus pies… Tan grande era el silencio, que oía caer al suelo de piedra las gotas de sangre. Me repugnó el fétido hedor de la muerte cercana.

—¡Por el amor de Dios, Dorottya! —clamé sacando fuerzas de mi flaqueza para que la repulsión no hiciera que me desmayase—. ¿Cómo has podido hacerle esto a una criatura inofensiva?

—No —replicó Dorottya—, no es una criatura inofensiva, mi señora… Además no está herida de muerte; sus heridas sanarán fácilmente, se recobrará con un poco de alimento, y en paz… Pero habrá aprendido la lección… ¿Quieres que te lo demuestre?

—¿Qué más quieres demostrarme? ¿Alguna otra cosa abominable, Dorottya?

—No, mi señora… Quiero demostrarte que la muchacha está bien y recuperará pronto la salud.

—Esto es una monstruosidad, Dorottya… ¿Cómo has podido hacer algo semejante, abusando además de la confianza que te he dado?

—¿De veras no te place ver esto, mi señora?

—¡Bien sabes que no, Dorottya!

—¿Seguro que no, mi señora? ¿Acaso tu fiel Dorottya ha hecho algo mal? —dijo con una sonrisa enigmática—. ¿Querría mi señora mejorar mi trabajo? —y puso en mis manos un látigo negro empapado en sangre, y como mis dedos no querían tocar aquella suerte de reptil venenoso, lo dejaron caer al suelo mientras me sentía temblar.

Dorottya se agachó lentamente, recogió el látigo y volvió a ponerlo en mi mano.

—Creo que mi señora debería mejorar lo que ha empezado su fiel Dorottya —dijo sonriéndome.

—¿Pero es que te has vuelto loca? —respondí apretando el látigo con fuerza.

Dorottya hizo chascar su lengua, reprobando mis palabras.

—¿Cómo puedes ser tan simple, mi Condesa? —y como nada repliqué, siguió diciendo—: ¿Será posible que sea tan simple una Bathory?

—Lo que dices carece por completo de sentido —respondí entonces—. ¿Qué tiene que ver mi nombre con toda esta locura?

—¡Oh, señora! Tu nombre viene de una tradición antigua y noble, es un nombre reconocido a lo largo y ancho de esta tierra…

—Creo que te has vuelto loca, Dorottya, creo que hablas por hablar, y la burla que pretendes hacerme no es más que la expresión de tu locura —dije y me dirigí a la muchacha para liberarla de la tortura.

—¿De veras crees lo que dices? —me interrumpió tomándome por los hombros y haciendo que me volviese hacia ella—. ¿Acaso lo desconoces todo acerca de la maravilla que encierra tu nombre? ¿Acaso en tu inocencia desconoces que tus antepasados fueron feroces? ¿Cómo es posible que tú, una Bathory, hagas dejación de las tradiciones de tu familia? Bueno, quizá sea, nada más, que eres muy modesta, Condesa. Y pura e inocente. O ignorante, sin más.

—¡Suelta mi brazo! —grité—. Y ayúdame a liberar a esta pobre criatura, o te aseguro que en breve serás tú quien ocupe su lugar.

—¡Ah! —exclamó Dorottya evidentemente complacida—. ¡Ahora habla de verdad una Bathory!

—¿Pero qué pretendes con esa evocación que haces de mi nombre?

Dorottya volvió a mover la cabeza, para demostrar su extrañeza.

—¿Pero de veras lo desconoces todo acerca de tu nombre y de tu estirpe?

No pude darle otra réplica que la de mi atónita mirada. Dorottya pasó ante mí respirando bestialmente, y ya en la puerta me ordenó:

—¡Repréndela de una vez!

Al volverme hacia la puerta de hierro no pude evitar un grito de sorpresa. En la entrada de aquella vil cámara de los horrores, sin contrariedad ni disgusto en su mirada, más bien con una sonrisa benevolente en los labios, estaba mi esposo.

7

La reprensión

Ferencz no decía nada. Me miraba, miraba a Dorottya, miraba al interior de aquella cámara de los horrores, miraba a la pobre víctima, miraba al techo, donde estaba el instrumento de tortura del que colgaba la infeliz muchacha. Entró al fin en la sala de tortura con paso lento y sin dejar de sonreír.

—¿Crees que mi joven esposa —se dirigió a Dorottya— será capaz de reprender a esta muchacha con el látigo, y enseñarle así cuál ha de ser su comportamiento? ¿Crees que será capaz de abandonar ese Edén de felicidad e inocencia en el que siempre ha vivido? —y se volvió entonces hacia mí—: Creo, Elisabeth, que seré yo, más bien, quien te reprenda.

Me sentí envuelta por una especie de neblina aterradora que atascaba las palabras en mi garganta. ¿Cómo podía hablar de manera tan extraña, irónica y brutal, mi Ferencz, mi esposo, mi amor? ¿Qué podría haberle hecho cambiar de aquella manera que me lo mostraba irreconocible? ¿Podría ser que nada bajo el eterno firmamento, ni siquiera el amor, fuese constante y cierto? ¿Acaso todo, incluso el amor, era una gran mentira?

El miedo me transfiguraba, me di cuenta de ello, pero logré sobreponerme a los temblores y saqué la voz del último reducto de mis fuerzas para suplicar por la pobre muchacha de la villa.

—Azótame, si te place, Ferencz, pero no lo hagas hasta que esa pobre criatura esté libre —le dije.

Miró a la muchacha que pendía del instrumento de tortura del techo y dijo a Dorottya:

—Creo que ya ha aprendido la lección… Libera a esa muchacha.

Con una de las lanzas que había apoyadas contra los muros, Dorottya liberó a la muchacha de las argollas de las que pendía por las muñecas; el cuerpo de la infeliz cayó brutalmente al suelo y me estremecí al oír el golpe seco de su carne herida contra la piedra.

—Hay muchas maneras de enseñar a alguien cómo ha de comportarse —dijo entonces Ferencz—. A veces basta con las palabras, pero en muchas ocasiones hay que hacer algo más…

Lo que siguió fue espantoso, aborrecible, hiriente; todavía hoy, después de tantos años, me estremece recordar lo que Ferencz hizo conmigo.

—Siéntate —dijo señalando una silla que tenía maniotas en los reposabrazos y en las patas delanteras, y allí me fijó de manos y pies—. No creo que te resulte muy

incómoda esta silla de hierro, pues te haré disfrutar de la lección y además reposará bien tu cabeza —y me puso una celada que atornilló al respaldo de la silla, la cual, al bajar él parcialmente la visera, me impedía ver lo que sucedía a cada lado.

Para mi mayor angustia, Ferencz tomó entonces entre sus brazos a Dorottya y, situándose ambos ante mí, la besó apasionadamente en los labios. Pero no paró ahí. Luego, la pérfida pareja, olvidando el menor sentimiento de decencia, como bestias salvajes y desalmadas, copularon en medio de aquella sala de tortura, insensibles al hedor que desprendían las heridas de la pobre muchacha inconsciente en el suelo, insensibles a los instrumentos de tortura que allí había, e insensibles ante mi dolor.

Una vez dieron fin a su depravación, Ferencz se levantó del suelo y se acercó a la silla de hierro en donde me había inmovilizado.

—Creo que mi amada esposa se ha divertido con lo que hemos hecho, Dorottya —dijo sin dejar de sonreír—. Aunque… puede que no… Por lo poco que veo de su rostro, me parece que está muy pálida…

Soltó una gran carcajada y, agachándose para verme los ojos a través de la rendija de la visera, siguió diciendo:

—¿Y bien, Elisabeth, qué ha sido de tu pequeña lengua? ¿No tienes nada que decir, no vas a gritar? ¿Te has quedado muda? ¡Oh, veo que tus lindos ojos derraman lágrimas! ¡Delicioso licor, tus lágrimas! Tus lágrimas hacen que te considere aún más dulce, amada mía, que ame aún más la belleza de tus ojos.

Me ajustó la celada y bajó del todo la visera, para que apenas pudiese ver. La verdad es que aquella semioscuridad me hizo sentir aliviada.

—Bien, no importa que no quieras hablar, me alegra que no protestes, pues eso quiere decir que aprenderás bien la lección —siguió diciendo Ferencz—. ¿Sigues en silencio? Eso está bien, veo que quieres aprender, veo que sólo escuchas. Te diré, así, que esta bella zíngara, la extraordinaria Dorottya, es mi ardiente amadora desde antes de que tu belleza arrebatara mi corazón. Con ella he conocido delicias que sólo su gente sabe; con ella disfruté de cosas que a casi todos los hombres el decoro les niega, sumidos en las limitaciones de la vida respetable. Dorottya es desde hace tiempo mi tutora, y yo soy su pupilo más entregado… A veces las gentes murmuraban algo acerca de cualquier criatura a la que habíamos raptado para disfrutar de su cuerpo, por lo cual me mostraba pío en todo momento, para acabar con aquellos rumores, y Dorottya desaparecía durante semanas… En poco tiempo las cosas volvían a su estar natural… Pero comprenderás que no pudiéramos estar separados en demasía, pues nos une una alianza de sangre. Y esa alianza de sangre exigía que te ganara para nosotros, para Dorottya y para mí, por ser tú, mi amada esposa, una virgen de belleza extraordinaria, perteneciente a una de las más nobles familias del país, prima del gran Gyorgy Thurzo, primer ministro de Su Majestad. Eras la más ideal de las vírgenes nobles.

—¿Yo? ¡Dios mío, sálvame! —clamé entonces al fin.

—Sí, tú —dijo Ferencz.

—Pero… —traté de protestar con la voz ahogada—, ¿de qué alianza de sangre hablabas?

—¡Ah, mi buena esposa! Parece mentira… ¿Acaso no eres una Bathory?

—Claro que lo soy… ¿Pero qué tiene que ver que lo sea?

—¿Es posible que seas tan inocente? —se extrañó Ferencz—. ¿Es que desconoces la reputación de tu propia familia? Una reputación, por cierto, que yo no deploro, al contrario, pues sugiere a los Bathory como aliados de las fuerzas más oscuras y poderosas.

—¡Eso es una mentira infamante! —protesté.

—¿Así lo crees? Bien, pues hablemos no ya de tus antepasados, sino de tus familiares vivos… ¿No sabes que tu hermano anda por ahí yaciendo con jóvenes y con viejas, torturando y matando con absoluta impunidad merced a sus poderes? ¿Es calumnioso decir que tu tío, tan distinguido, debió su magnífico aspecto, tan recordado, a ciertos tratos diabólicos y a que se nutría con la sangre de las jóvenes vírgenes a las que raptaba? ¿Es una falsedad que otro tío tuyo fue un maestro de los alquimistas que elevan sus oraciones a Satán en vez de a Dios? ¿Y qué hay, mi querida Elisabeth, de ese otro primo tuyo, tan principal, Mad Zsigmond, el que vive en Transilvania? ¿Acaso jamás has oído esos relatos, que han dado lugar a muchas canciones populares, de cómo se hace servir en su mesa a muchachas virginales a las que tortura hasta la muerte para beber su sangre y comerles el corazón? ¿De verdad que nada de todo esto has oído decir?

—¡Todo eso es mentira! —grité desesperada.

Pareció no prestarme atención.

—Fue porque Dorottya me habló de ti, por lo que puse rumbo a la casa de tu padre para pedir tu mano… Tu padre sí es un hombre piadoso, Elisabeth, por lo que hube de presentarme ante él como si yo también lo fuera, para que diera su consentimiento… Y debo admitir que tu belleza me cautivó, pues eras la más bella de las nobles virginales del país… Comprendí que Dorottya tenía razón, sabia razón, al sugerirme que me casara contigo; nadie mejor que tú para que ambos pudiéramos ratificar, una vez más, nuestro pacto de sangre. Para lograr mis propósitos, Dorottya se alejó un tiempo de la región, y yo viví casi como un monje en lo sucesivo… Luego, cuando partí a la guerra contra el turco, Dorottya fue a tu lado para comenzar a instruirte en nuestras artes, cosa que ha hecho muy bien, por cierto… Dorottya ha entrado en ti, te ha poseído y nadie podrá hacer ya que te abandone.

—¿Dices que Dorottya ha entrado en mí, que me ha poseído?

Sólo jugábamos, sólo nos divertíamos, sólo me tranquilizaba…

Dorottya, que hasta entonces había guardado silencio, echó hacia atrás la cabeza y rió estruendosamente.

—¿Es tan inocente de veras, o es una idiota? —dijo—. ¿Pero es que no te diste cuenta, mi señora, de cuán antinaturales y pecaminosos eran nuestros juegos? ¿Es que esa *calma*, esos *cuidados* que te procuraba yo, no te hacen sentir, siquiera ahora,

culpable?

—¡No, no y no! —grité en el colmo de mi angustia.

Volvió a hablar Ferencz.

—Yo la creo, Dorottya… Anoche, cuando la tomé en mis brazos para amarla, comprobé que su alma sigue siendo pura, que no cree que haya habido maldad en lo que hicisteis… No tiene idea de lo culpable y pecaminosa que ha sido; es absolutamente pura de corazón y por eso cree que vuestro ayuntamiento fue sólo una diversión natural entre buenas amigas. Yo le hablé de Pablo de Tarso, aludí a las Sagradas Escrituras, la previne contra el pecado, todo por ver si mostraba algún signo de arrepentimiento o de duda, y nada. —volvió a levantarme la visera para que lo viera, y se acercó más a mí—: ¿Recuerdas, Elisabeth, lo que te dije de los paganos que adoran a las criaturas humanas más que a Dios?

Recordé entonces lo que dicen las Sagradas Escrituras: *Dios, por ello, hace que caigan en cosas viles, y la mujer olvida su naturaleza para hacer lo que es contrario a natura*.

—Entonces, yo… —comencé a decir con la voz rota.

—¡Ah, mi pequeña! —exclamó Ferencz sarcásticamente—. Tu inocencia te ha traicionado tanto como la sangre de los Bathory que corre por tus venas… Sí, amada esposa, has cometido actos sucios y corruptos.

—Ya eres de los nuestros —dijo Dorottya.

—Estás unida a nuestra legión intrépida por lazos más fuertes que los de la sangre —dijo Ferencz.

—Eres un malvado —le dije.

—Si eso es así, deja que te abrace perversamente como un amante —me respondió.

—Te haremos conocer delicias sorprendentes —dijo Dorottya—, te daremos a probar cosas que jamás has saboreado.

—Y al fin harás honor a tu nombre, Bathory —dijo Ferencz.

—Sellemos nuestra unión en solemne ceremonia —dijo Dorottya—. Te bautizaremos en nuestra fe pecaminosa.

—¿Bautizarla? —dijo Ferencz—. Eso estará muy bien… ¿Pero con cuál de todas tus unciones, Dorottya, hemos de bautizarla?

—Con la más rica de todas —dijo señalando a la muchacha de la villa que yacía en el suelo de piedra—. Con la unción que brota de sus venas.

8

Grex Sanguinarius

Sabes bien, Señor, que aquel baño en sangre fue el primero, pero no el último, pues fueron muchas las veces que me bañé en sangre en los años que siguieron. Y si así se me abrieron las puertas del infierno, Ferencz y Dorottya, invocando siempre mi nombre, me introdujeron en mayores perversiones diabólicas, en ritos infames y demoníacos, en el disfrute de los más viles placeres. Me comporté como alguien a quien se le ha muerto el alma; fui una obediente criatura dispuesta a satisfacer las más sucias y depravadas insinuaciones que se me hicieran.

Puede que hubiera algo de cierto en lo que me habían contado acerca de mi estirpe, pues en muy poco tiempo acepté tomar parte en los crímenes que aquellos dos me proponían; o puede que mi desencanto de Ferencz acabara con mis buenos humores; o quizá Dorottya, con su sabia mezcla de las hierbas, arruinara mi inocencia… No lo sé…

Sólo sé que en poco tiempo me volví tan despreciable y perjura como Ferencz y Dorottya, pues los tres nos mostrábamos como los seres más piadosos de la tierra cuando el sacerdote acudía al castillo para decir misa. Y hacíamos, cuando nos confesábamos a él, un cínico recital de pecados veniales y de leves transgresiones, nada más.

Dorottya llevó al castillo una corte de seres, entre los que destacaban dos a los que seguramente conoces, Señor: los magos Ujvary y Thorko, el primero de ellos un malvado inventor de torturas; otro brujo, al que llamaban Darvula, competía en perversiones y maldad con la propia Dorottya; y dos sirvientas que pusieron a mi disposición, Otvos y Barsovny, escogidas por el propio Ferencz tanto por su belleza como por su total carencia de escrúpulos. Y muchos más, cuyos nombres ahora mismo no recuerdo.

La piedad fue algo que desapareció por completo del castillo de Csejthe en muy poco tiempo. Cientos de jóvenes virginales fueron sacrificadas en sus mazmorras para saciar nuestros bestiales apetitos. Unas llegaban con Otvos y Barsovny, que iban por la región pidiendo sirvientas para el castillo; otras, drogadas por Dorottya o por Darvula; y muchas más, golpeadas y secuestradas por Thorko o por Ujvary… Aquellas pobres infelices, hermosas e inocentes todas, eran arrojadas de inmediato a nuestras mazmorras, donde las esperaba el horror y la satisfacción de nuestros más depravados placeres.

Dorottya me dijo en cierta ocasión que era mucho más vieja de lo que parecía, y que si se conservaba así de joven y hermosa, y si tenía la piel tan suave y fresca, no

era por otra cosa que por bañarse en la sangre de muchachas aún vírgenes. Me invitó a bañarme también yo en sangre. Y lo hice. Si algo así, vaciar de sangre las venas de unas hermosas y virginales muchachas, es horrible, mucho más lo era la forma en que aquellas pobres prisioneras eran despojadas de su vida: no con una mínima y piadosa rapidez, sino a través de torturas previstas para que la agonía de las infelices fuese más larga… No tengo estómago ahora mismo para referir aquellas torturas, pero sí puedo asegurar que eran las más inhumanas y degradantes que puedan imaginarse.

¿He dicho inhumanas? No: las bestias de los bosques y las selvas, carentes de toda humanidad, ni siquiera entre sí conciben la tortura, matan cuanto más rápidamente pueden. Nuestros crímenes eran simplemente humanos.

De tarde en tarde, mi cerebro, que parecía estar relleno de lodo, parecía comprender la maldad profunda de lo que hacíamos, el horror de nuestros actos; y me hacía el propósito de acabar con todo aquello, y de liberar a nuestras pobres víctimas y animarlas a que contaran en la villa y por toda la región lo que sucedía en el castillo. Pero nunca lo hice; ahora, tras haber reflexionado sobre todo ello, creo que me lo impidió el amor que seguía sintiendo por Ferencz. Por nada del mundo quería verlo ante un tribunal, primero, y condenado después.

Los hados quisieron que, con el tiempo, eso fuera precisamente lo que me pasara a mí.

Ferencz fue llamado de nuevo por el Rey, para combatir en otra guerra contra los sarracenos. Y como en aquella noche de años atrás, me despedí de él cuando los truenos y los relámpagos se cernían sobre el castillo de Csejthe y la lluvia ponía sus cortinas en toda la región.

—¿Recuerdas las palabras que me dijiste aquella noche de nuestra despedida, hace tanto tiempo? —le pregunté.

—No —me respondió—. ¿Qué dije?

—Dijiste que Dios te guardaría y que triunfarías sobre la muerte para estar siempre a mi lado.

—Unas bonitas palabras, sí —y se dispuso a salir para montar en su caballo.

—¡Dímelas de nuevo! —le rogué.

—¿Es que aún eres una imbécil?

—Dime de nuevo esas palabras, Ferencz.

—No. Nada tengo que decirte, salvo adiós… Bueno, también tengo que decirte otra cosa: no penes por mí, no estés sola ni sufras mi ausencia —apostilló con un gesto infinitamente sarcástico.

Apenas unos días después llegaba hasta el castillo un emisario para traerme nuevas de Ferencz: había muerto «con honor en la batalla, enfrentándose a los odiados turcos que pretenden arrebatarnos nuestra amada tierra». El propio Rey firmaba aquella misiva.

¡Oh, mi esposo afortunado, pues había muerto con honor mientras yo languidecía entregada a la infamia y al pecado! Fue en ese momento cuando decidí que ya no

tenía razón alguna para guardar silencio, y me hice el firme propósito de que en toda la región, e incluso en el país, se conociera lo que sucedía en el castillo de Csejthe, lugar que todos creían respetable.

Una mañana, cuando aún dormían mis depravados compañeros, tras haber pasado la noche entera entregados a sus orgías de sangre, bajé a las mazmorras y liberé de sus cadenas a una pobre muchacha cautiva que había sido destinada al sacrificio de la noche siguiente.

—¡No digas nada ahora! Ve a la villa y cuenta los horrores que has visto, y que nos bañamos en sangre de vírgenes, y que torturamos… ¡Cuéntalo todo!

La muchacha, aterrorizada al principio, creyó que se trataba de una trampa, de algún juego pensado para que fuese más cruel su tortura, para acabar con sus pocas esperanzas… La urgí a que me creyera, le pedí que confiase en mí, aunque ¿cómo iba a confiar en alguien a quien había visto tomar parte en aquellos ritos infernales? Pero acaso porque aún me quedaba en la luz de los ojos un rayo de sinceridad, acabó creyendo mis palabras y se fue e hizo lo que le había pedido.

Comenzó a correr por la villa la voz de lo que había contado la muchacha y hasta en el propio castillo se habló de aquellos rumores. Ya no resultó tan fácil como antes hacernos con las virginales muchachas de la región.

Pero ahí paró todo. Hasta en la iglesia se dijeron sermones en los que también se hablaba de una banda sanguinaria enrocada en el castillo de Csejthe, una *grex sanguinarius*, por decirlo en latín, a la que los naturales temían. Pero ninguna autoridad acudió al castillo.

Mi atribulada mente se preguntaba el porqué de todo aquello. Y las posibles respuestas herían mi espíritu tanto o más que los horrores que ejecutábamos en el castillo de Csejthe.

9

La maldición de los gatos

Ferencz había dicho la verdad.

Mi nombre era tan limpio, tan noble y bien considerada mi familia, que quién iba a dar pábulo a rumores tales, entre las personas de autoridad, por mucho que en toda la región se hablara de aquel espanto. Mi primo Gyorgy, primer ministro del Rey, decidió ignorar lo que había oído acerca de nosotros y de nuestro castillo.

Cuando tan execrable razón del porqué de la tranquilidad de las gentes de autoridad empezó a presentárseme con prístina claridad, se me encogió el corazón. ¿Aquello era humanitario? ¿Aquello era noble? ¿Y qué es la nobleza? ¿Cuál era la gloria cristiana en virtud de la cual se llamaba a luchar contra el turco? ¿Es que podía permitirse que unas pobres inocentes fueran sacrificadas en los altares corruptos de un castillo, sólo porque su señora era mujer de abolengo y viuda de un héroe? Todo aquello me parecía aún más abominable que nuestros muy abominables crímenes. Con un sincero dolor de corazón rechacé entonces cuanto de oscuro y siniestro había en la propia humanidad, abjuré de mis lazos familiares… Incluso renuncié a la fe de Cristo.

¿Por qué entonces, a pesar de mi repugnancia y sincero dolor de corazón, seguí participando en aquellas orgías infernales? No lo sé… Pero no pasó mucho tiempo hasta que, acaso porque aún no se había extinguido en mi alma la luz de la bondad, acudí a Ilona un día y le hablé como lo hacía en tiempos más felices:

—Ilona, mi dulce *nanny*, mi mejor compañía —le dije—, ¿quieres oír lo que tengo que decirte? No, mejor no, querida *nanny*; no quiero que oigas de mis labios cosas tan infernales como las que tengo que decirte… Escribiré una carta, que leerás primero y luego llevarás tú misma al Rey Matthias… ¿Me has entendido bien?

Asintió la buena anciana, pero con un velo de tristeza en los ojos.

—¿Y qué carta es ésa, mi niña? —me preguntó.

—Un documento en el que se describen los horrores, las iniquidades que como telarañas se han extendido por este castillo…

Un documento que contiene, a la vez, la confesión de lo que yo misma he hecho, como culpable que soy de todo ello. Un documento en el que pido a Su Majestad que envíe tropas para tomar este castillo y poner presa a la compañía de demonios que aquí hemos cometido crímenes… Esa es la carta que llevarás al Rey, Ilona.

La pobre anciana me tomó las manos y me dijo entre lágrimas:

—Mi pequeña… Te prenderán y llevarán ante un juez, seguramente sufrirás tormento…

—Eso no me importa. Me da igual que me torturen, que me encarcelen o que me lleven a la hoguera… Quiero expiar mis pecados, Ilona. Ninguna pena que me sea impuesta será severa. Ya no es suficiente con que entone el mea culpa. Debes hacer lo que te pido sin pérdida de tiempo, querida *nanny*, debes hacerlo por mi propia salvación.

—¿Crees que serás juzgada, Elisabeth?

—Sí, Ilona, y será lo mejor… Y tú sabes que debe hacerse así, para que impere la justicia.

Nada más dijo mi vieja nurse; obediente, esperó a que escribiese mi confesión al Rey, que lacré con los sellos de Bathory y Nadasdy. Vigilé atentamente su marcha, hasta que estuvo lejos del castillo de Csejthe.

Bien conoces el resto, Señor.

El clemente Matthias dio rápidamente órdenes a Gyorgy Thurzo para que tomara el castillo, la misma noche del Año Nuevo. Fueron liberadas las cautivas que aún no habían sido muertas. Fueron puestos bajo cadenas mis despreciables compañeros y llevados a juicio. Todo ellos, salvo yo, serían condenados a muerte y ejecutados.

Sí, todos salvo yo… Esa misericordia real que se me hizo aún me duele, Señor. Sólo fui condenada, a pesar de mis crímenes y pecados, a reclusión en soledad, en mi propio castillo, pues intervino mi primo y obtuvo clemencia del Rey.

Pero en toda esta relación de horrores, Señor, brilla un rayo de esperanza, por cuanto, para mayor gloria de los cielos, la raza de los humanos no cuenta sólo con individuos despreciables.

Yo, al menos, conozco a una persona que no lo es. Una persona que, llevada de su amor y lealtad, ayudó a que mi primo pudiera obtener clemencia para conmigo. Una persona que fue al Rey y le dijo:

—No fue la Condesa quien llevó a esos brujos al castillo, fui yo, sólo yo.

Pasó mucho tiempo hasta que supe de aquel acto de amor, que debo a mi buena Ilona. Pasó mucho tiempo hasta que supe que rompió mi carta al Rey y de propia voz le contó los horrores que sucedían en el castillo, haciéndose culpable después de los mismos…

Eso hizo que mi pobre *nanny* fuese martirizada. Ujvary, Thorko, Darvula, Otvos y Barsovny, murieron decapitados bajo el hacha del verdugo. A Dorottya y a Ilona se les reservó un castigo peor: les fueron cortados los dedos de las manos uno a uno, y después las arrojaron a la hoguera. Murió Ilona como debía de haber muerto yo.

Moriré pronto, Señor. Hace muchos días que me niego a comer los alimentos que me traen. Antes de morir, Señor, quiero pedirte sólo una cosa.

Te pido, Señor, que mandes gatos violentos, gatos con colmillos y uñas como dagas, a esos que, aun sabiendo lo que sucedía en el castillo, nada hicieron por evitar que siguieran dándose los horrores que allí se sucedían noche tras noche. Mándaselos también a mi generoso primo Thurzo; y al sacerdote de la villa, que a pesar de sus sermones en nada intervino para acabar con el sufrimiento de aquellas pobres

inocentes, del que todos hablaban en la villa.

A todos los malos cristianos que permanecieron impasibles, mándales gatos, Señor, de ojos amarillos, rabiosos, hambrientos. Hazlo, Señor, te lo ruego.

Te lo agradeceré pronto, Señor, apenas sea llamada a rendir cuentas ante ti. ¿Cómo alguien que fue tan desalmada puede aspirar a presentarse en el cielo? Sé que derramé mucha sangre de inocentes, por lo que los ángeles nada querrán saber de mí. Por eso me confío a ti, Señor, y sé que me darás la bienvenida, pues acudo para arrojarme en tus brazos como una amante y ofrecerte mi alma inmortal, mi Señor, mi Soberano, mi gran Lucifer.

Nota del autor:

Todos los personajes y lugares que aparecen en esta historia existieron, sin excepción. La línea argumental de este relato reconstruye hechos que sucedieron realmente. Elisabeth Bathory murió, según se ha podido establecer con mayor aproximación, el 21 de agosto de 1614, en sus aposentos del castillo de Csejthe, condado de Nyitra, al noroeste de Hungría. Tras su muerte, el sacerdote de la villa testificó que había sido salvajemente atacado por una gran cantidad de gatos, que le mordieron y arañaron gravemente y luego se esfumaron como la niebla.

El muerto viviente

Robert Bloch

(1917 - 1994)

Unos doscientos relatos cortos y veintidós novelas integran la elogiada trayectoria literaria de Robert Bloch, quien publicó su primer cuento de manera profesional, *The Feast in the Abbey*, en el número de enero de 1935 de *Weird Tales*, en compañía de sus admirados Seabury Quinn y Clark Ashton Smith, dos de los grandes autores de la mítica revista *pulp*. El joven Bloch era un entusiasta de lo fantástico y lo terrorífico desde que, a la edad de nueve años, descubriera a Lon Chaney en la versión muda de *El fantasma de la Ópera* (*The Phantom of the Opera*. Rupert Julián, 1925). Semejante revelación pronto se vería acompañada por la febril lectura de Edgar Allan Poe, Arthur Machen y de los relatos publicados en *Weird Tales*, en especial, aquellos firmados por H. P. Lovecraft, con quien empezó a cartearse apenas cumplidos los dieciséis años.

Era inevitable, pues, que aquel entusiasta jovenzuelo ansioso por emular a sus ídolos resultara deslumbrado por el maestro y, así, Robert Bloch pronto pasó a formar parte de lo que luego se denominó el «Círculo Lovecraft». Al igual que August Derleth, Donald Wandrei, Clark Ashton Smith y Frank Belknap Long, Bloch contribuyó a los *Mitos de Cthulhu* con varios (falsos) volúmenes de brujería y conocimientos ocultistas, todos ellos émulos del *Necronomicon* de Abdul Alhazred, como *La Cábala de Saboth*, el *Daemonolorurn* y, principalmente, *De Vermis Mysteriis*. También fue el autor de narraciones de «horror cósmico» como «*El Dios sin cara*» (*The Faceless God*, 1936), «*The Dark Demon*» (1936), o la tardía y sugestiva «*Cuaderno hallado en una casa deshabitada*» (*Notebook Found in a Deserted House*, 1951).

De cualquier modo, sus relatos más recordados de los *Mitos de Cthulhu* son, hoy en día, los que escenificaron un singular juego literario con el mismo H.P. Lovecraft de protagonista. En el número de *Weird Tales* correspondiente a septiembre de 1935, Robert Bloch publicó «*El vampiro estelar*» (*The Shambler from the Stars*), donde un místico de Providence, fácilmente identificable como Lovecraft, tiene un horrible final tras recitar imprudentemente un pasaje de *De Vermis Mysteriis*. Antes de ofrecer el relato a la revista, Bloch solicitó el permiso de su maestro para matarle, a lo que éste accedió con muy pocos reparos, incluso por escrito: A quien corresponda: Certifico que Robert Bloch (…) queda plenamente autorizado para retratar, matar, aniquilar, desintegrar, transfigurar, metamorfosear o maltratar al abajo firmante en el

cuento titulado «*The Shambler from the Stars*». Pese a esta autorización, H.P. Lovecraft no dudó en continuar la macabra humorada de Bloch haciéndole, a su vez, víctima de otra criatura sobrenatural, bajo la transparente identidad del escritor de relatos de terror Robert Blake. Eso sucedía en «*El morador de las tinieblas*» (*The Haunter of the Dark*), publicado por *Weird Tales* en diciembre de 1936. Ya fallecido Lovecraft, y como postrer y sentido homenaje, Robert Bloch cerró este intercambio de truculentas imaginaciones con el relato «*La sombra que huyó del chapitel*» (*The shadow from the Steeple*, 1951). En esta ocasión Lovecraft ya aparece como tal, imbricado en la narración como amigo del fallecido Robert Blake y cronista de su muerte.

Sin duda alguna, antes del éxito conseguido con su novela *Psicosis* (*Psycho*, 1959) —éxito ligado estrechamente a la genial película de Alfred Hitchcock y no a las precarias cualidades literarias del texto de Bloch, una retorcida y tramposa fantasía sobre los crímenes del maníaco homicida Ed Gein (1906 - 1984), «El carnicero de Plainfield»…—, la mejor etapa creativa de Robert Bloch está vinculada a *Weird Tales*. Por ejemplo, en «*La risa del vampiro*» (*The Grinning Ghoul*, 1936), Bloch mezcla con notable habilidad los *Mitos de Cthulhu* con el vampirismo y los demonios necrófagos; en «*Suyo afectísimo, Jack el Destripador*» (*Yours Truly, Jack the Ripper*, 1943), trasplanta al funestamente célebre asesino de Whitechapel al Boston de los años cuarenta, acosado por el hijo de una de las mujeres asesinadas por aquél en 1888; en «*El murciélago es mi hermano*» (*The Bat is My Brother*, 1944), el propio escritor declaró:

Recientemente me pregunté: «¿qué haría yo si fuera un vampiro?». Pues salir fuera y morder para vivir…; en *The Skull of the Marquis de Sade* (1945), Bloch transforma la calavera del Divino Marqués en un fetiche maléfico que contagia su iniquidad a todos aquellos raros individuos que la codician —estudiosos de lo extraño y contrabandistas de objetos morbosos arrastrándolos al crimen y, por supuesto, al sadismo más atroz…—. Más tarde, su vinculación con la radio, el cine y la televisión, las irregularidades y vicios de Bloch en su tratamiento irónico y, a veces, abiertamente desmitificador, de temas y personajes terroríficos, su tosca predisposición a lo grotesco, lo convirtieron en un escritor comercial pero sin una personalidad acusada, como lo fue en sus inicios.

En este sentido, «*El muerto viviente*», publicado en abril de 1967 en el *Ellery Queen's Mystery Magazine* bajo el título de *Underground*, es un excelente compendio de las virtudes de Robert Bloch, sin caer torpemente en sus lacras. No obstante, su especial sentido del humor negro, las referencias culturales a pretéritos elementos culturales de lo fantástico y lo terrorífico, concretamente al parisino *Le Théâtre du Grand Guignol* de Oscar Méténier, o su perversa afición por mezclar fantasía y realidad, hacen de «*El muerto viviente*» un relato tan frívolo en su esencia como absolutamente lúdico y recomendable.

El muerto viviente

(The Living Dead)

Robert Bloch

Había descansado durante todo el día, mientras abajo, en la villa, tronaban las armas. Entonces, cuando comenzaban a cernirse las sombras oblicuas de la noche y los ecos del combate se atenuaban hasta casi desaparecer, supo que había llegado la hora. El avance americano concluyó con el cruce del río. Los ocupantes tendrían que retirarse y él seguiría a salvo.

En las ruinas del castillo que se alzaba sobre la villa, en la colina rodeada de bosque, el Conde Barsac salió de la cripta.

El Conde era alto y delgado, cadavéricamente delgado, apropiadamente delgado… Su cara y sus manos tenían la palidez de la cera; su cabello era negro, pero no tanto como sus ojos y las cuencas que los rodeaban. Su capa era también negra y sólo el rojo de sus labios ponía un toque de color en su figura cuando esbozaba una sonrisa.

Ahora sonreía, precisamente porque había llegado el crepúsculo, la hora de iniciar su juego.

El nombre de ese juego era Muerte. Un juego que el Conde había practicado en numerosas ocasiones.

Había actuado en el Grand Guignol de París bajo el nombre de Eric Karon, obteniendo cierta reputación por sus interpretaciones de papeles bizarros. Cuando estalló la guerra vio llegada la gran oportunidad de poner en práctica su juego favorito.

Desde mucho antes de que los alemanes tomaran París había trabajado en ello, también en las sombras, para deleitarse en la interpretación de sus papeles. Como actor era impagable.

Se disponía a representar su último papel, pero no en el escenario, sino en la vida real. Un papel sin el artificio de las luces, sino en la más cierta oscuridad, para convertir en realidad el sueño del actor. Ya tenía donde llevarlo a cabo.

—Es muy sencillo —había dicho a sus superiores alemanes—. El castillo de Barsac está deshabitado desde la Revolución y los campesinos de la región apenas se atreven a acercarse siquiera de día, por esa leyenda, óiganlo bien, según la cual el último Conde de Barsac era un vampiro.

Así que todo estaba previsto. Habían instalado el transmisor de onda corta en la cripta del castillo en ruinas, atendido por tres operadores. El Conde Barsac, al mando real de las operaciones que allí se verificaban, era su ángel guardián. O, más bien, su demonio guardián.

—Hay un cementerio en las faldas de la colina —les dijo—. Un lugar para el descanso eterno de estas pobres gentes ignorantes. En ese cementerio hay una cripta, en la que reposan los restos de los antiguos Barsac. Debemos abrir la cripta, abrir igualmente el ataúd del último Conde, y mostrar a esas gentes ignorantes que está vacío. Así nos aseguraremos de que ninguno de ellos se atreva a acercarse ni al cementerio ni al castillo, pues eso probará que la leyenda es cierta. Creerán que el Conde Barsac es un vampiro y vaga por ahí una vez más.

—¿Y qué ocurrirá si son escépticos, si hay entre ellos alguien que no crea en esas cosas? —le preguntaron.

Tuvo rápida la respuesta:

—Lo creerán firmemente… Yo soy el Conde Barsac y saldré a demostrárselo.

Después de que lo vieran maquillado y con su capa, como dispuesto a salir a la escena, no hubo más preguntas. El papel era suyo.

El papel era suyo y estaba dispuesto a representarlo bien. El Conde asentía complacido de sí mismo mientras subía las escaleras del castillo, en cuya techumbre las telarañas velaban el radiante fulgor de la luna.

Pero estaba a punto de bajarse el telón. Si el avance americano barría las defensas de la villa que se extendía bajo el castillo, habría que rendirse a la evidencia y buscar una buena salida. Todo tenía que estar previsto, bien organizado.

Durante la retirada alemana se le habían encontrado otros usos al cementerio. Las obras de arte robadas por el mariscal Goering hallaron allí buen refugio, sobre todo en la cripta. Un camión aguardaba en el castillo para trasladarlas. Los tres operadores del transmisor de onda corta se encargarían también de cargar los *objets d'art* en el camión cuando llegara el momento de huir a la carrera, bajando hasta las faldas de la colina donde estaba el cementerio.

Cuando el Conde llegó allí todo había sido perfectamente embalado. Los operarios tenían uniformes americanos robados y tarjetas de identificación falsificadas, con todo lo cual esperaban atravesar las líneas del enemigo junto al río y reunirse con las tropas alemanas en retirada en un lugar previamente convenido. Nada podía dejarse a la improvisación. Cuando el Conde, algún día, escribiera sus memorias…

Pero no era el caso pensar en ello ahora. El Conde alzó la vista para mirar a través de uno de los agujeros que presentaba la techumbre. La luna era llena. Había que salir.

Detestaba hacerlo de aquella manera. Donde otros no veían más que polvo y telarañas, él veía un escenario, el lugar donde llevar a cabo sus más grandes interpretaciones. Hacer el papel de vampiro no le había convertido en un adicto a la sangre, si bien, como actor, disfrutaba profundamente del sabor del éxito. Y aquí triunfaba.

La despedida es un dulce dolor.

Eso lo escribió Shakespeare. Shakespeare escribió sobre fantasmas, sobre brujas, sobre apariciones sangrientas. Shakespeare sabía que su público, una masa estúpida, creía en esas cosas, igual que aún se cree hoy día en todo ello. Un gran actor sabe cómo hacer que su público crea en su papel.

El Conde iba a través de la penumbra hacia las puertas del castillo. Veía ya el sendero flanqueado por los grandes árboles que parecían saludarle con una leve inclinación.

Había sido allí, entre los árboles, donde había abordado a Raymond por la noche,

unas semanas atrás. Raymond era su espectador favorito, un hombre respetable, de blanca cabellera, inteligente; el alcalde de la villa de Barsac. Pero nada de eso lo adornó aquella noche, nada de su dignidad mantuvo aquella noche cuando se le apareció el Conde, pues gritó aterrorizado como una mujer y salió corriendo.

Probablemente, Raymond andaba por allí espiando, pero se olvidó de todo cuando el Conde le salió al paso entre los árboles. El alcalde era uno de los que había dado pábulo a los rumores según los cuales el Conde había vuelto a las andadas. Junto a Clodez, el estúpido molinero, había organizado una banda que asaltó el cementerio para profanar la tumba de Barsac. ¡Vaya susto el suyo cuando descubrieron que el ataúd del Conde estaba vacío!

En el ataúd no había más que polvo, pero nada más supieron. No supieron tampoco qué le había sucedido a Suzanne.

El Conde iba ahora por la orilla del arroyo. Aquí, otra noche, se encontró con la muchacha, la hija de Raymond, que amaba al joven Antoine LeFevre. Antoine se había librado del alistamiento en el ejército a causa de la invalidez de una de sus piernas, pero no obstante corrió como un gamo en cuanto vio al Conde embozado en su capa. Suzanne, para su desgracia, no pudo seguirle a igual velocidad. Su cuerpo quedó enterrado en el bosque, bajo un montón de piedras, sin que pudieran descubrirlo. Fue un incidente lamentable y doloroso.

Aquello, a fin de cuentas, sirvió para que todos en el pueblo cobraran conciencia de lo que ocurría. El tonto y supersticioso Raymond estaba ya plenamente convencido de que el vampiro andaba suelto. Él mismo había visto a la desalmada criatura; él mismo, al igual que quienes lo acompañaron, vio su ataúd vacío… Y hasta su propia hija había desaparecido. Como no la encontró ni en el cementerio ni en el bosque, espiaba en los alrededores del castillo.

¡Pobre Raymond! Nunca más volvería a ser alcalde de su villa, pues poco después quedaba reducida a cenizas por un bombardeo. Echó la culpa, como un pobre hombre destrozado y con la razón perdida, al *muerto viviente*.

El Conde sonreía al recordar todo aquello, mientras caminaba, aleteada su capa por la brisa, proyectando sobre el suelo la sombra de un gran murciélago. Ya veía el cementerio, ya veía las tumbas que bajo la luz de la luna parecían los dedos podridos de un leproso moviéndose.

Dejó de sonreír. No le gustaba tener esos pensamientos. Quizá radique el mayor tributo que se pueda rendir a su talento de actor en que tenía una exquisita aversión hacia la muerte, hacia la oscuridad, hacia la confusión que auspician las sombras de la noche. Odiaba además la mera visión de la sangre. Y su larga permanencia en el ataúd, tanto tiempo encerrado en la cripta, le había provocado claustrofobia.

Pero se le había presentado la ocasión de representar un gran papel.

Y por suerte estaba a punto de concluir tan extraordinaria interpretación. Quería representarse como hombre una vez más y olvidar esa criatura maldita de su creación.

A medida que se aproximaba a la cripta vio el camión aparcado entre las sombras.

La entrada a la cripta estaba abierta, pero no se escuchaba ruido alguno. Eso significaba que sus compañeros habían concluido la tarea encargada de subir al camión las obras de arte y ya estaban prestos para partir.

El Conde se dirigió hacia el camión estacionado entre las sombras.

Y entonces… Entonces sintió el cañón de un arma de fuego en su espalda y oyó una orden inequívoca:

—¡No se mueva!

No se movió. De inmediato reconoció a quienes le rodeaban: Antoine, Clodez, Raymond… Y una docena más de campesinos de la villa. Una docena de campesinos armados que lo miraban a la vez con rabia y temor, sin dejar de apuntarle.

¿Qué pretendían hacerle?

Un cabo americano se interpuso entre el Conde y los campesinos. Ahí tenía la respuesta a su pregunta; el cabo americano y un soldado que lo acompañaba le apuntaban también con sus fusiles. Eran los responsables de la operación. No había visto el Conde aún los cadáveres de los tres operadores de onda corta alemanes, que estaban en el camión. Los campesinos les habían sorprendido mientras trabajaban, abriendo fuego contra ellos.

El cabo y el soldado comenzaron a interrogarle, en inglés, naturalmente. El Conde entendía bien el idioma, pero no lo hablaba tanto como para poder responder.

—¿Quién eres? ¿Estaban a tus órdenes esos alemanes? ¿Adónde pretendías ir con el camión?

El Conde sonrió y movió la cabeza, negando. Poco después dejaban de preguntarle lo mismo, como había supuesto el Conde que harían.

—Vale —dijo el cabo al soldado—. Vámonos.

El soldado asintió, se puso al volante del camión y encendió el motor. El cabo se disponía a subir también al camión, cuando se volvió para dirigirse a Raymond.

—Tenemos que ir con esto a la otra orilla del río —dijo—. Seguid vigilando a este tipo, enviaremos en una hora a varios hombres para que se lo lleven.

Raymond asintió.

El camión se perdía poco después en la oscuridad.

La luna se ocultó tras las nubes y la oscuridad fue absoluta. El Conde sonrió complacido mientras observaba a quienes lo custodiaban. Una pandilla de imbéciles presuntuosos, ignorantes y cobardes. Pero iban armados. No tenía modo de escapar. Lo miraban con odio y murmuraban.

—Llevémosle a la cripta —dijo Raymond y fue prontamente obedecido por los otros, que empujaban al Conde con sus horcas para aventar el heno. Y fue entonces cuando el Conde acertó a ver un rayo de esperanza. A pesar de la rabia con que lo miraban, lo empujaban sin aproximarse mucho a él, por miedo. Y cuando les miraba a la cara bajaban los ojos.

Lo llevaban a la cripta precisamente porque le temían. Los americanos se habían ido y los campesinos estaban desamparados, temerosos de él, temerosos de sus

posibles poderes sobrenaturales. A pesar de todo, era a sus ojos un vampiro; seguramente temían que pudiera convertirse de golpe en un murciélago y escapárseles volando. Así que trataban de meterlo a toda prisa en la cripta, a la espera de la llegada de la patrulla americana.

El Conde, crecido ante el temor de los campesinos, mostró su más siniestra sonrisa y rechinó los dientes. Los otros dieron un paso atrás mientras se dirigía a la entrada de la cripta. Entonces se volvió de pronto, abriendo su capa. Fue un gesto instintivo, el más propio para el papel que representaba, que naturalmente obtuvo de los campesinos la respuesta que esperaba. Se aterrorizaron, el viejo Raymond se santiguó. Aquello fue mejor que un aplauso.

En la oscuridad de la cripta el Conde se permitió un descanso. Lamentaba no haber hallado la oportunidad de escaparse, como se le había pasado por la cabeza hacerlo, pues aquellos hombres, aun asustados, no huyeron al abrir él su capa. Pero por suerte estaban en guerra. Muy pronto sería conducido al cuartel general de los americanos, donde lo interrogarían. Desde luego que no sería algo precisamente grato, pero todo se solucionaría con unos pocos meses interno en un campo de prisioneros. Y además seguro que los americanos sabían apreciar sus grandes dotes interpretativas, apenas oyeran de sus labios la historia de su decepción con los alemanes.

La cripta musgosa estaba oscura. El Conde se movía por allí ciertamente cansado. Sus rodillas tropezaron con su ataúd. Se le cayó la capa que llevaba anudada al cuello. Tenía ganas de salir de allí de una vez, de abandonar para siempre el papel de vampiro. Un papel que había interpretado muy bien, pero del que ya estaba harto.

Le llegó desde el exterior un ruido inidentificable, a medias un murmullo y a medias cualquier otra cosa, quizá unas astillas. El Conde se dirigió a la puerta para pegar la oreja en ella y tratar de oír. Pero pronto volvió a hacerse el silencio.

¿Qué harían aquellos imbéciles ahí fuera? Deseaba que los americanos llegasen cuanto antes. Además comenzaba a sentir calor. ¿A qué se debía aquel silencio que siguió al ruido que no supo identificar?

Quizá se habían largado.

Sí. Eso era. Los americanos les habían ordenado que lo vigilasen, pero muertos de miedo se habían largado. Realmente lo creían un vampiro, el viejo Raymond era quien más convencido estaba de eso. Así que habían huido. Era libre, ya podía escaparse…

El Conde abrió la puerta de la cripta.

Vio ante él al viejo Raymond y a los otros, que parecían esperarle. El viejo Raymond dio un paso al frente. Tenía algo en una mano. El Conde lo reconoció al instante, de ahí aquel ruido como de astillas que había escuchado.

Era una larga estaca de madera muy afilada.

Entonces abrió la boca para gritar, para decirles que todo había sido una broma, que él no era un vampiro, que eran un hatajo de imbéciles supersticiosos…

Pero antes de que pudiera decir nada lo empujaron violentamente al interior de la cripta, metiéndole después, aún más violentamente, en el ataúd, para sujetarle de manos y pies mientras Raymond ponía la bien afilada punta de la estaca en su pecho, a la altura del corazón.

En realidad, sólo cuando la estaca comenzó a clavarse en él, interpretó debidamente el papel de vampiro.

Notas

[1] William Wallace (1272 - 1305), guerrero escocés que luchó durante años contra Eduardo I. Acusado de alta traición, fue ahorcado y después descuartizado. (N. del T.) <<

[2] *Halloween*, de *Hallow*, consagrar, y *E’en*, de *Evening*, noche. Traslación escocesa de la voz irlandesa *Hallowmas*, día de todos los santos y de la conmemoración de los fieles difuntos, lo que lleva a suponer que la acción del cuento transcurre entre los días uno y dos de noviembre. De esta conmemoración cristiana deriva la tradición anglosajona popular de Halloween, que a su vez entronca con antiguas tradiciones paganas célticas. (N. del T.) <<



[3] En el Antiguo Testamento, la bruja a la que visita Samuel, primer rey de Israel, para pedir ayuda contra Saúl. (N. del T.) <<

[4] Dominico e inquisidor alemán del siglo XV, encargado en 1484, por el Papa Inocencio VIII, de perseguir a los autores de hechicería en Alemania. Autor, con Enrique Krammer, del *Malleus maleficarum*, publicado en Colonia en 1489. (N. del T.) <<

[5] Jerónimo Cardan (1501 - 1576), astrólogo, famoso por lo mucho que fallaba en sus predicciones. Famoso también, como médico, por lo absurdo de sus tratamientos. Como matemático, sin embargo, es reconocido por los avances que supuso su álgebra, siendo consultado por Eduardo VI de Inglaterra. En su *Arte Magna*, de 1545, analiza ecuaciones cúbicas y trata por primera vez de raíces negativas. Como mecánico, se le debe el sistema de suspensión que lleva su nombre. (N. del T.) <<

[6] O Psellos (1018 - 1078), político y escritor bizantino del siglo XI, restaurador de la filosofía platónica y precursor del humanismo. De su obra destacan sus tres grandes oraciones fúnebres por los patriarcas Miguel Cerulario, Constantino Licudis y Juan Xifilino. (N. del T.) <<

[7] En Nueva York, sobre el Hudson. (N. del T.) <<



[8] Isla montañosa al sudeste de Maine descubierta por el explorador francés Samuel de Champlain en 1604. (N. del T.) <<

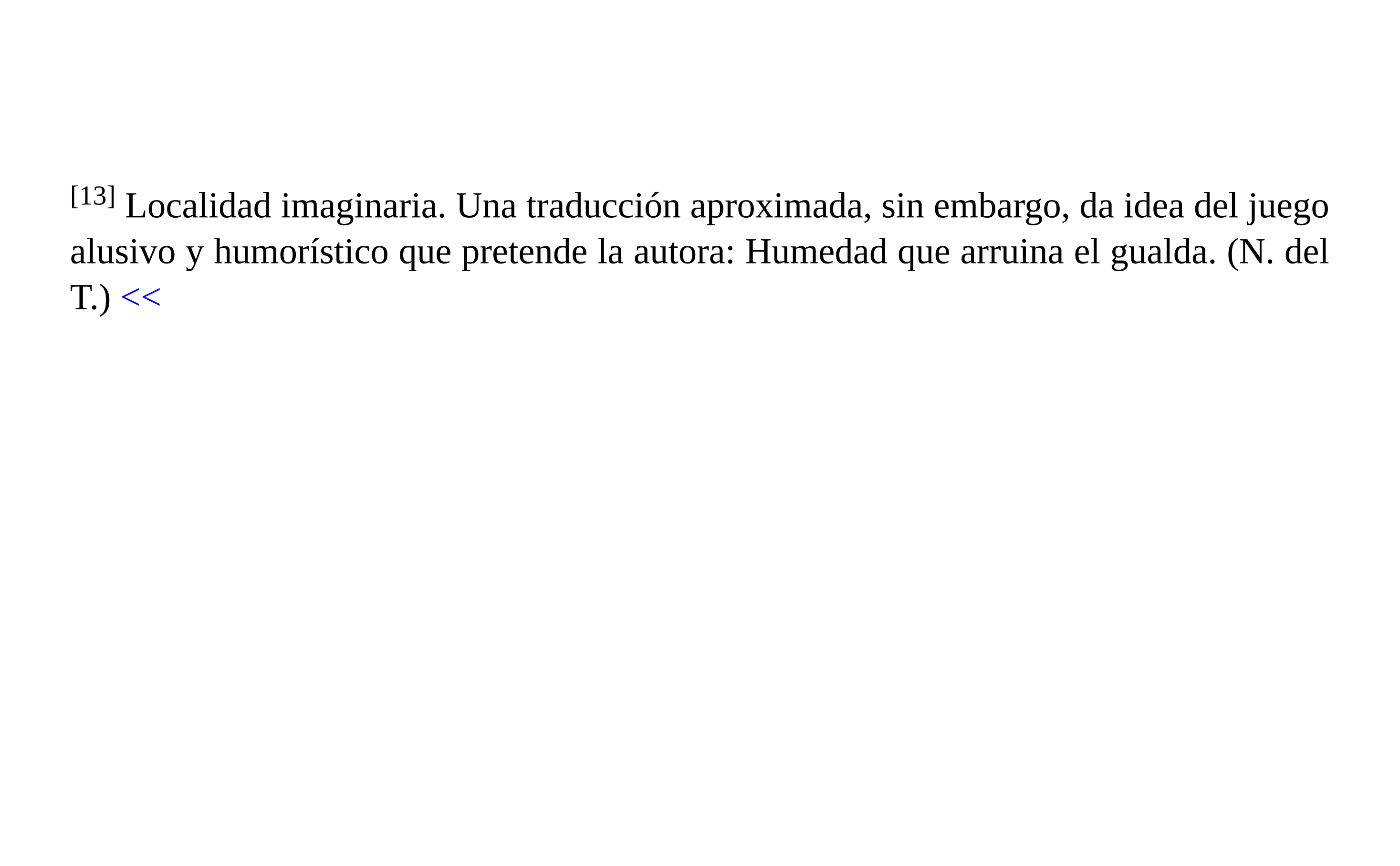


[9] Hijo de Eduardo III de Inglaterra, llamado el Príncipe Negro por el color de su armadura. (N. del T.) <<

[10] Jorge I (1660 - 1727), Rey de Inglaterra, primero de la dinastía de los Hannover. (N. del T.) <<

[11] Charles James Lever (1806 - 1872), el autor irlandés de novelas picarescas ambientadas en Irlanda y en la Europa posterior a Napoleón. Julián Hawthorne alude sin duda a los muy ricos personajes de su novela más importante, *The Confessions of Harry Lorrequer*, de 1837. (N. del T.) <<

[12] En el original, aunque luego lo llamará Conde de Kern. (N. del T.) <<



[13] Localidad imaginaria. Una traducción aproximada, sin embargo, da idea del juego alusivo y humorístico que pretende la autora: Humedad que arruina el gualda. (N. del T.) <<

[14] Patriarca de Constantinopla. Hijo del emperador Miguel Rangrabe, al ser éste destronado (813) fue encerrado por orden de León el Armenio en un monasterio, del que posteriormente sería abad. La emperatriz Teodora, madre de Miguel III, lo elevó a la silla patriarcal de Constantinopla en el 847. (N. del T.) <<

[15] Localidad del condado de Yorkshire. Dyke es *presa* y Fen *pantano*. (N. del T.) <<

[16] *Las Constituciones Clementinas*, del Papa Clemente (de 1305 a 1314), el que trasladó la Santa Sede a Aviñón y disolvió la orden de los Templarios bajo la presión de Felipe el Hermoso. Las Clementinas fueron publicadas por Juan XXII. (N. del T.) <<

[17] Provincia de Austria, lindante con las de Alta y Baja Austria, Salzburgo y Carintia, con la antigua Yugoslavia y con Hungría. Su nombre alemán es Steiermark. (N. del T.) <<

[18] Antes de desmembrarse del Imperio Austrohúngaro a consecuencia de la guerra (1914-1918), tenía 22.120 kilómetros cuadrados, pero el Tratado de Paz de San Germán (1920) adjudicó parte de su territorio a Yugoslavia. Más allá de lo que dice el autor, siempre fue una región altamente industrializada y próspera, con minas de carbón, plata, cobre, hierro, cinc, siderurgia, metalurgia, cristal, paños, curtidos, maderas, abundante pesca y excelentes vinos. (N. del T.) <<



[19] Danzas populares de Ciacova, cuyo nombre magiar es Csak, de donde deriva el nombre de las mismas. (N. del T.) <<

[20] Así en el original. (N. del T.) <<

[21] Se refiere a seguidores de Philae (*Jazirat Filah*, en árabe, del copto *Pilak*, que significa tanto *fin* como *lugar remoto*). Philae es una isla del Nilo conocida también en la tradición gnóstica egipcia como *Jazirat al-Birba*, o *Isla Templo*. (N. del T.) <<

[22] Trimegisto o Trismegisto, del griego *trismegistri*, tres veces grande. Nombre que daban los griegos al Mercurio egipcio o Hermes, al que consideraban inventor de las artes y las letras. Los alquimistas lo tenían por el descubridor del arte de transformar los metales. (N. del T.) <<

[23] El Duque de Orleans (1773 - 1850), Rey de Francia de 1830 a 1848, perteneció al grupo de nobles que dio apoyo a la Revolución, adhiriendo al Club de los jacobinos a partir de 1790. Héroe de la guerra con Austria, devino en Duque de Orleans tras la muerte de su padre, ejecutado por los jacobinos. Artífice de la reconciliación de las casas de Borbón y Orleans, se opuso denodadamente a Napoleón. Tras abdicar buscó refugio en Inglaterra, donde murió. (N. del T.) <<

[24] Podría venir de *Arrant*, que entre otras acepciones tiene la de «prostituta infame» y la de «tonto malvado». Pero en ningún diccionario de *slang* norteamericano de los que disponemos aparece la voz. Tampoco la consulta con varios ciudadanos estadounidenses ha podido arrojar luz suficiente a este traductor. (N. del T.)

Podría, también, venir de la onomatopeya «arrrr» o símil, referida a gruñido furioso, dada la afición de los norteamericanos a convertir en apodos infantiles los sonidos peculiares y propios de los niños. (N. de la escaneadora para la edición digital) <<



[25] Las dos primeras sílabas hacen *Organ*, órgano. En *slang* norteamericano es una de las maneras de llamar al órgano sexual de la mujer. (N. del T.) <<